LIBROdot.com



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Este libro está dedicado a los herederos, biológicos y literarios, de Philip K. Dick

«La esencia de la responsabilidad moral es determinar de antemano las consecuencias de nuestra acción o inacción».

Richard Nixon, «Nunca más otro Vietnam»

Agradecimientos

Esta novela nació de mi respeto y afecto por las novelas del fallecido Philip K. Dick. En mi opinión, la mejor sigue siendo *«El hombre en el castillo»*, pero también admiro *«Tiempo desarticulado»*, *«Tiempo de Marte»*, *«¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?»*, *«Ubik»*[1] *«Una mirada a la oscuridad»*, *«Sivainvi»* y *«La transmigración de Timothy Archer»*. Me parece importante, aunque sea más o menos redundante, admitir que la influencia de estas novelas, así como la de otros muchos títulos de Dick, impregna este homenaje literario.

Por otra parte, no creo que «La ascensión secreta», o «Ay, Philip K. Dick ha muerto», sea un pastiche servil de la obra de Dick. Es cierto que utilizo muchas técnicas literarias favoritas de Dick (por ejemplo, la narración en tercera persona desde un punto de vista múltiple) y algunos de los «elementos» de la CF típicos Dick (por ejemplo, el resquebrajamiento de la realidad) para estructurar la novela, pero en ningún caso los manipulo como haría Dick. Mi omisión a este respecto puede ser o no lamentable, pero no es un accidente.

Estos libros me fueron de gran ayuda a la hora de escribir mi novela: *«Only Apparently Real»*, de Paul Williams; *«Philip K. Dick: The Last Testament»*, de Gregg Rickman; *«The Novels of Philip K. Dick»*, de Kim Stanley Robinson; *«La verdadera paz»* y *«No más otro Vietnam»*, de Richard Nixon; *«People of the Lie»*, de M. Scott Peck, MD; *«The Demonologist»*, de Gerard Brittle; *«Engines of Creation»*, de K. Eric Drexler, y dos títulos que plasman en clave de sátira la personalidad de Richard Nixon, *«Ourgang»*, de Philip Roth, y *«The Public Burning»*, de Robert Coover. Doy las gracias a los autores.

Finalmente, agradezco la contribución fundamental de Geoffrey A. Landis, a quien conocí en julio de 1985 mientras impartía uno de los cursillos semanales del *Taller de Escritura de Ciencia Ficción y Fantasía* del *Clarion* en la *Universidad Estatal de Michigan* (East Lansing). A lo largo de nuestra posterior correspondencia, Geoff me proporcionó abundantes páginas de buen material (dibujos, cuadros sinópticos, especulaciones personales) sobre la probable evolución del programa espacial norteamericano si nuestro país hubiera logrado una victoria militar en Vietnam en 1974. Nunca he sido un escritor de CF «dura», o sea, plagada de datos técnicos y/o científicos, y Geoff es el principal responsable de la exactitud y/o verosimilitud que puedan poseer los fragmentos de Braunville de mi novela. Por otra parte, que nadie le culpe por mis lapsos surrealistas en esos mismos pasajes. Te reitero de nuevo, Geoff, mi gratitud.

MICHAEL BISHOP

Pine Mountain (Georgia)
del 14 de enero al 19 de mayo de 1986

[1] Publicado por Ediciones Martínez Roca, col. Súper Ficción, núm. 13.

Prólogo

La luna rosada alienígena escudriña el interior del apartamento de Philip K. Dick en Santa Ana (California). Corre el año 1982 (aunque es posible que no se trate del 1982 descrito en casi todos los libros de historia), y Dick acaba de sufrir un fulminante ataque de apoplejía.

La luna le enfoca en el suelo dentro de un círculo de luz rosada. Proyecta, de una forma sobrenatural, un arco de superficie lunar sobre su espalda. Cráteres, mares y bahías se ondulan sobre la chaqueta que llevaba cuando el ataque le sorprendió. Todavía la lleva mientras, consciente subconscientemente, yace a la espera de que alguien (un amigo, un vecino, la Policía) le encuentre y le conduzca al hospital.

Un robusto gato se adentra en el círculo de luz rosada y se sienta junto al hombre caído. El gato maúlla una vez, frota con el hocico la frente de Dick, le lame la mejilla con una lengua parecida a un velero húmedo. Al cabo de un rato, el gato trepa con cautela sobre la chaqueta de su amo, avanza por el impreciso mapa lunar y se acomoda en el viscoso pantano superpuesto en la región lumbar de Dick para echar una siesta invernal.

Febrero, piensa la semiinconsciente víctima del ataque, es una época muy jodida para morir...

Pasados unos segundos, diminutas máquinas ocultas en la sangre del escritor caído empiezan a construir un simulacro, en parte corporal y en parte astral, a fin de almacenar su mente y sus recuerdos.

Y en parte capullo también, piensa Dick, notando el zumbido en sus venas. Esto es muy raro. Es jodidamente raro.

Su segundo yo es una especie de fantasma material, que surge desnudo como un gusano y tembloroso del cuerpo mortal del escritor. Tan veloz, silenciosa e imperceptiblemente sale Philip K. Dick 1 de Philip K. Dick 2 que Harvey Wallbanger, el gato, ni siquiera se mueve. Los demás gatos del apartamento tampoco se enteran.

Dick 2 tiene la impresión de que alguien se ha dejado abierta la puerta de un congelador, y contempla a su yo caído con estupefacta compasión.

-Pobre bastardo -dice-. Siempre te pasan chuminadas como ésta. Ha vuelto a ocurrir.

Dick 2, un fantasma tangible, sabe que nanoordenadores intangibles inmersos en el sistema circulatorio de Dick 1 utilizaban ese cuerpo como modelo de su propia y maravillosa forma.

La piel resurrecta de Dick 2 se pone de gallina y el simulacro empieza a temblar, tanto de compasión como de frío. Dick 1 no se ha levantado -nunca volverá a levantarse- y Dick 2, acongojado, le quiere tanto como Dick 1 quiso a sus amigos a lo largo de su vida.

Una vida, se da cuenta Dick 2, que ha terminado demasiado pronto. Una vida que, llegada la madurez de Dick, la nefasta *política del rey Ricardo* transformó en una parodia grotesca. Una vida que Dick 2 deplora mientras tiembla, bañado por la glacial luz rosada de la luna.

Ésta es otra ascensión secreta, reflexiona Dick 2. Mi *segunda* y jodida ascensión secreta. Comprendo, una vez más, que este mundo es irreal, y que por encima o más allá de él mora una Entidad oculta pero bondadosa que desea quitarnos las vendas de los ojos. Aunque estamos ocluidos, esta Entidad quiere que veamos, a través de nuestra oclusión, la realidad eternamente pertinente...

El tiempo y el espacio son meras ilusiones, se dice Dick 2, acercándose a un armario ropero para buscar algo con que cubrir su desnudez. Lo que Dick 2 desea de momento no son profundas disquisiciones ontológicas, sino calor. Cuando abre la puerta del armario, descubre que la parte astral de su cuerpo puede golpearse con las formas sólidas de este mundo. ¿Y por qué no? Si el mundo de Dick 1 es irreal, ¿por qué no ha de poder un fantasma, la mismísima esencia de la irrealidad, en suma, funcionar en su seno?

Ya lo creo que puedo funcionar, piensa Dick 2, el prefantasma del todavía vivo Philip K. Dick. Al menos, por un tiempo. Hasta que la Entidad invisible nos retire su apoyo...

El prefantasma rebusca en el armario como la encargada de los accesorios en el baúl de una compañía teatral. Lo único que quiere es calentarse. Arroparse con prendas confortables que no supongan ninguna declaración de principios, excepto, tal vez, que no es partidario de un sentido frívolo del estilo.

Por fin, se decide por unos pantalones desgastados, una camisa de dril holgada y una chaqueta

plateada. Es una chorrada de una marca conocida, con una pretenciosa etiqueta de diseño, pero Dick 1 la compró por puro capricho, porque necesitaba una chaqueta y le gustó su corte deportivo, y él, Dick 2, se la ciñe con placer en cuanto termina de ponerse los pantalones y la camisa.

Falta la ropa interior.

¿Para qué necesito yo ropa interior?, se pregunta el prefantasma dickiano. Para nada, está claro. Paso de biología. Los seres semiastrales ya no somos esclavos de las secreciones y las exudaciones...

Dick 2 se deja caer en un sillón, se calza unas zapatillas de tenis cómodas y mira otra vez a Dick 1.

Estás perdido, piensa. Siempre lo estuviste. Conseguiste llegar tan lejos sólo porque eras demasiado orgulloso para sucumbir a la mentira de la realidad consensuada. No quisiste retraer tus antenas. Mira lo que has logrado, Phil. Fíjate bien.

Dick 2 se levanta, pasea por el apartamento y acaba por sentarse ante el escritorio sobre el cual descansa la máquina de escribir de Dick 1. Empieza a escribir. Sus dedos, silenciosa pero obsesivamente, bailan sobre las teclas. Los brazos de las letras retumban dentro de la caja, como un centenar de colibríes que martillaran las mentiras de la noche. El tiempo se comprime, la realidad se altera.

Los vecinos irrumpen en el apartamento y encuentran a Dick 1 tendido sobre la alfombra de la sala de estar, inconsciente. Harvey Wallbanger maúlla, y llegan los amigos para transportar al escritor en estado de coma a un centro médico cercano. Alguien entra en el apartamento cada dos por tres para llevarse un gato, una novela de bolsillo o un cepillo de dientes, pero Dick 2 sigue escribiendo a máquina todo el rato.

Febrero muere y marzo nace, y el prefantasma se convierte en un verdadero fantasma cuando una nueva serie de despiadados ataques desencadenan el fallo cardiaco que arrancan a Philip K. Dick 1 de la irrealidad alternativa del flujo temporal en el que vivía.

Pobre bastardo de mierda, se lamenta la febril conciencia ante su máquina de escribir, mientras los dedos siguen tecleando furiosamente. A la velocidad de Dios.

Imágenes extrañas se abren paso en el cerebro de Dick 2. Escribe en un pergamino borrable, nexo invisible, y se teletransporta a la Luna. Se abre un túnel en el punto donde debería estar la Luna y lo aprovecha para trasladarse a la estrella binaria Omicrón Ceti, distante setenta pársecs, donde se encuentra con la Entidad que sostiene todo este Cosmos irreal. Dios y el fantasma sentado ante la máquina charlan y, terminada su conversación, Dick 2 es enviado de vuelta por las circunvoluciones de su conciencia hasta un apartamento de Santa Ana (California).

El fantasma deja de escribir. Su memoria se ha borrado. En algún lugar de la Amérika del rey Ricardo (en uno de los estados de las montañas, al parecer), capta una imagen inquietante del entierro de su original, pero ya no recuerda la identidad de esa persona: es decir, ya no recuerda su *propia* identidad.

Si supiera leer, una habilidad que ha olvidado, se daría un nombre sacando el permiso de conducir de X1, o examinando las cubiertas de sus libros, o intentando encontrar algún cheque cancelado. Por desgracia, todo cuanto sabe de sí mismo, tras regresar de su charla con la Deidad, es que ha sido víctima de una cruel variedad de amnesia.

Necesito ayuda, piensa X2. Por Dios que necesito ayuda.

Aunque el apartamento le retiene durante unos cuantos días más, hace acopio de fuerzas esnifando rapé y bebiendo café caliente muy concentrado. Por fin, se aventura en el exterior. La cartera de X1 rebosa de billetes verdes, dato intrigante, y él, X2, es capaz de sacarlos a voluntad, un don kármico de sorprendentes proporciones. Al salir a la acera, bajo el pálido sol de marzo, él, el fantasma, adquiere completa sustancia. De repente, posee una sombra y una voz.

Impresionado por esta segunda demostración de vida, X2 para un taxi.

Se detiene con un chirrido de neumáticos.

-¿Adónde vamos, tío? -pregunta el conductor.

Es un auténtico ser humano, observa el antiguo fantasma. Un fulano de calva brillante. Un fulano cuyo aliento huele a pimientos de Jalapa y a queso Cheddar muy fuerte.

-Al aeropuerto -dice X2-. Lléveme al aeropuerto.

1

Con el fin de limpiar la jaula, Cal Pickford cogió dos de los bichos denominados osos Brezhnev. Aunque no apestaban (al menos, no olían peor que la mayoría de los ejemplares reunidos en el *Emporio de los Animalitos Felices*), ni devoraban como ratones, ni chillaban como demonios, ni segregaban veneno o almizcle, ni necesitaban arduos cuidados, ni se enfurecían si se olvidaba de alimentarlos, ni repetían como loros cualquier taco que soltara sin darse cuenta, Cal arrugó la nariz y tiró sin ceremonias a los «osos» en una caja de cartón honda llena de astillas de cedro.

La caída no les hizo daño, pero era una forma muy poco delicada de tratar a los animales, el artículo que proporcionaba más ganancias a la tienda desde que Cal había llegado.

Cal sabía por qué le desagradaban, desde luego, pero mientras trabajaba en la parte posterior de la tienda, situada en las galerías West Georgia Commons, vaciando la capa de astillas de cedro meadas de la quinta jaula de cristal que limpiaba aquella mañana y reemplazándola por una nueva de papel de periódico y astillas limpias, trataba de no pensar en las populares pero grotescas bestias. Que esos bichos feos y encantadores a un tiempo correteen a sus anchas, y que los jóvenes ejecutivos de la nueva hornada (los PostMo) que los habían adoptado como símbolo de su estatus social, suelten la pasta y los compren.

Lia monopolizaba hoy los pensamientos de Cal. Era su tercera semana como psicoterapeuta privada en Warm Springs, pero si los clientes tardaban mucho en acudir a su consulta, su paga como empleado de la tienda de animales no bastaría para cubrir la cantidad que los Bonner-Pickford necesitaban para pagar el nuevo coche «precomprado» de Lia o el alquiler de su apartamento de Pine Mountain. Cal tenía un *Dodge Dart* del 68, ya pagado, para trasladarse diariamente a LaGrange, pero Lia había hipotecado su éxito como psiquiatra a un *Mercury Cougar* del 79. Lo que ganaban entre ambos sólo les servía para ir tirando.

Que vivieran a casi cuarenta kilómetros de sus respectivos trabajos era absurdo, pero después de trasladarse a vivir a Georgia desde Colorado, donde se habían conocido en un concierto de *folk-rock* celebrado en Red Rocks, Lia había insistido en vivir lo más cerca posible de sus familiares aún vivos (su madre inválida Emily, su hermano Jeff y la familia de éste). Como Jeff dirigía una granja dedicada a la cría de caballos en Pine Mountain, Pine Mountain les había atraído, pero Cal aún se preguntaba cómo demonios había terminado, siendo como era un vaquero hippie acérrimo, en el Sólido Sur del rey Ricardo, tierra de algodón, bailarines de claque y *Coca-Cola*.

De pronto, Cal se dio cuenta de que no estaba solo en la trastienda. Levantó la vista y vio a un hombre de inmenso tamaño que paseaba por el pasillo y escrutaba todo cuanto había a su alrededor. De vez en cuando, este hombre bien vestido (su traje no concordaba en absoluto con su físico de jugador de béisbol) cogía un objeto de las estanterías -una almohaza o un envase de matapulgas-, lo examinaba brevemente y volvía a dejarlo en su sitio. Miraba el techo y los rincones de la tienda, al igual que las mercancías, y se movía con un aire autoritario y amenazador.

-¿Puedo ayudarle? -preguntó Cal, agachado junto a una bolsa de astillas de cedro.

El hombre se detuvo y le miró.

-Sólo estaba echando un vistazo.

-Bien, adelante. Nos encantan los curiosos.

-No he dicho que estuviera curioseando -replicó el hombretón, acercándose a la hilera de jaulas de cristal-. He dicho que estaba *echando un vistazo*.

-Eso también nos encanta. Adelante, eche un vistazo.

El intruso examinó a Cal como si fuera una almohaza o un envase de matapulgas.

-Yo nunca curioseo. Creo que nunca seré su típico «curioso» de mierda.

Más bien un matón, pensó Cal, decididamente incómodo por el giro que había tomado la conversación. ¿Por qué seguía mirándole aquel tipo, por el amor de Dios, y por qué había entrado en la tienda y lo manoseaba todo, si no buscaba algún tipo concreto de animal o producto?

-Avíseme, si puedo servirle en algo -dijo Cal.

-Será el *primero* en enterarse, amigo -replicó el hombre.

Sus labios insinuaron una sonrisa, pero la sonrisa se desvaneció y el hombre retrocedió poco a poco hacia la puerta de la tienda, alzando y examinando varios artículos mientras caminaba. Por fin,

Librodot

dejó a sus espaldas la caja informatizada y salió a la calle principal de las galerías.

Cal, tembloroso, intentó recordar qué estaba pensando antes de la interrupción.

-¡Pickford! -gritó el señor Kemmings, propietario de este concesionario del *Emporio de Animales Domésticos*-. ¡Pickford, venga aquí, por favor!

Cal tenía astillas de cedro, rojas y aromáticas, hasta en los codos. Se pegaban a sus brazos como pétalos de flores. Gritó «¡Ya voy!», tiró las astillas al interior del saco y corrió a asearse en el lavabo de la tienda. Cuando volvió a la parte delantera del comercio, el señor Kemmings, que estaba tratando de vender un par de tórtolas a una anciana ataviada con un vestido de *tweed*, le indicó que atendiera a una segunda clienta.

La mujer acababa de entrar. Aunque era décadas más joven que el personaje salido de una novela de Agatha Christie al que concedía su atención el señor Kemmings, se acercaba más a los cuarenta que Cal, a quien todavía faltaban seis años para alcanzar aquel pavoroso hito. Treinta y nueve, calculó Cal. Cuarenta y uno, como máximo. Vestía una capa negra, gafas de sol y pantalones de montar escarlata, embutidos en altas botas de piel.

De incógnito, pensó Cal. Va por ahí de incógnito.

-A esa señora le gustaría comprar un animal doméstico, Pickford -dijo el señor Kemmings-. Quiere que le recomendemos algo. Ayúdela.

-Sí, señor.

En Colorado, se dice «sí», o «muy bien», o «claro». En Georgia, se dice «sí, señor», o «sí, señora».

La mujer de las gafas de sol estaba mirando un acuario de peces tropicales.

-¿Le gustan los peces? -preguntó Cal.

-Sólo al horno y servidos con limón y una rama de laurel. Preferiblemente sobre un lecho de arroz.

-Tendría que cocinar todo un colegio de esos para lograr una comida decente -dijo Cal-. Hasta un lucio rojo le saldría más barato.

La mujer irguió la cabeza. Sus gafas le recorrieron de pies a cabeza.

-No estoy terriblemente preocupada por el gasto.

-Ojalá lo hubiéramos sabido antes. Habríamos encargado algunos ejemplares de animales en peligro de extinción.

Cal se arrepintió del sarcasmo al instante. Si el señor Kemmings oía una parida como aquélla le pondría de patitas en la calle, y entonces, ¿qué harían Lia y él?

La mujer, ante su sorpresa, sonrió.

-Para ser un dependiente, sus comentarios son muy agudos, señor Pickford.

-Lo siento muchísimo. No debería haberlo dicho.

-¿Por qué no? Vivimos en un país libre.

La mente de Cal reprodujo una inquietante imagen del hombretón que había entrado en la tienda antes que esta mujer.

-Si se es rico, blanco y republicano, tal vez. De lo contrario, más vale que la persona con quien estés hablando no lleve un micrófono oculto.

Cal escuchó con incredulidad sus propias palabras. Saltaba de la sartén para caer en el infierno. Lia tendría que comprarle un mitón de asbesto para la lengua, su apéndice más incendiario.

La sonrisa cálida de la mujer dejó paso a otra de ironía.

-No, señor Pickford, es libre hasta para gente como usted. En los Estados Unidos de hoy, una de cada tres personas posee un título universitario. Se puede conseguir todo, incluso prosperar a menos que sea un conspicuo antipatriota.

-Sí, señora.

-Preferiría que dijera «sí, señorita».

-Sí, señorita.

-Doy por sentado que lo dice con entera libertad..., sin sentirse obligado.

-Sí, señora. Quiero decir, sí, señorita.

-He venido a comprar un animal doméstico, un amigo que me haga compañía cuando no haya otra cosa a mano.

¿Con cuánta frecuencia ocurrirá eso?, se preguntó Cal, porque la mujer, próximos o rebasados los cuarenta, tenía una bonita figura y un rostro bien proporcionado. Las gafas de sol no podían ocultar la agradable simetría de sus facciones.

-¿Es usted una persona perro o una persona gato? -preguntó en voz alta-. Saberlo me ayudaría a

Librodot

concretar la elección.

-Confío en no ser ninguna de ambas, señor Pickford. Ha conseguido que los dos apelativos suenen como títulos nobiliarios.

-¿Títulos nobiliarios?

-Su Alteza Real, el príncipe de Gales, Persona Perro. Jardinero Central de *All-Star Murph Dailey*, Persona Gato. ¿Se imagina esas palabras impresas en invitaciones para una cena?

De repente, Cal se sintió asustado. ¿Con quién estaba hablando? ¿Llevaba esta persona un micrófono oculto? ¿Y el tío que había entrado antes que ella? La mayoría de los clientes del señor K. se comportaban de una manera afable, sencilla, familiar. No se veían muchos peces gordos asomando la jeta por West Georgia Commons. Aunque tuvieran dinero, educación, o ambos a la vez, también tenían lo bastante de lo uno o los dos para comportarse como norteamericanos normales, y no como los personajes rimbombantes de una obra de Oscar Wilde. Cal ya estaba completamente convencido de que el comentario «rico, blanco y republicano» había sido un gran error. Esta mujer se lo estaba dejando entrever. Quería verle sudar. Ésa era la única «elección» respecto a ella que intentaba sugerirle.

Quizá le gustaría comprar una serpiente, pensó Cal. Una cascabel, o tal vez una boa constrictor.

-Me han hablado mucho de los osos Brezhnev -dijo ella-. Tienen algunos, ¿verdad? Me gustaría verlos.

-Acompáñela -alentó a Cal el señor Kemmings. El jefe había perdido la batalla con su clienta, pero, al parecer, no quería escamotearle a Cal su venta en potencia-. En este momento tenemos una buena provisión, señorita, pero nos los quitan de las manos como tortitas calientes. Llévese uno o dos antes de que las multitudes nos invadan este fin de semana.

Tortitas calientes. Cal se imaginó los lomos pelados de los osos Brezhnev recubiertos de almíbar *Log Cabin*.

Procuró olvidar la imagen y guió a su clienta hacia las plataformas de exhibición situadas en la trastienda. Había seis acuarios, y cada uno acogía a dos o más de los populares animales, si bien no flotaban en agua, sino que descansaban sobre un lecho de astillas de cedro. Faltaba cambiar las astillas de un acuario, pero Cal se interpuso para que la mujer no lo viera, por lo que ella se puso a examinar los «osos» de las otras jaulas.

-Caramba, qué animalitos más extraños, ¿verdad?

Cal no dijo nada.

-¿Desde cuándo los venden?

-¿Yo en persona, o la tienda del señor Kemmings? Sólo llevo aquí desde mediados de enero. Unos ocho meses.

-Me refiero a la tienda, por supuesto.

-Bien, el *Emporio de los Animalitos Felices* los tiene desde que llegó el primer cargamento procedente de la Unión Soviética. Hará unos seis meses. La razón estriba en que el Secretario de Agricultura de Nixon, Hiram Berthelot, es oriundo de Woodbury, cerca de aquí, y quiso, en mi opinión, que las tiendas de animales de la región fueran las primeras en ofrecer a la venta los bichos.

-Las ventajas de tener amigos en las alturas.

-Supongo que sí. En cualquier caso, los neoyorquinos tuvieron que esperar uno o dos meses más que los habitantes de Atlanta para comprar los suyos.

La mujer alzó con elegancia las alas de su capa y se agachó ante un acuario. Apoyó la punta de un dedo sobre el cristal, a dos centímetros y medio de la cabeza, coronada por un mechón de color tostado, de un animal.

-Sé que no son osos, en realidad. ¿Qué son?

-Son cobayas, señora. -Cal tragó saliva-. Quiero decir, señorita.

Experimentó de nuevo la sensación de que la mujer estaba jugando con él. Una persona que no supiera nada de los osos Brezhnev era una persona que debía de haber naufragado en una isla ignota y permanecido en ella durante los últimos seis meses.

-¿Cobayas?

-Conejillos de Indias. A la mayoría de los científicos ya no les gusta llamarlos así. «Conejillo de Indias» tiene malas connotaciones.

-Pero si están desnudos, a excepción de los mechones. Los conejillos de Indias tienen pelo. Algunos tienen mucho pelo. Cuando era niña, una amiga mía tenía dos conejillos de Indias peruanos, y parecían bolas de chocolate, o de hilo color hollín. Tenía que esquilarlos cada mes para poder distinguir sus cabezas de sus patas.

-Estos conejillos de Indias, o cobayas, fueron criados especialmente para los laboratorios de investigación por científicos soviéticos, señorita. Por eso se les llama osos Brezhnev. Una especie de homenaje a la distensión y a los éxitos del Presidente Nixon en materia de política exterior.

Cal se detestó por escoger sus palabras con una cautela que nacía de la cobardía, pero esta dama, así como el tipo extraño que había entrado antes que ella, le había acojonado. Si perdía su empleo en la galería, cabía la posibilidad de que Lia dejara de rescatarle de sus impulsos suicidas. Ella no quería que su traslado a Georgia supusiera una repetición de antiguos problemas, sino un nuevo comienzo.

La mujer se incorporó, soltándose la capa al mismo tiempo.

-¿Por qué no tienen pelo?

-Para reducir la necesidad de cuidados. Por eso son tan adecuados para gente joven muy dedicada a su trabajo. Además, así se suprime el mal olor que desprenden los conejillos de Indias vulgares, y existe aún otra explicación. A causa de los intercambios culturales y tecnológicos que se efectúan actualmente con los soviéticos, era casi inevitable que el Secretario Berthelot ordenase importar algunos de esos cobayas comunistas calvos para los laboratorios norteamericanos.

-¿Y los mechones?

-Creo que es para embellecerlos. El Kremlin posee una especie que carece por completo de pelo. Por desgracia, repugna a la mayoría de la gente. Sin embargo, el aspecto de los osos Brezhnev da ganas de reír, despierta sentimientos protectores y anima a comprar un par para llevarlos a casa como animales de compañía, o como objetos que sirven de tema de conversación.

-¿O como símbolo del nivel social?

-También.

-Señor Pickford, ¿cree que soy el tipo de mujer que necesita símbolos de nivel social para reforzar su yo?

-No, señorita. Usted pidió verlos.

-Ya lo sé. Y voy a comprar un par, pero no por el nivel social, sino porque son bonitos. Para que me hagan compañía.

Seleccionó dos cobayas. Cal le enseñó algunos acuarios desocupados para que comprara uno..., junto con una bolsa de comida para conejillos de Indias, una botella de agua y un saco grande de astillas de cedro. La cuenta ascendió a 122 dólares, más impuestos. El señor Kemmings, radiante, permitió que Cal se encargara de teclear la cantidad en la caja.

A lo mejor averiguo su nombre ahora, pensó Cal. Daba por sentado que su clienta le tendería un talón o una tarjeta de crédito. Quería saber su nombre, en parte porque pensaba que se sentiría menos intimidado, y en parte porque tenía la curiosa sensación de que ya lo sabía.

Pero la mujer, en lugar de darle un talón o una tarjeta de crédito, pagó en metálico. Un billete de cien dólares, uno de veinte y uno de diez.

Cal le devolvió tres dólares y doce centavos, con cierta sensación de embarazo, o de haber sido burlado de una manera sutil. Observó, como siempre, que en los centavos estaba grabado el perfil de Richard Nixon, el único presidente que había alcanzado en vida ese honor. Los hombres del rey Ricardo no se habían apuntado ese tanto después de su retiro, sino durante el primer año de su tercer mandato. Ambas monedas eran de aquel año, 1977. A la izquierda de la efigie de RN se leía la palabra *libertad*, y había una *D* (por la casa de moneda de Denver) bajo su nariz parecida a una pista de tenis.

-¿Debo saber algo más sobre el cuidado de esos animales? -preguntó la mujer, guardándose el cambio.

-Les conviene una temperatura alta, alrededor de los veinte grados; de lo contrario, se resfrían y la diñan sobre las astillas.

(Un ripio digno de un capullo).

-No hay problema. Sin embargo, la temperatura exterior sólo es de catorce grados. ¿Cómo los transporto al coche?

Cal recordó que, por la mañana, un feroz viento en contra había zarandeado su *Dart* durante todo el trayecto hasta la galería. Los «osos» soportarían unos cuantos minutos en esas condiciones, desde luego, pero si uno de ellos era un poco débil, hasta la más breve exposición al frío amenazaría su vida. Y como el señor K. garantizaba la buena salud de sus animales hasta una semana después de la compra, cualquier oso Brezhnev que muriera durante aquel período significaría una pérdida de beneficios.

El jefe, sin embargo, tenía el radar puesto.

-Pickford le ayudará, señorita -dijo, dejando por un momento a los hámsteres y a los gerbos para

acercarse a ellos-. Suba al coche y vaya por la parte de atrás. Aparque frente a una puerta de servicio señalada con el nombre del establecimiento. Nosotros trasladaremos sus compras.

¿Nosotros? ¿Qué coño significaba el nosotros? El señor K. tenía cincuenta y ocho años, que igual podían ser ochenta y cinco, un corazón birrioso y un asma crónico. Cal no esperaba de él que transportara pesadas cargas hasta los automóviles de los clientes, pero le ofendía su uso de ese «nosotros» mayestático, casi tanto como le ofendía ver el careto de un hombre vivo en las monedas de curso legal del reino.

Al salir, después de pasar a duras penas por la puerta, cargado con un acuario por el que corrían como locos dos asustados osos Brezhnev, Cal se encontró ante un enorme *Cadillac* de color rojo oscuro. Intentó mantener una expresión imperturbable en el rostro mientras depositaba la jaula sobre el asiento tapizado en piel e introducía todo lo demás en el maletero del *Fleetwood*.

-¿Le gusta mi coche?

-No gano para pagarme la gasolina, ni mucho menos el seguro.

-¿Por qué un hombre atractivo de su edad (¿alrededor de los treinta?) no ha encontrado un trabajo más interesante, más lucrativo? -Hizo un ademán significativo en dirección a la tienda de animales-. ¿Ha tenido alguna vez problemas con las autoridades?

El viento que agitaba la sudada camisa de Cal le heló la sangre en las venas.

-No, señora... Quiero decir, *señorita*. Es que me gustan los animales.

-Ah.

-Pero mi mujer es psicóloga -barbotó Cal.

-Debe de ser muy práctico para usted. ¿Dónde tiene la consulta?

-En Warm Springs. Gracias a Dios, su hermano es el propietario del despacho, y no tenemos que pagar alquiler. Mi mujer se llama Lia. Doctora Lia Bonner.

-Me alegra saberlo. -La mujer, sonriendo, se quitó las gafas de sol. Brillantes ojos azules, de iris caracterizados por una fría falta de profundidad. ¿Lentillas de color?-. Me *alegra* mucho saberlo.

Se volvió a poner las gafas, dio a Cal una propina de cinco dólares, entró en el *Cadillac* y se alejó de la parte posterior de las galerías para adentrarse en una densa zona crepuscular de niebla o bruma. Un momento después, otro coche, un *Plymouth* último modelo, siguió al *Cadillac* hasta desaparecer en la misma oscuridad espectral.

Al menos, ella tiene sus osos Brezhnev, pensó Cal. Lo único que tengo yo es mi terror indefinido...

Librodot

2

La doctora Lia Bonner estaba sentada en su despacho de Warm Springs, esperando a que entraran los clientes. Ya tenía diez o doce, incluyendo algunos que le habían derivado médicos del hospital del condado y del centro de rehabilitación Roosevelt/Warm Springs, pero a menos que le llegaran pacientes del anillo industrial (Milikin, Goody, Georgia Pacific), no podría sacar adelante el consultorio.

Al fin y al cabo, sólo recibía a los pacientes una vez por semana, como máximo, y las sesiones no duraban más de una hora. Doce clientes no bastaban para dedicar todas las horas de cada día a la práctica de la psiquiatría. Durante las tres últimas semanas, Lia había pasado la mayor parte del tiempo haciendo llamadas telefónicas, visitando a los comerciantes y fabricantes que tal vez algún día la dejarían atender a sus empleados desequilibrados, y ahuyentando a vendedores ambulantes que querían endosarle divanes, archivadores y ordenadores.

Si apenas me llega para comprarle comida a mi perro Vikingo, deseaba gritarles, ¿cómo voy a justificar setenta y cinco dólares por un protector de plástico para el suelo?

Cal había insistido en que abandonar Colorado era una equivocación. Tenía un trabajo fijo, aunque no muy lucrativo, en el rancho que Arvill Rudd poseía cerca de Gardner, más arriba de Walsenburg, y Lia se las apañaba con los pacientes que atendía en una casa alquilada próxima al hospital de Walsenburg. Sin embargo, cuando el padre de la joven murió al colisionar con un camión cargado de troncos en la autopista West Point del condado de Harris (Georgia), un accidente en el que su madre también resultó gravemente herida, Lia, más nostálgica que nunca de su hogar, dijo a Cal que había llegado la hora de trasladarse al sur.

-¿Qué coño vamos a hacer en Georgia, Lia?

-Abriré una nueva consulta y tú encontrarás un trabajo. Lo único que nos retiene aquí son tecnicismos legales.

-Pero yo *nací aquí*, Lia. Esta tierra me viene como anillo al dedo. Y ya *tengo* un trabajo.

-De acuerdo, pero yo nací en Georgia y ésa es la tierra que a *mí* me viene como anillo al dedo. Hemos vivido en el Condado de Marlboro desde que nos casamos. Hubiera sido absurdo oponerse, teniendo en cuenta el Decreto de Restricciones a los Viajes, pero ahora te toca a ti seguirme a donde yo vaya.

-Pero tú viniste porque te dio la gana, y yo nunca he puesto el pie en Dixie[2].

-Cal, mi padre ha muerto y mi madre ha quedado inválida. Quiero estar con ella. Deberías comprender mis sentimientos. Ya sabes lo que es perder a los seres queridos.

-Lo superarás, Lia -replicó Cal, cansado.

-¡Ja! Menuda ironía. Esa es una de las cosas que más claramente *no has* superado.

-Lia... (previniéndola).

-Cal, tendrías que aprovechar mis conocimientos. Deberías sentarte y hablarme de ello. Yo podría echarte una mano.

Cal había esquivado sus argumentaciones.

-Nunca me convertiré en un georgiano. No soy un sureño, sino un vaquero.

Vaquero o no, hoy era un sureño, y Lia sentía una punzada de culpabilidad siempre que iba a buscarle a West Georgia Commons y le veía perdiendo el tiempo en el *Emporio de los Animalitos Felices* con un saco de astillas de cedro o un secador para sus inquietos osos Brezhnev. Era algo muy distinto de cargar heno para Arvill Rudd o de ayudar a parir terneros, durante las frías noches de febrero con los brazos hundidos hasta los codos en la vagina de una vaca agotada. El polvo del forraje; las secreciones cálidas de un nuevo ser.

Cal había amado todo aquello, y a veces se preguntaba si había sido egoísta cuando veía a su marido tratando con deferencia servil a los clientes o dando de comer a los periquitos. Después, recordaba que había vivido en Gardner durante cinco años y que su madre estaba en el hospital de Warm Springs, confinada en la cama o en una silla de ruedas, y llegaba a la conclusión de que sólo había hecho lo que la decencia más elemental exigía.

[2] Apelativo con que se denomina a los Estados de la Confederación y, por extensión, del Sur. *(N. del T.)*

Exactamente, pensó Lia. Y Cal ya se está acostumbrando.

Sin embargo, lo que por fin le había permitido convencer a Cal era el hecho de que el Decreto de Restricciones a los Viajes Internos (aprobado en 1971, sobre todo para controlar a quienes protestaban contra la guerra, pero que continuaba vigente ocho años después de la victoria en Vietnam) facultaba a los residentes de un Estado viajar a otro, o cambiar la residencia en un Estado de manera permanente, sólo bajo condiciones muy estrictas.

Quienes gozaban de mayor libertad para desplazarse eran los políticos de fama nacional, los hombres de negocios con influencias (en especial si mantenían rebosantes las arcas de las campañas republicanas), los atletas profesionales de las ligas mayores, los camioneros registrados, los funcionarios federales destinados en el Ejército, correos o los servicios de inteligencia internos, y los artistas autorizados por el Congreso. A los músicos de *rock* y a los cantantes de *folk* les costaba bastante obtener la autorización, y cuando Pete Seeger, Bob Dylan y Joan Baez, junto con otras grandes figuras de la contracultura *folk-rock* desaparecieron del mapa durante un único período de ocho meses, en 1973, sólo los tontos del culo y los lacayos pagados por la Administración intentaron atribuir sus respectivas desapariciones a una «coincidencia».

En cualquier caso, era preciso un buen «enchufe» con los poderes fácticos para viajar libremente por los Estados Unidos del rey Ricardo, y casi todos los «enanos» (gente corriente empleada en trabajos civiles) sólo podían trasladarse de un Estado a otro si cumplían los criterios exigidos para ser eximidos del Decreto de Restricciones a los Viajes Internos.

Estos criterios eran de tipo mercantil, educativo o «humanitario». Lia, becada en un colegio de Warm Springs recomendado por un tío paterno, se sabía de memoria las categorías. Después de todo, al casarse con Cal y establecerse con él en Gardner (Colorado) se había desvinculado de Georgia para siempre, a menos que, por supuesto, se presentara una exención humanitaria.

Bien, la muerte de un familiar inmediato era motivo de exención, pero sólo tenía efecto durante dos semanas después del fallecimiento, y convenía actuar con rapidez. Si, por ejemplo, alguien quería solicitar la residencia en el Estado donde se celebraría el funeral, necesitaba presentar a las autoridades causas bien fundadas. Heredar una granja o un negocio bastaba casi siempre, pero también servía demostrar que el consorte o un hijo de la persona fallecida precisaba de los cuidados del solicitante. Lia agradecía a Dios el que ella cumpliera estos requisitos, al tiempo que le censuraba por arrebatarle a su padre y dejar inválida a su madre.

Y ya estaba en Georgia, con Cal a remolque. Lograrlo había costado un sinfín de trámites burocráticos, y tirar de las cuerdas de todo un teatro de marionetas para demostrar su valía como profesional. Por eso Cal había empezado a trabajar antes que ella. Había tenido que acosar a su representante estatal en LaGrange, escribir cartas al Gobernador y aprovechar la amistad de su hermano Jeff con un juez federal para conseguirlo, y todo porque había obtenido sus credenciales profesionales en otro Estado. ¿Había valido la pena? El letrero de su consulta no era más que un letrero, y el simple hecho de colgarlo no garantizaba una clientela o un medio de subsistencia.

No puedo creerlo, pensó Lia. Me las ví y me las deseé para volver a casa, y ahora, suprema ironía, añoro el condado de Huérfano y mi ruinoso despacho de Walsenburg.

No se lo digas a Cal, se aconsejó. Contestará «Dios mío, Lia, no serías feliz ni en el cielo», si es que algún lugar de este país se parece remotamente a esas Grandes Praderas metafísicas.

Y si *en verdad* has vuelto a pensar en las Montañas Rocosas de Cal como en tu hogar, cosa que no has hecho, ni por asomo, es que Thomas Wolf tenía razón: «Ya no puedes volver a casa». No, no puedes. Intenta revocar una exención ya ejecutada al Decreto RVI y verás...

Lia se levantó y caminó hacia la ventana, que daba a la truncada calle principal de Warm Springs. Costaba creer que el Presidente Roosevelt hubiera visitado esta ciudad de forma regular. Venía en primavera, por supuesto, buscando alivio para el dolor que le causaba su parálisis. Y hoy, apenas a un kilómetro de distancia, existe la Pequeña Casa Blanca, donde residía durante sus estancias. Le pagas tres dólares al vigilante por la visita y echas un vistazo a las fotografías, las boquillas y la colección de bastones de FDR[3]. Lo hice de niña, cuando no era tan caro, y en verano casi siempre se congregaban multitudes.

Eso es precisamente lo que hoy necesito: multitudes. Turistas aquejados de neurosis y psicosis; algunos problemas que analizar y exorcizar.

Lia lanzó una carcajada. Casi todo el turismo estatal de hoy en día era interior; patanes de poca monta. Un tío tenía que padecer problemas mentales reales para intentar conseguir una exención de la

[3] Franklin Delano Roosevelt. *(N. del T.)*

Librodot

RVI y desplazarse desde Nueva Inglaterra o la Costa Oeste para visitar la Pequeña Casa Blanca de FDR, incluidas visitas facultativas al lago West Point y los Jardines Callaway. Tal vez si eras rico y poderoso, o conocías gente. De lo contrario, olvídalo. Sería igual que planear un viaje al cráter Censorinus en el próximo viaje espacial de la NASA. Las posibilidades de pasar las vacaciones fuera del Estado eran las mismas de conseguir una plaza en esa nave con rumbo a Von Braunville, la base lunar de los Estados Unidos.

Lia volvió al escritorio, sacó una baraja del cajón y se puso a hacer solitarios.

-Doctora Bonner -dijo la señorita Bledsoe, la joven secretaria negra de Lia-, tiene una visita.

Lia hizo desaparecer sus gastadas cartas.

-Me has asustado, Shawanda. Creía que habías salido a buscar el correo.

-Hace rato que he vuelto. ¿Quiere recibir a esta persona?

-¿Quién es? ¿Había venido con anterioridad?

-No, señora. La verdad es que no sé quién es. Lo único que ha dicho es que quería ver a un médico.

-¿Sabe la *clase* de médico que soy, Shawanda?

Lia se mostraba cautelosa porque Shawanda dejaba entrar a cualquiera que afirmara estar relacionado con Lia: vendedores de artículos de oficina, representantes de sectas religiosas y, en dos ocasiones, miembros de su propia familia, acicateados por la curiosidad.

-Dice que necesita un «médico de la cabeza», señora.

-¿Le has indicado que llene los impresos? Ya sé que necesitamos clientes, pero no hemos llegado al extremo de cazar a cualquiera que pase por la calle.

-Sí, señora.

-¿«Sí, señora, ha llenado los impresos» o «sí, señora, estoy de acuerdo con usted»?

-No ha cogido ningún impreso.

-¿Por qué no, Shawanda?

Lia intentó disimular su exasperación. Sabía que debía llamar a su secretaria «señorita Bledsoe» en lugar de Shawanda, pero la joven, en realidad una adolescente de dieciocho o diecinueve años, tenía un aspecto tan travieso y unos gestos y hábitos de trabajo tan inmaduros que a Lia le resultaba imposible mantener una apariencia de formalidad.

Además, Shawanda se le confiaba espontáneamente de vez en cuando, y Lia la había contratado no sólo porque podía pagarle el salario mínimo, una necesidad perentoria en este momento, sino porque Shawanda era la nieta de la mujer que había sido cocinera de los padres de Lia desde finales de los cuarenta a mediados de los sesenta. Shawanda se había graduado en la escuela secundaria del Condado de Harris el pasado junio, y tenía buenos conocimientos de ciencias sociales, matemáticas y clarinete. Debía mejorar su ortografía, y su dominio del inglés guardaba estrecha relación con su talante y sus oyentes. Como la Universidad de Georgia admitía cada año un cupo de negros basado en el porcentaje que alcanzaban en el total de la nación, la muchacha no había podido matricularse. Si Lia no le hubiera ofrecido trabajo de secretaria, sólo habría encontrado empleos relacionados con el servicio doméstico.

-¿Señora?

-Te he preguntado por qué esa persona no había llenado los impresos.

-Me parece que no sabe escribir, doctora Bonner.

Lia se puso en pie.

-¿Se trata de una persona adulta, Shawanda?

Temía que el posible cliente fuera un niño o un negro pobre. Lia confiaba en que no fuera así, no porque le disgustara tratar a niños o a negros, sino porque el visitante dispondría de recursos limitados y ella no estaba dispuesta a repartir caridad eternamente.

-Le aseguro que es una persona adulta, doctora Bonner. De hecho, es un hombre adulto. Un adulto *blanco*. Con barba.

-¿Tiene aspecto de vagabundo?

-No lleva el traje de los domingos, pero ignoro si eso significa que es un vagabundo.

-¿Y no sabe escribir?

-Tampoco lo sé, pero estoy convencida de que no va a escribir nada. Apartó los papeles a un lado y dijo «quiero ver al médico».

Jesús, pensó Lia. Tendría que acercarme a la puerta y echarle un vistazo, pero aunque pareciera

Librodot

el último de los pelagatos, oliendo a alcantarilla y a ropa sucia, podría ser tan rico como ese pirado de Howard Hughes. ¿Osaría rechazar a Howard Hughes? Abundando en el tema, ¿osaría rechazar a un tío calzado con zapatos rotos? No. No, si quiero comer.

-Hazle entrar, Shawanda.

Shawanda -atractivamente delgaducha- salió a decirle al segundo cliente del día que sí, el doctor le iba a recibir.

El hombre remoloneó junto al umbral de la puerta, como si no tuviera más ganas de entrar en el despacho de Lia que ella de recibir a un vagabundo que no podía pagarle. Un detalle tranquilizador. Si *él* recelaba de *ella*, entonces no se trataba de alguien que trataba de gorronear terapia por el puro placer de gorronear terapia. Tenía principios. Lia columbró una débil esperanza.

-¿Cómo está usted? -dijo, sentada de nuevo ante el escritorio-. ¿En qué puedo ayudarle?

-Me gustaría saber si tiene una cafetera.

-¿Una cafetera?

-Sí -rió su cliente-. Uno de esos artilugios que llevan filtro de papel, o incluso un aparato antiguo. Ah, ya veo que tiene un modelo moderno, con filtro de papel.

Oh, oh. Tal vez sólo aceptara terapia gratis de psicólogos que tuvieran cafeteras presentables. ¿Lo sería la suya?

Lia le indicó con un ademán el diván situado frente al escritorio, una confortable obra de arte que había comprado a plazos. El hombre vestía de manera informal, pero no con desaliño. Aparentaba haber rebasado la barrera de los cincuenta años. Tenía la frente alta, una barba salpicada de gris bien cuidada y ojos melancólicos o amenazadores, según se reflejaba la luz en ellos. Sobre todo tristes, decidió Lia, con incongruentes arrugas risueñas en los bordes y cierta alegría, también incongruente, cercando las comisuras de su boca algo gruesa. ¿Cómo se lo iba a montar con ese tío?

Andrajosamente distinguido, pensó Lia. Eso es: andrajosamente distinguido.

-Yo haré el café -dijo el hombre, acercándose a la mesa sobre la que descansaba la cafetera automática-. Ya veo que tiene todos los ingredientes necesarios. Una jarra con H_2O, un paquete de *Brim*..., ¡por el amor de Dios, señora, esa maldita variedad descafeinada!, y una caja de filtros.

Agitó un filtro en su dirección. A Lia le recordó la toca de una niña monja. La cafetera, que había pertenecido a Jeff y necesitaba un buen lavado con vinagre, arrojó humo, emitió curiosos resoplidos y vertió el aromático líquido marrón en la jarra *silex*.

-Espero que no le importe -dijo el hombre, sentándose en el diván. Las ojeras y los movimientos precisos de su cuerpo sugerían que en otro tiempo había pesado más que ahora-. Señorita, el café descafeinado es tan absurdo como un whisky escocés sin alcohol.

-Me gusta el sabor. No me gusta el efecto.

-Me gusta el efecto. No me gusta el sabor. Si aplicara la misma lógica al sexo, más le valdría hacer abdominales frente a un espejo.

Lia parpadeó. ¿Quién es este personaje?, se preguntó. No era el típico maniacodepresivo. Y si *era* un maniacodepresivo, le había pillado en plena curva ascendente, soltando frases brillantes y provocándola con su encanto taciturno. Un maniaco-depresivo *atípico*.

-Un par de preguntas -dijo Lia, recobrando la serenidad-. ¿Cómo se llama? ¿En qué puedo ayudarle?

-En respuesta a su primera pregunta, no sé mi nombre y no estoy seguro de quién soy.

-¿Qué?

-Creo que estoy sufriendo un brote agudo de amnesia... Amnesia radical. Sólo que esta vez es como si estuviera muerto para la persona que suelo ser, o que solía ser.

Dios mío, pensó Lia. Esperas un cliente y te encuentras con un tío tan liado que te da miedo. Amnesia, cuando esperabas a alguien con un trastorno menor de la personalidad.

Lia se removió en su silla. Casi podía oír a Cal diciéndole: «Dios mío, tía, no serías feliz ni en el cielo».

-...y por eso he venido a verla -estaba diciendo el hombre-. Para que me ayude. Y para ayudarla, contestando a una plegaria que usted tal vez sólo consideró un deseo idiota. -Miró la cafetera-. Escuche ese trasto. Le juro por Dios que suena como la víctima de un enfisema. -Sacó un pañuelo hecho una bola del bolsillo de su chaqueta *Members Only* y se secó la frente-. Me encanta el café..., el *auténtico* café. Necesito beberlo. Prepararlo, sin embargo, puede aterrorizarme. Todos esos malditos resoplidos y resuellos.

-Esa cafetera me la han prestado. Es antigua. Es imposible que provoque angustia.

-Sólo café, ¿hum? Escuche, la mayoría de los buenos terapeutas saben que casi todo es susceptible de provocar ansiedad.

Lia cerró las rodillas sobre sus manos por debajo del escritorio.

-Perdóneme. Tiene razón, pero eso no es más que una cafetera, y usted se encuentra a salvo aquí.

La cuestión es ¿me encuentro yo a salvo aquí? Pareces muy respetable, incluso amable, pero tu gambito de apertura, *¡amnesia!*, me pilló desprevenida. ¿Guardas más trucos como ése en tu pulcra barba?

-Si realmente sufre amnesia -dijo Lia en voz alta-, es preciso realizar un examen médico exhaustivo. Hay un hospital a poca distancia de aquí.

-Doctora, no se puede rezar para conseguir clientes y después sacudírselos de encima, enviándolos a otra persona.

-Soy psicóloga, no psiquiatra. Usted necesita consultar con alguien que posea conocimientos de medicina. La amnesia suele tener una causa física... Casi siempre, de hecho.

-La mía, no. La mía es un mecanismo para soslayar todo aquello que me causa dolor auténtico y no tener que vérmelas con ello.

-Le agradezco que haya pensado en mí para llevar su caso. Debió de adivinar por las muchedumbres que se apretujan en mi sala de espera que estoy de trabajo hasta las cejas. Sin embargo, soy fiel a ciertos principios.

El hombre tendido en el diván con las manos enlazadas sobre el estómago se limitó a mirarla. Como si se estuviera divirtiendo, pensó Lia.

-Además, si usted sabe que su amnesia es un mecanismo para soslayar el sufrimiento psíquico -le acusó Lia-, es probable que no se trate de amnesia radical. Es un recuerdo que proviene de su personalidad anterior.

-Si se tratara de amnesia total, doctora, no estaría aquí, sino tirado en una esquina, yaciendo en posición fetal.

-Y sabiendo que es víctima de ataques de amnesia, ¿qué tenía en mente cuando entró en mi consulta?

-Gracias -rió el hombre-. Acaba de reconocer que poseo una mente, y se lo agradezco.

-Ni tanto ni tan calvo -dijo Lia, sorprendiéndose.

¿De dónde había sacado aquella expresión digna de un gnomo?

-Lo que tenía en mente era lo siguiente, doctora: contestar a sus rezos y ayudarme a mí mismo. Usted puede ayudarme a realizar ambas cosas mostrándome el camino a la anamnesis.

-¿Anamnesis?

Cada vez más curioso, pensó Lia.

-Literalmente, la pérdida de la amnesia. La salvación mediante el conocimiento, o gnosis. Platón, como sin duda recordará, consideraba que aprender era una simple forma de recordar.

-¿Y usted quiere que yo le ayude a recordar su vida para averiguar quién es? ¿Es eso?

-La mitad, diría yo. La otra mitad es más difícil.

-¿Más difícil que curar su amnesia, o, para utilizar sus términos, guiarle hacia la anamnesis?

-*Exactamente, señorita hermosa*[4].

Quizá pueda ayudarle, reflexionó Lia, sacando la manos de entre sus rodillas y posándolas sobre la libreta que había encima del escritorio, como expresando su simpatía hacia esa extraña persona. Quizá pueda. Y necesito hacerlo, si algún día quiero llamarme psicóloga y vivir de ello. No puedo obligarle a ir al hospital si no quiere, y tampoco sería ético sacármelo de encima si de verdad quiere que le trate. ¿Tendrá dinero? ¿Soy una cabrona por preguntarme si tiene dinero?

-Espero que no piense mal de mí -dijo Lia, decidiéndose-, pero necesitaría saber si usted puede *permitirse* la terapia.

-No pienso mal de usted. El dinero es un hecho de la vida. También es un hecho de la muerte, me parece.

Lia esperó. No le he ofendido, pensó, pero ¿qué querrá decir el aforismo con que me ha respondido?

-En otro tiempo -dijo el hombre, moviéndose en el diván para introducir la mano en el bolsillo del pantalón-, el dinero constituía el principal problema de mi vida. *Eso* no puedo olvidarlo. Hoy, sin embargo, parece que estoy forrado.

[4] En castellano en el original. *(N. del T.)*

Tiró la cartera a Lia. Se deslizó sobre la libreta. Rebosaba de billetes de diverso valor. Lia no necesitó cogerla para saber que su cliente (colocar un posesivo antes de «cliente» ya no parecía una estupidez) estaba más que «forrado»: era lo más cercano al tío Güito que había visto en su vida. No obstante, resultaba humillante que le arrojaran un billetero como si fuera un perro esperando una costilla de cerdo sobrante.

Después, cogió la cartera y tuvo una idea.

-Espere un momento. ¿No contendrá algún documento de identidad? ¿El permiso de conducir, tarjetas de crédito, algo que induzca, hum, la anamnesis?

-No, señorita. Sólo dinero. Adelante, eche un vistazo.

«Cada vez más curioso» había sido una expresión insuficiente, se dijo Lia, al comprobar que la cartera no contenía tarjetas de crédito, fotografías, ni tan siquiera un carnet de biblioteca. Sólo dinero.

-¿De dónde ha sacado todo eso? -preguntó.

-No estoy seguro. De todos modos, no la robé del fondo para gastos menores de la *General Dynamics*. Tengo la peregrina idea de que es, bueno, *dinero kármico*, o sea, el que habría ganado en un mundo perfecto si Dios u otro observador verdadero hubiera traducido mis esfuerzos espirituales en..., ¿qué?, moneda de curso legal. Claro que no son monedas, ¿eh? Pasta gansa.

Lanzó una carcajada.

Lia dejó el billetero y se secó las manos en la falda. ¿Qué está pasando? ¿Qué coño está ocurriendo en mi despacho esta mañana?

-¿Y bien? -dijo el hombre.

-Y bien, ¿qué?

-¿Cree que hay suficiente para invitarme a una taza de café? Aunque está castrado, quiero decir, descafeinado, al menos es bebible.

Volvió a reír; una carcajada sucinta, casi maniaca.

-Hay de sobra -contestó Lia-. Tendré el placer de tratarle.

3

-¿Por qué no limpia la última jaula y se permite el lujo de una comida temprana? -dijo el señor Kemmings cuando Cal volvió a entrar.

Ya eran las once y media. Cal tardaba unos veinte minutos en limpiar un acuario, si lo frotaba a conciencia, bañaba a los «osos» con agua caliente y jabón, y secaba a los bichos con un secador. Gracias a Dios, sólo precisaban de tales cuidados una vez a la semana. De todos modos, la comida «temprana» de hoy sólo le concedería diez minutos extra. ¡Inconmensurable! La generosidad del señor Kemmings le partía el corazón.

Pero el señor K. sabía qué hora era.

-Tómese toda la hora -dijo-. Se la merece. Manejó bien a esa dama, Pickford. Yo se la endosé a usted. Me dio miedo atenderla, pero usted aceptó el reto y consiguió una venta estupenda. Una venta excelente.

-Sí, señor. Pensé que tendría suerte si le vendía un par de ratones blancos.

-¿Ratones blancos?

-Claro. Al verla, supuse que se los llevaría a casa para comérselos, como *Mi Mejor Estrangulador*.

El señor Kemmings rió. Mi Mejor Estrangulador era la boa constrictor *del Emporio de los Animalitos Felices*. Era gratificante escuchar al señor K. lanzar una auténtica carcajada. No era un mal tipo, sólo el típico calvinista fanático que Cal, dejando aparte su nombre, nunca sería. Ética de Trabajo Protestante en toda la regla; así aplicaba el señor K. el «ganarás el pan con el sudor de tu frente».

-¿Por qué se asustó? ¿Sabe quién es? -preguntó Cal.

-No sé cómo se llama, pero me pareció conocerla. Pienso que fue eso lo que me puso los pelos de punta.

-Creo que tiene dinero a punta pala, señor Kemmings. Debería haber visto su coche.

Sin mencionar, añadió en silencio, al gorila siniestro que entró antes que ella.

-¿Se fijó en la matrícula del coche?

-No, estaba demasiado... -Cal se interrumpió. ¿Es que no había metido en el maletero del *Cadillac* un saco de astillas de cedro que pesaba cinco kilos? Claro que sí. Entonces, poco a poco, se formó en su mente la imagen de la placa-. Era una matrícula federal -dijo, interpretando esta visión-. No era una matrícula de Georgia, sino que llevaba, hum, un símbolo o emblema gubernamental.

Sus temores resucitaron con más intensidad que antes, aumentados en progresión geométrica por el hecho de que el señor K. y él habían encontrado una base empírica de su malestar.

-¿Piensa que era del FBI? -preguntó Cal-. ¿Una Allanadora de Nixon?

-Los agentes no se van anunciando. Sería una imbecilidad.

-Entonces, ¿qué?

-No lo sé. Quizá sea la mujer de algún pez gordo. Quizá alguien relacionado con Fort Benning, en Columbus. Hasta los peces gordos y sus familias tienen que vivir. Es probable que, a veces, vayan de compras como la gente normal. Su visita no tiene por qué ponernos tan nerviosos.

-Tampoco tiene por qué *no* ser ese tipo de visita. ¿Por qué estamos tan acojonados?

-Quizá trabaje para una agencia federal. Quizá vino a efectuar una inspección secreta, para averiguar si cumplíamos las normas federales sobre el control de la psitacosis,[5] o algo así.

-Señor Kemmings, ni siquiera se fijó en los periquitos, o en los guacamayos, o en ninguna otra especie de pájaro. Su visita no tuvo nada que ver con la psitacosis.

-Tal vez no. Si fue una visita oficial y fallamos, ya nos enteraremos, y no hay nada que podamos hacer hasta ese momento.

-Sí, señor.

-Voy a dar de comer a Mi Mejor Estrangulador. La última vez que comió fue hace dos días, y ya está inquietándose.

Cal se preguntó cómo aguantaba este viejo bondadoso ver a la boa constrictor introducir en su buche alargado a los bonitos ratones blancos que la alimentaban. Los devoraba vivos, por supuesto, y

[5] Enfermedad contagiosa de los pájaros. *(N. del T.)*

Librodot

el nerviosismo paranoico que el señor K. y él sentían tras la partida de su visitante no era nada comparado con el terror de los ratones que el señor K. metía en la jaula de Estrangulador. Cal cerró los ojos y apretó los puños.

-Me gustaría que esperase hasta que me vaya a comer -dijo.

-No me costaría nada -reconoció el señor K.-, pero ocurrirá lo mismo, tanto si está usted aquí como en otra parte.

El señor Kemmings ya estaba sacando de su jaula a una de las inminentes víctimas de la serpiente, un ratoncito de ojos rosados y pelaje de color idéntico a las crías de foca. Cal tuvo una visión fugaz de su jefe, ataviado con botas de piel de caribú y un abrigo esquimal, lanzando un *Louisville Slugger* contra el cráneo de una de estas focas de ojos inocentes. Entretanto, la madre de la cría profirió una protesta, y manchas de sangre, procedentes de ésta y otras matanzas cercanas, tiñeron de rojo el hielo. Tan vivida fue la imagen que una ráfaga de aire ártico barrió la tienda, lamiendo los huesos de Cal y blanqueando sus nudillos.

Calma, pensó. Hoy, Calvin, ninguna de tus reacciones guarda proporción con el estímulo que las desencadena. Abrió los puños y trató de eliminar la rigidez de sus dedos.

El señor Kemmings nunca mataría a una foca. De joven, según había averiguado Cal por recuerdos de su jefe, el señor K. había abierto una pequeña fábrica en Pine Mountain a finales de la Segunda Guerra Mundial, en la que no había servido por culpa de un soplo cardíaco. La fábrica producía calcetines a rombos hechos a mano y proporcionaba empleo a ocho o doce personas del pueblo. El negocio había prosperado hasta que un hombre de Athens (Georgia) inventó un procedimiento automático para fabricar los calcetines, y los trabajadores del señor K. no pudieron igualar la producción de su competidor. La fábrica de Pine Mountain había cerrado en 1956 o 1957.

-Lo que me supo peor no fue ser desbancado por un tipo más listo que yo -dijo el señor K. a Cal-, sino dejar sin trabajo a toda aquella buena gente que dependía de mí para su subsistencia.

-¿Qué hicieron?

-Buscaron empleo en otra parte. Yo también. Por fin, encontré un trabajo aquí, en el Condado de Troup, administrando unos programas sociales, del 58 al 76, y así conseguí sacar adelante a la familia. Podría haber continuado durante treinta años y obtenido una pensión mayor, pero cuando Nixon ganó las elecciones por tercera vez consecutiva opté por la jubilación anticipada. Cuando construyeron West Georgia Commons, me llevé la concesión de *Animalitos Felices* por pura chiripa, y me alegro.

Lo cual te permite alimentar a Mi Mejor Estrangulador con crías de foca, quiero decir, ratones blancos, pensó Cal, pero no estaba siendo justo. ¿Cómo podía criticar a un hombre que se preocupaba tanto por los demás y que cada día se ponía para ir a trabajar un par diferente de calcetines a rombos de los fabricados en su ya fenecida fábrica? Se trataba de calcetines muy pasados de moda, pero hechos con tal esmero que un hombre se los podía poner para ir a trabajar tres décadas después de su manufactura.

El señor Kemmings introdujo al ratón en la prisión de cristal de Mi Mejor Estrangulador. Cal se dispuso a volver con los conejillos de Indias, pero su jefe le detuvo. Cal miró de soslayo al roedor, que corría de un lado a otro de la jaula, apretujándose contra un extremo. La boa alzó su enorme cabeza, chasqueó la lengua, desenrolló el segmento delantero de sus dos metros y medio de cuerpo y aflojó la mandíbula para engullir a su peludo almuerzo. Los sencillos movimientos de la boa llevaban implícita una amenaza tal que Cal empezó a imaginar la situación desde el punto de vista del ratón. Miedo al cuadrado. Terror al cubo.

-Jesús. No sé cómo puede hacer eso, señor Kemmings.

-Mi Mejor Estrangulador depende de mí. Si no lo hiciera, moriría.

-¿No podría conformarse con yogur, guisantes o algo por el estilo?

-Lo dudo mucho.

-Hasta comida de perro enlatada ha de ser mejor que esto.

-Para usted, sí, Pickford, pero no para Estrangulador.

El señor K. estaba bloqueando el camino de Cal a la trastienda, y el roedor, tembloroso desde el hocico a la punta de la cola, se erguía sobre tres patas ante la boa, con una delantera alzada ante sí, y sus ojillos rojos brillaban como cerillas encendidas. Estrangulador, que balanceaba con frialdad su segmento delantero, estaba hipnotizando a Mickey, aunque también cabía la posibilidad de que un mecanismo de defensa interno, una secular gentileza de los genes que las crisis activaban, estuviera hipnotizando al ratón.

El miedo de Cal también era palpable a estas alturas

-Señor Kemmings...

-¿Por qué no podemos apiadarnos de los bichos que reptan? Les colgamos el sambenito de malvados. Los interpretamos alegóricamente como herramientas satánicas. Y encima los insultamos por comportarse como la naturaleza los ha hecho.

-No hay olor más repugnante que el de una serpiente, señor Kemmings.

-Pero uno se acostumbra a los olores, Pickford.

-Quizá, pero entre algún día en una jaula de monos. El olor es fuerte, pero al menos es de mamífero.

-Eso son prejuicios absurdos, carentes de base.

-Creo que mi nariz y mis tripas desbancan al cerebro en este caso, señor Kemmings.

Cal miró al suelo y examinó el contorno irregular de las baldosas. Sabía que Mi Mejor Estrangulador había atrapado y engullido a Mickey, a juzgar por los golpes contra el cristal, y no tenía el menor deseo de ver a la serpiente devorar peristálticamente al ratón mientras empujaba al bulto paralizado hacia su sistema digestivo.

-Estrangulador se limita a comportarse de acuerdo con el plan. Necesita carne fresca. De lo contrario, se debilita, se arrolla y muere. Es absurdo odiar a un animal porque se comporta a tenor de lo que dicta la naturaleza. Es algo que te degrada a ti y al objeto de tu encono. Ha de superar estos sentimientos y sentirse solidario con la conducta natural que antes consideraba vil y odiosa. Estrangulador no perjudica al mundo de una forma arbitraria. En cierto sentido, es un recluso modelo de nuestra cárcel mortal. Sólo se mueve cuando el hambre lo azuza a ello. El resto del tiempo lo pasa durmiendo, sin hacer daño a nadie, soñando con... Bien, ¿quién sabe?

-¿Y los ratones que mata cuando está despierto?

-Al menos, sirven a una buena causa. Mueren para dar más vida... Es la única manera de enfocarlo.

-Si es aficionado a la vida escamosa y reptilínea.

El señor K. rió, pese a sus reservas.

-Veo que su odio hacia las serpientes es incorregible, Pickford. Las he defendido hasta darle dolor de cabeza, y usted se ha perdido su comida anticipada. Ya puede marcharse. Limpie esa última caja después de comer. Tómese una hora.

Pero Cal se negó, declarando que disfrutaría más de su bocadillo de ratón, bueno, de su *Chick-Fil-A*, si terminaba lo que había empezado. Dicho esto, se dirigió a sus ocupaciones, dejando que el señor K. pescara otra víctima para Mi Mejor Estrangulador, mientras la boa chasqueaba la lengua, relamiéndose de placer ante el inminente postre.

Tenía que tirar las astillas de cedro sembradas de cacas y mojadas de pipí al contenedor *Dempsy* que había detrás de la tienda. Cal las introdujo en un viejo saco, que cargó al hombro y arrojó dentro del contenedor color caqui. Luego regresó para desprender las hojas de periódico húmedas que cubrían el suelo del acuario. Detestaba quitarlas. El hedor a orina se concentraba más en el papel que en las astillas, y las hojas casi siempre se le pegaban a las manos, dejándole la marca de borrosos titulares y fotos incompletas de ases del deporte y políticos.

Cal, no obstante, procedió a la tarea. Mientras quitaba la capa superior de papeles ennegrecidos, se dio cuenta de que llevaba las necrológicas de dos semanas antes. Noticias sobre la muerte. La ironía, la incongruencia, de descubrir noticias de la muerte conservadas en pipí de cobayas le impulsó a detenerse. Seres humanos que habían salido del útero gracias a las dolorosas contracciones de sus madres, que habían luchado por llegar a ser adultos a lo largo de la infancia y la adolescencia, y que habían padecido incontables iniquidades diarias para definirse como personas humanas. Y al final, ¿qué? Un funeral y el olvido. Consignar la noticia de su fallecimiento al suelo de una jaula para osos Brezhnev parecía una obscena pedorreta final de Dios.

Cal, de rodillas, aferró la capa de plástico sujeta a los bordes del acuario y contempló las necrológicas. Tenía que hacer algo muy sencillo: leerlas. Concedería tal honor a esta gente que había muerto y padecido esta postrera iniquidad cósmica, por no decir cómica. ¿Qué había escrito sobre ella el periodista del «*Atlanta Constitution*» especializado en óbitos? Perdería parte de la media hora extra que le había concedido el señor K. para comer, pero realizaba este sacrificio por los miembros de la especie a la que pertenecía. Era una cuestión de simple decencia.

Cal se agachó sobre el papel maloliente, leyó y averiguó la fecha de nacimiento, la historia académica y laboral, los logros notables y los parientes sobrevivientes de cada uno de los fallecidos. Una bailarina de 28 años, muerta de cáncer de huesos. Un hombre de 71 años, vicepresidente jubilado

de una empresa de envases cárnicos, víctima de una insuficiencia cardiaca congestiva. Un muchacho de 17 años, que aún estudiaba en la escuela secundaria, asesinado de un tiro en la cabeza en un lugar de comida rápida cercano a la 1-85 por «persona o personas desconocidas», que dispararon al azar desde un coche en marcha que circulaba por el paso elevado. Jesús.

Cal levantó la hoja mojada, le dio la vuelta y descubrió en el otro lado una nota necrológica que le sentó como una patada en el estómago.

«PHILIP K. DICK, FAMOSO ESCRITOR NORTEAMERICANO, MUERE A LOS 53 AÑOS TRAS UNA APOPLEJÍA FULMINANTE EN SANTA ANA (CALIFORNIA)

Philip Kindred Dick, que sufrió un ataque de apoplejía el 18 de febrero en Santa Ana (California), murió ayer a las 8.10 de la mañana en el Western Medical Center de esa localidad. Tenía 53 años.

Dick se forjó una reputación como figura significativa de la postguerra en las letras norteamericanas gracias a una serie de novelas de gran originalidad publicadas desde mediados de los cincuenta hasta principios de los setenta.

Su primera novela, *«Voces de la calle»,* publicada en 1953, no logró el favor del público, por ser inconexa y demasiado larga, pero el crítico Orville Prescott la ensalzó por su «inimitable sentido de la evocación y la crítica despiadada a los valores de la clase media norteamericana».

La siguieron siete libros muy importantes: *«Mary y el gigante»* (1956), *«La oportunidad de George Stavros»* (1957), *«El peregrino de la colina»* (1957), *«La burbuja rota de Thisbe Holt»* (1958), *«Ir tirando«* (1958) y *«En el territorio de Milton Lumky»* (1959), que la revista *«Time»* describió como «la más desoladora plasmación del capitalismo desde *«La muerte de un viajante»* de Arthur Miller.

La fecundidad de Dick declinó durante los años sesenta. Algunos adujeron que había agotado su inspiración, tras escribir siete grandes novelas en otros tantos años.

Sin embargo, durante los ocho años previos a la presidencia de Richard Nixon, aún logró dar a luz tres obras excelentes: *«Confesiones de un artista execrable»* (1962), que muchos consideran su mejor novela, *«El hombre que tenía todos los dientes exactamente iguales»* (1963), en la que combinaba una crítica social sesgada con su interés emblemático por la paleoantropología, y la más extraña de todas, *«Nicholas y los Higs»* (1967).

Este extravagante libro recibió varapalos casi generales. Un crítico lo calificó de «travesura indisciplinada» y «prueba irrefutable» de la capacidad declinante de Dick como novelista. Otros acusaron a Dick de intentar sobrepasar a Thomas Pynchon, el novelista apocalíptico norteamericano, más conocido en aquella época por «V».

En realidad, la mayoría de las objeciones a *«Nicholas y los Higs»* provenían de que Dick había incorporado elementos de fantasía o ciencia-ficción a una narración de corte realista...

-Pickford, ¿se encuentra bien?

Cal oyó la pregunta como desde una gran distancia, pero luego se dio cuenta de que el señor K., al encontrarle escudriñando el suelo de una jaula, debió de pensar que había sufrido un tirón en un músculo o que se había sentido mal de repente. Tal vez su jefe pensaba que se iba a tirar de cabeza dentro del acuario. Cal, aturdido y alarmado al mismo tiempo, comprendió que se trataba de una posibilidad muy plausible.

-¡Pickford!

La voz del señor K. alcanzó un tono de falsete.

-Estoy bien -se apresuró a tranquilizarle Cal-. Estoy bien, de veras.

Sin embargo, no hizo el menor esfuerzo por levantarse, fascinado tanto por el fallecimiento de Philip K. Dick, que había muerto tres semanas antes sin que él se enterase hasta ahora, como por el altísimo puesto en las letras norteamericanas que este hecho le había granjeado. Cal continuó con la

vista clavada en la húmeda necrológica, intentando terminar de leerla.

-¿Puede moverse? ¿Quiere que llame a un médico?

-Acabo de descubrir que ha muerto alguien a quien quiero -dijo Cal.

Lágrimas espontáneas nublaron su visión.

-¿Su madre? ¿Su padre?

-No, no. Nada por el estilo, señor Kemmings. Me encuentro bien, de veras. Concédame un par de minutos, por favor.

> ...Los éxitos de Pynchon, Joseph Heller, James Barth y Kurt Vonnegut Jr. puede que hayan alentado los escarceos de Dick en el «surrealismo literario», pero la mayoría de los críticos coinciden en que no era su fuerte.
>
> Después de *«Nicholas y los Higs»*, Dick tardó catorce años en publicar otro libro. En 1981, sin embargo, *Banshee Books*, una pequeña editorial de Nueva York especializada en títulos de intriga, artes marciales y ciencia-ficción, publicó su última novela, *«Sivainvi»*. Catalogada como ciencia-ficción, *«Sivainvi»* sorprende a casi todos los admiradores de la obra de Dick, pues constituye un sórdido testimonio en que desvela totalmente su personalidad.
>
> *«Este libro carece de méritos literarios* -escribió Luke Santini en un artículo para la revista *«Harper's*» titulado *«Un artista execrable riza el rizo»* (noviembre de 1981)-. *Puede que como caso clínico posea interés para estudiantes de psiquiatría y de conductas humanas anormales, pero como obra de arte se queda a medio camino entre las pintadas del metro y la propaganda fanática de la* «Biblia» *de Watchtower y de la* Asociación del Tracto».
>
> *Banshee Books* recibió virulentas críticas de la industria por publicar *«Sivainvi»*, no tanto por el contenido tendencioso de la novela como por explotar la reputación anterior del autor.
>
> Más, tarde, acusándola de libelo sedicioso contra el Presidente Nixon, la Comisión de Censura para los Medios de Comunicación, constituida durante el primer mandato del jefe del ejecutivo, secuestró una segunda edición de *«Sivainvi»*, que alcanzaba los 60.000 ejemplares, antes de que *Banshee Books* pudiera distribuirla...

-*¡Cal!* -gritó el señor Kemmings, aunque raras veces utilizaba el nombre de pila de alguien-. No puedo dejarle doblado en dos de esta manera, hijo.

-Estoy bien, estoy bien. Déme un par de minutos más.

> Corren rumores desde hace mucho tiempo en el sentido de que Dick escribió veinte novelas inéditas, como mínimo, durante su «silencio» de 14 años. Los expertos más dignos de confianza quitan importancia a estos rumores, aunque algunos admiten que Dick pudo escribir dos o tres novelas «absurdas», «surrealistas» o «cuasiespeculativas» en la línea de *«Nicholas y los Higs»* y *«Sivainvi»*.
>
> De ser así, contendrían defectos literarios o políticos que impidieron su publicación. Representantes de la principal editorial de Dick (*Hartford, Brice*) afirman que nadie de la empresa llegó a ver estas novelas no realistas tan rumoreadas. En 1979, la editorial había rechazado *«Sivainvi»*.
>
> Wilhelm Pauls, profesor de Literatura Norteamericana Contemporánea en la Universidad del Estado de California de Fullerton, califica la muerte de Dick como *«una tragedia para las letras norteamericanas»*.
>
> «*No era un Hemingway o un Faulkner* -dice Pauls-, *pero poseía un talento excepcional, si bien algo extravagante. Creo que está a la altura de escritores como Nathaniel West, John Purdy y D. Keith Mano»*.
>
> *«La auténtica tragedia de Dick se centra en esos años perdidos entre el libro de los* «Higs» *y aquella esquizofrenia final (*«Sivainvi»*). Cualquier editor decente permitiría*

que los herederos del pobre hombre la enterraran con él. De haber conservado la cordura y seguido trabajando, habría llegado a ser el escritor más importante de la era Nixon. Por desgracia, no hizo ninguna de ambas cosas».

Tres hijos y cinco ex esposas sobreviven a Dick. La familia tiene la intención de enterrarle en Fort Morgan (Colorado), junto a su hermana gemela, Jane C. Dick, que murió poco después de su nacimiento, el 16 de diciembre de 1928.

-¿Quién, Pickford? ¿Qué familiar se le ha muerto? ¿Lo ha leído en un periódico atrasado?

-Lo siento. No es un familiar. No era mi intención...

-Deje la jaula en paz, hijo. Yo terminaré. -El viejo le tiraba del codo-. Quiero que se tome libre el resto del día, Pickford. Y mañana también. Nadie debería enterarse por un periódico atrasado de que un ser querido ha muerto.

-Es Philip K. Dick -dijo Cal-. El escritor. Murió hace tres semanas, y yo no lo sabía.

-Qué vergüenza. Qué crueldad. Tendrían que habérselo dicho.

-No es un familiar. Nadie podía decírmelo. Tenía miles de admiradores, señor Kemmings.

Cal se puso en pie. Tenía las manos grises de tinta y el corazón acelerado.

-¿Philip Craddock?

-Philip K. Dick, señor Kemmings. El escritor.

-Nunca había oído hablar de él. A mí siempre me gustó Murray Spillane... Tipos duros y todo eso. Para pasar el rato.

-¿Se acuerda de la película *«Confesiones de un artista execrable»*? La hacían Jack Lemmon y Jack Isidore. Dick escribió el libro en que estaba basada.

-Es vieja. Veinte años, como mínimo.

-Sólo quince. En cualquier caso, usted sabe quién es Philip K. Dick. Esa película ganó muchos premios.

-Supongo que sí. ¿Y el señor Dick era amigo suyo?

Cal se sentía mareado. Tal vez por levantarse con demasiada rapidez, tal vez por intentar comprender la nota necrológica del escritor antes de asimilar su muerte. En Colorado, me habría enterado al cabo de uno o dos días. Tenía amigos que se preocupaban de esas cosas y me lo habrían dicho. Allí enterraron al hombre. Aquí, sin embargo, estoy aislado. Todavía no tengo amigos de verdad. Nadie que conozco está tan colgado de Dick como yo.

-Tómese la tarde libre, Cal. No se lo descontaré de la paga. Váyase.

-Sí, creo que será lo mejor -admitió Cal.

No obstante, pese a las sinceras protestas del señor K., terminó de limpiar el acuario y acomodar a los osos Brezhnev. Sólo entonces consideró que podría coger su cazadora y salir del *Emporio de los Animalitos Felices* a la calle principal de la galería West Georgia Commons.

El pan de un día por el sudor de medio, pensó. Y estoy deprimido. La muerte de un hombre al que nunca conocí, a un continente de distancia, me ha deprimido.

¡Cuánto lo lamento, Dios mío!

Librodot

4

Los pasos de Cal le condujeron hacia el *Chick-Fil-A*, donde le asaltó un tremendo olor a pollo y patatas fritas. Estos olores solían gustarle. Hoy, sin embargo, le asquearon. Aquella nota necrológica de tres semanas de antigüedad aparecida en el *«Constitution»* le había quitado el hambre y no iba a soportar hacer colas y recibir codazos para comprar un bocadillo que su dolor por la muerte de Philip K. Dick le impediría tocar.

Por lo tanto, se apartó de la barra y cruzó el pasillo. Resistió el embate de los peatones que venían en dirección contraria y se detuvo ante la entrada de la librería *Gangway*, en cuyo escaparate ocupaban los lugares de honor *«Los Boers»*, de James T. Michener, y *«Mar Muerto, Fe viva»*, del Obispo Joshua Marlin. Se esforzó por ver quién estaba en la caja, descubrió que era Le Boi Loan y se abrió paso entre el espeso tráfico peatonal para darle la noticia al delgado vietnamita.

-Lone Boy[6] -dijo Cal, antes de cruzar el umbral de la tienda-. Lone Boy, Philip K. Dick ha muerto.

-Mucha gente ha muerto -replicó Lone Boy, volviéndose para mirarle desde la minifortaleza, alta hasta la cintura, que constituía el mostrador de ventas.

-Acabo de enterarme de lo de Dick. Me gustaría saber si tienes algún libro suyo.

-Si tú lo quieres, es probable que no tengamos. Casi siempre quieres cosas raras, y el gran jefe de *Gangway* está en contra de las rarezas.

A Cal le caía bien Le Boi Loan, a quien todo el mundo llamaba El Chico Solitario, o Lone Boy, aunque Cal no tenía ni idea de por qué el joven asiático, un año o dos menor que él, había elegido trabajar en una librería. Lone Boy era adicto a los vídeos y a los juegos de vídeo, con una desconfianza patológica hacia la letra impresa, a menos que estuviera incluida dentro de los bocadillos del tebeo *«Daredevil»*, protagonizado por su superhéroe *Marvel* favorito. Por lo visto, también trabajaba por las noches en un supermercado situado en los suburbios del sur de LaGrange, por motivos de dinero, naturalmente, al igual que su empleo en *Gangway*. Tenía mujer e hijos que alimentar, y si hablaba como un adolescente rebelde salido de una película barata, buena, era porque Le Boi Loan, en parte, había aprendido inglés en ese tipo de celuloide primario.

-¿Hay algo más raro que *«Dragones y Mazmorras»* o calendarios de tíos con suspensorios *DayGlo*? Tienes toneladas de mierda como ésa, Lone Boy.

-Pero son rarezas vendibles. A ti te gustan las rarezas que sólo podría quitarse de encima un sitio que te tuviera por cliente.

-Philip K. Dick fue un escritor norteamericano importante.

-Tomaré nota.

-Acaba de morir, y sólo quiero saber si se encuentran obras suyas publicadas.

-¿No funciona siempre así? Un tipo ha de morir o ganar el Premio Nóbel para que la gente dé un paso para leerle.

-Le leí *antes* de que muriera, Lone Boy. Le leo desde hace quince años. Tengo ejemplares de obras dickianas por las que editores y críticos de primera fila *matarían* para ponerles la mano encima.

-Ah, sí. Obras dickianas.

Cal dejó de darle la paliza. Se estaba yendo de la lengua, como el típico bocazas. Tenía que serenarse antes de que alguien le oyera y empezara a importunarle en busca de detalles acusadores. ¿Tal vez, por poner un ejemplo, como el fulano que había entrado en la tienda de animales por la mañana?

-Lone Boy -dijo Cal, más calmado-, ¿sabes por casualidad si hay algún libro de Dick en la tienda?

-¿Es un novelista?

-Claro. Por supuesto. ¿Qué pensabas que era?

-Poca cosa. Yo hago lo posible por no pensar. Si es un novelista, busca en la D, allí, donde están todas las novelas de bolsillo.

-Antes no estaba allí.

[6] En inglés, chico solitario. *(N. del T.)*

-Entonces, es posible que tampoco esté ahora.

Cal se acercó a la sección de narrativa, fila tras fila de novelas engalanadas con esvásticas nazis, niños de tez repulsiva, amantes abrazados y cañones de pistolas calibre 38. No encontró ni un sólo título de Dick. Volvió hacia Le Boi Loan, que le contemplaba con aire escéptico.

-Nada.

Lone Boy se encogió de hombros y extendió las manos.

-Búscale en la *«Guía de libros publicados»*.

-Ni hablar. ¿Quieres que me rompa los brazos intentando localizarle allí? Ten piedad, Cal.

-Ya lo haré yo. Déjame.

Cal, vencido por la impaciencia y la irritación, empezó a levantar la parte del mostrador que daba acceso a la zona de ventas, pero Lone Boy agitó las manos enérgicamente a la altura del nombro, apremiándole a que se detuviera.

-Espera -dijo el vietnamita naturalizado-. Acabo de recordar algo.

Se agachó junto a las chillonas revistas de desnudos que las normas de la librería le impedían exhibir con las demás publicaciones, y rebuscó en una caja llena de carteles y hojas publicitarias de varias editoriales neoyorkinas. Sacó uno de estos carteles imposiblemente arrugados, se levantó y lo agitó para que Cal lo viera.

-Mira, ratón de biblioteca, *Pouch House* va a reeditar las obras de Dick en edición de bolsillo, dentro de una serie que se llamará «Redescubrimientos Contemporáneos», con portadas a todo color, realizadas con métodos de alta tecnología, tipografía a juego, comentarios críticos y todo eso. Podrás comprar montones de escritores *amerikanski* olvidados y de segunda fila... P. K. Dick, A. Nin y, Kerouac, que yo recuerde.

Cal examinó el cartel. Los títulos de Dick que *Pouch House* iba a lanzar en edición de bolsillo incluían *«Mary y el gigante»*, *«La burbuja rota de Thisbe Holt»*, *«Ir tirando»*, *«En el territorio de Millón Lumky»*, *«Confesiones de un artista execrable»* y *«El hombre que tenía todos los dientes exactamente iguales»*. *Pouch* había fijado el precio de los volúmenes a 3,95 dólares el ejemplar.

-Me habías dicho que nunca habías oído hablar de Dick.

-Tú dijiste que era un escritor norteamericano importante. Yo te dije que tomaría nota.

-Me preguntaste si era un novelista.

-¿Se supone que he de saberme al dedillo a estos norteamericanos triviales? Tú ni siquiera recuerdas el nombre del gran emperador vietnamita del que soy descendiente.

-Le Thanh Tong, fundador de la dinastía Le.

-Te lo dije un día -le acusó Lone Boy.

-Sí, es verdad. Y no lo he olvidado. -Cal tuvo la impresión de que Lone Boy le estaba tomando el pelo-. ¿Por qué fingiste no conocer a Dick? ¿Y de dónde has sacado que era..., cómo lo dijiste, un escritor amerikanski de segunda fila?

-Cuando tu gobierno me trajo aquí desde Hanoi, poco después de las navidades en que bombardearon los diques de irrigación, obligando a Le Duc Tho a firmar el acuerdo de rendición de 1974 en Gif-sur-Yvette, París, ingresé en el colegio Grace Rinehart de Fort Benning para ser americulturizado. Un programa de dos años. Leí hasta ponerme enfermo. Nos metieron por un embudo de todo, desde Louisa May Apricot hasta James Ghoul Cozzens. El título de Dick que tuve que tragarme fue *«Ir tirando»*. Sosa como una cerveza destapada el día anterior, amigo mío. Crítica social naturalmente aburrida. Ese tipo debería haberse criado en un estado totalitario, como la llamada República Democrática de Vietnam del Norte.

-*¿Aburrida?* -Cal se quedó estupefacto.

-El título era bueno, pese a todo. Gente insignificante que hacía cosas insignificantes. Hasta sale un racista que odia con toda su alma a los negros. Si eso es un «Clásico de la Literatura Norteamericana», me quedo con *«Daredevil»*. Estoy hasta los huevos de leer, y tu P. K. Dick es una de las principales razones por las que no he vuelto a hacerlo.

-Un libro no prueba nada. Además, el mundo aún no ha tenido la oportunidad de leer las obras maestras *auténticas* que Dick escribió.

-Qué suerte ha tenido el mundo.

Lone Boy se había cansado de la conversación. Detrás de Cal aguardaban dos clientes a que Lone Boy les cobrara los libros que sostenían, y Cal adivinó que el vietnamita deseaba perderle de vista. Loan dobló de cualquier manera el cartel de *Pouch House* y lo guardó con movimientos categóricos en la caja de cartón cercana a las revistas eróticas.

-Estos «Redescubrimientos Contemporáneos» saldrán a la venta el primero de abril. Tendrás

que esperar hasta entonces, Cal.

-Quiero que me reserves la colección.

-¿Que te reserve la colección? Oye, colegui, es como si quisieras reservar algunos granos de arena de una playa. Nadie va a llevarse ese material antes que tú. Trae el dinero, afloja la mosca y vuelve a casa con tus, hum, maravillas. El uno de abril.

(El uno de abril. Claro. El Día de los Inocentes[7]).

Cal sacó el talonario del bolsillo posterior de sus tejanos y extendió un talón a nombre de la librería *Gangway* por 12,50 dólares. ¿Por qué?, se preguntó, mientras contemplaba su bolígrafo deslizarse sobre el papel. A excepción de *«La burbuja rota de Thisbe Holt»*, ya tenía las demás novelas en otras ediciones de bolsillo, algunas aparecidas a mediados de los sesenta. Además, Lia y él no podían permitirse el lujo de gastar dinero en fruslerías. Los libros, a tenor de su situación económica actual, eran fruslerías, y así se lo diría Lia cuando se enterase de lo que había hecho.

Pero, maldita sea, Philip K. Dick había muerto, y tenía que hacer *algo* para celebrar el acontecimiento. Al fin y al cabo, el periódico de Atlanta había relegado la nota necrológica, por larga y completa que fuera, a las últimas páginas de la sección de negocios, cuando la noticia de su muerte merecía un titular en primera página. La vil maniobra se debía, sin duda, a la mala opinión sobre el escritor que tenía el rey Ricardo, una herida reabierta y exacerbada a raíz de la publicación de *«Sivainvi»* en 1981. De hecho, que el periódico hubiera publicado el fallecimiento de Dick constituía un pequeño milagro, y Cal supuso que el *«Constitution»* había dado aquel paso porque Nixon, que ya tenía sesenta y nueve años y se hallaba en el primero de su cuarto mandato, se había ablandado. Durante su cuarto discurso inaugural, el Presidente había anunciado con aire satisfecho una amnistía para todos los insumisos que habían proclamado públicamente su oposición a la guerra.

Cal arrancó el talón por 12,50 dólares y lo deslizó sobre el mostrador.

-Toma, mi reserva. La mitad de lo que deberé a la librería cuando lleguen los libros.

-Los somníferos son más baratos, Cal, pero es tu pasta. Podrás utilizarlos como papel higiénico, si quieres.

La típica reacción anticomunista. Veneraban al rey Ricardo y despreciaban a toda figura literaria o política que expresara la menor duda acerca de la superioridad del capitalismo sobre todos los demás sistemas económicos. No obstante, saber que el vietnamita había pasado la infancia y la juventud soportando la incesante propaganda estatal que glorificaba a Ho Chi Minh, «El Iluminador», como vencedor de los colonialistas franceses y máximo patriota indochino, suavizó el enfado de Cal con Le Boi Loan. El comportamiento del joven le había convertido en la más anómala de las anomalías del Norte: celebraba cada bomba lanzada sobre Hanoi y Haiphong por los invisibles B-52, pero se refugiaba prudentemente para evitar los efectos devastadores de aquellas mismas bombas. Se le podía permitir que desdeñara a Phil Dick. Se había ganado el derecho a preferir *«Daredevil»* a Ho y el videojuego *«Phun Ky Gong»* al Vietcong. Discutir de libros con Loan era absurdo, porque estaba demasiado idiosincrásicamente «americulturizado» (con todas las peores y mejores connotaciones de aquel temible neologismo) para que le importara algo la literatura. Tenía la vida para divertirse y sus recuerdos de los Malos Días para sabotear las técnicas pretenciosas de los novelistas y dramaturgos norteamericanos. A los ojos de Lone Boy, todos eran izquierdistas recalcitrantes, que no sabían nada de la tiranía, con *beaucoups* de teorías pomposas y un odio compartido hacia Richard Nixon, el Gran Hombre que había salvado al Sur y reunificado el país bajo el gobierno *auténticamente* democrático del Presidente Tran Van Don.

Pero yo sí tengo ciertos conocimientos, pensó Cal al salir de la librería, y sé muy bien que la tiranía posee, como mínimo, dos sabores...

Cuando pisó la calle principal de West Georgia Commons vio que el señor Kemmings venía hacia él, procedente de la tienda, abrazando algo contra su pecho.

-Pensé que habrías tomado este camino -dijo su jefe-. ¿Cómo se encuentra Pickford?

-Muy bien.

No va a pedirme que vuelva al trabajo, ¿verdad?, rumió Cal. Sé que debería haberme marchado directamente a casa al salir de la tienda, pero *debía* pasar por la librería *Gangway*. Tenía que hacerlo. Sin embargo, si el señor Kemmings insistía, Cal estaba dispuesto a expiar su culpa y regresar a la tienda de animales.

-Quería regalarle esto para que se consolara de la pérdida sufrida -dijo el señor Kemmings. Tendió lo que llevaba en las manos a Cal, que retrocedió de manera instintiva.

[7] En Estados Unidos, se celebran ese día. *(N. del T.)*

Las manos del viejo acunaban un oso Brezhnev, un animalito tembloroso, de mechón leonado y color rosa grisáceo, cuya piel desnuda recordó a Cal los ratones recién nacidos. El bicho emitía sonidos muy parecidos a los de algunos juguetes electrónicos.

-Este animal vale cincuenta dólares, señor Kemmings. No puedo aceptarlo.

No *quería* aceptarlo. Lo último que Lia y él necesitaban (ya tenían un animal en casa) era un conejillo de Indias soviético que simbolizaba la larga reconciliación entre la Banda de Nixon y Leonid Brezhnev y sus Kamaradas del Kremlin.

-Cincuenta es lo que cuestan ahora -contestó el señor Kemmings-, pero el precio no para de bajar. Ya no es necesario importarlos de la Unión Soviética. No deje que el coste le impida aceptar el animal, Pickford.

-¿Y los gastos de mantenimiento? Esto también me preocupa...

-No tienes por qué. Puedes llevarte una bolsa de comida siempre que te haga falta. Lo que no puedo darte es un acuario, pero una caja de cartón les irá de perlas. Hacen mucha compañía, y no querrás estar solo cuando llegues a tu casa.

-Tengo un perro que me hace compañía, señor Kemmings.

-De todas formas, llévatelo. -El protestón cobaya había parado de chillar, porque estaba mordisqueando la cremallera de la cazadora de Cal, como éste advirtió enseguida-. A su esposa le encantará. Todas las mujeres se vuelven locas por ellos. Les recuerdan a los bebés.

-Señor...

-Insisto. Déme una alegría. Désela a usted y a su esposa.

No sé cómo salir del paso. No soporto que me manipulen de esta manera, pensó Cal.

-No lo *quiero,* señor Kemmings -dijo en voz alta-. No quiero ese maldito bicho. Es usted muy amable, pero no siempre es posible complacer a los demás complaciéndose a sí mismo, y eso es lo que usted está tratando de hacer.

El rostro del señor Kemmings traicionó su perpleja confusión.

-Lo lamento, señor. -Cal empujó el conejillo de Indias hacia las manos de su jefe-. Mañana a primera hora, para compensar lo de hoy.

Se alejó del viejo sin añadir nada más y se dirigió a la salida posterior, una hilera de puertas de cristal que reflejaban la brumosa tarde de marzo, accediendo al aparcamiento y a su *Dart* del 68. Trató de no pensar en lo que acababa de hacerle a su viejo y cariñoso jefe. Una tarea imposible. Se sentía irritado y triste. Se sentía desplazado en estas galerías, en este estado, como una liebre saltarina en el Mar de la Fertilidad de la Luna.

En suma, se sentía fatal.

Un altivo tío duro le había proporcionado varios malos momentos al señalar la diferencia entre «mirar» y «curiosear».

Una misteriosa mujer se los había puesto por corbata, insinuando que sabía más sobre él de lo que a Cal le parecía pertinente. Y le había dado dócilmente a la mujer la dirección de la consulta de Lia en Warm Springs.

Philip K. Dick había muerto de un ataque de apoplejía tres semanas antes, y se había enterado del fallecimiento leyendo la noticia en una hoja de periódico manchada de pipí de roedor.

Le Boi Loan le había dicho que la obra de Dick era «de segunda fila» y «aburrida», y aun así había efectuado la compra innecesaria de seis reediciones de Dick publicadas por *Pouch House*, como forma de sortear su inmenso dolor.

Y había herido los sentimientos del señor Kemmings, rechazando el regalo bienintencionado de un oso Brezhnev.

Pero lo peor, sin duda, era que había vilipendiado al rey Ricardo ante aquella amenazadora mujer, y después había soltado un estúpido comentario autoacusador acerca de su colección de «obras dickianas» delante de Lone Boy, un nixoniano de pro. ¿Acaso había olvidado aquel desfile del 4 de julio de 1971 en la avenida Colfax de Denver?

Por supuesto que sí. Había hecho lo posible por olvidarlo.

Oh, qué hermosa mañana. Oh, qué hermoso día.

Librodot

5

El hombre había calificado su café descafeinado de sucedáneo, pero ya iba por la segunda taza. Su forma de beber le recordó a Lia un cura de paisano. Andrajosamente distinguido.

La señorita Bledsoe entró en el despacho de Lia con los impresos que el hombre se había negado a firmar en la sala de espera. Lia pidió a su nuevo paciente que los rellenara como mejor supiera, aunque tuviera que dejar en blanco las tres cuartas partes de las preguntas. Si quería de veras visitarse con ella, también tenía que firmar el protocolo que legalizaba su relación cliente-paciente.

-¿Teme que la denuncie por práctica ilegal, doctora Bonner?

Lia le miró. El hombre ponía cara de *poker*, pero sus ojos eran risueños. Se estaba burlando de ella. Sin malicia, de buen humor, como si ella fuera una hija presuntuosa que estuviera dando lecciones a su padre sobre la vida. Sí, este tío tiene un encanto melancólico, pensó Lia. Un sentido del humor peculiar.

-No conseguiría gran cosa si lo hiciera -respondió-. Es una mera formalidad profesional.

El hombre bajó el apoya-pies del diván y se inclinó hacia delante para leer los impresos de Lia. Sin embargo, tras examinar unos momentos la primera página, meneó la cabeza y la miró con genuina perplejidad.

-Es como un idioma extranjero para mí -dijo-. Reconozco las letras, pero las palabras y los párrafos que forman, bueno, como si fuera griego. Griego *koine,* de los períodos helénicos y romanos. De hecho, eso es lo que representa para mí: griego *koine.*

-Usted bromea.

-Nunca he hablado más en serio. Por desgracia. -Rió entre dientes con semblante sombrío-. Ni siquiera sé leer lo que pone en los billetes de banco..., excepto las cifras.

-En ese caso, tampoco serviría de mucho que llevara ahí un documento de identidad. -Lia indicó el billetero con un movimiento de cabeza-. Cartilla de la Seguridad Social, permiso de conducir... Le resultarían inútiles.

-A menos que alguien me los leyera.

-Shawanda, léele el contrato, y yo le haré las preguntas en voz alta.

-Sí, señora -contestó Shawanda.

La joven cogió el formulario y leyó los párrafos pertinentes. El hombre la escuchó con atención, y Lia se acordó de Vikingo cuando se sentaba junto a la mesa del comedor, esperando las sobras y tratando de adivinar si le iban a obsequiar con generosidad. Sí, exacto. Su nuevo paciente poseía los ojos tristes y la inteligencia candorosa de su perro siberiano Vikingo.

-¿Está de acuerdo? -preguntó Lia cuando Shawanda terminó de leer-. ¿Cree que puede firmarlo?

-No me opongo a los términos, si se refiere a eso.

-Bien. Ponga su nombre aquí. -Lia señaló el punto apropiado con una brillante uña roja.

-Firmar ya es otra cosa, doctora Bonner -dijo el hombre, cogiendo la pluma que Shawanda le tendía y frunciendo el entrecejo de concentración-. ¿Qué nombre quiere que ponga, y con qué alfabeto quiere que lo haga?

Oh, mierda, exclamó en silencio Lia. El pobre tipo no sabe quién es, ha olvidado cómo se lee y también cómo se escribe. Aun así, ha identificado las palabras de mi cuestionario como ejemplos ilegibles, para él, de griego *koine.* Bien, ¿cómo puede identificar con tanta precisión el alfabeto romano si es incapaz de leer el griego *koine* que imagina que es? Es posible que yo misma pierda la memoria intentando ahondar en la... amnesia de este tipo.

-Que ponga una x en los impresos -sugirió Shawanda-. Mi abuela se hacía las pólizas de seguros firmando los papeles con una x.

-¿Era legal? -preguntó Lia.

-Lo bastante como para que tuviera que pagar sus primas.

-Lo haré -dijo el hombre-. Haré una x como el mejor. Fíjese. -Puso una gran X al pie del formulario y la examinó como si fuera a transformarse en un carácter llameante de implicaciones mesiánicas, un símbolo sagrado y amedrentador-. Es una chi. La primera letra de Cristo.

Lia hizo caso omiso de las implicaciones mesiánicas del comentario.

-¿Puedo llamarle Kai, pues? -le preguntó-. Suena a puro gales, y será mucho menos

Librodot

escalofriante que llamarle señor X.

-Llámeme como quiera, pero sonría cuando lo haga.

-Muy bien, Kai, vamos a empezar.

Lia despidió a Shawanda, y Kai (el nombre, en cierta forma, le pegaba) acomodó el culo en el diván, levantó el apoya-pies para que sostuviera sus piernas y juntó las manos sobre el estómago. Tenía a su derecha una mesilla de televisión con una taza de sucedáneo de café al alcance de su mano.

-¿Cómo llegó aquí?

-En taxi desde Atlanta. Le dije al chofer, «Warm Springs», y me acogió con gran alegría. El taxímetro no dejó de hacer tic-tic durante todo el viaje.

-Usted no vive en Atlanta, ¿verdad?

Lia no concedía crédito a aquella idea. El acento de Kai se parecía más al de Cal que al de su hermano Jeff. Si vivía en Atlanta, procedía de otra parte del país; tanto podía ser de las Montañas Rocosas como del Lejano Oeste.

-Tomé el taxi en el mismo aeropuerto. Acababa de bajar del avión.

-¿De dónde venía, Kai?

-No me acuerdo. Ese es el punto en que mi amnesia parece empezar. Hasta dónde retrocede... -Se encogió de hombros-. Bueno, confío más en su intuición que en la mía.

-¿Llevaba equipaje?

-Tampoco me acuerdo. Si fue así, los mozos de carga se lo estarán pasando en grande ahora.

-¿Por qué eligió Warm Springs?

Te habrías ahorrado un buen pico, pensó Lia, si hubieras venido en un *Greyhound* o alquilado un coche.

-Sabía que FDR solía venir. Quería ver el lugar donde pasaba las primaveras. Pensé que sería profundamente significativo..., para mí, ¿entiende?, echar un vistazo.

-¿Admiraba a Roosevelt?

-Claro. ¿Quién ocupa su lugar ahora?

-¿El Presidente? Richard Nixon.

-Exacto. Y no hay punto de comparación. Entre Nixon y FDR no hay comparación posible. Uno luchó, impulsado por su ambición, desde luego, por las personas humildes, y el otro lucha, también impulsado por su ambición, por su gloria personal. Iguales en ambición, pero diferentes por completo en lo que respecta al impacto causado en el mundo.

Una pequeña grabadora estaba funcionando. Lia la había conectado con el consentimiento de su paciente (la X de Kai significaba su aceptación), pero este giro de la conversación la asustó. Las paredes tenían oídos. Como mínimo, micrófonos ocultos. Había micrófonos ocultos en las paredes con demasiada frecuencia, y una persona enigmática como Kai, que osaba ingenuamente hablar mal del rey Ricardo, bueno, Kai era la clase de tipo que podía hacer *¡puf!* misteriosamente, arrastrando con él al desgraciado testigo de las calumnias que habían provocado su eliminación. De hecho, cabía la posibilidad de que ya se hubieran llevado a cabo acciones hostiles contra él, provocando esta amnesia radical, aunque incompleta. Por otra parte, si la administración le perseguía, ¿por qué llevaba encima una cartera repleta de dinero?

-¿Cómo vino a parar a mí?

-Cuando volvíamos de la Pequeña Casa Blanca, el chofer empezó a leer letreros en voz alta. Leyó el suyo. Le pedí que se detuviese.

Mi letrero, pensó Lia. He atrapado a un cliente gracias a mi placa. La publicidad tiene sus ventajas.

-Me refiero a si fue la amnesia lo que le impulsó a entrar. Se muestra bastante indiferente respecto a su falta de memoria. Me pregunto si el mal estriba en otra cosa: un sentimiento de culpa, una adicción, todo un complejo de problemas.

-Todos mis problemas son complejos, doctora Bonner. -Kai cogió la taza y bebió un poco de café-. Oiga, ¿sabía que es usted muy astuta? No vine por la amnesia. Vine porque, incluso en esta encantadora ciudad, me siento fatal, sencillamente fatal, sobre mi lugar, y el de todo el mundo, en esta fea, irreal y jodida realidad.

-No le comprendo.

-Aquí estoy fuera de lugar, doctora, pero no pasa nada. Usted también. Todo el mundo está fuera de lugar aquí. Lo peor es que estamos sentados sobre nuestros traseros, soportándolo, permitiendo que continúe.

-¿Soportando qué? ¿Permitiendo que continúe qué?

-Intentaré explicárselo. Yo veo esta realidad bajo el aspecto de otra realidad. Una se halla superpuesta sobre la otra. Yo lo llamo estereografía: unir dos fotos diferentes para lograr una sola foto, una foto nueva. *Usted* sólo ve la foto con que la segunda trata de fundirse y, en su momento, neutralizar, pero *yo* veo la que intenta llevar a cabo la neutralización. Yo estoy *en* su foto, *en* su realidad, pero veo, estereográficamente, el mundo que quiere desplazarla y redimirla.

Bien, pensó Lia, me he topado con tíos raros antes, una mujer que creía poder desviar los rayos X perjudiciales de los satélites soviéticos con una cuchara de sopa revestida de plata y un adolescente que imaginaba haber viajado a la Antártica con Shackleton. Kai les ha batido en toda la línea. Habla casi como si estuviera cuerdo, pero ha construido una fantasía que le permite operar al mismo tiempo en ambas direcciones, la terrenal y la ilusoria, como si poseyera la capacidad divina de abarcar las dos, e incluso de reconciliarlas.

-Kai, usted padece una forma de alienación. Tal vez sea debido a su amnesia. No dé por sentado que todo el mundo se siente tan distante y extraño como usted respecto a esta «realidad».

-¿Quién ha dicho que lo doy por sentado? Creo, precisamente, en lo contrario. Y me irrita que todo el mundo haga caso omiso de la necesidad de dejar que el mundo mejor venza al mundo malvado, el que nos contamina como un sapo venenoso.

-Es posible que los demás no vean este supuesto mundo mejor, Kai.

-No lo *quieren ver*. Por eso me dan ganas de alzar una barricada y poner una granada en el culo de alguien.

Además de amnesia, ira: violentos e intensos sentimientos que acompañan e intensifican su ilusoria visión binocular del mundo. Deberás recomendarle de nuevo que vea a un médico, Lia. Es muy posible que su presión sanguínea sea alta, es posible que se halle a las puertas de un ataque de epilepsia o un derrame cerebral. No querrás que muera en tus brazos, ¿verdad? Ni siquiera podrías decirle a las autoridades el nombre del difunto. «Kai» no las impresionaría, probablemente...

-¿Qué tiene de bueno su mundo mejor, Kai?

Hacer hincapié en lo positivo, pensó Lia. Quizá eso le tranquilice.

-Para empezar, Richard Milrose Nixon ha sido neutralizado. No creo que haya muerto, esté en el exilio o algo por el estilo, pero al menos no anda suelto por ahí, como un robot que ha escapado al control de sus operadores y nadie sabe cómo desactivar.

-¿Y eso mejora la situación?

-Sí. Es crucial, pero..., ¿cómo se lo diría?, no todo depende de Nixon. Es la eliminación de una tendencia de opinión que no garantizará la legitimidad de otras tendencias de opinión.

Por suerte no ha dicho que vio muerto al Presidente. De haber sido así, cualquiera que escuchara después esta cinta pensaría que había amenazado con asesinar al Presidente.

Un frío desconcertante agarrotó las puntas de los dedos de Lia.

-Kai...

-Hace mucho tiempo, teníamos controles y contrapesos. Estaba escrito en la Constitución. ¿Qué ha sido de todo eso?

-Le ruego que me diga una cosa, Kai. ¿Quiere que yo le ayude a *lidiar* con este fenómeno estereográfico que me ha descrito?

-No, joder -dijo el hombre, irritado-. Quiero que me ayude a curarme la amnesia, para después ayúdame a que el mundo mejor destruya al mundo malvado.

-Usted no ha venido en busca de psicólogo -le acusó Lia. Captó un leve temblor en la voz del hombre.

-¿No? -La mirada de Kai reveló cierto desconcierto lúcido.

-Usted quiere un reformador social emprendedor o un revolucionario. Yo no soy ninguna de ambas cosas.

-¿Y quién lo es? -Kai dejó la taza sobre la mesilla (el café ya estaría frío a estas alturas) y se abrazó como si estuviera helado-. La verdad es que no vine en su busca, doctora Bonner, ni para ver la Pequeña Casa Blanca de FDR. Vine en busca de una emanación. Un foco. Su letrero pareció resonar con lo que yo iba buscando. Por eso entré. Lo entiendo tanto como usted.

-¿Una emanación? -Lia estaba perpleja.

-Está casada, ¿verdad?

-Sí, pero no veo...

-¿Tiene alguna foto de su marido?

Síguele la corriente, pensó Lia. Llevaba una foto de Cal en el bolso, que colgaba del perchero. Se acercó a éste y le tendió la foto a Kai.

-Ya lo tengo -le dijo el hombre-. El motivo de mi venida es su marido. Incluso cabe la posibilidad de que sea la lente que enfocará mi estereografía.

-¿Cal?

¿Qué tenía que ver Cal con Kai, o Kai con él? Las explicaciones del hombre eran más oscurecedoras que esclarecedoras. Sus fantasías superaban en colorido a las de Anita Arrazzi, la mujer de Walsenburg que desviaba rayos X. Lia cogió la foto y volvió a su escritorio.

-Háble me de su marido -sugirió Kai.

-Eso está fuera de lugar -contestó Lia-. Mi vida familiar o los miembros de mi familia no tienen nada que ver con nuestras sesiones.

-¿Qué pasaría si me enamorase de usted, o detestara a su marido, o pensara que su hermano intenta matarme? ¿No tendría eso nada que ver?

-No necesariamente. Usted está divagando, y si no podemos regresar a...

-Tendría que ver con mi idea de mí mismo, con mi percepción de mi salud mental.

Esto es indignante, pensó Lia. No puedo hacer nada por este hombre. ¿Qué me impulsó a pensar lo contrario? La desesperación, supongo. En cualquier caso, es preciso que ingrese en un hospital. Puede que esté tratando con una persona peligrosa para ella misma y para los demás. En este momento, si tuviera que efectuar un diagnóstico sobre su estado psicológico, me inclinaría por esa posibilidad: la posibilidad de encerrarle.

¿Lo haría?, se preguntó. Pese a su cólera y falta de cordura, proyectaba una lucidez extraña y desarmante.

De pronto, Lia cambió de táctica.

-¿Tiene idea de si ha intentado suicidarse alguna vez?

-Soy un amnésico, doctora. No me acuerdo.

-Pero intuirá algo acerca del tema. Quiero que intente recordar con todas sus fuerzas si ha intentado suicidarse.

La cafetera emitió un suspiro estremecido y vaporoso. Un sonido parecido a un estertor. Kai se sobresaltó; después, se rió de sí mismo y se secó la boca y la frente con su pañuelo.

-Sí, es probable que lo haya intentado -dijo, mirándose las manos-. Yo diría que en más de una ocasión.

-¿Por qué?

-Podría decirle un montón de cosas, ¿no es cierto? Podría decir que por culpa de una degradación, una degradación *percibida,* de mi trabajo, o por la desilusión causada por la forma en que hemos conspirado para destruir el maldito sueño americano, o por problemas de salud derivados de mi estúpida e incontrolada manera de vivir. Podría decir cualquier cosa, astuta dama, y usted no sabría si hablaba en serio o le estaba tomando el pelo. El problema es que ni yo mismo sé si algo de lo que he mencionado es cierto.

-¿A qué se refiere? ¿Por qué tendría que suicidarse?

-Porque estaba incompleto. Algo me había abandonado. Me había abandonado como el vapor que sisea y se escapa de una cafetera. Estar incompleto era horroroso. No se me ocurre algo peor; por eso hice un esfuerzo descomunal por dejar de existir.

-¿Qué le abandonó, Kai?

-No lo sé. Ojalá lo supiera. Mientras estoy sentado aquí, me pregunto si habrá regresado, o si ha empezado a hacerlo.

-¿Por qué no murió usted?

-Debió de ser gracias a una intervención médica. Sí. Fue una intervención médica. Tenía amigos.

-Dígame qué es lo que, en su opinión, ha empezado a regresar hacia usted. Lo que perdió y va a encontrar de nuevo.

-El poder. El espíritu. Estoy muerto para la persona que era, pero tengo la impresión de que este Poder, una Voz eficaz, intenta utilizarme otra vez. Creo que tengo dinero en la cartera por un motivo: es como una promesa irónica del retorno de mi Poder. De todos modos, el auténtico Poder va y viene. A veces se difumina hasta tal punto que casi dejo de existir sin levantar una mano contra mí. Bebo café para impedir que eso ocurra.

-¿Café?

-El auténtico -rió Kai-, no ese brebaje castrado. Es una fantasía, desde luego, pensar que café espeso y caliente evite mi desaparición, pero alguien dijo que las fantasías siempre tenían algún sentido, ¿no es cierto?

Librodot

¿Cómo puede ser peligroso un hombre que admite lo disparatado de sus fantasías?, se preguntó Lia. ¿Cómo se va a tener miedo de un tío que cree en la ingestión de café como método de salvación, pero que en su siguiente frase ridiculiza esa absurda idea? Bien, no es posible. Kai es un encanto inofensivo. Tan encantador como Vikingo, todo baladronadas, bravatas y gruñidos ambiguos.

Y ése es el quid de la cuestión. La ambigüedad de su personalidad. ¿Loco o cuerdo? ¿Peligroso o inofensivo?

-Su tiempo está a punto de acabar -dijo Lia, consultando su reloj. Eran casi las doce del mediodía-. Vuelva la semana que viene, a la misma hora, y reemprenderemos la sesión a partir de su fijación por el café.

Rió para demostrarle a Kai que era una broma, pero una expresión de preocupación, de alarma, para ser exacta, apareció en las facciones del hombre; ella temió haberle herido, al interrumpir la sesión o al calificar de «fijación» su fantasía sobre las cualidades salvadoras del café y la cafeína.

-Supongo que se alojará en algún sitio de la zona Warm Springs/Manchester -se apresuró a decir.

-Me alojaré en algún sitio -repitió Kai vagamente.

-Volverá, ¿verdad?

¿Se trasluciría en su voz el pánico de que la abandonara después de una única sesión?

-¿Cuántas plazas hoteleras hay en esta zona? -preguntó Kai-. ¿Quién puede tener una a mi disposición?

Hablaba en tono abstracto, distante.

-Permítame que hable con la señorita Bledsoe -dijo Lia-. Le encargaré que busque algún alojamiento agradable para usted. ¿Le parece bien?

Dio las instrucciones a Shawanda por el intercomunicador.

-Señora -respondió Shawanda-, tenemos un pequeño problema.

-¿Qué clase de problema?

Lia miró a Kai. Daba la impresión de que estaba perdiendo color, como si alguna misteriosa dolencia fulminante le estuviera extrayendo sin piedad la melanina de la carne. El hombre había escuchado el anuncio de Shawanda, por supuesto, y tal vez la mención de un «problema» indeterminado le había hecho palidecer, pero, luchando por abarcar la realidad de la rutina del *Hombre Invisible* wellsiano que Kai estaba llevando a cabo, Lia comprendió que su paciente se hallaba en proceso de desaparición, no sólo porque había detectado una amenaza exterior, sino porque la realidad existencial de su identidad residía fuera de los límites de Warm Springs y del decimotercer año de la presidencia de Richard Milrose Nixon.

-Afuera hay un taxista que quiere saber cuánto tiempo va a pasar ahí dentro su pasajero, doctora Bonner -explicó Shawanda-. Por lo visto, el señor Kai le dijo que no desconectara el taxímetro.

-¡Espere! -ordenó Lia a Kai, sin dejar de apretar el botón del intercomunicador.

No puede marcharse así por las buenas. Emily Post no aprobaría este mutis. Además, ¿cómo se las ha arreglado para que sus ropas se desvanezcan del mismo modo que su cara y sus manos? Para su sorpresa, el berrido (¡Espere!) parecía haber detenido la, hasta aquel momento, firme descomposición de Kai. Se había estabilizado en un estadio intermedio entre la corporeidad tangible y el carácter espectral que aparecía en los libros de cuentos.

Lia habló por el intercomunicador.

-Shawanda, ven, por favor.

-No quería interrumpir, señora. ¿Le digo a este taxista de *Acme* que vuelva a su coche durante unos minutos?

-Te lo agradeceré mucho, Shawanda, pero entra enseguida.

-Sí, señora.

Cuando Shawanda entró, Kai oscilaba entre sustancia y sombra, la imagen de un cura vestido de paisano que aparecía y desaparecía, como las imágenes televisadas durante una tormenta fuerte.

-Santo Dios -susurró Shawanda-. ¿Qué está pasando?

-¿Así que tú también lo ves? ¿No estoy alucinando?

-No, señora. *Parece que* está ocurriendo, sea lo que sea.

Tengo un testigo, se dijo Lia. Si me estoy volviendo loca, no soy la única. Lo mejor sería hablar con Kai. Tal vez otra orden, en tono autoritario, le rescate de ese imposible estado intermedio. Ya he impedido que el pobre mamón desaparezca en el infierno del gato de Cheshire, ¿verdad?

-¡Kai, quieto! ¡Maldita sea, *quieto*! -Era igual que intentar sujetar a Vikingo cuando Vikingo quería correr-. ¿Qué le está sucediendo?

Kai volvió a estabilizarse, fluctuando levemente. Cuando habló, lo hizo con voz metálica y entrecortada por la estática, como el sonido emitido por una bocina Victrola antigua.

-Sólo Dios lo sabe -dijo el hombre-. Usted y su maldito *Brim*. Tal vez ahora se decidirá a comprar café algo más fuerte.

-¿Cómo cuál? -preguntó Lia, intentando evitar por todos los medios que desapareciera.

-*Dili-dili-quip* -dijo Kai.

(Al menos, sonaba como «*Dili-dili-quip*». Si era una marca de café, debía pertenecer a otro continuo espacio-temporal).

-Quiero decir, *Luzianne* -añadió después-, ése que lleva achicoria.

-Es nauseabundo -dijo Shawanda-. Te deja la boca rasposa.

-Te sujeta al planeta -replicó Kai-. A mí tampoco me gusta, pero te sujeta al planeta a base de bien.

Estamos hablando de café, pensó Lia con estupor. Este tipo fluctúa entre la sustancia viva y el gas intangible de la no-existencia, y nosotros hablando sobre los méritos de *Brim*, *Luzianne* y *Dili-dili-quip*. Cafés, por los clavos de Cristo.

-Escuche -rogó Kai de súbito, aferrándose a los apoyabrazos del diván como si le fuera la vida en ello-, creo que me estoy deteriorando. No voy a resistir mucho tiempo más. Saque sus honorarios de mi cartera, doctora Bonner, y tíremela. Hágalo. Hágalo ahora.

Lia obedeció, contando el dinero que solía cobrar por sesión y tirando la abultada cartera sobre el regazo del hombre, que la guardó, con un esfuerzo considerable, en el bolsillo de su chaqueta transparente *Members Only*. ¿A qué club del continuo pertenece Kai?, pensó Lia. Puede que sea sólo para miembros, pero da la impresión de que regresa contra su voluntad.

-Una última cosa -dijo el hombre, con voz más débil que nunca.

Shawanda, como guiada por un impulso, se acuclilló junto a él, ladeando la cabeza para contemplar su partida espectral y extendiendo una mano hacia su brazo.

-No -la previno Kai, suavizando su prohibición con una explicación-. Aún no me he ido del todo, señorita Bledsoe. No estoy ni aquí ni allí.

-¿Cuál es esa última cosa? -preguntó Lia.

-Ese broche que lleva, el que su marido le regaló, es una imagen por la que personas espiritualmente minusválidas se arriesgarían al linchamiento para ponerle la mano encima. Digamos que es una pieza clave. -Kai lanzó una risotada, la cacofonía enloquecida de alguien que no supiera nadar al perder el equilibrio y caer en el fondo de una piscina profunda-. Jesús. Perdóneme. Sólo intentaba decir que me gusta. Es precioso. No lo pierda.

Lia bajó la vista hacia su chaqueta cruzada. En la solapa brillaba un broche de oro, muy sencillo, que representaba la figura grabada de un pez de perfil. ¿De dónde había salido? Yo no tengo ningún broche así, pensó. La verdad es que *no me* acuerdo de tener un broche así. No es la clase de objeto que Cal pensaría en regalarme. Es cristiano, un símbolo cristiano anterior a la cruz, y Cal nunca ha sido aficionado a la imaginería religiosa. Más bien se decantaría por regalarme un sombrero de piel de ala ancha o un nuevo par de botas de todo tiempo...

Kai se había desvanecido por completo. El diván, con el apoya-pies aún alzado, no sostenía otra cosa que la huella caliente del ser (hombre, fantasma, visitante transdimensional) que, un momento antes, estaba sentado en él, hablando del suicidio y de café. Shawanda miró a Lia, Lia a Shawanda, y el frío que reinaba en el despacho penetró en sus cuerpos como una lluvia de diminutos dardos de hierro.

-No se lo contaré a nadie -dijo Shawanda-, si usted no quiere.

-¿Estamos alucinando? Hemos de estar alucinando.

-Fíjese en el diván. Aún se ve la marca de su trasero. Y fíjese en la taza de café que hay encima de la mesilla de televisión. Está casi vacía.

-¿Un fantasma?

-Los fantasmas no dejan la marca del culo ni beben café. Y también tiene su dinero. *¡Oh!* Aunque se olvidó de pagar a ese pobre taxista.

Lia se acercó al diván y lo tocó. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, muñecas y antebrazos. Una experiencia de las que te ponen los pelos de punta, se dijo. He oído hablar de ellas, pero es la primera real que vivo, no un simple susto de Halloween. Y va a cambiar mi vida.

-¿Llevaba este broche cuando llegué por la mañana? -preguntó a Shawanda-. ¿Te acuerdas?

-No, pero es muy bonito.

-Tú no lo recuerdas, y yo no me acuerdo de si lo tenía. Kai y yo somos amnésicos, los dos.

-Sí, señora.

-¿Qué crees que ha pasado aquí esta mañana, Shawanda?

-No lo sé. Sí puedo decirle, en cambio, lo que me ha recordado.

-¿Qué es?

-Jesús dirigiéndose a Emaus con aquellos dos discípulos de segunda fila, que no le reconocieron hasta que compartió el pan con ellos.

Lia miró aturdida a su secretaria.

-¿Piensas que Kai es Jesucristo?

El señor X, pensó. X es la letra griega chi, y chi, como él nos dijo, es el antiguo símbolo de Cristo.

-¿Qué? ¿Jesús vestido con una chaqueta *Members Only*? -Shawanda se acercó a la ventana que dominaba la calle principal de la ciudad-. Lo que pienso es que ese hombre tiene la misma clase de cuerpo que Jesús cuando fue glorificado. Un cuerpo resurrecto. No me dejó tocarle, como tampoco permitió Jesús que María Magdalena le tocara en el sepulcro.

-¿Un cuerpo resurrecto?

-Eso parece, señora. Jesús comió pescado asado frente a los once en Jerusalén, cosa que los fantasmas no pueden hacer, y el señor Kai, bueno, ingirió café. Sólo un cuerpo resurrecto podría comer y después ascender a los cielos de esa forma.

Lo que Shawanda decía casi tenía sentido, pensó Lia. Es tan plausible como cualquier otra explicación que se nos pueda ocurrir.

-Kai parecía un mesías de pacotilla, y bastante andrajoso, Shawanda.

-Las cosas acaban por estropearse al cabo de dos mil años. ¿Qué podíamos esperar? El señor Landis, mi profesor de ciencias, lo llamaba entropía.

-«Las cosas se caen a pedazos» -citó Lia-. «El centro no puede mantener su posición».

-El taxista vuelve, señora -anunció Shawanda desde la ventana-. Vendrá a buscar a su pasajero.

Lia caminó hacia la ventana y vio que un corpulento negro, con la gorra de taxista plantada sobre su peinado afro, cruzaba la calle y se dirigía a la entrada de su despacho. Parecía enfadado. Bueno, tenía derecho a estarlo, supuso Lia. Le paraban sin pensarlo dos veces, y ahora Kai había desaparecido, evaporado como el humo, y el taxista regresaba contoneándose para recoger al pasajero y la tarifa.

-¿Qué vamos a hacer, Shawanda?

Deseó que Cal estuviera allí, avergonzándose al mismo tiempo de anhelar la presencia y el apoyo de su marido.

El taxista subió con estrépito por la escalera de madera. Veinte segundos después abrió de un manotazo la puerta del despacho de Lia y se quedó en el umbral, mirando a las dos mujeres.

-¿Dónde está? -preguntó el hombre.

-Saltó por la ventana y se fue corriendo -contestó Shawanda.

-¿Cómo es posible? ¿Hay otra puerta?

-Se escabulló, así de sencillo. Se largó de aquí.

-Llevo vigilando la puerta de abajo desde hace una eternidad y no he visto ni a un alma salir por ella.

-Bueno, es que es *muy* escurridizo -dijo Shawanda, los brazos en jarras.

-¡Maldito blanco timador! -exclamó el taxista, tirando la gorra al suelo-. ¡Bastardo blanco timador!

Vaya follón, pensó Lia. Kai ha desaparecido como el mismísimo Jesucristo, y este pobre taxista se ha quedado sin cobrar doscientos dólares. Y no hay tarifa injusta. Es una realidad injusta...

6

El trayecto desde LaGrange a Pine Mountain, en dirección sur por la autopista 27, siempre asombraba un poco a Cal. Había pasado la mayor parte de su vida en o cerca de las Montañas Rocosas, y había contemplado muchas vistas sobrecogedoras. Montañas, *auténticas* montañas: pendientes escarpadas de las que caían en cascada brillantes hilos de agua, que se trenzaban y destrenzaban. Sin embargo, este tramo de autopista no se parecía en nada. No le robaba el aliento; tiraba de él suavemente, como siempre lo hacía el interludio de piano de *«In my Life»,* perteneciente al álbum de los *Beatles «Revolver»*.

La niebla todavía persistía en algunos puntos de la autopista, pero el sol ya se filtraba a través de ella. Los gráciles pinos que se alzaban tomo centinelas a ambos lados de la carretera de dos carriles recordaban a Cal guerreros celtas, ataviados de verde, siempre vigilantes. Estaba recobrando la calma, y respiraba mejor gracias a este paseo por aquella topografía erosionada de tierras bajas. A pesar de que el *Dart* escupía y traqueteaba en las cuestas.

En una de tales cuestas, Cal divisó a un negro parecido a un gnomo sentado sobre la rama superior de un pino que se erguía junto a la carretera, sonriéndole desde el otro lado de la tenue niebla. Dios mío, pensó Cal, si es «Cara de Caballo» Stout, pues éste era el nombre del mozo de cuadra empleado por Jeff, el hermano de Lia, en la «Baronía del Sinsonte Pardo». Cal bizqueó frenéticamente ante la aparición, pues «Cara de Caballo», un musculoso enano entrado en la cincuentena, no tenía ningún motivo racional para estar sentado allí.

Pickford, se dijo, ves visiones.

La sonrisa de «Cara de Caballo» se hizo más amplia. Levantó la mano y saludó. Después, como el gato de Cheshire de Alicia, el enano desapareció, convenciendo a Cal de que la niebla de marzo y los inquietantes acontecimientos de la mañana le habían provocado alucinaciones. Si le daba vueltas a lo que acababa de «ver», acabaría loco, y como el *Dart* descendía ya por el otro lado de la cuesta, tomó la firme decisión de borrar de su mente la imagen del hombrecillo y continuar respirando con calma.

No ha ocurrido, pensó, y nunca se lo contarás a nadie...

Cal divisó el tanque de agua de Pine Mountain a los veinte minutos de haber salido del paseo. El nombre de la ciudad estaba escrito sobre el depósito, blanco como la tiza, en claras letras verdes más altas que cualquier ser humano, y en el primer semáforo (sólo había dos en la ciudad) torció a la izquierda y recorrió dos manzanas de la calle Chipley hasta llegar al apartamento dúplex que Lia y él habían alquilado a los McVane. Enseguida vio al hermoso animal encadenado en el patio delantero.

-Hola, Vike -murmuró.

Vikingo era un perro esquimal siberiano (negro, plateado y crema) que Jeff, el hermano de Lia, les había regalado tres días después de su llegada a Georgia. El perro había aparecido durante las Navidades en la «Baronía del Sinsonte Pardo», la granja de caballos que Jeff administraba. Aunque sus hijos le habían rogado que se quedara el perro, Jeff no quiso dejarle suelto por los prados donde pastaban los caballos de su jefe. Ése era el motivo por el que Vikingo se había ido a vivir a la ciudad con Cal y Lia. Un perro esquimal adulto en un apartamento dúplex que, en teoría, sólo ocupaban ellos dos.

No tardó en descubrirse la verdad. Era imposible esconder un perro del tamaño de Vikingo, y cuando Lia y Cal empezaron a trabajar no pudieron mantenerle encerrado hasta que volvían de sus respectivas ocupaciones. Mordisqueaba los libros de Cal y se estiraba sobre los muebles de Lia. Tuvieron uno de sus primeros cirios en Georgia por culpa de un perro esquimal que Cal no quería conservar, por más que le gustaran los animales, y del que Lia no estaba dispuesta a desprenderse.

Por fortuna, el señor McVane consideró que tener un perro no era motivo suficiente para echarles. Por fortuna, porque el deseo de Lia de conservar el perro triunfó sobre el temor de Cal a que encerrarle en una ciudad, dentro o fuera de la casa, significaría cometer con él una terrible injusticia (los perros esquimales necesitan mucho espacio, y Pine Mountain no era precisamente el Yukon).

Vikingo yacía en el porche, retenido por una cadena de nueve metros que estaba sujeta a una estaca clavada en tierra, bajo un ciclamor. Cal aparcó el *Dart* al borde del patio, en paralelo a la calle Chipley. El perro irguió su enorme cabeza y contempló el coche desde debajo de los manchones color

Librodot

crema del pelaje, que recordaban a Cal unas cejas pavorosas.

-Hola, Vike -dijo Cal, bajando la ventanilla-. ¿Quieres que te quite la cadena?

El perro se levantó y arrastró la cadena con él hasta el coche. Cal oyó los gemidos estrangulados, una desconcertante variedad de gruñidos (no de rabia, sino de anticipación) que le convertían en un perro guardián excelente. Casi toda la gente que pasaba, al reparar en el aspecto feroz y el colosal tamaño de Vikingo, daban por sentado que la intención de aquellos sonidos intimidatorios era ahuyentarla. En realidad, era su peculiar forma de informar a los visitantes de que deseaba mimos. Los niños negros que recorrían Chipley antes y después del colegio tenían miedo de Vikingo, y habían tomado la costumbre de cruzar a la otra acera armados con palos o piedras. No se les podía culpar por ello. Vikingo se parecía mucho a un lobo.

Cal salió del *Dart*, aferró la cabeza del perro y la agitó de un lado a otro. A Vikingo le gustaba. El animal retrocedió y apoyó sus patas delanteras cubiertas de barro sobre el pecho de Cal, aumentando la intensidad del Gruñido que tanto amedrentaba a quienes no lo conocían. Cal apartó al perro, y Vikingo salió corriendo tras él, gruñendo el Gruñido.

-Es un amor -decía Lia-. Todo bravatas y fanfarronadas.

Tal vez sí. Tal vez no. En cualquier caso, Cal nunca había poseído, o poseído en parte, un animal tan fascinante, aunque al principio no le había gustado ni un pelo. Al fin y al cabo, nunca podía estar seguro de que el Gruñido fuera sólo «bravatas y fanfarronadas», pero esperaba y confiaba en que así fuera.

-¿Tienes hambre, Vike? ¿Te apetece un oso Brezhnev para comer?

El perro se sentó sobre los cuartos traseros, mirando a Cal con aire expectante.

Sí, ojalá te hubiera traído aquel oso Brezhnev, pensó Cal. Te habrías hecho cargo de él con mucha más rapidez que Mi Mejor Estrangulador se zampa los ratones del señor K., ¿verdad?

Cal comprobó el estado de los platos de agua y comida que había en el porche. La comida se había evaporado, por supuesto, pero el cuenco de agua aún contenía algo. En febrero, cuando Lia y él habían empezado a sujetar a Vikingo con una cadena en el porche, la temperatura había descendido bajo cero en diversas ocasiones, y el agua del perro se había helado en el cuenco. Cuando Lia o él llegaban de trabajar, Vikingo estaba tan sediento que vaciaba tres o cuatro ollas de agua en cuanto le dejaban entrar en la casa.

La única desventaja de encadenar al perro frente a su mitad del dúplex, independientemente del aburrimiento que suponía para el animal, era el efecto que causaba en el patio. Había practicado una depresión bajo el esquelético ciclamor, y de tanto arrastrar la cadena por los arbustos cercanos al dúplex había arrancado de raíz algunos. No obstante, los McVane, sus caseros, nunca se habían quejado de las brutales técnicas que empleaba Vikingo para transformar el paisaje. Lia decía que la señora McVane toleraba la destrucción porque se sentía más protegida con el perro de guardia.

Cal abrió la puerta y entró, permitiendo que Vikingo se deslizara a su lado. Conectó la calefacción, se lavó las manos en el fregadero de la cocina y se sentó a la mesa después de coger un yogur envasado en plástico. La comida. Una comida demorada. El yogur no le enloquecía, pero Lia siempre tenía un montón en la nevera, y como no le apetecía en absoluto perder el tiempo cocinando, Cal escogió la ruta que ofrecía menos resistencia. Yogur de arándanos. Era más sabroso que ratones fritos o conejillo de Indias crudo, y como había empezado a sentirse débil (tal vez jugar con Vikingo le había dejado sin fuerzas), pensó que tenía la obligación de tragar algo. Cualquier cosa.

«Tragar». Ésta era la expresión que Lone Boy había usado para describir su única experiencia de leer a Philip K. Dick.

Estúpido, pensó Cal. Injusto.

No le cabía ni una cucharada más de yogur. Le sabía como cola de pegar *Elmer* enriquecida con un poco de tinta. Se levantó, encontró un cuenco de cereales en la alacena, tiró el yogur en el cuenco y lo puso en el suelo, a disposición de Vikingo. El perro engulló la masa de un ruidoso trago, y después empujó el cuenco contra el horno, con la intención de limpiarlo a lengüetazos.

Cal le dejó en la cocina y se encaminó por el pasillo hasta la diminuta habitación que Lia y él llamaban la «biblioteca». Lia tenía un escritorio, un archivador y una máquina de escribir eléctrica bastante cara, así como un arcón barato, comprado en unos grandes almacenes, que contenía casi todos los libros de texto que había manejado en la escuela de Colorado. Cal tenía una torre de estanterías de pino, sostenidas sobre ladrillos, donde se amontonaban sus novelas del oeste, policíacas y de fantasía. En otra torre se alineaban las obras «serias»: Gran Narrativa Inglesa y Norteamericana, Poesía

Librodot

Elocuente, Historia Sesuda y Filosofía Profunda. Los manoseados ejemplares de las novelas contemporáneas de P. K. Dick ocupaban una estantería próxima a la cúspide de esta segunda torre.

También ocupaba un lugar en la habitación un ruinoso baúl verde oliva, cubierto con un almohadón para poder sentarse y cerrado con candado. Cal apartó el almohadón bordado y lo tiró al pasillo. Se arrodilló frente a la reliquia del Ejército, abrió el candado con su llave y levantó la destrozada tapa. Entre una confusión de mohosas cartas de sus padres (muchas de las cuales presentaban recortes de tijera y manchones de tinta negra, cortesía de la Comisión de Censura Ciudadana) se hallaban las copias ilegales de las novelas de ciencia-ficción inéditas escritas por Philip K. Dick.

En la Unión Soviética, antes y después de la distensión, los escritores disidentes habían hecho circular sus obras entre las amistades en manuscritos publicados por ellos mismos, que casi siempre consistían en copias de papel carbón o fotocopias del mecanoscrito original. El sistema se conocía con el nombre de *samizdat*, un término que significaba «autopublicar», y se remontaba a 1970, pero debían de existir antecedentes, incluso de los tiempos zaristas.

Bueno (recordó Cal), con el advenimiento de los temidos Allanadores, poco después de que Nixon derrotara a Herbert Humphrey en 1968, y la represión de la libertad de expresión durante los años que precedieron a la victoria sobre Vietnam, la *samizdat* había llegado a los Estados Unidos de Amérika.

Cal, durante sus tiempos de estudiante contestatario en la Universidad de Colorado, a finales de los sesenta, y después, como peón de un rancho durante los dos primeros mandatos de Nixon, había ido adquiriendo una pequeña pero comprometedora biblioteca de manuscritos «autopublicados». A pesar de la rendición de Vietnam del Norte en 1974 y del supuesto ablandamiento del Presidente desde su abrumadora victoria sobre la víctima propiciatoria de los demócratas en 1980, Cal sabía que podía ir a la cárcel por posesión de fotocopias. Lia y él habían discutido a menudo por esta causa, con mucha más virulencia de la utilizada en el problema de Vikingo.

Antes de trasladarse a Georgia, Lia había llegado a sugerir que Cal reuniera sus ilícitas obras dickianas y las quemara en el rancho de Arvill Rudd. Quería que empezaran de nuevo, y aunque la idea le resultaba atractiva a Cal, no había sido capaz de destruir las novelas de Dick. Aquel genio impulsivo las había escrito como un grito de indignación contra la inicua lógica de los bombardeos sin tregua abonada por el rey Ricardo y sus esbirros. Además, quemar los libros habría significado traicionar el recuerdo de sus padres.

Vikingo, con el hocico manchado de yogur de arándanos, entró en la biblioteca. Acarició a Cal con el hocico y gruñó el Gruñido.

-Muy bien. No seas chafardero. Te lo enseñaré.

El perro se sentó detrás de Cal.

-Ésta es mi favorita, *«El médico en el castillo»*. -Cal colocó el volumen frente a Vikingo-. La historia transcurre en un futuro lejano. El trasunto de Richard Nixon, a quien Dick llama Abendsen Ferris, envía una expedición bélica a un sistema estelar distante, pero todos los miembros mueren. Entonces, descarga sus frustraciones sobre los ciudadanos que habían protestado contra la misión, convirtiéndoles en cibercriados a sus órdenes y a las de sus acólitos imperiales. Admito que, resumido así, parece una tontería, pero has de recordar que Dick la escribió justo después de *«Nicholas y los Higs»*, pero *antes* de las elecciones de 1968. Un logro sorprendente, Vike. No sólo presciente, sino precognitivo. El resultado fue que Dick no pudo vender el libro. Los editores se asustaron. Comprendieron que era al mismo tiempo una sátira y una novela de ciencia-ficción, un cáustico comentario sobre una personalidad norteamericana compleja. Rechazaron el libro, sin admitir su temor a que el nuevo Presidente lo desaprobara, diciendo al autor que una novela de aquel estilo confundiría a los lectores que le conocían como crítico social realista. Después del desastre de *«Nicholas y los Higs»*, según dijeron sus editores de *Hartford Brice*, tenían que hacer lo posible por preservar la escasa respetabilidad que aún iba unida a su reputación.

Vikingo ladeó la cabeza con aire interrogador.

-¿Sabes cuál fue la respuesta de Dick a las excusas de la editorial, mi lobuno amigo?

Vike, atento, esperó la respuesta.

-Dijo: «Eso son chorradas, tíos». Y después añadió: «Idos a la mierda. A fin de cuentas, ¿quién necesita a tímidos apoltronados como vosotros?». Por desgracia, no tardó en descubrir que *él* los necesitaba. Nadie aceptó *«El médico en el castillo»*, y hasta que *Banshee* publicó *«Sivainvi»* hace más o menos un año, Dick no pudo volver a publicar, excepto reediciones, durante catorce años. Un crimen. Una vergüenza y un crimen.

Librodot

Y ahora el pobre hombre ha muerto, pensó Cal. Rebuscó en una estantería, encontró la hierba y lió un canuto. Sabía que no esnifar coca era una muestra de su apego a los viejos tiempos. Eso era para los postmodernos, y él no era un jodido PostMo. Cal inspeccionó de nuevo sus libros prohibidos, mientras fumaba su cigarrillo de marihuana y Vikingo le observaba con aire de tolerancia.

Seleccionó y colocó ante Vikingo las copias de *«¿Sueñan los androides con abejas eléctricas?», «Fluyan mis lágrimas, dijo el policía», «Aguardando el año pasado», «Nos miran en la oscuridad, ¿no es cierto?», «Allanador nocturno»*, y cuatro o cinco más, incluyendo *«El sueño acusador de Harper Mocton»*. Vikingo contempló la montaña de ejemplares durante largo rato. Lo mismo hizo Cal, mientras recordaba las circunstancias que habían rodeado la adquisición de cada fotocopia.

-¿Te gustaría saber cómo las conseguí, Vike?

-Claro -contestó el perro.

-Muy bien, pues escucha. Un amigo mío de Boulder, allá por el 69, conocía a un tío que había conocido a Dick en Santa Venetia, California, y Dick le había regalado a este tío una fotocopia del mecanoscrito de *«El médico en el castillo»*. Se la había *regalado*, así por las buenas. Mi amigo sacó una copia de la copia del amigo de Dick y envió a Dick un talón por diez pavos mediante el amigo de Dick... Demasiado complicado para ti, ¿verdad, Vike?

-Si tú eres capaz de contarlo, no me costará mucho seguirte.

-Tienes razón. Lo siento. -Cal inhaló una profunda bocanada del canuto-. Pensábamos que teníamos la obligación moral de pagar a cualquier escritor de cuyas obras hiciéramos copias. *Si* nos podíamos permitir el lujo, al menos. Cantidad de material circulaba de aquella manera *antes* de la elección de Nixon: *comics underground*, poesía, carteles, canciones, etcétera. Como si nos oliéramos el desastre que se avecinaba. No había muchos estudiosos del arte que quisieran pagar, pero cuando te topabas con alguien de fama nacional que se estaba jugando esa fama protestando contra el fascismo inminente, bueno, no te parecía justo sacar una copia de su obra sin darle algo a cambio. Quiero decir que algunas de estas personas eran *profesionales*, que se ganaban la vida escribiendo, pintando o interpretando, y se sentían heridos cuando no podían ofrecer al gran público los frutos de su talento.

-¿Dick regaló el mecanoscrito de *«El médico»* a su amigo para que su amigo pudiera exhibirlo por ahí y conseguirle dinero a Dick?

-¡No, no, no! Maldita sea, Vike, estás prisionero del concepto burgués el-perro-es-el-lobo-del-perro. ¿Por qué cojones no quieres entenderme?

Vikingo bajó las orejas, desolado.

-No era eso lo que Dick deseaba o esperaba. Había regalado esa novela a su amigo para que la compartiera. Era lo que los amigos del amigo esperaban hacer cuando sacaran más copias. Queríamos demostrar nuestra gratitud dando algo a cambio a los artistas, como reconocimiento de su talento y valentía, y como compensación a los ingresos que perdían cuando las instituciones más importantes se negaban a patrocinarles. Por eso mi amigo envió diez pavos a Dick después de fotocopiar el mecanoscrito del amigo de Dick, y por eso yo hice lo mismo, a pesar de que estaba arruinado, cuando me saqué la fotocopia de *«El médico»*. De lo contrario me habría sentido fatal. Me comprendes, ¿verdad, Vike?

-Creo que sí, pero como el arte que más me gusta suele salir de una lata, no soy una autoridad en la materia, ¿verdad? -El perro puso una pata sobre la copia de *«Fluyan mis lágrimas, dijo el policía»*-. ¿También enviaste un talón a Dick por las demás novelas?

-Si no en el momento de copiarlas, después sí, cuando me sobraba un poco de pasta. Me hubiera sentido como un cabrón de no hacerlo, y mira qué obtuve a cambio.

Vikingo ladeó la cabeza y miró las copias esparcidas sobre la alfombra.

-Once obras maestras de la literatura norteamericana. Once obras maestras *desconocidas.* Desconocidas porque ninguna editorial quiso publicarlas. Pero yo tengo copias de ellas, Vike, y lo considero un gran honor. Además, es una obligación oponer resistencia a la tiranía que impidió la publicación de esas obras.

-¿Cómo lo haces, Cal? ¿Trabajando en una tienda de animales domésticos?

La inesperada pregunta irritó a Cal.

-¡No lo hago, no hago nada de nada, y me siento fatal porque sé que no lo hago!

Aplastó el porro en un cenicero y se levantó.

Perro de mierda, pensó. ¿Por qué me preguntas eso, cuando lo único que sabes hacer es cavar hoyos en el jodido patio y dormir como una marmota las tres cuartas partes del día?

Pero Vikingo se encontraba en un momento irreprimiblemente socrático.

Librodot

-Sé que no haces nada, Cal, y hay algo que no entiendo. ¿Por qué basas tu resistencia a la tiranía nixoniana en estas novelas inéditas?

-No te comprendo, huelecacas.

-Me refiero a que eso es malo, pero tú tienes un motivo más grave, ¿no? Un motivo mucho más íntimo y personal.

No te atrevas a decirlo, pensó Cal. Escucha, meatroncos, sacopiojos, huelecacas gruñón, *no lo digas.*

-¿Qué me dices de tus padres? -insistió Vikingo-. ¿No es cierto que sufrieron muchísimo más que *tú,* deprimido porque el rey Ricardo arruinó la carrera de un escritor que ni siquiera es pariente tuyo?

La palabra *padres* lo consigue. Cal agarra a Vikingo por el collar, lo saca de la biblioteca, lo arrastra por el pasillo y por la sala de estar hasta la puerta principal. Vikingo está contento de salir otra vez, pero Cal tiene otros planes. Asegura la fría cadena al collar de Vike y vuelve corriendo adentro, antes de que el perro se dé cuenta de que, en lugar de ejercicio, le aguarda otro largo rato de aburrimiento.

Eso es lo que consigues por ser tan bocazas, piensa Cal. Vuelve a la biblioteca, se sienta cerca del baúl abierto, entre sus obras dickianas ilegales, y procede a lamentar la pérdida del autor.

En 1974, después de encontrarse con su contacto en Snowy Falls (Colorado), una pequeña ciudad de las montañas, más arriba de Walsenburg, y recibir del tío una copia de *«Nos miran en la oscuridad, ¿no es cierto?»,* Cal envió a Dick un talón por quince dólares, más de lo que podía permitirse. Dos meses después, escribió a Dick una carta comentándole *«Nos miran en la oscuridad»,* confiándola al tipo que había sido su contacto. Este la entregó en mano a Dick en Fullerton (California), violando el Decreto de Restricciones a los Viajes Internos, que regulaba todos los desplazamientos interestatales. Dos semanas después, el contrabandista citó a Cal en un restaurante chino de Manitou Springs y le entregó una nota del autor escrita a máquina.

Mientras recuerda la emoción con que abrió la carta, Cal la encuentra sujeta con celo a la cubierta interior de la fotocopia de *«Nos miran en la oscuridad»,* y la despega para volver a leerla. Ni siquiera está amarillenta, después de casi ocho años, pero Cal capta los olores a cocina china (rollo de primavera, cerdo agridulce) que absorbió en aquel antro de Manitou.

Estimado señor Pickford:

Gracias por enviarme sus comentarios de *Nos miran en la oscuridad, ¿no es cierto? y* sobre mi obra en general. He releído su carta diez veces y me he dicho: «Creo que lo has conseguido; creo que has escrito lo que te propusiste escribir. Y lo puedes afirmar a juzgar por lo que Cal Pickford dice en esta carta sobre tu novela».

Tardé cinco años en escribir *«Nos miran en la oscuridad»* y, como usted ha comprendido tan bien, he puesto en ella mi corazón, mi cuerpo y mi vida. Es muy peligroso plasmarlos en papel: le entregas al mundo tu alma.

El peligro, por descontado, parece menor cuando ningún editor quiere publicar el libro, pero no es así. El peligro reside en entrometerse en las desdichadas y míseras vidas que intento plasmar en mis libros inéditos. Reside en intentar realizar un registro permanente de sus tristes idas y venidas. Reside en el hecho de escribir. Diría más cosas, o le escribiría de nuevo para decirle más cosas, pero no quiero ponerle en peligro. Su reacción ante mi obra y su apoyo económico demuestran que es usted un auténtico ser humano. La mayoría de los que hoy detentan el poder sobre nuestras vidas son seres humanos artificiales.

Por lo tanto, me despido cordialmente de usted hasta un momento mejor, algún día, cuando la gente comprenda.

El nombre «Philip K. Dick» estaba escrito a máquina al pie de la nota, por supuesto, pero el hombre había trazado encima a mano «Phil», con una letra clara e inclinada hacia delante que inflamó el corazón de Cal.

Devolvió la carta al sobre pegado con celo al interior del libro fotocopiado. Después, *«Nos miran en la oscuridad»* todos los demás libros volvieron al interior del baúl. Cal bajó la tapa, aseguró el candado y colocó el almohadón encima, por si algún alma desamparada y agotada sentía la necesidad de sentarse.

Cal se sentó, con las manos colgando entre sus rodillas. Vikingo se puso a aullar en el exterior, un grito espectral y lúgubre.

Así me siento yo, pensó Cal. Lo has captado a la perfección.

Tenía que hacer algo para mitigar su pena. Si no mitigarla, al menos articularla. Lo había intentado hablando con Vikingo, pero Vikingo le había golpeado con aquella horrible conclusión sobre sus padres, echando por tierra su esfuerzo. Entonces, ¿qué? ¿Qué iba a hacer para verbalizar su dolor hasta que Lia llegara a casa y pudiera tomarla en sus brazos, como un amortiguador de la crueldad del mundo?

Un poema, pensó Cal. Una elegía. Deberías sentarte y escribir una elegía para Philip K. Dick.

La idea excitó a Cal (en el porche, Vikingo aullaba cada vez con mayor patetismo). Se dirigió al escritorio de Lia y sacó un *bloc* de papel oficial amarillo. Cogió una pluma del cajón y se acomodó, a fin de que su elegía para Dick fluyera sobre las largas hojas como las lágrimas de un niño abrumado de pena.

No ocurrió nada.

Cal esperó, devanándose los sesos, pero el poema no surgía. Asomaban *palpitos* de inspiración, pero sólo palpitos, y los continuos aullidos de Vikingo no contribuían a fomentar su creatividad. Se aisló de ellos pensando otra vez en la hermosa nota de Dick y en todas las obras maestras desconocidas ocultas en el baúl.

Y por fin encontró un primer verso sólido y un segundo excelente que encajaba con el anterior:

Philip K. Dick, ay, ha muerto.
Vayamos todos a besarle a Dios el trasero.

Sin embargo, después de lograr estos versos, Cal se quedó clavado otra vez, incapaz de continuar. *«Está claro que en un mundo tan muermo»*, musitó, ensayando las palabras en voz alta. Y poco después: «¿7 *presidente deplora su cuento»*. Estos añadidos rimaban, pero no eran buenos. Cal los habría borrado, si se hubiera tomado la molestia de escribirlos, pero no lo había hecho. Eran espantosos. Sabía que eran espantosos.

Por tanto, decidió que los dos versos apuntados -*Philip K. Dick, ay, ha muerto / Vayamos todos a besarle a Dios el trasero*- resumían perfectamente todo cuanto quería decir sobre la muerte de Phil Dick. Tenían ritmo, rima, asonancia y aliteración, y expresaban su aflicción y amargura al mismo tiempo. ¿Qué más se podía pedir? Cal se puso en pie, sujetando la elegía, y la declamó a la habitación con voz profunda y melodiosa como el mar.

Vikingo aulló en el porche.

-¡Cállate, lobo de mierda! -gritó Cal-. ¡Maldita sea, cierra tu bocaza de una vez!

Pero Vikingo no cerró su bocaza y Cal, de pie en medio de la biblioteca de Lia, se dio cuenta de que se deslizaban lágrimas por sus mejillas, brotando de alguna fuente interior que jamás podría localizar.

Librodot

7

-¿Quieres decir que llevas en casa desde la una y has dejado en el porche al pobre Vike toda la tarde?

-Philip K. Dick ha muerto, Lia. El señor Kemmings me dio permiso para marcharme. No tenía por qué, pero lo hizo. Es un tío legal.

-Es una pena que su legalidad no sea contagiosa.

-Vike es un perro esquimal, por el amor de Dios. Dejarle en el porche unas cuantas horas no es como meterle en el congelador.

-Estás colocado, ¿verdad? Tienes los ojos vidriosos y te escoras hacia la izquierda. Ridículo.

-Sería más ridículo escorarse hacia la derecha. En tal día como hoy, sería *redundante.*

-Me prometiste que no te traerías la mierda. Vivimos en una ciudad pequeña. Además, la hierba te produce sueño y entontecimiento, de lo cual vas bastante sobrado. Peor aún, te dejó indiferente a la necesidad de compañía de un pobre animal.

Vikingo estaba sentado sobre la alfombra de la sala de estar, a pocos pasos de distancia, escuchando la discusión y meneando la cola con aire pensativo.

-Unas cuantas caladas para amortiguar el martillazo causado por la muerte de Phil Dick, nada más. Y Vike se encuentra bien. Míralo.

Lia se arrodilló junto al perro. Después, sepultando la cabeza en su pelaje, empezó a llorar.

-Pobre pequeño -consoló al perro-. Pobre, pobre pequeño.

-Jesús. Te vende el cuento sobado de me-han-dejado-abandonado-en-el-porche-durante-unas-horas, mientras *yo soy* víctima de una auténtica desgracia, y a él le arrullas y a mí no me haces ni puto caso.

Lia continuó llorando y Vike meneando la cola sobre la alfombra.

-¿Un mal día en la consulta?

Cal hundió las manos en los bolsillos.

Lia contuvo el aliento y levantó la cabeza. Un nuevo sollozo estuvo a punto de sorprenderla, pero lo dominó palmeándose el pecho.

-Tanto que no te lo podrías ni creer.

-Pruébalo.

-Tanto como ni yo puedo creer, para más datos.

-Pues ya somos dos. Mal día global para los compenetrados Bonner-Pickford.

-Cal, lamento que tu amigo escritor haya muerto.

-Gracias. Lamento lo que te ha ocurrido hoy en la consulta.

-¿Lamentas haber dejado a Vikingo en el porche?

-Ahora sí. Si hubieras estado aquí, tal vez lo comprenderías. Ese huelecacas se puso impertinente.

Vike irguió las orejas. Gruñó el Gruñido.

Lia se acercó a Cal y le abrazó.

-Tal vez tengas razón.

Ella y su marido se abrazaron. El perro entró en la cocina para juguetear con el cuenco de yogur vacío.

-Duchémonos -dijo Cal-. Desnudémonos, literal y después emocionalmente. Dicho y hecho. El último grito en psicoterapia hogareña, doctora.

Sin soltar a su mujer, empezó a desabrocharle la blusa.

-¿Cuándo me regalaste esto? -preguntó Lia, tocándose el broche de la chaqueta, el broche con el pez de perfil.

-¿Yo te lo regalé?

-¿No?

-No recuerdo que te lo haya regalado. No es exactamente mi estilo, ¿verdad? Antes te regalaría un sombrero o un par de botas.

-Entonces, ¿de dónde lo he sacado?

Cal meneó la cabeza.

Librodot

-Ni idea. Es bonito, de todos modos. Muy bonito. -Le frotó la oreja con la nariz-. Vamos, Lia, vamos al asunto. Abluciones terapéuticas para los tristes y maltratados por el mundo.

El agua caliente les golpea y el vaho se eleva de la bañera como si fuera una gigantesca cafetera automática que lanzara vapor aromático al aire. Mala metáfora, piensa Lia, pero el vapor le trae a la memoria la cafetera de su consulta, y el discurso obsesivo de Kai sobre el café, y (¿cómo no se lo va a recordar?) la imposible vaporización de Kai del diván en que estaba sentado. Se convirtió en vapor, o en niebla, o en espíritu ondulante, ante las mismísimas narices de Shawanda y de ella, y por eso se juraron no hablar jamás del suceso a nadie. Exceptuando a los amantes y a los maridos, por supuesto, y Lia acaba de decírselo a Cal.

-Dick[8] -dice Cal.

La palabra sorprende a Lia. Cal está de pie detrás de ella, rodeándola con los brazos bajo el agua caliente, y la parte de él que una novelista romántica llamaría su «virilidad» se desliza provocativamente por la raja de su culo y después se aleja. En una reacción tan divertida como erótica, a Cal se le puso tiesa nada más verla desnuda, aumentando de tamaño a cada momento, casi a punto de estallar, como un globo demasiado hinchado; la espalda y el culo de Lia se frotan frotan frotan contra el estómago y los muslos de Cal bajo el torrente lubricante.

-Ya sé lo que es, pero no es mi palabra favorita para designarlo. Me pregunto por qué no puedes relajarte durante unos minutos.

-No puedo hacer nada por impedir que se levante. Hay una manera segurísima de relajarme, por supuesto. Al menos por un rato.

-Uh, uh.

-Si pudiera impedirlo, Lia, y si fuera tú, lo que nos pondría a ambos en una situación embarazosa, lo consideraría un insulto.

-Tienes las ideas confusas, maridito. Una reacción involuntaria como ésa no es un cumplido; es un reflejo tonto. El desplegable de una revista erótica consigue el mismo estúpido resultado.

-Lia...

-Y me saca de quicio que hables de tu pene utilizando motes adolescentes. Pareces un rufián quinceañero. Un *aspirante* a rufián quinceañero.

Odio de veras estas chorradas, piensa Lia, disfrutando del tacto de la cara recién afeitada de Cal en su nuca. Los hombres tienen más apelativos para sus malditos penes que los esquimales para la nieve, y por lo visto piensan que sacar a relucir uno de estos motes, por no mencionar sus torpes manoseos, nos dejan traspuestas y babeantes. Me pone a...

-Lia...

-*¡Qué, maldita sea!*

-Me refería a Philip K. Dick, no al purpúreo Capitán Enhiesto aquí presente. Escucha, no me acuses de decir cochinadas. No he dicho ninguna guarrada, y si lo hubiera hecho, te habría sorprendido con guarradas esotéricas: El miembro de Pichanueva, Naborrojo, el señor Excavaco...

Lia se vuelve en redondo, aplasta sus pechos contra el torso de Cal y apoya la boca en su garganta. El miembro de Pichanueva le roza los pelos del coño, y el agua que se derrama amenaza con cegar al ciclópeo amigo de Cal. Ella baja la vista y comprueba que el fenómeno la está mirando; sube la boca hacia la boca de su marido y deja que su lengua practique un poco de espeleología en su interior, mientras sus dedos acarician los peldaños mojados de las vértebras de Cal.

He aquí una forma de hacerte callar, piensa Lia. Un método infalible.

-¿Qué tiene que ver con nosotros el hombre del apellido priápico, Cal? -pregunta Lia después del beso-. ¿Qué tiene que ver con lo que nos ha ocurrido hoy, con lo que me ha ocurrido a mí?

La desaparición del señor X del diván de su consulta se le antoja ahora un sueño inducido por la fiebre. Lo único significativo y real es Cal, su marido/amante.

Cal la aferra por los hombros.

-Quería decir que tu cliente de hoy, ese tal Kai, y Philip K. Dick son la misma persona. Te visitó la mismísima persona a quien he estado llorando.

Lia recuerda algo de súbito.

-Me pidió que le enseñara una foto tuya. Dijo que *tú* eras el motivo por el que había venido a Warm Springs. Que tal vez tú eras..., ¿cómo lo dijo? En esencia, que tú podías ayudarle a solucionar

[8] En inglés, «polla». *(N, del T.)*

Librodot

sus problemas. Amnesia, percepción binocular... Cosas así.

-¿Yo?

-Pero yo le contesté que mi vida familiar no era asunto suyo.

Lia observa, a pesar de la lluvia rojiza, que el rostro de Cal ha palidecido. La metamorfosis de Kai en un ente invisible no le impresionó mucho, pero informarle de que Kai piensa que él es el foco de una emanación significativa..., ah, esa noticia le ha traído a casa la realidad de toda la irreal situación.

-Mira. Tu Capitán Enhiesto está a media asta.

-No seas frívola. Algo increíble ha ocurrido.

-Lo sé, y tú acabas de decirme que un muerto me ha visitado. Un fantasma, supongo.

Pero no, no se trata de un fantasma. Lia recuerda lo que Shawanda dijo, que Kai debió de aparecérseles con un «cuerpo resurrecto». De lo contrario, ¿cómo habría podido beber café? ¿Y por qué advirtió a Shawanda que no le tocara?

-Phil Dick te visitó y te dijo que yo era el motivo. Lo tienes todo grabado, ¿verdad?

-El Capitán Enhiesto ha sido degradado. Tendrás que empezar a llamarle soldado Fláccido.

-¡Lia!

-Cálmate. Mi historia no te impresionó hasta saber que Kai había preguntado por ti. Entonces, tus ojos se iluminan y tu timón languidece.

Qué ego tienen los hombres. No pueden compenetrarse con nadie, a menos que el problema del otro les ataña directamente. Simpatía abstracta, compasión a larga distancia... Es más fácil que una piraña bendiga la mesa antes de comer que un ser humano del sexo masculino haga gala de bondad desprovista de egoísmo. Otro ejemplo de esa mentalidad «primero-yo» que envió a Vikingo al porche.

-Lia, te he preguntado si lo habías grabado todo.

-Está en mi maletín. Después de oír lo que Kai, Philip K. Dick, dijo sobre el rey Ricardo, no iba a dejarla en mi consulta.

Cal, mojado de pies a cabeza, descorre la cortina del baño, pasa por encima del borde y sale del cuarto de baño completamente desnudo.

-¡Cal!

Serás cabrón, piensa Lia. Lo vas a mojar todo. Cierra los grifos, tantea en busca de una toalla, encuentra una, se seca la parte superior del cuerpo y se envuelve con ella como si fuera una toga.

Cal vuelve, coloca el *cassette* sobre el estante del lavabo, se sienta sobre la tapa del váter y enciende el aparato.

-Te vas a electrocutar. Habrás dejado como una sopa todas mis notas y los libros.

-Nada de eso. He ido con mucho cuidado. Y este aparato funciona con pilas. Déjame oírlo, ¿vale?

-Vamos a vestirnos y a comer algo. No te habrás molestado en prepararnos algo durante tu largo viaje de la tarde hasta la hora de cenar, ¿verdad?

Lo tengo chungo, decide Lia. Estás muy obsesiva hoy, como una locomotora lanzada como una bala hacia... ¿qué? Un choque de frente con una falta de lógica autoanuladora. Desde luego, no estás pensando en hacer huevos revueltos o en freír una hamburguesa.

Mientras espera a que suene la cinta, Lia se estremece con más violencia de la que requiere el frío del apartamento. Porque lo que en realidad temes, admite, es la posibilidad de que no suene fuera de tu despacho. En ese caso, Cal dirá que estabas ñipada. Se burlará y dirá que te colocaste comiendo pollo al curry en el *Victorian Tea Room*. Le diste la paliza por fumar hierba, pero al menos él no ha conjurado, después del viaje por cortesía del tetrahidrocannabinol, una visión tan chorra como tu historia sobre el amnésico de la mañana.

Lia espera, casi conteniendo el aliento.

Entonces, la cinta empieza a sonar, y la primera voz que escucha es la suya -*¿Cómo llegó aquí?*-, seguida casi al instante por la respuesta de Kai: *«En taxi desde Atlanta»*. La cinta en miniatura del cartucho sigue girando, y surgen más palabras de los diminutos altavoces del aparato. Una potente sensación de gratitud invade a Lia.

-Es real -murmura-. Tenemos la prueba.

-Es Phil Dick, definitivamente.

-¿Cómo lo sabes?

-Hace tiempo, en Snowy Falls, le oí en una grabación. El tío que tenía el original de *«Nos miran en la oscuridad, ¿no es cierto?»* la sacó escondida de Fullerton y me la dejó oír. Dick estaba hablando de Jung, cosas por el estilo. Ésta es la misma voz. Es, definitivamente, el hombre famoso por

Librodot

«Confesiones de un artista execrable» y otras obras maestras de la literatura norteamericana.

He hablado con un hombre muerto, piensa Lia. O tal vez con el alma del escritor fallecido de Cal provisto de su cuerpo resurrecto..., como el cuerpo de Cristo después de la crucifixión y entierro. Además del dinero que Kai me pagó, tengo su voz en la cinta. Una prueba irrefutable de mi entrevista con él.

-Cal...

-Déjame escuchar.

-Tengo frío. Me voy a vestir. ¿Por qué no...?

-Ve pasando.

Que te den por el saco, piensa Lia. De *Homo erectus* a *Homo deflectus* en menos de cinco minutos.

Lia, irritada, sale del cuarto de baño, va al dormitorio y se pone ropa interior limpia, tejanos, calcetines gruesos y un voluminoso suéter de punto. Coge llaves, suelto, un clip, otras cosas y se las pone en los bolsillos. Cuando regresa al cuarto de baño y echa un vistazo a Cal, encuentra a éste sentado como *«El pensador»* de Rodin, más delgado pero igual de abstraído, totalmente absorto en su sesión con El Hombre Que Se Desvaneció.

El tiempo pasa. La cinta termina.

Cal, con los ojos abiertos de par en par, alza la cabeza.

-Me llama el motivo por el que fue a verte -dice-. Llega a afirmar que yo tal vez sea la «lente» que enfocará su estereografía.

-Lo *sé*. ¿Tienes alguna idea de por qué?

-No. Absolutamente ninguna.

Lia preparó sopa de tomate y tostada de queso para cenar, y aunque Cal quería quejarse de que sólo había comido en todo el día yogur de arándanos, adivinó que más le valía callarse.

-¿Qué vamos a hacer acerca de todo esto? -preguntó Cal.

-No me digas ni una palabra más acerca de eso, ni una más. No estoy para hostias.

Tendría que habérmela tirado, pensó Cal. Tendría que haberle enjabonado la espalda, besado, secado, llevado en volandas a la cama y echado un polvo tras otro hasta que ninguno de los dos pudiera pensar con claridad. Al menos, nos habríamos resarcido de un día tan mísero. Mi gran error fue abandonarla cuando me estaba diciendo, con aquellos besos cariñosos y los movimientos de su cuerpo, «tómame», como una heroína de un asqueroso *best seller*. Deseaba consuelo tanto como sexo, pero no le diste consuelo ni te relajaste. Ahora, los dos estamos cerrados como almejas. Y no se ha solucionado nada.

-«Philip K. Dick, ay, ha muerto» -recitó Cal, llevado por un impulso.

-¿Cómo?

-Es el primer verso de una elegía que he escrito para él.

-¿Le has escrito una elegía a Phil Dick?

-Bueno, algo por el estilo, quiero decir que no es...

(Calvin, has extendido las manos para que tu crítico más feroz te las destroce a martillazos).

-¿Cómo sigue? ¿Te acuerdas?

Adelante, se animó Cal. Recítala y acaba de una vez, o te dará la barrila toda la noche.

-«Philip K. Dick, ay, ha muerto / Vayamos todos a besarle a Dios el trasero» -dijo en voz alta.

Lia se quedó mirándole, sosteniendo una cuchara llena de sopa en el aire.

-Sigue -dijo.

-Ya está. Eso es todo.

-El primer verso es bueno, pero el segundo es deleznable. Irreverente por el puro placer de la irreverenda. Muy propio de quinceañeros y adultos inadaptados.

-Eso es una interpretación psicológica.

-¿Qué querías?

-¿Qué te parecería un juicio estético imparcial?

-No existe un animal semejante. Cal.

-Una década en Colorado no pudo borrar del todo tus prejuicios sureño baptistas enraizados, ¿verdad?

-Lo que eres incapaz de imaginar, Pickford, es que no estoy disgustada por tu estúpida expresión «besar a Dios el trasero». Estoy disgustada porque te degrada.

-Jesús. Lo que nunca entenderás es que no la escribí para ser irreverente, sino para proclamar mi ira y frustración por una muerte injusta. El motor de ese verso no es la irreverencia, sino el ultraje

emocional.

-Presuntuoso.

-Me has dado un juicio psicológico, en lugar de literario. Un juicio teñido de religiosidad provinciana.

-Deberíamos ir a la iglesia, Cal -continuó Lia-. Lo deseo desde el primer día que llegamos.

-Por el amor de Dios -dijo Cal.

¿Yo?, pensó. ¿Apretujado en un banco de la Primera Iglesia Baptista? Tendría que esconder mi trenza india debajo del cuello de la camisa. Le toca los huevos hasta al señor Kemmings, y aún se los tocaría más a esos baptistas. Aunque es posible que encontraras a Dios en ella. En Georgia, seguro que debe de merodear por las cercanías de las iglesias baptistas. Hay demasiadas para no verlas.

-Por el amor de Dios -repitió Lia, sorbiendo la sopa de tomate.

-Lia, no tengo la intención de *publicar* mi elegía.

-Estupendo. Tampoco la aceptaría nadie, de todos modos. Si lo hicieras, las críticas te humillarían.

-Gracias. -Sorbió la sopa y prosiguió-. Escucha, esta mañana he vendido un par de osos Brezhnev a una señora que me preguntó si había tenido problemas con las autoridades.

Lia se puso tensa.

-¿Qué le dijiste?

-Mentí y respondí que no. Sin embargo, me acojonó. Me preguntó qué hacía un tío de mi edad trabajando en una tienda de animales domésticos, y lo único que se me ocurrió decirle, mientras cargaba las compras en su coche, es que estaba casado con una psicóloga que trabajaba en Warm Springs. Hasta le di tu nombre.

-Muy bien. ¿Y qué?

-Tal vez se deje caer por la consulta.

-No lo creo.

-Lo que me temo es que volverá a dejarse caer por la tienda.

-¿Por qué?

-Porque su rostro me resultó familiar. Tenía que haber sabido quién era. Después de este rollo extraño de Phil Dick, no podemos pasar por alto nada que se salga de la normalidad.

(Como el hecho de que un gorila tocapelotas merodeó por la tienda del señor K. antes de que la dama en cuestión entrara).

-Has de tirar esas malditas fotocopias de sus novelas.

-Has de tirar tu cinta.

-No.

-Entonces, no tiraré mis fotocopias.

Vikingo, al oír el toma y daca, entró en el comedor, procedente de la sala de estar. Se sentó a los pies de Lia, esperando una caricia.

-Yo lavaré los platos -dijo Cal, levantándose.

Es lo mínimo que puedes hacer, vaquero, se dijo.

-Ya lo harás cuando volvamos.

-¿Cuándo volvamos? ¿De dónde?

-De visitar a mi madre.

-¿No fuiste a visitarla antes de marcharte?

-No pude. Estaba demasiado nerviosa. Me pasé la tarde llamando a empresas de la zona. Para alejar mi mente de..., ya sabes. Si nos vamos ahora, estaremos de vuelta a eso de las nueve y media.

Hostia, pensó Cal. El deber llama. Y nos arrastramos incesantemente en cansada respuesta a sus llamadas...

Emily Bonner, la madre de Lia, tenía una habitación semi-privada en el ala este del Hospital Eleanor Roosevelt de Warm Springs. El accidente que había matado a Jim Bonner, el padre de Lia, había dejado a Emily inválida. Se desplazaba por los pasillos del edificio en su silla de ruedas, pero no siempre recibía con alegría a las visitas. Las experiencias de Cal con Emily desde que se había establecido en Georgia distaban mucho de haber sido agradables, en parte porque antes del accidente la mujer sólo le conocía por fotografías y conversaciones telefónicas. Cuando él decía «Hola, mamá, ¿cómo está?», ella reculaba, desorbitaba los ojos y replicaba «Bien. Aún no estoy dispuesta a partir. ¿Por qué no vas a ver a Dios y le dices que soy feliz *aquí?*». La única conclusión a la que Cal llegaba era que Emily le identificaba con el Ángel de la Muerte; una reacción paranoica que le quitaba las ganas de visitarla.

Librodot

Cal y Lia aparcaron ante el hospital, dejando que Vikingo pateara el tapizado del asiento trasero.

Los Bonner-Pickford entraron en el edificio y avanzaron por el pasillo hasta la habitación de Emily. Cal se preguntaba por qué no se había pasado Lia por el hospital antes de volver a casa, y Lia se preguntaba por qué su hermano no había efectuado los preparativos para instalar a su madre en la «Baronía del Sinsonte Pardo». En cualquier caso, a Lia le gustaba visitar a su madre cuando tenía un buen día, y Cal estaba contento de salir después de pasarse toda la tarde meditando sobre la muerte de Phil Dick.

Emily yacía en la cama, mirando la tele. Lia se sentó a su lado. Cal, con las manos a la espalda, le dedicó una sonrisa poco entusiasta.

-Hola, mamá, ¿cómo está? -dijo.

El programa era un documental de la *PBS* (canal 28) sobre los mutuos beneficios de la distensión soviético-norteamericana: cooperación en el espacio, reducción de gastos militares, intercambios comerciales y culturales privilegiados, etcétera. Emily estaba embelesada.

-Mamá, ¿te encuentras bien? -preguntó Lia.

-¿Cómo puede encontrarse bien? -dijo la compañera de habitación de Emily, Phoebe Flack, una octogenaria que recordaba a Lia las divertidas muñequitas talladas en manzanas secas-. Yo quiero ver *«La hora de Sinatra»* en la *CBS*, pero ella no me deja. Me obliga a ver este aburrido rollo sobre nosotros y los rojos.

Phoebe extendió la mano en dirección al televisor.

Una luz se encendió en los ojos de Emily.

-Tú ya has visto *tus* aburridos programas, Phoebe. Cada noche, justo después del noticiario de Ronnie, la misma estupidez, *«Días en el Valle de la Muerte»*, o la reposición de *«General Electric Presenta»*. Me tocaba elegir a mí.

-Ve esa porquería para molestarme -se quejó Phoebe a Lia.

Lia se preguntó si Phoebe tenía razón. Emily había demostrado en muy escasas ocasiones interés por la tele. Y nunca, que supiera Lia, por noticias, deportes o documentales. Era muy raro. Era como encontrar un oso polar dando un paseo voluntario por el Sahara. Sin embargo, la mirada de su madre estaba firmemente clavada en la pantalla.

-Mamá, creo que Phoebe tiene razón. ¿Por qué no la dejas ver a Sinatra? Además, tienes compañía... Cal y yo.

-Esto es importante. Estoy cansada de ver basura. El programa muestra lo que ha hecho el presidente para devolver la cordura al mundo.

Uf, pensó Cal. El médico dice que no es la enfermedad de Alzheimer, que la mujer es capaz de pensar en progresiones claras y lógicas..., pero es evidente que ha perdido el contacto con la realidad en la que debería pensar ahora.

Emily miró en su dirección.

-¿Crees que un interminable estado de tensión entre nosotros y los soviéticos es bueno, Calvin?

Cal se quedó estupefacto, no sólo porque le había hablado -una rareza-, sino porque había captado su último pensamiento.

-N-no, señora -tartamudeó-. Es que...

-¿Por qué no os calláis todos y me dejáis terminar de ver esto? Ya falta poco.

-Lo bastante para que no pueda ver al Viejo de los Ojos Azules -se quejó Phoebe. Extendió la mano hacia Lia-. ¿Quieres hacer el favor de acompañarme a la capilla, querida? No he bajado en todo el día.

-Yo la acompañaré -dijo Cal, ansioso por escapar.

Sacó la silla de ruedas de su suegra del armario y empezó a desplegarla. Lia le cogió por las muñecas.

-Mamá acaba de dirigirte la palabra -susurró-. Una fecha señalada. Quédate con ella. *Yo* acompañaré a Phoebe a la capilla.

Tal vez, cuando el programa de la PBS acabara, Emily volvería a hablar con Cal, y los dos (las personas que más le importaban a Lia en el mundo) empezarían por fin a trabar una relación basada en la comprensión y el cariño.

Pero esto no era lo que Cal deseaba.

-Lia...

-Ayúdame a acomodar a Phoebe en la silla -dijo su mujer-. Después, siéntate y haz compañía a mamá.

Librodot

Al cabo de un momento, satisfecha consigo misma, Lia empujó a Phoebe Flack por el largo pasillo, pasando frente a las habitaciones en que patéticos ancianos yacían drogados por la tele o sedados químicamente; los picos de tortuga de los internos, apuntados hacia el techo o los tubos de oxígeno, así como la entumecida resignación de sus vidas enjauladas, destruyeron el placer que Lia había obtenido adelantándose a Cal.

La capilla del Hospital Eleanor Roosevelt no era mucho mayor que el cuarto de las escobas. Había espacio para las sillas de ruedas, seis sillas plegables, un diminuto altar y una vidriera en miniatura (iluminada desde detrás por una pequeña bombilla amarilla de emergencia) situada encima y detrás del crucifijo que descansaba sobre el altar. Lia aparcó a Phoebe en uno de los huecos para sillas de ruedas y se sentó en una silla plegable.

Tal vez tenía otro motivo, además de dejar a solas a mamá y Cal, para bajar aquí con Phoebe, pensó Lia. Tal vez, como Phoebe, he bajado para rezar, para acercarme a mí misma acercándome a Dios. ¿No fue por eso que le dije a Cal lo de empezar a ir a la iglesia? ¿O me siento espoleada por lo que Shawanda y yo presenciamos en mi consulta esta mañana?

Phoebe Flack estaba mirando el brillo espectral que relumbraba sobre la cruz del altar y movía sus arrugados labios. Lia también intentó rezar. Que Dios me ayude, entonó en silencio. Que Dios me ayude. Se convirtió en su mantra, un conjuro, hasta que sintió en el bolsillo de sus tejanos algo que la pinchaba, destruyendo su concentración, y se removió en la silla para sacar el objeto.

En su mano, el broche del pez que había encontrado aquella mañana en su chaqueta resplandeció levemente ante la mirada sorprendida de Lia.

La primera reacción de Lia fue apartar el broche, como si fuera una araña que hubiera trepado hasta su palma. Sin embargo, se detuvo y contempló consternada, incluso atemorizada, la joya perfectamente labrada. La depositó entre sus muslos revestidos de dril, sobre el metal color verde oliva de la silla.

A medida que el brillo del pez aumentaba y se acentuaba su relieve, las paredes y los muebles de la capilla se desdibujaban. Los ojos de Lia magnificaron el objeto, como un microscopio que enfocara un espécimen. En cuanto a Phoebe Flack, se desvaneció, como también todo el Hospital Eleanor Roosevelt. Sólo continuó existiendo el pez dorado, una piedra de toque sobre la silla que desaparecía.

¿Dónde estoy?, se pregunta Lia. ¿Adónde he ido? Intenta cerrar los ojos. Es difícil, casi imposible. Por fin, no obstante, lo consigue. Los abre de nuevo y se encuentra ataviada con un traje de novia.

La diminuta capilla se ha transformado en la gruta de un santuario, cercado de columnas de piedra arenisca, altísimos arabescos de tonos ocre y rojo navajo.

Lia se da cuenta de que la ceremonia de matrimonio que tiene lugar (la suya) se celebra bajo el espléndido cielo azul del Jardín de los Dioses, en Colorado. Los asistentes se cuentan por centenares, y el hombre que la conduce al altar es su padre muerto. No se trata de un cadáver, gracias a Dios, sino del hombre que sería a mediados de los setenta, henchido de orgullo y vigoroso. Emily, su hermano Jeff y su cuñada, docenas de tías, tíos y primos se yerguen detrás de ella y de su padre, atentos.

El sacerdote que preside la ceremonia tiene barba y un cuello blanco como el marfil, pero sus rasgos no se distinguen, como si la luz del sol hubiera borrado sus facciones. Lia ya sospecha que el rostro oculto pertenece al hombre que la ha visitado hoy en su consulta. Por lo visto, es miembro de una orden secreta, si bien bondadosa.

-Dale el broche -indica el sacerdote al novio.

No ocurrió de esta forma, piensa Lia, volviéndose hacia Cal, quien se materializa en el altar de piedra arenisca, ataviado con una chaqueta de piel blanca con flecos, como en una secuencia de una película del oeste.

Le gusta su aspecto, pero no ocurrió así. Un juez de paz les casó en el rancho de Arvill Rudd (los padres de Lia no pudieron acudir); la esposa de Rudd, Bernardine, fue su dama de honor y Arvill actuó de testigo. Pasaron la luna de miel recorriendo en balsa un tramo del río Arkansas, y aquel septiembre hizo un tiempo espantoso.

-Con este broche, te tomo por esposa -dice Cal a la sombra de las altivas rocas.

Y se lo prende en el vestido.

-Amaos, honraos y protegeos -les ordena el sacerdote-. Podéis besaros.

(Su voz es la voz es la voz...).

Librodot

Se besan, figuras en miniatura en el diorama del Jardín de los Dioses. Se besan bajo el perfil de la Roca de los Camellos que se Besan, al son de los murmullos entusiastas de los invitados.

-Muy apropiado -dice Jeff con afectación, perdido entre la multitud-. Ahora ya pueden ir a casa y echar un polvo.

Sin dejar de besarle, Lia se descubre sonriendo contra la boca de Cal, sonriendo por el comentario de Jeff, por la bendición del recuerdo que esta ceremonia les grabará durante el resto de sus vidas...

Excepto que, por supuesto, no ocurrió así. La historia y las circunstancias intervinieron para expulsar a los dioses del jardín y para bañar de luz a los camellos que se besaban. No hubo broche. Utilizaron anillo, como todo el mundo. En su caso, un anillo que había pertenecido a la madre de la madre de Cal.

Lia oyó un violento resoplido. De pronto, la capilla y todos sus muebles reaparecieron. El resoplido provenía de Phoebe Flack, quien, sentada en la silla de ruedas, rezando o fingiéndolo, se había quedado dormida. Lia sonrió a la mujer. Después, miró entre sus piernas y vio que el broche del pez había desaparecido.

¿Dónde está?, quiso chillar Lia. En lugar de ello, levantó el culo y tanteó la superficie metálica caliente donde tendría que haberse deslizado el broche. Nada. Se arrodilló y buscó en el suelo, que olía a *Lysol*. Tampoco nada. Se puso a gatear, palpando las losas en busca de una excrescencia que no poseían. Luego, se golpeó contra una silla.

-Menudo blanco -dijo Phoebe Flack, despertándose con un resoplido-. Un hombre calzado con botas se lo pasaría cañón dándole una patada en el culo.

Cuando el documental terminó, Emily se volvió hacia Cal.

-Busca en el bolsillo de mi bata -dijo.

Cal se levantó de la incómoda silla de hospital y rebuscó en el bolsillo de la bata, que colgaba de un gancho en la puerta del cuarto de baño. Sus dedos se cerraron alrededor de algo redondo y grueso; su primer pensamiento fue que sujetaba un bote de betún. Pero la definición no le pareció muy feliz.

El tamaño y el peso no son los correctos, reflexionó Cal. Además, no tiene tapa para hacer palanca con una moneda o una tuerca.

-Bien -le animó Emily-. Tráemelo.

Sacó el objeto, una latita amarilla de rapé *Dean Swift*. Lo cual le dejó de una pieza. Como también el hecho de que, al volverse, Emily, sentada muy erguida, le dio la extraña impresión de que era una persona disfrazada. Se parecía a Emily Bonner... y no se parecía. Cal, al verla, imaginó que debía de sentirse en este momento un poco como Caperucita Roja cuando vio al Lobo Malo disfrazado de abuelita.

-Calvin, he dicho que me lo traigas.

Captó cierta sequedad en la voz de la madre de Lia, por lo general afable.

El rostro de la mujer parecía fluctuar -temblar- bajo la luz de los fluorescentes. Su cabello estaba contrayéndose, hundiéndose hacia dentro, como los tallos de las flores cuando se pasa una película al revés. Entretanto, empezaron a brotar cerdas de la mandíbula y la barbilla, cubriendo su rostro de matrona. Aun así, el efecto recordaba el de una exposición doble. Cal aún podía ver, a pesar de los cambios, la expresión inalterada de la mujer que Lia y él habían venido a visitar.

Laminaciones, pensó. Está más cerca de una reconstrucción de identidad que de una doble exposición. Pon una capa de plástico encima de otra y, si fuerzas la vista, la capa primitiva continúa viéndose.

-No sabía que esnifaba rapé, señora Bonner.

-Y no podré hacerlo si sigues ahí parado como un idiota. Tráemelo, por favor.

Cal obedeció. Emily cogió la lata y la sostuvo sobre su manta. Desenroscó la tapa y derramó una pizca de fino polvillo marrón sobre el dorso de su mano. Después, aspiró los granos como un cocainómano cocido marcándose una línea. Cal, con la cabeza ladeada, se sintió como un chico en la cola de la Parada de los Monstruos, levantando la vista (bueno, bajándola) para contemplar fascinado a la Mujer Barbuda. Dentro de un momento, si no mojaba los pantalones o se tiraba un pedo, a causa de

la acción combinada de la turbación y las náuseas, la mujer se levantaría y enseñaría a la multitud su miembro viril.

Dios mío, un hermafrodita. Mi suegra es un hermafrodita.

Pero la mujer no se levanta ni abre su bata. Se sirve más rapé, lo inhala ruidosamente, se suena con un pañuelo adornado con un monograma, se sirve más polvos, esnifa y así sucesivamente. Quizá no sea un hermafrodita, piensa Cal, pero sin duda es una adicta. Una esnifadora en cadena. Contempla a Emily esnifar en cadena furiosamente, inhalando polvo de tabaco con más rapidez que cualquier vaquero, y cada vez le cuesta más reprimir un estornudo. Por fin, estornuda.

¡AT-CHIIIISSS!

-Cierra la puerta -le ordena Emily-. Si la enfermera de noche se entera, entrará hecha una furia.

Cal cierra la puerta y se limpia la nariz con la manga. La mamá de Lia habla como un hombre. Es decir, el hombre que agasajó a la grabadora de Lia con historias acerca de estereografías y la necesidad de anamnesis.

-¡Mierda! -exclama la persona tendida en la cama-. ¡Esta porquería es igual de horrible que el café!

-¿Perdón?

-«Perdón» -replica el velo que cubre la cara de Emily-. Hostia, vaya expresión. -Otra esnifada-. Me he limitado a decir que este polvo repugnante tendrá tanto éxito en encadenarme a este planeta como el café de su mujer.

-Era descafeinado.

-Sí, sí, pero ni siquiera lo conseguiría el *Maxwell House* no adulterado. Y esto tampoco funciona.

-Philip K. Dick -dice Cal-. Lia me dijo que usted la visitó esta mañana. Usted es, en realidad, Philip K Dick.

(Aunque haya usurpado misteriosamente el cuerpo de la madre de Lia).

-Eso no significa nada para mí -dice el manchón-. Aunque usted me dijera que fui una celebridad, Einstein, por ejemplo, yo debería saberlo ya, y como no lo sé, es que no debo de serlo. Philip K. Dick es, por tanto, una ficción...

-¡No!

-...o un hombre tan poco famoso que el noventa y siete por ciento de los norteamericanos jamás han oído hablar de él. -Resoplido-esnifada-resoplido-. ¡Mierda! -Una potente esnifada-. Disculpe. Como el cliente de *McDonald's* número tropecientos millones o el primer vietnamita que abrió una fábrica de calcetines a rombos.

-Pero usted es...

-Paparruchas. Me largo. Esto no funciona. Escogí una víctima de la senectud por un par de razones. Una, para tomar el control con mayor facilidad. Dos, para centrar la puntería sobre usted, señor Pickford.

-Pero ¿por qué?

El aura de Philip K. Dick que rodea el cuerpo de la mamá de Lia tiembla, resplandece, se apaga.

-Si no me esforzara tanto en hablar con usted, despegarme de esta manera hasta sería divertido. Es mi secreto amor por el caos lo que me arroja en brazos de la entropía. Y es mi amor a la justicia lo que me impulsa a patalear y chillar contra ello.

Las paredes, poco a poco, se van haciendo transparentes. Cal ve a través de ellas la fría noche de marzo. Las luces del techo se amortiguan cuando el aura de Dick se amortigua. Cuando su aura tiembla, las luces también.

-Acudí a usted porque es mi faro. Algo donde cobijarse, un estroboscopio en el ectoplasma en cuyo interior vago continuamente de un lado a otro. Pickford, usted sabe mejor que yo por qué le he elegido.

Y un huevo, piensa Cal, mientras Emily emerge de la laminación acuosa. Cal no tiene ni idea de qué decir, qué preguntar.

-Espere y verá -grazna la voz de Dick-. Intentaré ayudar.

Emily Bonner, ya liberada del aura de Phil Dick, se incorporó, tirando al suelo la lata de rapé *Dean Swift*. Motas de polvo brumoso remolinearon lentamente alrededor de la mujer. Cal se apresuró a coger la lata y a sacudir las reveladoras partículas de la manta.

-Tabaco por todas partes -dijo Emily.

Librodot

-Yo me ocuparé. No se preocupe.

Cal cogió la manta, la agitó sobre la bañera, dejó correr el agua, devolvió la manta a la cama y fregó el suelo con una toalla mojada.

-Ese olor es muy peculiar. Huele a henal.

-Sí, señora.

Lia regresó con Phoebe Flack. Cal y su mujer intercambiaron una mirada, cada cual intentando averiguar qué le había pasado al otro. Iban a tener más tema de conversación, mucho más, durante el trayecto de vuelta a su casa.

8

Le Boi Loan, que se encontraba detrás del mostrador del supermercado *«Ahorro del Hogar»*, contó el cambio para una estudiante nocturna de la cercana escuela técnica, donde la chica con andares de zombi debía de estudiar cosmética. Llevaba un peinado alto complicadísimo por el que Sandra Dee se habría enfrentado a abejas asesinas con tal de poseerlo, suficiente sombra violeta en los ojos para enloquecer a un mandril, y tenía unos labios tan rojos como una herida abierta. Lone Boy sintió pena por ella. A pesar de su estilo años cincuenta y del chillón maquillaje, parecía una cría muy dulce. Había comprado un cartón de leche y fiambres variados, y cuando él le entregó el cambio, la chica sonrió, dijo «Gracias» y avanzó hacia la puerta con su aire de zombi exhausto.

A la caza del sueño americano, decidió Lone Boy. Se parte el culo trabajando de día como camarera o dependienta, y luego va a la escuela nocturna para «promocionarse». A la larga, podrá comprarse ropa buena, un coche nuevo y un apartamento familiar. A la larga, si las restricciones se derogan, podrá viajar... Coño, se parece mucho a mí.

Lone Boy, que se encargaba del local desde las seis, sólo una hora después de terminar en la librería *Gangway*, consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para que acabara su turno y llegara Norman Fraley, el empleado del turno de noche, para sustituirle. Le dolían todos los huesos. Un molesto tic agitaba su párpado derecho. Si al menos tuviera un poco de esa sombra violeta que llevaba la chica, pararía el tic... El maldito párpado pesaría demasiado.

Ahora, al menos, tendría un rato de tranquilidad antes de que llegara Tuyet a bordo de su *Datsun* de segunda mano. Tuyet siempre traía a Triny y a Tracy para que pudieran comer en cualquier sitio que aún estuviera abierto, un *Burger King* o alguna pastelería. A veces, era la única ocasión en que podían comer juntos, y cuando las niñas empezaran el colegio, hasta esta «tradición» se acabaría. Tuyet era camarera y no tenía que presentarse al trabajo hasta primera hora de la tarde. Como resultado, Triny y Tracy podían dormir toda la mañana, pero cuando empezaran el curso deberían madrugar.

Lone Boy volvió a sentarse en su taburete, leyendo con atención un ejemplar de *«Daredevil»*. La librería *Gangway* no vendía *comics*, pero en *«Ahorro del Hogar»* se encontraban los principales, *Marvel, DC, Stupendo*. Era fácil ponerse al corriente de casi todas las aventuras mensuales de los superhéroes; bastaba con hacer girar el anaquel de *comics*, hojear los delgados volúmenes de abigarrado colorido y sacar los títulos favoritos. El impulso revitalizador que Frank Miller había imprimido a *«Daredevil»*, un *comic* dedicado a la lucha contra el crimen del alter ego ataviado de rojo del abogado ciego Matt Murdock, había entusiasmado hasta tal punto a Lone que lo compraba y coleccionaba desde hacía más de un año.

Esta noche se encontraba absorto en el número de mayo, el apasionante relato del dolor obsesivo de Murdock por su ex novia Elektra. En la entrega de abril, Elektra, una antiheroína ataviada con un sucinto vestido escarlata, era apuñalada en el corazón por un villano llamado Bullseye, y ahora Matt, alias Daredevil, intenta convencerse de que, de alguna manera, Elektra ha sobrevivido al brutal asalto y ha huido a un ignoto rincón de la Tierra, donde se ocultará hasta que Daredevil descubra su pista y la castigue por infligirle un dolor innecesario.

En muchos volúmenes de la serie aparecen personajes de silueta misteriosa, y gran cantidad de onomatopeyas coloridas -KLUDD, KRESSH, CHOK, CLUGGG y KRAK- intensifican la emoción de las viñetas de peleas entre Daredevil y los patéticos esbirros de su archienemigo Kingpin.

Lone Boy va pasando las páginas del *comic*, absorto en la acción. Participa en la penosa búsqueda de Murdock, y todo el mundo que abarca el supermercado *«Ahorro del Hogar»* se difumina, transformándose en una total irrealidad y en algo inconsecuente por completo.

-Estás loco, Matt -dice Lone Boy-. Ella ha muerto, tío. No puedes violar su tumba...

Pero, por supuesto, eso es exactamente lo que Matt trata de hacer y está haciendo ahora. El ataúd de Elektra hace «KRIII» cuando el ciego lo levanta y se inclina, sumergiéndose en el hedor de su helada sepultura, para posar las manos sobre su rostro. Foggy, el amigo de Matt, entra en el cementerio para rescatar a Matt del horror que le aguarda: saber que Elektra duerme el sueño eterno de la muerte.

-¡Dios mío! -exclamó Lone Boy-. ¡Este relato es la hostia!

Volvió las páginas hasta llegar al principio y empezó a leerlo de nuevo, tan entusiasmado como la primera vez.

Una sombra cayó sobre la página. El terror se apoderó de Lone Boy, que levantó la vista, esperando ver ante sus narices al psicópata de los sábados por la noche.

-Soy yo..., yo y las niñas -dijo Tuyet.

-Me has asustado, tía.

-El timbre ha sonado. No lo has oído. ¿Otro *«Daredevil»*?

Loan apartó la vista de su mujer y miró a las gemelas. Cuatro años y espabiladas como koalas, abrigadas como si se avecinase una tormenta de nieve. Estaban de pie al otro lado del mostrador, mirándole con aire expectante.

Antes de que pudiera ni siquiera guiñarles un ojo, Tuyet le tendió una carta, con expresión inquieta. Algo iba mal. Lone Boy advirtió que su mujer había abierto el sobre para echar un vistazo a su contenido, y su nerviosismo aumentó.

-Es de los Centros de Americulturización en Libertad del Gran Sudeste.

Lone Boy se tranquilizó un poco.

-Un informe actualizado sobre los alumnos, supongo, o sobre los éxitos de varios graduados.

Tuyet sacudió la cabeza.

-Quieren que te presentes al CAL de Fort Benning para un curso de puesta al día. No te controlan desde el 76. Ya te toca el readoctrinamiento bienal.

-Me eximieron de eso en la primavera del 78 -protestó Lone Boy-. Tengo un jodido certificado, y estoy...

-Ssss, Loan. Las niñas.

-...un certificado *oficial*, y estoy completamente americulturizado, desde las suelas de los zapatos hasta la punta del capullo.

Lone Boy, tembloroso, sacó la carta del CAL/GSE del sobre y la examinó. Tuyet no había malinterpretado el mensaje.

Esto es una ofensa, pensó Lone Boy. Soy tan norteamericano como los perritos calientes, el béisbol, el pastel de manzana y los *Chevrolets*. Dirigió una veloz mirada de preocupación al Datsun que Tuyet había aparcado frente a *«Ahorro del Hogar»*, pero hasta comprar productos extranjeros era norteamericano. No podían utilizar aquella vieja cafetera contra él; todavía estaba luchando para establecerse como capitalista emprendedor. Al fin y al cabo, a unos les cuesta más que a otros. He votado por Nixon en dos elecciones, y estoy trabajando como un cabrón para ponerme a prueba. ¿Qué más puede esperar la gente encantadora del CAL/GSE del valeroso Le Boi Loan?

-Quiero un bollycao -dijo Triny con voz aflautada.

-Yo no -la contradijo Tracy-. Yo quiero tortitas.

Tuyet acarició la muñeca de su marido.

-Esta noche ha ocurrido algo más.

-¿Algo más? -preguntó Lone Boy, suspicaz.

-Grace Rinehart ha telefoneado. Has de encontrarte con ella a las doce y cuarto en el Salón de Arte, Cine y Fotografía de Chattahoochee Valley.

-¿Está en la ciudad? ¿Quiere verme?

-Eso parece.

Lone Boy deslizó el número de mayo de *«Daredevil»* (ya lo había pagado) en una bolsa que contenía una botella de zumo de arándanos y una bolsa de palomitas. Grace Rinehart, Oscar de Hollywood a la mejor actriz y ganadora de la Medalla de la Libertad por su dedicación a la política de americulturizar refugiados del sudeste asiático y otras partes del mundo, quería verle en el Salón de Arte, Cine y Fotografía de la calle Hifles..., mucho después de que terminara su turno. Qué gran honor. Tal vez conseguiría anular la orden del CAL de que se presentara en Fort Benning cada noche de la semana siguiente (perdiendo dinero, sin contar el peligro de perder también su segundo trabajo) para ser readoctrinado. Cabía en lo posible que no se hubiera enterado de la carta hasta después de que un empleado suyo la hubiera mecanografiado y enviado. Aunque era una gran celebridad, se tomaba un auténtico interés por los enanos. Se desvivía por rectificar los errores de los americulturizadores que se pasaban de rosca.

-¡Son las doce y cinco! -aulló Lone Boy-. ¡Sólo faltan diez minutos para la cita! ¿Dónde está el pasota de Fraley?

-Aquí estoy, chino -dijo Norman Fraley, entrando en el super-. Y aquí tienes tus veinticinco jodidos centavos. -Dejó la moneda sobre el mostrador con un fuerte golpe-. Cinco minutos de salario,

calculado a partir de lo que nos pagan por una hora.

Lone Boy se embolsó la moneda, se quitó el delantal y salió de detrás del mostrador para que Fraley ocupara su lugar.

-Es posible que seas un pasota, pero eres un pasota legal.

Tuyet se apresuró a saludar a Fraley e intentó que las gemelas la imitaran, pero Lone Boy, mientras se ponía la chaqueta, empujó a sus tres mujeres hacia la puerta, hasta introducirlas en el *Datsun*, sin dejar de pensar. Doble jornada laboral concluida, una entrevista con la señorita Rinehart por delante y un montón de kilómetros a recorrer antes de meterme en la cama...

El *Datsun* de la familia Loan frenó doce minutos después ante el Salón de Arte, Cine y Fotografía de Chattahoochee Valley. Este extravagante edificio remozado, provisto de ventanas coloreadas, dispuestas a diferentes niveles, y hojas de estaño que exhibían complicados dibujos cubriendo sus numerosos tejados, se hallaba situado al pie de una colina. Un muro de hormigón, coronado por jardineras llenas de flores, rodeaba su diminuto patio de acceso.

Loan puso el freno de mano para evitar que el coche se deslizara hacia la vía del tren, que corría más allá del lado este del salón. Tenía que luchar contra la sensación de que el edificio (la obra arquitectónica más impresionante de la calle Hifles) estaba a punto de desplomarse sobre la vía. En el interior se veían luces, frías luces blancas. Lone Boy, seguido de Tuyet y las gemelas, cruzó la puerta central, subió la escalera, cruzó varias puertas abiertas y desembocó en una de las luminosas galerías de la primera planta que se podían encontrar en el edificio, compuesto de múltiples estancias.

¿Por qué ha querido la señorita Rinehart que nos viéramos aquí?, pensó. ¿Y por qué a esta hora? Respuesta fácil. Porque a cualquier otra hora estoy trabajando o durmiendo. Ha sido muy considerada. Es tan amable como misteriosa.

Se encontraban en una galería dedicada al arte popular norteamericano. Letreros de *Coca-Cola*, bandejas, anuncios de revistas. Carteles de películas que se remontaban a seis décadas atrás. Una vitrina llena de hebillas de cinturón, algunas con forma de coche de carreras, caballos salvajes o truchas saltarinas. Una llevaba grabada en el metal «NACIDO OTRA VEZ». Lina hilera de bates de béisbol; una hilera de escopetas y rifles; una muestra de portadas de *«Teleguía»*; un diorama de acontecimientos (descritos con la ayuda de muñequitos muy bien vestidos) que jalonaban la presidencia de Richard Milrose Nixon.

Triny y Tracy aplastaron la nariz contra la parte delantera del diorama. Las ingeniosas miniaturas del presidente y de otros líderes mundiales las habían fascinado.

Lone Boy también las estaba admirando.

Un jovial Richard Nixon minúsculo conversaba con un solemne Mao Zedong en Beijing. Un afable Nixon abrazaba a un osuno Leonid Brezhnev en Moscú. Un hosco Henry Kissinger presidía un juicio por crímenes de guerra contra oficiales del ejército norvietnamita y militantes del Partido Comunista, mostrados en el diorama como timoratos maniquíes ataviados con el uniforme caqui de los prisioneros. Un desolado Jimmy Carter admitía la victoria electoral de su contrincante en 1976 (la figura de Carter constituía una ambigua lisonja para los georgianos de origen). El nuevo Sha de Persia recibía del Vicepresidente Westmoreland un cargamento de cazas de combate y tanques, simbolizados en el diorama por diminutos juguetes de metal...

-Me alegro de volver a verte, Loan -dijo una voz femenina. El vietnamita se volvió y vio a una mujer que llevaba una capa negra, gafas de sol y pantalones de montar escarlata-. Te agradezco que hayas venido a verme después de trabajar.

Saludó con un movimiento de cabeza a Tuyet y a las niñas. Por lo visto, acababa de bajar por la escalera que conducía a la segunda planta.

-¿Señorita Rinehart? -preguntó Lone Boy con suspicacia.

-¿No me reconoces? Bueno, me alegro de que manifiestes dudas.

La mujer se quitó las gafas de sol. Se arrancó el labio inferior, dejando al descubierto un labio mucho más familiar. Después, se desprendió de la peluca y agitó su cabello auténtico, una cascada castaño rojiza que contrastaba con el pelo oscuro casi rapado del postizo. Dejó caer la peluca al suelo.

-Espero no haber asustado a las niñas -dijo-, pero no puedo andar por esta ciudad sin tomar algunas precauciones melodramáticas. -Sonrió-. Una actriz nunca puede dejar de serlo, supongo. Y llámame señorita Grace, por favor.

-No necesito que me readoctrinen -anunció Lone Boy.

-Estamos empezando a salir adelante -añadió Tuyet, y Loan le agradeció el comentario.

Librodot

Los auténticos norteamericanos triunfaban, y Tuyet y él estaban luchando con todas sus fuerzas para derribar las últimas barreras que les confinaban a la clase media baja. Si perdía su empleo en *«Ahorro del Hogar»* por ser reamericulturizado varias noches en el Centro de la Libertad de Fort Benning, retrocederían en su lucha diaria por alcanzar un derecho hereditario.

-Por eso he venido a hablar contigo, Loan. -La mujer se volvió hacia Tuyet-. Usted y las niñas encontrarán una mesa llena de refrescos en el piso de arriba. Después, pueden ver los *«Looney Tunes»* en nuestra sala de proyecciones. ¿De acuerdo?

Aunque Tuyet no parecía tener muchas ganas de marcharse, dio las gracias a la señorita Grace y subió al segundo piso, arrastrando a las gemelas. A continuación, la actriz condujo a Lone Boy a una galería amueblada con un sofá moderno, una mesilla de café de cristal y docenas de *objets d'art* (móviles, supuso él), que colgaban del techo a base de cables. Lone Boy se sentó y dejó sobre la mesilla de café la bolsa que, sin querer, se había traído del coche.

La señorita Grace se acomodó en una silla ultramoderna, situada a corta distancia del sofá. El famoso labio inferior de la mujer (el puchero que había lanzado un millar de B-52) tenía un aspecto descolorido y excoriado, pero lo había ocultado durante todo el día bajo una tira de látex.

-La última vez que nos vimos fue hace cuatro años, ¿no es cierto? Cuando te di el certificado de exención del CAL.

-Pero yo la he visto docenas de veces desde entonces, señorita Grace. En la televisión. En las películas. La ví cuando el Presidente le concedió la Medalla de la Libertad, junto con Clint Eastwood, el Comisionado de Béisbol Agnew, el trovador de *country-western* Berle Haggard y el magnífico escritor de novelas de espionaje E. Howard Hurt. Y en la secuela de *«Los Boinas Verdes: Tras los chicos de Ho»*, que usted dirigió y protagonizó... Dios mío, señorita Grace, ¡creo que la he visto hasta cinco veces!

La actriz miró al suelo, ¿turbada?, y dijo:

-Fui informada de la carta que te envió el Cuartel General del CAL/GSE, Loan, y le di mi aprobación.

-¿Que le dio su aprobación? ¿Por qué? Estoy completamente americulturizado. Todo me entusiasma, todo me...

-Loan, por favor.

-Pero si es verdad. Puedo recitarle los resultados de todos los campeones de las Ligas Mayores desde 1945, la fecha de nacimiento de todos los nietos del presidente Nixon, la espléndida crítica de Ronald Reagan contra los desacreditados medios de comunicación liberales, cuando sustituyó a Cronkite como presentador del *«Telediario Noche de la CBS»*. Puedo decirle quiénes fueron los inventores del chicle, el horno microondas y el revolucionario proceso de la xerografía.

-Loan, no te comas el tarro con la xerografía y toda esa mierda que has mencionado; meros oropeles. El auténtico americanismo es una actitud, una filosofía, un modelo de comportamiento. Ya lo sabrás a estas alturas, supongo.

-¡Lo sé! -insistió Lone Boy, asustado por el tono implacable de la señorita Grace-. Sólo me lo he aprendido de memoria para demostrarle a usted y a todo el mundo hasta qué punto me siento identificado con el país.

-No puedes pasar de lo esencial y confiar en que las trivialidades te salven.

-¿Y en qué la he cagado?

-El CAL encargó hace poco al centro informático del Servicio Fiscal Interno que nos proporcionara informes sobre todos los ciudadanos del sudeste americulturizados. Los ordenadores escupieron los nombres de los titulados que no habían ganado más dinero el año pasado que el anterior, o que, en apariencia, se habían quedado estancados en empleos de ínfima categoría.

-¿Soy el *único* que no ha hecho progresos importantes?

-Así que tú mismo lo admites.

Eso no era lo que Lone Boy había querido decir. Se revolvió.

-No, no. En el 78, cuando ustedes me dieron el certificado de exención, Tuyet y yo acabábamos de tener a las gemelas. Hasta aquel momento, nos las íbamos arreglando. Después, las facturas de los médicos, además de ahorrar como locos para el colegio. Ahora, hago pluriempleo en *«Ahorro del Hogar»*, después de trabajar en *Gangway*. Sin contar ese trasto extranjero que hay aparcado ahí afuera. Por lo tanto, *parece* que estamos estancados. No es cierto, se lo aseguro. Estamos llenos de esperanza. Seremos millonarios dentro de cinco años, como máximo. Las gemelas irán a la *Agnes Scott* y llegarán a ser bailarinas famosas o consejeras de política exterior.

La señorita Grace expresó compasión e impaciencia.

Librodot

-Vuestra declaración de renta y perfil laboral no presentan una imagen tan optimista.

-Pero...

-Una camarera y un dependiente de librería. Ella cose por las mañanas, y tú vigilas por las noches un local condenado a llamar la atención de los atracadores. ¿Todavía piensas que estás en el territorio de J. Paul Getty?

-Ganamos dinero para vivir al día, aumentamos nuestros ahorros, nos rompemos el culo trabajando.

-¿Habéis hecho inversiones? ¿Tenéis bonos del estado o del ayuntamiento? ¿Una cuenta de jubilación individual? ¿Habéis fundado un negocio, una empresa de servicios? Nuestro informe del SFI no plasma nada de todo esto, a menos que hayáis sido lo bastante idiotas como para falsear vuestras inversiones o vuestras deducciones.

¿Por qué es tan complicada la vida?, se preguntó Lone Boy. Todos luchamos por lo mismo, hacernos millonarios. El resto de este galimatías se reduce a la jerga de banqueros y corredores de bolsa. Si sólo podemos enriquecernos hablando así, Tuyet y yo estamos condenados de por vida a la semipobreza de la clase media baja.

La señorita Grace le leyó la cartilla durante un rato. Dijo que había venido a verle porque su esposa y él se encontraban entre el primer millar de refugiados procedentes de la zona norvietnamita de Hanoi-Haifong que ingresó en el centro de Americulturización en Libertad de Fort Benning. Antes de su llegada, el centro había reciclado sobre todo sudvietnamitas y rehabilitado disidentes norteamericanos. La mujer había demostrado un interés personal en la integración en el sistema capitalista de esta nueva clase y, hasta la fecha, tres cuartas partes de quienes habían superado el programa exaltaban el capitalismo norteamericano, adquiriendo considerable riqueza y/o nivel social. Algunos no habían triunfado, por supuesto, tal vez debido a que habían desarrollado hábitos indolentes o derrotismo cínico, agravados por su incapacidad a la hora de aprovechar una oportunidad. Loan no encajaba en ninguna de estas categorías, gracias a Dios, pero, por lo visto, había olvidado ciertas lecciones del CAL sobre aceptar ciertos riesgos inteligentes y jugar a ser empresario. Trabajaba mucho, pero sin llegar a ninguna parte. Ahorraba dinero, pero no lo empleaba para construir una base inversora. En muchos sentidos, era como el sirviente de la parábola de Jesús, que aceptaba una moneda de oro del notable, la guardaba en un pañuelo y, cuando su amo regresaba del viaje, le entregaba la misma moneda.

-¿Y sabes lo que el notable le dijo al sirviente? -preguntó la señorita Grace.

Lone Boy había escuchado este pasaje en una iglesia católica de LaGrange, durante una homilía..., pero el sentido último de la parábola se le escapaba.

La señorita Grace se lo recordó.

-Dijo: «A todo el que tenga, más se le dará; pero al que no tiene, hasta lo poco que posea se le quitará».

Dios mío, pensó Lone Boy, ¿pretende embarcarnos de vuelta a la República de Vietnam reunificada, junto con las gemelas, para que chapoteemos en cultivos de arroz detrás de bueyes devorados por las moscas?

-No, no tenemos la intención de quitarte lo que posees ahora -dijo la señorita Grace-. Los buenos capitalistas son más bondadosos que el notable de Jesús, y yo deseo ayudarte. Sin embargo, Dios ayuda a los que se ayudan, al igual que el sistema norteamericano de la libre empresa.

En ese momento, Triny y Tracy bajaron chillando por la escalera. Cada una aferraba una bola arrugada de carne rosada, rodeada por una corona de pelaje, que Loan no identificó. Las niñas chillaban de alegría, pero los seres apretujados contra sus abrigos gritaban de miedo. Tuyet iba detrás de las gemelas, con una expresión de confusa exasperación.

-¿Osos Brezhnev? -preguntó Lone Boy.

La señorita Grace asintió con la cabeza.

-Yo llamaré al mío Skinhead -anunció Triny.

-Yo al mío Piggy -clamó Tracy.

-No son vuestros -recordó Tuyet a las niñas-. No podéis dar nombre a lo que no os pertenece.

-*Sí que* pertenecen a sus hijas -puntualizó la señorita Grace-. Se los he comprado hoy en West Georgia Commons.

-Las niñas son demasiado pequeñas para cuidarlos -replicó Tuyet.

Las niñas habían descubierto a los conejillos de Indias en la sala de proyecciones, y la señorita

Grace insistió en regalarles no sólo a Skinhead y Piggy, sino también el acuario y comida para los animales. En cuanto las gemelas comprendieron que la actriz hablaba en serio, resultó imposible arrebatarles los osos Brezhnev. Loan advirtió preocupado que Tuyet parecía perpleja y molesta.

-No conseguí que mirasen los *«Looney Tunes»* después de ver a estos bichos -dijo-. Es difícil manejar a este par de tozudas, señorita Grace.

-No importa. Son animalitos resistentes.

Lone Boy se preguntó por un momento si la señorita Grace se refería a las gemelas o a los osos Brezhnev. Tuyet aceptó el obsequio (¿qué otra cosa podía hacer?), pero, ahora que las niñas ya habían visto a su padre y cenado, se las llevó a casa para acostarlas. La señorita Grace acompañaría en coche a Loan y a los osos Brezhnev en cuanto terminara de hablar con él. Una hora más, a lo sumo.

-Sería conveniente que os cambiarais los nombres -dijo a Loan la señorita Grace.

Su voz despertó ecos en la fría galería.

Lone Boy miró estupefacto a la mujer.

-¿Es que no lo entiendes? Te has resistido a la americulturización más de lo que piensas. Le Boi Loan es un nombre vietnamita desde la primera sílaba a la última, lo mismo que Tuyet, Triny y Tracy. Está bien aferrarse a una parte de tu herencia cultural...

-¡Le Thanh Tong fue un emperador del copón bendito, señorita Grace!

-...pero no se puede vivir en el pasado. Los prosélitos más brillantes del CAL eligieron, en algún momento, adoptar un nombre anglosajón.

-Nosotros ya hemos hecho algo en ese sentido, señorita Grace. ¿Cómo puede decir que Triny y Tracy son nombres vietnamitas?

-Oh, vamos, Loan. Triny es una transparente americanización de Trinh, y Tracy es una versión igualmente transparente de Trac.

-Pero yo nací en Vietnam. Admitimos nuestras raíces.

-Sí, pero si *insistes* en poner énfasis en tus «raíces» de una forma tan solapada, tal vez deberías volver a ellas. Tenemos un precedente, y fue un éxito rotundo.

Lone Boy notó que la sangre latía en sus sienes. El precedente al que se refería la mujer era la redistribución en masa de una gran parte de la población negra estadounidense en naciones situadas al sur del Sahara, como Nigeria, Liberia, Kenia, Senegambia, etc. Este gigantesco éxodo se había producido en parte de forma voluntaria, pero muchos de los expulsados habían protestado enérgicamente y algunas naciones les habían aceptado por puro miedo. Un portavoz del Departamento de Defensa había anunciado por los medios de comunicación que la estrategia de bombardear los diques de irrigación de Vietnam del Norte durante la pasada desavenencia con aquel (desaparecido) país era perfectamente exportable, si bien en completo secreto, a otros frentes de batalla. Tiempo después, un Subsecretario del Departamento de Estado había declarado que los gobiernos poco cooperativos serían sometidos a una reevaluación de su rango comercial y a la de sus requisitos para acceder a los programas de ayuda al extranjero. Los negros no habían desaparecido por completo de los Estados Unidos, por supuesto, pero habían sido distribuidos por todo el país a fin de lograr, en palabras del Presidente del Consejo de Asuntos Urbanos, «un saludable pintoresquismo demográfico».

-No te estoy amenazando -dijo la señorita Grace-, pero tú y los tuyos os estáis resistiendo, sutilmente, a la americulturización completa.

Lone Boy, irritado, meneó la cabeza.

-Eso es mentira. Mire, señorita Grace. -Sacó el ejemplar de mayo de *«Daredevil»* de la bolsa de papel que había dejado sobre la mesilla de café-. Soy un fan y un coleccionista, algo impropio de un vietnamita anticuado. Y mire esto, además. -Extrajo una bolsita de palomitas de la bolsa grande-. Uno de mis aperitivos favoritos. Como siempre que puedo. Cuando lo hago, bebo cerveza *Miller* baja en calorías y *Coca-Cola*, y siempre que echan un partido de los Halcones o un encuentro de tenis por la tele, los miro mientras como. Durante los anuncios, que ya me sé de memoria, releo mis *comics*. ¿Qué más he de hacer para convertirme en norteamericano? ¡Antes que a Le Boi Loan, debería readoctrinar a Peter Rose!

La señorita Grace sonrió.

-Da la impresión de que has adoptado un maravilloso comportamiento norteamericano.

-Ni más ni menos.

Estuvieron sentados en silencio durante un rato.

-¿Conoces al joven que trabaja en el *Emporio de los Animalitos Felices*? -preguntó después la señorita Grace.

Lone Boy se cruzó de brazos, reclinándose en el sofá.

Cambia de tema, pensó, para intentar desconcertarme.

-Calvin Pickford -contestó con cautela-. ¿No le compró a él los osos Brezhnev?

-En efecto. Sostengo la opinión, basada en mi único encuentro de hoy, de que es un disidente clandestino. ¿Qué piensas tú?

-No lo sé. Es un tío legal. Sus gustos literarios son raros.

-¿Hasta qué punto son raros, Loan?

-Oh, es un fanático de Philip K. Dick. La muerte de ese tío le ha hecho polvo. Cal entró hoy en *Gangway* y encargó una colección completa de Dick en bolsillo. -Lone Boy se calló. Podía contar más cosas, pero no sabía si debía hacerlo. No obstante, para demostrar su lealtad, para demostrar que no necesitaba ser readoctrinado, tal vez podría, tal vez *debería*, proporcionar a la actriz cierta información-. Me dijo que tenía copias de, hum, *«obras dickianas»* por las que algunas personas matarían con tal de obtenerlas, señorita Grace. Una fanfarronada, probablemente.

-No necesariamente.

Lone Boy sintió frío. Tembló y se frotó los brazos.

-Tal vez decía la verdad. ¿Por qué no lo averiguas?

-¿Señora?

-Señora no, por favor..., señorita. -Se removió en su silla y se cubrió el cuerpo con un ala de la capa-. Si vigilas a Calvin Pickford durante un mes o dos, suspenderé temporalmente la orden de que te presentes para el readoctrinamiento. Si puedes determinar que posee copias ilegales de algunas novelas inéditas de Dick, y si me las entregas, te doy mi solemne palabra de que *jamás* recibirás otra de esas órdenes, por más tiempo que vivas y por modestos que sean tus ingresos. ¿Comprendido?

-¿Entregárselas? ¿Quiere que las robe?

-Han de ser publicaciones *samizdat*, Loan. Poseer cualquier obra literaria en esa forma proscrita viola la declaración de derechos enmendada. Por tanto, no es cuestión de robarlas... sino de confiscar el material para que sirva de prueba.

-¿Prueba de qué?

-En el juicio ante un Tribunal Federal.

Dios mío, reflexionó Lone Boy, eso es demasiado. Y lo único que hace ese pobre tipo es trabajar en una tienda de animales domésticos.

-¿Es amigo tuyo ese tal Calvin Pickford?

-No -se apresuró a contestar Loan-. Sólo le veo cuando viene a curiosear, cada dos días o así.

-¿Confía en ti?

-La confianza no tiene nada que ver con nosotros. Con nuestra relación, quiero decir. Él debe de pensar que soy un dependiente de librería impresentable, pero no hay ningún mal rollo entre nosotros. Él va a su historia y yo a la mía.

-¿Y tu «historia» incluirá, a partir de ahora, vigilar al señor Pickford?

-De acuerdo.

-¿Y tratar de apoderarte de esas fotocopias sediciosas?

-Supongo que sí.

-Bien. Tenme informada. Llámame cada noche aquí después de las once.

La entrevista había terminado. Lone Boy cargó el acuario con sus dos desnudos ocupantes hasta el coche de la señorita Grace (un lujoso ejemplar de tecnología ultramoderna), y después se sentó lo más cerca posible de la puerta del pasajero, mientras ella le llevaba a casa. Soy un espía, pensó. Un agente doméstico de espionaje. Mi recompensa consistirá en verme exento para siempre del readoctrinamiento. Si este chiflado de Cal Pickford desprecia a la ley, se merece lo que vaya a sucederle. Si no le espiara yo, otro lo haría...

-Creo que las obras de Philip K. Dick son muy malas -dijo, sólo para proseguir la conversación.

-Algunas de las novelas publicadas son bastante buenas. En el 59 hice una película basada en una de ellas. Mi segundo papel protagonista: *«La burbuja rota de Thisbe Holt»*.

-No la he visto -confesó Lone Boy-. Ni siquiera en la tele.

-Y nunca la verás. Fue un fracaso. De todos modos, no fue culpa de Phil Dick, sino del guionista y del director de reparto. En cuanto me lo pude permitir, compré todas las copias. Creo que Dick siempre me lo agradeció. Lástima que se comportara de una manera temeraria durante los sesenta y terminara escribiendo horrendas paridas de ciencia-ficción.

-Tuve que leer *«Ir tirando»*... Ya sabe, para mi americulturización. ¿Le gustó ésa?

-No la he leído. Yo no diseñé el plan de estudios de los centros, por supuesto. Se lo encargué a profesionales. Mi carrera cinematográfica marchaba muy bien en aquellos tiempos, y estaba

demasiado ocupada para fijarme en detalles. Ahora estoy mucho más comprometida.

La mujer le dejó frente a su apartamento, situado en un barrio de la ciudad sembrado de casas ruinosas, destinadas a trabajadores del textil jubilados. Loan caminó encorvado por la destrozada acera, cargado con el acuario que contenía a los osos Brezhnev. Para su disgusto, Triny y Tracy aún estaban despiertas, esperándole. Jugaron durante una hora con los osos Brezhnev, mientras Lone Boy explicaba a su mujer que no precisaría presentarse al readoctrinamiento, porque la señorita Grace había decidido que bordeaban la frontera de la opulencia.

-Eso es ridículo -dijo Tuyet.

Lone Boy sabía que era ridículo, pero se aferró a su historia. No se le ocurría ninguna otra mentira creíble para disimular el hecho de que pronto espiaría a un hombre que, en apariencia, trataba de hacer lo mismo que él: ganarse la vida y disfrutar de mayores comodidades. Más tarde, mientras yacía malhumorado junto a la agotada Tuyet, Lone Boy intentó olvidar con todas sus fuerzas que el otro nombre de los «agentes domésticos de espionaje» era Allanadores.

Librodot

9

Augustus «Gus» Kemmings había pasado una noche extraña. Le costó mucho dormirse. Por suerte, vivía solo y no molestaba a nadie con sus vagabundeos insomnes por la casa. Su mujer había muerto al año siguiente de que él se hiciera cargo del *Emporio de los Animalitos Felices*, y la pequeña casa de ladrillo que los dos habían compartido le parecía ahora tan grande como un museo semivacío.

Es como un museo, reflexionó Gus, de pie en la sala de estar en bata y zapatillas. En la pared que había detrás de él, así como en casi todas las dependencias de la casa, colgaba un ejemplar enmarcado de uno de los calcetines a rombos que los trabajadores de su fábrica de Pine Mountain habían confeccionado en los telares especiales. Asimismo, montones de calcetines a rombos doblados ocupaban los cajones de todas las cómodas de la casa.

A la señora K. nunca le había importado. De hecho, fue Vera quien insistió en convertir la casa de LaGrange en un modesto monumento a la ocupación anterior de Gus. Durante toda su vida había sufrido de mala circulación de la sangre. Gus nunca olvidaría su luna de miel y la primera vez que ella había puesto los pies desnudos sobre los suyos. Qué impresión. Desde entonces, Vera siempre se puso calcetines para ir a la cama.

-Vera -dijo Gus en voz alta-. Quizá podría dormir si estuvieras tendida a mi lado, acariciándome las piernas con aquellos calcetines gruesos. Quizá.

Gus se había ido a la cama nada más terminar *«La hora de Sinatra»*. Después, había permanecido despierto, preocupado por Cal Pickford, por la pena que le había causado la muerte de aquel escritor, Philip Craddock, y por la irritación con que Cal se había negado a aceptar un par de osos Brezhnev.

Fue una oferta sincera, reflexionó Gus. Una oferta bienintencionada. Pero, en cambio, el chico se revolvió contra ti. Debía de estar loco de dolor. Bueno, tú sabes muy bien cómo se sentía, ¿verdad, Augustus? No ha pasado tanto tiempo desde que experimentaste las mismas emociones. Has pasado por ello varias veces.

Su hijo, Keith, había muerto en 1965 en la selva, cerca de Pleiku, junto con trescientos muchachos más de su división aerotransportada. Siete años después, a pesar de incontables advertencias, Kirsten se había desplazado a la Convención Nacional Republicana de Kansas City para protestar contra la política de Nixon respecto a Vietnam. Nunca volvió a casa. De hecho, desapareció, así de sencillo. Ninguna dirección posterior. Ninguna llamada telefónica de despedida. Ningún mensaje de amigos, compañeros o agentes de la ley. Y, lo más inquietante, jamás se encontró el cuerpo. Por fin, tras aquel asunto del Valle de la Drang, Vera y él pudieron enterrar a su heroico hijo.

Kirsten, por contra, fue desechada por las autoridades como «prófuga», una prófuga de 22 años. Era lo mismo que llamar bebé a un chico de doce años, se rebeló Gus, pero cuando el vínico resultado de las investigaciones y los consiguientes lamentos amargos de Vera y él fue la visita de un par de Allanadores, aconsejándoles que lo dejaran correr («Están poniendo en peligro el esfuerzo bélico»), los rojos, blancos y azules Kemmings lo habían dejado correr, aceptando en la práctica el argumento de los Allanadores de que Kirsten se había ocultado para evitar el procesamiento y el encarcelamiento; en consecuencia, era una «prófuga». Además, seguir quejándose públicamente de su desaparición habría inducido al FBI a reclasificarla como «fugitiva de la justicia» y a divulgar la noticia para contrarrestar las protestas antipatrióticas de los Kemmings.

Casi diez años más tarde, Kirsten seguía sin aparecer. Keith yacía junto a Vera en el pequeño cementerio de Pine Mountain, y la pequeña casa de ladrillo de los Kemmings, cerca del complejo de la *Asociación Educativa Callaway* de LaGrange, se había transformado en un monumento privado a la fabricación de calcetines y en un zoo caótico de diversos animales procedentes de la tienda: peces tropicales, tórtolas, hámsteres, culebras y otros. Los calcetines enmarcados impedían que Augustus se olvidara de quién había sido; el ejército de animales le impedía rendirse a la soledad.

Gus, distraído, dejó caer comida para peces en uno de los acuarios y contempló a sus tesoros nadar hacia el alimento. Consultó su reloj: las seis y cincuenta y siete minutos. Ya había amanecido. Hacía casi una hora que había salido el sol. Guardó la caja de comida para peces, encendió la tele y se sentó para ver las noticias de *«Buenos días»*.

Librodot

Ah, la *NBC*. Presenta Charlton Heston, y el yerno del rey Ricardo, David Eisenhower, se encarga de las noticias.

-La noticia más importante de esta mañana -dice Eisenhower, una expresión apesadumbrada en su pálido y enjuto rostro- es el aparente suicidio de otro de nuestros especialistas en el centro de producción de oxígeno de Von Braunville, la base lunar norteamericana establecida en el cráter Censorinus de la región montañosa lunar. Para conmemorar el bicentenario de este gran país, se colocó la primera piedra de Von Braunville el 4 de julio de 1976. Desde entonces, cerca de trescientos norteamericanos y docenas de personas, tanto aliados de la OTAN como colaboradores soviéticos, han ocupado esta base durante períodos que oscilan entre dos semanas y un año. Sólo unos cincuenta astronautas muy bien preparados, científicos, técnicos y observadores civiles viven y trabajan en Von Braunville al mismo tiempo. Cabe resaltar que el suicidio no tiene una gran incidencia.

»*Sin embargo,* cinco personas se han suicidado desde que la planta de oxígeno de Von Braunville empezó a funcionar durante los primeros meses del 77, casi a razón de uno por año. Oficiales de la NASA y miembros destacados de la administración coinciden en que cinco suicidios es una cifra desproporcionada, teniendo en cuenta el arduo entrenamiento y la motivación positiva de las personas asignadas a la base y el número reducido de gente que vive en ella al mismo tiempo. Las frías estadísticas demuestran que poco más del 1,4 por ciento del personal destinado en la base lunar se ha suicidado durante su estancia.

»Unas pocas personas, cuyo número exacto se guarda en secreto por razones de seguridad, han cometido suicidio *después* de regresar de la base lunar. La mayoría de los médicos y psicólogos coinciden en que estos suicidios a posteriori *no* son significativos para configurar una depresión o enfermedad relacionada con el espacio. Lo que preocupa más a los responsables de la eficacia y moral de nuestros pioneros en el espacio son los suicidios de *residentes de facto* en la base de Censorinus.

El joven Eisenhower se vuelve hacia el hombre sentado a su derecha en el estudio de la NBC.

EISENHOWER: Les presento a James L. Bodine, portavoz oficial de la NASA para los programas relacionados con la Luna.

Un primer plano de Bodine, que sonríe con aspecto tranquilizador.

BODINE: Buenos días, David.

EISENHOWER: Buenos días, Jim. ¿Puedes revelarnos la identidad del último suicida de la base lunar?

BODINE: Nos encontramos en el proceso de notificarlo a su familia. Por lo tanto, no quiero divulgar esa información todavía. Estoy seguro de que comprendes nuestra necesidad de discreción.

EISENHOWER: Por supuesto. ¿Cómo ha ocurrido esta última tragedia y qué proyecta la NASA para reducir las probabilidades de un sexto suicidio en Von Braunville?

BODINE: Recuerda, por favor, que morir en la Luna es fácil; lo que cuesta más es seguir con vida. Como en todos los casos anteriores, David, el presunto suicida abandonó una cúpula dormitorio sin suficiente protección contra el vacío casi total lunar. Creemos que lo hizo deliberadamente. Le resultó fatal. En cuanto a los proyectos de la NASA en orden a...

EISENHOWER: ¿Cómo sabéis que la víctima..., perdóname, Jim, no fue asesinada?

BODINE: No enviamos asesinos a la Luna.

EISENHOWER: En teoría, la NASA tampoco envía suicidas, pero éste es el quinto en menos de seis meses, por lo visto. ¿Por qué no pudo ser éste, o alguno de los otros cuatro, asesinado?

BODINE *(algo irritado):* Porque no, así de sencillo.

Gus inspecciona la boca torcida y los ojos inexorables de Bodine.

-¿Cómo lo sabes? ¿Por qué estás tan seguro?

Se acuerda de Kirsten. Recuerda las desapariciones de aquellos cantantes hippies melenudos de los años setenta, por no mencionar el ambiguo destino de Jane Fonda, los hermanos Berrigan y los directores del *«New York Times»*, el *«Chicago Daily News»* y el *«Washington Post»*. Se dice que Cronkite está exiliado en algún lugar del Caribe, y Ted Kennedy se vino abajo por culpa de Chappaquidick (¿fue un montaje?) y el alcoholismo.

BODINE *(continuando):* Nuestra gente de Von Braunville nos ha confirmado que el suicidio fue un suicidio. Están muy abatidos. Encontraron a esta persona tendida junto a una rasadora lunar, a unos treinta metros de la esclusa neumática de la cúpula dormitorio. El fallecido recorrió esa distancia antes de morir por asfixia.

EISENHOWER: Oxígeno, oxígeno por todas partes, pero ¿ni una molécula para respirar?

BODINE: Sí, supongo que es irónico.

EISENHOWER: ¿Y tomaréis medidas ahora para combatir los cambios de humor y las depresiones del personal que reside en la base lunar?

BODINE: *La mayoría* de nuestra gente no sufre estos violentos brotes depresivos, David. Tenemos gimnasios, televisión, películas, comida excelente, una maravillosa biblioteca microfilmada y casi todo lo que cualquier persona pueda desear. Creemos...

EISENHOWER: ¿Oportunidades para el sexo?

BODINE *(sorprendido):* David, sabes tan bien como yo que el noventa por ciento de nuestro personal en la base lunar se compone de hombres, y que las mujeres disponibles son esposas y madres monógamas. Tu pregunta me parece una chiquillada.

EISENHOWER: Entonces, ¿cuál consideras la causa de esta plaga de suicidios, Jim?

BODINE: No es una «plaga». Llevamos en el espacio muy poco tiempo, hablando en términos históricos, y en la Luna sólo unos siete u ocho años. Sabemos más sobre propulsores de cohetes y velocidades orbitales que sobre el cerebro humano. No ha de sorprender a nadie que la tensión psicológica de vivir durante largos períodos en la casi total ingravidez y en otro mundo todavía se escape a nuestra comprensión total.

EISENHOWER: ¿Turnaremos con más frecuencia al personal de la base lunar para compensar nuestra ignorancia?

BODINE: Eso es una posibilidad, desde luego, pero nuestro último suicida no llevaba mucho tiempo en la base; es posible que intentemos simplemente controlar el estado psicológico de cada astronauta, técnico y científico con mayor atención. También procuraremos embellecer Von Braunville con plantas y permitiremos que todos los trabajadores de la estación tengan algún animal doméstico. Se trata de una estrategia que se ha demostrado eficaz en la población reclusa, David, y aunque nuestra gente no está prisionera, por supuesto, viven bajo condiciones extremadamente severas y estrictas.

EISENHOWER: Eso es fascinante, Jim, y desearía poder extenderme en el tema. Sin embargo, es la hora de la pausa publicitaria. Luego volveremos para contarles que los agentes de la ley canadienses -primer plano del joven Eisenhower -creen que tal vez ha terminado la era de los perros que olfatean drogas ilegales en aeropuertos y prisiones. Nuestros vecinos del norte piensan que los gerbos, pequeños roedores parecidos a ratas que pueden ser adiestrados para detectar cada uno un olor ilegal diferente, llegarán a ser un arma más efectiva contra camellos, traficantes y consumidores que Fido. No se vayan.

Gus sonríe. Lamenta el nuevo suicidio en la base lunar, pero el hecho de que la NASA pueda

Librodot

enviar animales domésticos al espacio para consolar a los chicos de allí arriba, junto con la pequeña broma de Eisenhower sobre los gerbos, le divierte. Lo mejor es que coma algo y se vaya a West Georgia Commons para cuidar de sus animales. Casi a regañadientes, apaga *«Buenos días»* y se dirige a su habitación para vestirse.

Después de comer un par de bollos de salchicha en *Hardy's*, Augustus subió a su pequeño *Honda Civic*. Aún le quedaba tiempo libre, porque el *Emporio* abría a las diez, y aunque necesitaba llegar una hora antes para echar un vistazo a sus «bichos», llegar ahora significaría alargar en demasía la jornada laboral. Decidió pasear un poco. El tráfico era denso, gente que iba a trabajar y todo eso, pero a Gus le gustaba el barullo de la ciudad, sobre todo alrededor de la plaza central, con sus fuentes y la gallarda estatua de Lafayette.

Dio la vuelta a la plaza dos veces, dejó atrás *Charlie Joseph's* (los fabricantes del mejor chile del mundo) en dirección sur y, por fin, tras cruzar la calle Hifles, pasó frente al Salón de Arte, Cine y Fotografía de Chattahoochee Valley.

Al mirar a su derecha vio a una atractiva mujer, ataviada con zapatos de tacón alto, traje sastre y sombrero de ala ancha, como los que se veían a veces en las portadas de los *«Vogue»* que compraba Vera, salir al porche del salón. Cerró las puertas de cristal y bajó por la escalera al pequeño patio amurallado. Sólo su sombrero era visible en aquel momento. Giró sobre sus talones, rodeó la galería y se encaminó al aparcamiento.

Detrás de Gus, un impaciente machaca estaba inclinado sobre la bocina, urgiéndole a saltarse el semáforo antes de que cambiara. Por fin, Gus puso el *Honda* en movimiento, pero sus pensamientos estaban centrados en que acababa de ver a Grace Rinehart, la famosísima mecenas del Salón de Arte, Cine y Fotografía, y en que la popular actriz y la misteriosa mujer que había comprado a Cal dos osos Brezhnev ayer por la mañana eran La Misma Persona.

Gus se sintió como un idiota. Tendría que haberlo adivinado. Sin embargo, Grace Rinehart no había querido que nadie supiera su auténtica identidad. Por eso había entrado de incógnito y pagado en metálico.

¿Qué pasa?, se preguntó Gus, presintiendo la inminente acidez de estómago. ¿Estoy en problemas? ¿Ha caído Cal en desgracia? Esa mujer nos estaba espiando. No necesitaba comprarme osos Brezhnev. Su marido es el tipo que importó por primera vez los bichos de la Madre Rusia. Ahora, los cría cerca de Woodbury. Yo consigo mis «osos» de los mayoristas de Berthelot. Que la señorita Rinehart me los compre a mí es como si un jeque viniera a comprar un bidón de crudo a *K-Mart*. A menos, claro, que la dama tuviera una razón oculta. Pero ¿cuál?

Gus condujo el *Honda* hasta la pista de cuatro carriles que desembocaba en las galerías y continuó, pensando en la señora Rinehart. Habrá pasado la noche en la galería. A causa de sus cuantiosas contribuciones al local y sus tenaces esfuerzos por conseguir que fuera renovado, la galería le había cedido un conjunto de habitaciones en la segunda planta. Se rumoreaba que pasaba más noches en el edificio que en la residencia Berthelot, pues su marido se desplazaba con frecuencia a Washington. En cualquier caso, Hiram y la señorita Grace no siempre podían, ni lo hacían, cohabitar en los últimos tiempos, y algunas personas hacían maliciosas especulaciones sobre su vida privada.

Por ejemplo, corrían numerosos rumores de que la señorita Rinehart invitaba en ocasiones a LaGrange a antiguos compañeros de Hollywood (hombres que habían triunfado en los sesenta y principios de los setenta) y les conducía en plena noche a la galería para «celebrar reuniones». Un festival de cine Rinehart-y-quien-sea. En la sala de proyecciones, su invitado y ella veían alguna película antigua de la actriz, y luego una de él, y tal vez otra en que aparecían ambos, y así sucesivamente, alternando vehículos estelares hasta que se cansaban de aquella orgía egocéntrica en celuloide y se retiraban a los aposentos de la mujer para compartir el protagonismo de un placentero festival más convencional.

A Gus le encantaban estos rumores, como a todo el mundo, pero no les concedía excesivo crédito. La señorita Rinehart era un elemento muy útil para la comunidad, una mujer que, en su momento, había contribuido a invertir la ola de negativismo que amenazaba con anular el esfuerzo norteamericano en Vietnam. Además, sus Centros de Americulturización en Libertad habían convertido a miles de vietnamitas dotados de talento en prósperos y productivos ciudadanos, muchos de los cuales regresaban a su país, como ciudadanos norteamericanos, para convencer a sus anticuados compatriotas de que el Nuevo Vietnam solicitaría algún día integrarse como estado norteamericano. Como estado número cincuenta y uno, su país formalizaría hábilmente su relación especial con los

Librodot

Estados Unidos: participación total en el sistema político-económico superior del mañana.

Destino Manifiesto de dimensión transoceánica.

Bueno, reflexionó Gus, no cabe duda de que la señorita Rinehart es lo bastante lista para proyectar todo esto, pero lo único que consigue su inteligencia es asustarme aún más.

Augustus Kemmings aparcó su coche detrás de West Georgia Commons, abrió la puerta posterior de la tienda de animales y entró para asegurar a sus hijitos algo en lo que ya no creía, que todo iba a ir viento en popa.

Librodot

10

En la sala de recreo de una de las cavernas cubiertas con cúpulas de Von Braunville, en Censorinus, tres operadores de rasadoras lunares que trabajaban en la planta de oxígeno estaban viendo una cinta del primer episodio de «*Star Trek*» perteneciente a la temporada 1981-1982, el decimoquinto año consecutivo que el capitán Kirk, el señor Spock y la tripulación multinacional y multirracial de la nave *Enterprise* llevaban realizando su misión de cinco años «a donde el hombre no había puesto jamás el pie»..., al menos en la televisión.

El Mayor Gordon Vear de las Fuerzas Aéreas, selenólogo y piloto de transbordador espacial, se hallaba de pie en la parte trasera de la sala, contemplando a los cansados conductores que contemplaban la inmensa pantalla de vídeo. Spock, que desde hacía tres temporadas se adornaba la oreja derecha con un pendiente vulcano, decía a Kirk que, si su nuevo ingeniero, un alfacruciano de dos metros y medio llamado Traz, no extraía más potencia de los motores, su nave reparada probablemente fracasaría en su intento sin precedentes de atravesar las capas exteriores del gigante gaseoso en el que un vehículo anfibio klingon ya se había zambullido.

-Menuda mierda -murmuró Vear-. Cuando yo tenía diecinueve años pensaba que Spock era sensacional. Los episodios, de vez en cuando, abordaban con timidez temas filosóficos o preocupaciones sociales. Desde hace doce años, sin embargo, todo se reduce a aventuras galácticas, melodrama y misticismo chorra hollywoodense. Llegar a la Luna estropeó *«Star Trek»*. Quiero decir que lo estropeó de verdad. Llegar a la Luna y la maldita Comisión de Censura para los Medios de Comunicación.

Vear se dirigió a la puerta y tropezó con Dan Franciscus, copiloto de transbordador espacial y selenonauta.

-¿Adónde vas? -preguntó Franciscus.

-A respirar un poco de vacío puro. No aguanto más chuminadas.

Señaló la pantalla con un ademán.

-Vamos, Gordo, es un sedante. Sólo has de sentarte y dejar que te suma en la idiotez más supina. Después, todo es fantástico, viajas por el hiperespacio. -El Teniente miró con más atención al Mayor-. ¿Vacío puro? ¿Vas a ponerte el traje?

-Creo que sí, Daniel -sonrió Vear-. No tengo la intención de hacer una excursión sin protección como Nyby.

-¿Sabes que yo iba en el vuelo a la nave de transporte que condujo de vuelta al pobre bastardo a Puerto Kennedy? La NASA ha ocultado el suicidio, que ocurrió la semana pasada, hasta hace unas horas.

-Lo sabía, Daniel. El Coronel Hoffman y tú.

-¿Sabes también que en Von Braunville hay una caverna subterránea que sólo sirve para almacenar ataúdes? Hay cincuenta, uno para cada tío y tía destinados aquí. Ahora, cuarenta y nueve. La NASA ha desempolvado el lema de los *boy scouts*: «Estad preparados». De todos modos, si un meteorito nos cae encima, ¿quién cono va a salir de la plagioclasa para poner a los demás en sus cajas?

-Ni idea, Daniel, ni idea.

Vear sólo deseaba escapar. Un conductor de rasadoras no cesaba de dirigir miradas de irritación a Franciscus. Había visto el episodio una docena de veces, pero esperaba con ansia el momento en que la *«Enterprise»* hendía la superficie del gigante gaseoso y se adentraba en la oscuridad, a la caza de los klingons renegados que habían asesinado al hermano de raza del ingeniero jefe Traz.

Franciscus continuó, sin hacer caso del irritado espectador.

-No hace ninguna gracia transportar un ataúd de una esclusa de aire a otra en órbita lunar. No quiero volver a hacerlo nunca más, Spooky.

-Yo también lo he hecho, Daniel.

-Sí, tienes razón. Te diste una vuelta por aquí en el 78, ¿verdad?

-¿Os podéis callar, tíos? -dijo el conductor de rasadoras.

Vear comprendió que, si bien intentaba ser educado, le habría gustado dejar sin sentido al Teniente.

Franciscus hizo caso omiso.

Librodot

-Se supone que no puedes salir después de un período de trabajo, Gordon. El Comandante Logan aduce contra las AEC -AEC era la abreviación que empleaban los selenonautas para designar las Actividades Extra-Curriculares- que, *uno,* desperdician sin motivo nuestras reservas de oxígeno; *dos,* ponen en peligro el carísimo equipo de la NASA, y *tres,* ponen en peligro la vida o la salud de todo el mundo, incluido uno mismo, que trabaja en Von Braunville. Además, Gordon, tú puedes ir a tu dormitorio por un túnel.

-¿Has intentado alguna vez ver las estrellas en un túnel, Daniel?

-Pues no...

-Si lo has conseguido, es que Dios te ha bendecido con visión de rayos X. No es mi caso. Si Logan o cualquier otra persona pregunta por mí, dile que me encontrará cuando vuelva. Hasta luego.

-Sí, señor -dijo Franciscus, captando la impaciencia del Mayor, y se calló.

Vear siguió el angosto pasillo hasta un cuarto de vestir, se puso el equipo de vacío, ajustó el sistema vital portátil (SVP) que le protegería en el exterior y accionó a mano la esclusa de aire que le daría acceso a la superficie. En los viejos tiempos, estos procedimientos habrían exigido, como mínimo, la colaboración de dos hombres, pero ahora, gracias a los avances en el diseño de trajes y la arquitectura de la base lunar, un individuo podía realizarlos solo con gran facilidad.

Cuando Vear salió, por supuesto, sonó una alarma en toda la cúpula, y un ordenador situado en el hemisferio del Cuartel General, a mitad de camino de la lunacreta blanqueada de la planta de oxígeno, también señaló su salida. Vear conocía y aprobaba esta precaución. Era una pequeña luz ámbar en el tablero del técnico de seguridad y continuaría centelleando hasta que su cuerpo mortal volviera a entrar.

Grotesco, piensa Gordon Vear, contemplando la perspectiva de Von Braunville desde el fondo del cráter Censorinus. A pesar de su nombre, la base recuerda menos una ciudad que una construcción situada en un gran desierto monocromo. Durante el período de catorce días en que recibe la luz del sol, las rasaduras lunares funcionan constantemente, extrayendo anortosita del fondo del cráter para alimentar la planta de oxígeno. Una rasadora está trabajando en este momento, moviéndose como un hinchado estegosaurio larguirucho para que la planta pueda procesar unas cinco toneladas de tierra lunar cada veinticuatro horas, convirtiéndola en oxígeno, no sólo como componente del aire que se respira aquí y en la estación orbital conocida como Puerto Kennedy, sino también como combustible de los tres diferentes tipos de naves que se precisan para viajar de la Tierra a la Luna.

Claro que es grotesco, gilipollas, se regaña Vear. ¿Dónde te crees que estás, en Las Vegas?

El Mayor lanza una carcajada dentro del casco. Debido a que el Decreto de Restricciones a los Viajes impulsado por Nixon provoca graves dificultades al negocio de los casinos, los servicios militares autorizan que su personal utilice los permisos para visitar Las Vegas, Atlantic City y Miami. De hecho, se puede viajar a esos lugares, si hay sitio, por *nada*,[9] y en el 79, después de su primer período lunar, Vear efectuó un ansioso peregrinaje a Las Vegas. La verdad es que algunas luces de neón y unas pocas iglesias donde celebrar matrimonios a cien por hora lograrían que Von Braunville se pareciera una barbaridad a aquella ciudad de Nevada abandonada a su suerte.

De todos modos, nuestra base lunar no es *tan* grotesca, piensa, sonriendo. Sobre todo si la comparas con los puestos avanzados terrestres más desolados que conoces. Te achicharras vivo o se te hielan las pelotas, y ambas variedades son lo bastante mortíferas como para que Logan no quiera que salgamos solos. Por otra parte, ¿de qué otra manera encontraría un poco de soledad en este mierdoso montón de basalto y brechas si no saliera solo?

Educado en la religión católica en Louisville (Kentucky), Vear se descubre a veces comparando Von Braunville con Getsemani, el monasterio próximo a Bardstown (Kentucky), donde el monje trapense y escritor Thomas Merton pasó la mayor parte de su vida adulta.

Decídete, Gordon. ¿Tu base lunar es un casino o un monasterio? Bueno, un poco de las dos cosas. Depende del punto de vista. Estar aquí arriba es como una apuesta, desde luego, pero el aspecto monástico de nuestra vida se define por el hecho de que vivimos apretujados en un ínfimo espacio vital y hemos de adaptarnos a los cuerpos omnipresentes de los demás (y a las fastidiosas manías mutuas) para no volvernos locos y matarnos unos a otros. Aislados como estamos, a trescientos sesenta mil kilómetros de la Tierra, casi nunca, paradójicamente, tenemos un poco de intimidad. Y lo que más necesitamos es intimidad revivificadora.

[9] En castellano en el original. *(N. del T.)*

Librodot

Vear, buscando intimidad, trepa por un escabroso sendero natural situado en el flanco este del cráter. Von Braunville se extiende a sus pies. La pendiente, por fortuna, no es muy pronunciada, y poco a poco va ganando altura sobre la base y bendita distancia de sus normas y recriminaciones. Le queda aire para cuatro horas; el sistema de refrigeración del traje impedirá que su sangre (gracias sean dadas a Dios y a la NASA) hierva. Ya pesar del sudor que baña su frente, axilas y rodillas, Vear está disfrutando de este... Bueno, ¿no tiene derecho a calificarlo de «viaje estelar»?

Las estrellas brillan por doquier, en mayor número e intensidad que en Kentucky, y aunque oficialmente está libre de servicio, también puede, en su papel de selenologista, examinar las rocas -quebradizas, vítreas, cristalinas- a través de las cuales se desplaza y justificar más tarde su salida por motivos de «investigación».

Intimidad, reflexiona Vear, es lo que Nyby necesitaba, por más que Logan y algunos chicos de la NASA crean que nuestro aislamiento (una sensación errónea de extrañamiento cósmico) le impulsó a matarse. A la mierda con ello, piensa Vear, malhumorado. Lo que sacó de sus casillas a Nyby fue que casi siempre tenía ante sus narices a alguien que le decía lo que debía hacer, de qué forma, y cuándo debía terminar. La compañía impuesta, carente de auténtica intimidad, y la conciencia de que el control de su vida ya no le pertenecía condujeron a Nyby hacia el suicidio. Alguien tendría que haber hablado con él, *confesado,* quiero decir, pero lo cierto es que siempre había alguien hablando al pobre Roland, ordenando, reprimiendo, constriñendo.

Una punzada de culpabilidad aflige a Vear, y se detiene en un punto desde el que domina Von Braunville y el borde oriental del cráter, más allá del cual, si te apoderas de un vehículo aéreo y recorres tus buenos doscientos veinticinco kilómetros, se extiende la orilla del Mar de la Fertilidad. Ojalá estuviera allí ahora, piensa el Mayor. Más intimidad, más soledad y más espacio para rumiar sobre mi culpabilidad acerca de Nyby, un especialista en ciencias físicas que salió de nuestras vidas, se precipitó fuera, podría decirse, dando un corto paseo.

El sentimiento de culpabilidad de Vear se intensifica cuando recuerda una conversación sostenida con Nyby dos semanas antes de que saliera a pasear. El Mayor le *vio* un día en el comedor y, al reparar en su aspecto deprimido, se le acercó después para preguntarle si se encontraba bien.

-Me siento como si la gente estuviera sentada encima de mí, señor.

El «señor» no era una mera cortesía, sino una obligación. Aunque formaba parte del contingente científico oficial, Nyby también era un oficial naval y un selenonauta. El Comandante Logan había insistido, no sin razón, en que él, como otros, trabajara el doble.

-¿Qué quiere decir?

-Estoy agobiado -respondió-. No puedo respirar.

-Necesita salir. Conozco la sensación.

-*No puedo* salir. Apenas tengo tiempo de comer y dormir. Y cuando estoy despierto y trabajando, me encuentro a las órdenes de otra persona. Todo lo que hago, Mayor Vear, es obedecer la voluntad de los demás.

-¿Desde cuándo está aquí arriba?

-Cuatro meses. Casi cinco.

-Bueno, eso significa que todavía faltan siete. Es mucho tiempo para una persona joven, Roland, pero usted puede superarlo.

-Usted da por sentado que volver a casa eliminará mi problema, pero será lo mismo, Mayor. En cierto modo, considerando como estaban las cosas, aún peor.

-No le entiendo.

-Perdone, señor, pero creo que es mejor así. Lo único que puedo decirle es que aquí arriba existe una razón inherente, ecológica, para la tiranía. Disculpe, quiero decir *autoritarismo.*

-Y al volver a casa...

-Lo siento. Mi turno ha empezado hace dos minutos.

Nyby empezó a alejarse.

-A la mierda su turno. Yo asumiré la responsabilidad de su retraso. Sentémonos y discutamos este asunto.

Nyby vaciló.

-¿De veras quiere asumir esa responsabilidad, señor? Quiero decir, *¿de veras?*

¿Y tú qué hiciste?, se reprende Vear. Nada. Vacilaste, y Nyby, chico listo donde los hubiera, se dio cuenta.

-Es lo que pensaba. No le culpo. Gracias por su interés, pero ya me las arreglaré yo solo, Mayor.

Y dio por concluida la conversación, marchándose a trabajar.

Aunque Vear se topó varias veces con Nyby durante las dos semanas siguientes, ninguno de los dos aludió a su breve conversación en el comedor. Y después, por supuesto, ya no hubo tiempo de reemprenderla. En absoluto.

Dios mío, por favor, reza Vear, perdóname. Y tú, Roland, dondequiera que estés, perdóname también, ¿de acuerdo? Me parece que sólo creías en tu trabajo, en tu habilidad para utilizar el vacío lunar y su baja gravedad para crear cristales únicos y extraños, pero si has cometido pecado mortal por no creer o por renunciar al don de la vida, Dios y tú debéis perdonar a aquel cuya vacilación puede haber facilitado tu descenso a..., bueno, al infierno.

Este pensamiento, traje o no, SVP o no, deja helado a Vear. SVP, Dios, SVP, Roland, reza: perdonadme.

Al cabo de un rato, una especie de calma inquieta se apodera del Mayor. Examina las estrellas. La fría y azul luz de la Tierra le baña. Desvía la vista hacia el fondo de Censorinus, hacia las placas solares plantadas al noroeste de Von Braunville, como un enorme jardín de espejos ampulosos. Sugiriendo una colaboración entre Lewis Carroll y H. G. Wells, proporcionan energía a las cúpulas y la energía que permite a la planta de oxígeno transformar plagioclasa ($CaAl_2Si_2O_g$) en oxígeno utilizable.

Aquí arriba, sin embargo, la soledad entusiasma a Vear.

-¡Quiero estar solo! -grita, definiéndose.

Sólo para expiar mi culpa. Solo para comunicarme con Dios. Ojalá hubiera podido cederle a Nyby un poco de esta soledad, un poco de esta intimidad. Tal vez habría ayudado al muchacho. Si, desde luego, el muchacho hubiera poseído una fe que hiciera de sus momentos en soledad algo diferente de una trampa, una celada en que caía su sensación de inutilidad.

Porque es posible soportar estar solo e inadvertido durante mucho tiempo. Y lo mismo es aplicable al deseo de intimidad.

¿Qué había dicho Thomas Merton sobre este punto? Otra observación aguda. Vear la recuerda al fin: «Y pasar inadvertido ante Dios es demasiada intimidad». Exactamente. Quieres soledad, una oportunidad de reflexionar, pero no quieres alejarte de los demás hasta el punto de privarte de la compañía de Dios. Eso no es intimidad, sino la soledad extrema, la desolación absoluta. Y, por desgracia, es posible que Nyby lograra eso en medio de la confusión y el caos de Von Braunville. Aunque pudo suceder mucho antes.

Todo empezó a estropearse en 1968, concluye Vear. Oh, sí, ganamos la Guerra de Vietnam y estamos colonizando la Luna, superando las expectativas de los más optimistas, teniendo en cuenta los recortes de presupuesto que la NASA padeció desde 1969 a 1971, cuando el follón de Vietnam estuvo apunto de obligarnos a cancelar la fabricación del Saturno V y mi hermano casi perdió su empleo en la fábrica Michoud de Nueva Orleans... ¿Y qué hemos conseguido, aparte de una pizca de prestigio internacional y empleo seguro para unos miles de personas que construyen plataformas para cohetes y unidades de dirección y control?

«Star Trek» empezó a decaer en el 68, se fue a la mierda en el 69 y desde entonces es un estorbo para toda la humanidad. Se han pasado nuestra Constitución por la piedra, han pisoteado nuestras libertades civiles y tenemos un presidente que viste a los guardias de la Casa Blanca como dragones de Ruritania. Vives bien, supongo, si trabajas para el Gobierno, especialmente en Servicios, o si eres un hombre de negocios con los contactos adecuados, o si eres una celebridad de ideas rectas, o a quien el rey Ricardo ha invitado a una función organizada por él. De lo contrario, mejor te dedicas a lamer culos o te escondes en un rincón apartado del país, agazapado entre las malas hierbas, rezando para que los Allanadores no te encuentren.

Rezar. Eso es lo que he venido a hacer, piensa Vear, y no a cabrearme al pensar en la fatal *weltschmerz*[10] de Nyby y la forma en que he soslayado las penurias vulgares, ingresando en la Academia de la Fuerza Aérea y embarcándome rumbo a la Luna. En cualquier caso, todo se fue al carajo en el 68, el año en que Thomas Merton murió. En diciembre. Después de las elecciones nacionales. Se electrocutó accidentalmente con un ventilador, después de ducharse en una casa cercana a Bangkok. Estaba viajando por el Extremo Oriente, discutiendo de vida monástica y meditación con el Dalai Lama y otros budistas.

Vear siempre ha considerado la muerte de Merton -un hombre tan santo e inquieto- un chiste de vodevil indigno de Dios. Sin embargo, desde esta elevación que domina Von Braunville, empieza a contemplarlo como un acto de misericordia. Tal vez el Espíritu Santo estaba girando en las aspas de

[10] Visión de la vida apática y vagamente melancólica. *(N. del T.)*

Librodot

aquel ventilador defectuoso, derramando gracia sobre Merton al mismo tiempo que el ventilador -*¡un ventilador, por el amor de Dios!*- le estremecía hasta el fondo de su ser. ¿Cómo podía ser un acto de misericordia? ¿Cómo podía ser una ofrenda de gracia?

Bueno, Merton había luchado por la buena causa (por la justicia, por la paz, por la gloria de Dios), y su muerte, a la edad dolorosamente temprana de cincuenta y tres años, le ahorró la necesidad de asistir a la destrucción de la Declaración de Derechos por parte de Nixon y a la mansa complicidad del pueblo norteamericano en su propia masacre. Vear recuerda que en el *«Diario asiático»* de Merton, que había circulado después de su muerte en copias *samizdat* entre muchos católicos, el hombre expresaba su satisfacción porque Kentucky no había votado por George Wallace en las elecciones del 68, pero también su tremendo disgusto por la victoria de Nixon sobre Herbert Humphrey.

«Nuestro nuevo presidente es deprimente -declaró en su diario-. ¿Qué se puede esperar de él?».

Bueno, piensa Vear, me alegro de que no hayas vivido los primeros años de su administración, porque lo habrías averiguado. Si un ventilador eléctrico no te hubiera matado, *eso* lo habría conseguido, y tú te merecías la misericordia de tu grotesca electrocución en Tailandia. Fue un acto de misericordia de los que roban el aliento..., literalmente. Pero también de los que dan aliento.

Vear sacude la cabeza, algo bastante difícil con aquel casco parecido a un televisor. Deja de preocuparte por estos temas, Gordon, y comunícate con tu Dios. Para eso has venido aquí.

El Mayor continúa subiendo por el «sendero» que conduce al borde del cráter y encuentra una piedra del tamaño de una nevera tumbada. Se sienta, recita un salmo de memoria y después el Padrenuestro: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea...».

Lo musita hasta terminar, «... mas líbranos del mal, amén». Se siente un poco más tranquilo, pero no mucho. Encadena oraciones por su familia, su ciudad, su Estado, su Nación, el planeta, el cosmos. A pesar de los prodigios que le rodean, cierra los ojos y cae en una especie de trance, en la capilla de su traje y en la catedral de Censorinus.

-Dame un signo de Tu presencia -suplica el Mayor de las Fuerzas Aéreas Gordon Vear-. Un pequeño signo de que me has escuchado...

Al abrir los ojos detectó un movimiento sobre él, en el borde oriental del cráter. El movimiento le sobresaltó. El estómago se le encogió y los pelos de su nuca se erizaron. No era normal detectar movimientos en la Luna, excepto los derivados de la actividad humana en Von Braunville, las caídas fortuitas de meteoritos, o los efectos de algún volcanismo infrecuente, residual.

En este caso, no era cuestión de meteoritos o volcanismo y, al forzar la vista, Vear vio a través de su mugriento visor que una figura humana le estaba mirando (de hecho, estaba mirando toda la base) desde el terraplén de Censorinus. La figura parecía pertenecer a un niño o a un enano; un niño o un enano *negro.* Estaba enmarcado por tortuosas fracturas de roca lunar, encajado entre ellas sobre el terraplén como un soldado medieval en la grieta de la muralla de un castillo. El detalle más sorprendente de la figura, aún más sorprendente que su tamaño o su raza, era que no llevaba protección contra el vacío lunar. Ni traje, ni SVP. De hecho, llevaba, si los ojos de Vear no le engañaban, tejanos y camisa blanca.

Librodot

11

-¿Por qué vino aquí a comprar osos Brezhnev? -preguntó Cal al señor Kemmings-. Es absurdo.

-Lo sé. Yo me he preguntado lo mismo durante el trayecto desde casa.

Cal, haciendo honor a su palabra, había llegado a la tienda pocos minutos después que su jefe, y se había pasado la última media hora limpiando la mierda de perros y gatos, o reemplazando el papel de periódico manchado que cubría el fondo de media docena de pajareras. El señor K. estaba preocupado. Ya había llegado preocupado, tras haber visto a Grace Rinehart en la galería de arte y reconocerla como la clienta que había venido el día anterior con capa, gafas de sol y un coche pasmoso. Algo estaba pasando..., pero ¿qué?

Para Cal, el hecho de que había vendido un par de conejillos de Indias a la famosa actriz de cine y americulturizadora era el menor de sus problemas. Al menos, hoy. Ayer, el misterio de la identidad de la mujer le había puesto a parir, sobre todo cuando ella le preguntó si se había metido en líos con la ley, pero hoy no podía permitirse pensar mucho en la esposa del Secretario de Agricultura. Quizá había entrado para inspeccionar los osos Brezhnev y compararlos con los que su Hiram criaba, si parecían más robustos, menos robustos, o sutilmente diferentes de los que Berthelot criaba. Quizá había querido inyectar cierto empuje a la economía del local, siquiera con una compra poco importante. Cal se negó a continuar especulando. Al fin y al cabo, tenía un problema más perentorio. Ayer, Lia y él habían recibido la visita de un hombre muerto que no podía recordar quién era o quién había sido, un escritor norteamericano controvertido.

El señor K. reparó por fin en el estado de ánimo de Cal.

-¿Cómo se encuentra hoy? -preguntó-. ¿Está mejor?

-Sí, señor. Ya se me ha pasado.

-¿Se ha enterado del último suicidio en Von Braunville?

-Sí, oí las noticias en la radio del coche.

-Triste -dijo el señor Kemmings-. Muy triste.

-Sí, señor. La muerte casi siempre es triste.

Una verdad como un templo, pensó Cal. A menos que sufras como un loco o seas muy viejo, la muerte cae sobre ti con la cordialidad de un herpes genital.

-Ese tipo de la NASA ha dicho en *«Buenos días»* que quizá envíen animales domésticos allí arriba para que la gente de la base luche contra la depresión. Animales y plantas.

-Humm -dijo Cal, utilizando un paño empapado en ácido bórico para secar el ojo de un cachorrillo de fox terrier.

-Me encantaría echarle mano a la concesión -admitió el viejo-. Me pregunto si aceptarán ofertas.

-Lo dudo. El amiguismo entrará en juego. Si lo hicieran, no obstante, usted podría cinchar a la competencia con un periquito de mil dólares o una serpiente negra de un millón de pavos. La NASA es igual que el Pentágono en lo concerniente a dejarse untar.

-Cuidado, Pickford. Cuidado.

El señor K. se llevó un dedo a los labios para subrayar la necesidad de cautela, pero sonreía, y Cal le devolvió la sonrisa. Después, el señor K. se marchó para atender a un cliente, dejando que Cal terminara de quitarle la mierda a otro Animalito Feliz.

-Escucha, Cal -había dicho Lia la noche anterior, después de volver del hospital-, he perdido el broche que me regalaste. Se me cayó de la silla de la capilla al suelo, y aunque lo busqué a gatas no pude encontrarlo.

-Yo nunca te he regalado un broche.

-Claro que sí. Lo que pasa es que no te acuerdas. Hizo las veces de anillo cuando nos casamos en el Jardín de los Dioses.

-Lia, nos casamos en casa de Arvill Rudd.

-Kai, Philip K. Dick, el hombre que vino a verme esta mañana, me dijo que no perdiera el broche. Creo que le llamó, en broma, una pieza clave.

-Lo llevabas en la chaqueta cuando volviste de trabajar, Lia. No creo que te lo pusieras para ir al hospital. Tranquilízate.

-Yo también pensaba que no lo había cogido, pero lo encontré en el bolsillo cuando bajé con

Librodot

Phoebe a la capilla y, al mirarlo, nos ví a ti y a mí como debimos estar en nuestra boda. Después, maldita sea, lo perdí.

De regreso a casa, mientras Vikingo se paseaba por el asiento trasero como una criatura de la mitología nórdica, Lia se había mostrado preocupada por el broche y por el hecho de que Cal ni siquiera recordaba habérselo regalado. Por fin, ya en su apartamento, la joven había registrado sus joyeros dos veces, y no tardó ni un momento en encontrar el broche que pensaba haber perdido en el hospital.

-Eso quiere decir que no te lo pusiste.

-Pero lo hice, Cal. Te lo juro, lo hice.

-A lo mejor tenías dos iguales.

-Hasta esta mañana, ni siquiera sabía que tenía *uno.*

Cal cerró la botella de ácido bórico, sin hacer caso de los ladridos de un terrier que no quería que se marchara, y recordó la irritación que le había causado el misterio del broche. Lia había sufrido una alucinación, provocada por el trauma de aceptar como cliente a un hombre muerto. Por otra parte, si era capaz de creer en *eso,* ¿por qué no en la improbabilidad de que un broche perdido en Warm Springs apareciera una hora más tarde en un joyero de Pine Mountain?

Porque leyes físicas empíricamente recibidas no empezaban a desmoronarse todas al mismo tiempo. Al menos, *algunas* cosas tenían que continuar conservando un sentido, aunque fuera absurdo.

-Creo que Kai me lo devolvió -había dicho Lia-. Tal vez quiso darme otra oportunidad.

Tu madre esnifa rapé, quiso contestar Cal, pero ahora, en este momento, empezaba a sopesar la posibilidad de que la peregrina teoría de Lia fuera correcta, y al final la consideró no sólo convincente, sino también una explicación inevitable.

Kai, P. K. Dick, quería que supieran que no les iba a abandonar en todos los malos tragos que les aguardaban. Podían contar con él, o sea, en su aura persistente, les iba a apoyar y sostener en su lucha por la justicia en una realidad, *esta* realidad, en la que ya se había infiltrado la maldad, como una mancha de aceite ramificada.

Exacto, pensó Cal con sarcasmo, Lia y yo somos agentes de la verdad, la justicia y la equidad, y nuestro aliado secreto es un fantasma que bebe café, esnifa rapé y no puede impedir desvanecerse en la nada cada vez, que viene a vernos.

¿Qué había dicho Dick la noche anterior en el hospital, sobreimpuesto ineptamente al cuerpo tullido de Emily Bonner? «Usted sabe mejor que yo por qué le he elegido». Pero la verdad es que no, de ninguna manera. Soy un peón de rancho desplazado, que cuida animales domésticos, cuando debería estar ocupándome de ganado... Terneros que chillan, potros que se encabritan y toros que derrumban vallas.

Ésa, Dick, es la realidad que me está volviendo loco de nostalgia...

A mediodía, mientras el señor Kemmings se llegaba al centro para tomar unos chiles en *Charlie Joseph's,* Le Boi Loan entró en el *Emporio*. Cal se quedó sorprendido al verle. Durante las ocho semanas que Cal llevaba en la tienda, nunca había encontrado al vietnamita fuera de los confines de *Gangway*. Lone Boy se tomaba su trabajo con mucha seriedad y, dejando aparte su americulturización, no aparentaba ser aficionado a mirar escaparates o curiosear en otras tiendas.

Cal había comprado un bocadillo *Chick-Fil-A* y regresado con él al local. Cuando Lone Boy entró, vacilante, Cal estaba sentado sobre una jaula de perros vacía en la trastienda, comiendo. En la mitad delantera de la tienda, el vietnamita echó un vistazo al enorme loro verde, que estaba posado sobre su columpio, cerca de la caja registradora, miró de soslayo a las serpientes y admiró sin ambages a los inquietos hámsteres y gerbos.

Como un niño pequeño en una casa extraña, decidió Cal. Bastaría hacerle *¡buuu!* para que diera un salto de tres metros de altura. Cal removió los cubitos de su vaso para avisar a Lone Boy de que no estaba solo en la tienda.

-Hola, Calvin -saludó Lone Boy-. ¿Qué haces ahí?

Cal levantó el bocadillo y el vaso de papel.

-Comer, Lone Boy. ¿Qué quieres?

-Ayer te ví muy afectado por la muerte de ese Dick. He pasado a ver cómo estabas.

Otra sorpresa. A Cal le conmovió la preocupación de Lone Boy. Nunca lo habría pensado del vietnamita; por lo general, Lone Boy exhibía una rudeza exterior que Cal había considerado al principio, tal vez injustamente, una prueba de carácter y miras superficiales. Hoy, sin embargo, el tipo

Librodot

duro había salido de la librería *Gangway* para interesarse por su estado de ánimo.

-Estoy bien, Lone Boy. Lo llevo con dignidad.

Lone Boy, nervioso, paseó la mirada alrededor de la tienda.

-He enviado tu pedido a *Pouch House*, Calvin. No te agobies. En cuanto los libros lleguen a mis manos, te los entregaré.

-No hace falta. Puedo...

-Oye, *quiero* hacerlo, ¿vale? He comprendido lo que significan para ti.

-Sentimentalismo estúpido, Lone Boy. Asocio los libros de ese tío con Colorado, los viejos amigos, un mundo completamente diferente.

De pronto, Lone Boy pareció desinteresarse del asunto. Arrugó la nariz en señal de desagrado.

-¿Cómo puedes comer aquí, Calvin? Quiero decir... El *hedor*.

-¿Tan horrible te parece? -rió Cal-. Me gustaría verte cargando comida para bueyes a cuarenta grados de temperatura.

-Me daría algo. He de mantener el estómago en forma para disfrutar de lo que Tuyet me haya preparado para comer.

¿Qué podía responder a eso? A Cal sólo se le ocurrieron banalidades y, en consecuencia, mantuvo la boca cerrada. Esta visita era muy extraña. Ahora que ya había agotado sus muestras de simpatía, Lone Boy parecía desconcertado, y Cal no sabía cómo ayudarle. Tenían muy poco en común. El trabajo de Loan en la librería y el amor de Cal por la lectura no eran suficientes. A menos que Lone Boy decidiera comprar unas olominas, un oso Brezhnev o cualquier otro bicho, estaban condenados a una larga sesión de sonrisas y cabeceos.

-Vives en Pine Mountain, ¿verdad? -preguntó Lone Boy.

Cal admitió esa realidad.

-¿Y cómo encontraría tu casa alguien que la buscara?

Cal dio a Lone Boy las instrucciones precisas que proporcionaba a todos los que querían encontrar su casa: bajas por la autopista 27 desde LaGrange, giras a la derecha en el primer semáforo de Pine Mountain y te paras ante el primer dúplex de ladrillo rojo en la esquina de la calle Chipley con la avenida King. Fácil.

-¿Por qué lo preguntas?

Lone Boy vaciló antes de contestar.

-Cuando el tiempo mejore, podríamos encontrarnos todos, los Bonner-Pickford y los Loan, para asar unas hamburguesas al aire libre. Para pasarlo bien. Para estrechar nuestra amistad.

Estupendo, pensó Cal. Acabas de invitarte a cenar a mi casa. Ni siquiera tenemos una de esas barbacoas de metal que van sobre neumáticos.

Lone Boy enrojeció de repente.

-Qué bruto he sido, ¿verdad? Perdona, no tenía la intención de imponeros a toda mi queridísima familia. Quería decir que...

-No te agobies, Lone Boy. Tal vez podríamos ir juntos al Parque Estatal Roosevelt un fin de semana. Hay muchas barbacoas.

-No, no. Tenía que haberos invitado antes a nuestra casa. Soy un maleducado. -Meneó la cabeza-. Eso es lo que quería hacer, pero no he dormido mucho esta noche. A veces, el pluriempleo me pone nervioso y me hace decir estupideces.

-Tranquilo. No hay problema.

Lone Boy, aún violento, giró sobre sus talones.

-Pásate por casa un día de éstos.

-Estupendo.

De hecho, podía ser una buena idea. Cal había visto una tarde a las niñas de Lone Boy con su madre en la librería *Gangway*, y no se podía imaginar una familia más simpática y atrayente.

Pero su conversación había llegado a otro callejón sin salida. Lone Boy miró a su alrededor con timidez, rascando con la uña el cristal de un acuario. Daba la impresión de que tenía ganas de irse, pero no tenía ni idea de cómo largarse con dignidad.

-¿Sabías que Grace Rinehart interpretó una película basada en «*La burbuja rota de Thisbe Holt*» -preguntó por fin.

-Sí, creo que sí. Vagamente.

-Fue a verla muy poca gente. Rinehart la retiró de la circulación y compró todas las copias.

-Me suena.

-Bien, soy una de las pocas personas que la ha visto, y la Rinehart no daba el tipo. Quiero decir

Librodot

que estaba fatal.

¿A qué venía esta historia? ¿Y dónde había visto Lone Boy una película invisible desde principios de los sesenta? Cal pensó que Lone Boy estaba mintiendo, no sobre la pobre actuación de la Rinehart en *«Thisbe Holt»,* sino en lo de haber visto la película. ¿Y para qué mentir acerca de ello? ¿Intentaba Loan forjar un vínculo entre ambos, informando a Cal de que aunque los gigantes pasearan por West Georgia Commons lo hacían sobre pies de barro? ¿O acaso sabía que la actriz había visitado ayer el *Emporio de los Animalitos Felices*?

-Todo el mundo tiene un mal día -dijo Cal, sin comprometerse.

-Tuvo suerte de poder comprar la prueba del delito.

-Supongo que sí.

-Hasta luego -soltó de pronto Lone Boy-. Ven a *Gangway* cuando puedas y hazme otro pedido chorra.

-¿Qué te parece el vídeo de *«Thisbe Holt»*?

-¿A que tienes ganas? ¿A que tienes ganas?

Lone Boy retrocedió hasta la puerta y salió a la calle principal de las galerías.

Más tarde, cuando Cal pasaba frente a la jaula de cristal que albergaba a Mi Mejor Estrangulador, la boa constrictor, el aire pareció teñirse de rojo y los músculos de sus brazos y piernas perder la elasticidad. Se sintió, de súbito, tan amodorrado como una serpiente después de engullir una ración de nueve ratas blancas. Se detuvo, apoyándose en el cristal para no perder el equilibrio, y observó que el extraño tono rojo que reinaba en la atmósfera de la tienda se había desplazado por osmosis a los pasillos exteriores. Todos los compradores de West Georgia Commons, incluidos los clientes de la tienda de animales, habían dejado de moverse. Se hallaban inmóviles como estatuas dondequiera que la brillante invasión roja les había capturado.

Cal apenas podía moverse y, al contemplar la extraña escena, descubrió que las galerías le recordaban enormes ruinas clásicas repletas de mermelada de bayas negras. Todas las personas del cuadro se encontraban inmersas en una gelatina de éxtasis.

-Dios mío -dijo Cal.

Oyó estas palabras, pero todo lo demás -casi todo lo demás- era silencio.

Lo que no era silencio era un golpeteo contra el cristal, detrás de su mano. Volvió la vista y se dio cuenta de que Mi Mejor Estrangulador había levantado los anillos delanteros de su cuerpo y se estaba desplegando hacia la tapa de la jaula, cubierta con una reja. Si la boa continuaba subiendo, tiraría la tapa y se desparramaría por la tienda.

-Estáte quieto, Estrangulador. Ahí fuera no hay nada para ti. No creo que te guste la mermelada de bayas negras.

-Soy yo. -La boa se inmovilizó-. ¿Ya me has olvidado?

-¿Señor Dick?

La cabeza de nariz roma, los ojos como cuentas y la lengua oscilante hipnotizaban a Cal, petrificándole como la nube roja había petrificado a todo el mundo. Sólo que, si se esforzaba, podía moverse; era su estupor lo que le tenía paralizado.

-Eso creo. Sea cual sea mi nombre, hablé con tu mujer ayer por la mañana y contigo anoche, y he vuelto por unos minutos.

Cal indicó con ciertas dificultades la grotesca gelatina negrorrojiza que temblaba a su alrededor.

-¿Cómo lo ha hecho?

-Yo no lo he hecho, Pickford. Me beneficio, momentáneamente, del fenómeno, pero su verdadero autor es el demiurgo de quien soy mensajero. Ahora lo comprendo.

-¿Demiurgo?

-La deidad menor responsable de esta realidad. Aquí puede hacer lo que le dé la gana. Nosotros somos simples marionetas en sus manos, aunque nos consideremos autosuficientes.

-Muy poco -admitió Cal.

-Sí, bueno, vale. Ayer por la mañana regresé de entre los muertos en un cuerpo resurrecto. Anoche, como un plasma que temblaba alrededor de la forma material de tu suegra. Pero hoy, cielos, sólo como un jodido ventrílocuo herpetológico. Supongo que Satán se sentía así en el Jardín del Edén. De cualquier modo, es una progresión inversa, Cal, una degeneración, y no tengo ni puta idea de si volveré. Lo que no sé, desde luego, es en qué forma me verás la próxima vez. Lo admito. La voz que me está utilizando, que me permite hablar mediante esta serpiente, es inconstante. Se esfuerza por

Librodot

imponer orden sobre los acontecimientos, como tú y yo hacemos en nuestra vida cotidiana: con ineptitud.

-Caray. Me estoy haciendo la picha un lío.

-Escucha, lo más importante que debes recordar, Pickford, es que existen otras realidades, y que algunas son mejores que ésta. Algunas mucho mejores. Otras, sólo un poco. Unas cuantas, horriblemente peores. Cuando estoy separado del cuerpo, puedo flotar entre ellas, buscando el mejor de los mundos existentes para dejarlo caer sobre éste. Llámalo imposición estereográfica, si te apetece darle un nombre.

-No me apetece darle nada, señor Dick. Sólo me apetece salir de esta trampa grotesca que nos ha tendido a Lia y a mí.

-Flotar como una mariposa, aguijonear como un... Bueno, no tengo ningún aguijón en este estado. La muerte tampoco. Voy a necesitar ayuda para conseguir que no ocurra nada. Puedo flotar de realidad en realidad, mirando, comprobando, pero mi capacidad de efectuar una imposición estereográfica... está muy limitada. El demiurgo no quiere concederme demasiado poder, temiendo que cobre mayor importancia que su verdadero autor en esta realidad. Por lo tanto, es muy posible que me pierdas de vista por un tiempo. No es culpa mía, Pickford, sino del demiurgo. Concedo que me permitió regresar de entre los muertos, pero también es un mamón celoso, y sus celos han provocado mi degradación, en tres limpios pasos, de hombre a niebla y de niebla a boa parlante. Me ha hecho víctima de la entropía, y ahora dependo de ti, de ti y de tu bonita esposa, para evitar que la entropía nos devore a todos por completo. Vosotros debéis encargaros de obrar el cambio redentor.

¿Era así como la serpiente había hablado a Eva en el Jardín del Edén? Seguro que no. Si el señor Dick estaba tentando a Cal, y lo parecía, era imposible concretar la naturaleza precisa de la tentación.

-Está diciendo vaguedades -se defendió Cal-. Usted quiere que Lia y yo, hum, «obremos el cambio redentor». ¿*Cómo,* por el amor de Dios?

-Exponiéndoos al peligro -contestó la serpiente, golpeando el cristal-. Evitando ser comodones.

-¿Comodones?

-Escucha, pronto empezarán a surgir oportunidades. Vuestra primera reacción a la mayoría será de desagrado, de desgana. Es más fácil acomodarse a una rutina: levantarse de la cama a la misma hora, comer la misma variedad de cereales y marcharse al trabajo, como habéis hecho durante los últimos diez años.

-Trabajo aquí desde Navidad.

-Lo único que digo es que la comodidad va ganando terreno. Y es el archienemigo de la evolución, del cambio positivo. Buscad oportunidades de desafiarla. De dondequiera que vengan, por más improbable que sea su origen.

-Muy bien. Lo haré.

-Demuéstralo.

La perentoria exigencia sorprendió a Cal.

-¿Cómo?

-Dejándome salir de esta jaula.

Cal vaciló. Daba la impresión de que la serpiente hablaba, por supuesto, pero la verdad, la ostensible verdad, era que el espíritu incorpóreo de Philip K. Dick estaba utilizando a la boa como portavoz, para proporcionar a sus comentarios un origen y un peso dramático incuestionables. Entonces, ¿por qué le pedía Dick que dejara salir a Estrangulador de su jaula? No sería Dick quien se beneficiara de la liberación, y cabía la posibilidad de que la boa considerara su repentina libertad como una vejación, en lugar de un favor.

-Ánimo, Pickford. Arriésgate. Hazlo.

Así que Cal luchó contra el engorroso velo rojo para abrir el candado y alzar la tapa de la jaula. Inmediatamente, las fuerzas le abandonaron. Se quedó como una estatua, con el brazo levantado aguantando la tapa, mientras Estrangulador se deslizaba hacia arriba, salía por la abertura y trepaba al cuerpo de Cal; después, la boa descendió por su hombro, su espalda, su axila. Cal era consciente de la afilada lengua de la serpiente, de la facilidad con que podía estrujarle.

-Éxito completo -dijo la voz de P. K, Dick-. Has logrado un éxito completo.

A continuación, la boa se desenrolló de Cal con la misma facilidad con que le había rodeado, regresó a su prisión de cristal y se dejó caer sobre la grava del fondo. Cal cerró la tapa y reparó en que la paralizante niebla roja se había dividido, de forma milagrosa, en casi todos los tonos del espectro visible.

El Interludio Carmesí, como ya había empezado a denominarlo, había concluido con

Librodot

brusquedad.

La gente que se hallaba en las galerías volvió a moverse, y el señor K. se acercó a Cal para decirle que dejara de preocuparse por una posible fuga de la boa. Estrangulador se hallaba muy a gusto en su jaula, y Cal podía dejar de manosear el candado y volver a su trabajo.

-Sí, señor -dijo Cal, pensativo-. Enseguida.

12

-¡Oye! -gritó Vear, a pesar de que el enano erguido entre las rocas lunares no podía oírle-. ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Retrocedió con dificultades, peligrosamente cerca del borde de la rampa natural, para ver mejor a la figura desprovista de traje. El enano, un negro patizambo, de pecho ancho y rostro que recordó a Vear un extraterrestre klingon de *«Star Trek»*, saltó a un lado, desapareciendo tras las rocas. El hombre debería estar muerto, víctima del vacío o de la temperatura. Sabiendo esto, Vear tuvo que cuestionarse lo que acababa de ver. Tal vez no había visto al enano. Tal vez esta excursión en solitario, combinada con la fatiga producida por la gravedad lunar, le provocaba alucinaciones, le hacía ver cosas inexistentes.

Pero le has pedido a Dios una señal, se recordó Vear. ¿Y si este homúnculo negro paticorto era la respuesta de Dios? Ningún ser humano puede vivir aquí fuera, por supuesto, y si es un milagro que demuestra la existencia de Dios, Su disposición a intervenir en los asuntos humanos, bueno, acabas de presenciar un milagro de cien pares de cojones.

El mayor consideró la idea de ascender por la escabrosa pendiente para verificar lo que había visto, pero, unos tres metros más arriba, un montón de detritos bloqueaba el camino. Además, estaba más lejos del borde del cráter de lo que parecía, si bien extrañamente hundido o erosionado en este punto de su arco, y Vear carecía del vigor y el oxígeno precisos para llegar al terreno elevado donde el enano había desaparecido. Y si el enano era una ilusión, ¿qué lograría con esa excursión? Y si el enano era una señal de Dios, fugaz y efímera, ¿qué iba a ganar? Sólo destruirse, por lo visto.

Vear, que respiraba con dificultad, se dijo que más le valía sentarse. Descansa tus exhaustos huesos, hermano. A ver si se te pasa el aturdimiento y puedes marcharte. Sin pensarlo dos veces, ejecutó dos saltos de canguro hasta la piedra donde se había sentado antes de que apareciera el homúnculo. Después, con cuidado, se acomodó sobre una pulida faceta de la roca, recuperó el aliento y reflexionó. Piensa bien en lo que pides cuando rezas, le había aconsejado siempre su padre. Podría ser que te lo concedieran.

No pienses, no te preocupes, no reces, pensó Vear. Limítate a descansar. Vacía tu mente y descansa. Descansar es lo que necesitas antes de emprender el regreso a Von Braunville. Descansar es lo que necesitas antes de reintegrarte al tedio y a la mortificación de vivir en los bolsillos de cincuenta personas (bueno, de cuarenta y ocho) a quienes molestan tus malas costumbres y tics personales tanto como a ti los de ellas. En consecuencia, Vear cerró los ojos y dejó de meditar. Descendió hacia su interior para una renovación espiritual similar, pero diferente, a la oración. Vació su mente y continuó descendiendo.

De vuelta en su dormitorio, después de guardar el traje en la cámara contigua a la esclusa de aire, Vear se aferra a la pared del pasillo, en dirección al cubículo que comparte con Peter Dahlquist, un especialista en informática cuya tarea principal consiste en reparar los desperfectos que ocurran en la base lunar. Dahlquist también es una de las cruces de Vear, un chapucero que ha convertido su habitación en un taller de proyectos propios y en un almacén donde se amontonan piezas sobrantes, artilugios y trastos que le han dado oficiales de suministros o pilotos de transbordadores espaciales para sacárselo de encima.

De hecho, cuando Vear entra girando en la habitación, levanta la vista y ve un artefacto digno de Leonardo da Vinci, un pájaro hecho a base de madera de balsa, plástico transparente, alambres, cintas de goma elástica y, pasmosamente, plumas grises y blancas, que se acerca aleteando hacia él desde el angosto pasillo. Tiene que levantar el brazo para impedir que el juguete se estrelle contra su cara, y el pájaro revolotea hasta caer al suelo, susurrando.

-Lo siento -dice Dahlquist, apareciendo por la curva del pasillo-. ¿Te gusta mi sinsonte?

-Me parece más bonito que tu tortuga, aunque al menos no era una amenaza para mis ojos.

-Tienes un visitante.

-¿Un visitante?

Librodot

-En nuestro cuarto. Procura entrar hecho un brazo de mar. Hablando simbólicamente, quiero decir.

-¿Quién es? ¿Logan?

Dahlquist recoge su pájaro de juguete. Es mayor que Vear, pero rubio y de aspecto juvenil.

-No sería muy difícil fabricar uno para todos los habitantes de Von Braunville, Gordon. Algunos peces gordos de la NASA quieren enviarnos animales domésticos, pero éstos servirían igual, ¿no crees?

-Dolly...

-Más barato que enviar una jauría de cockers desde el Cabo. No hay que mantenerlos. No hay que preocuparse de que enfermen.

-¿Quién coño ha venido a verme, Dolly?

Dahlquist acaricia un ala de su sinsonte y examina su estómago de madera de balsa para ver si el impacto ha soltado alguna goma elástica.

-No te lo voy a decir. Sin embargo, yo llamaría a la puerta antes de entrar.

Palmea a Vear en el hombro y se aleja.

Vear contempla perplejo a Dahlquist, indeciso sobre si contarle o no la extraña aparición que ha visto en el borde de Censorinus. No, se advierte. Dirán que estás loco y te enviarán a casa. Fantástico. Volver a casa podría significar la licencia absoluta. Sólo que caería de nuevo en su trampa. Estarías loco si quisieras quedarte en la Luna, dirían, de modo que si no quieres significa que estás cuerdo, y no podemos enviarte a casa a menos que estés loco...

Vear, preocupado, camina por el pasillo hacia la habitación, parecida a un trozo triangular de tarta, que comparte con Dahlquist. Al llegar, vacilante, levanta los nudillos y llama.

-*¿Quién es?*

Dios mío, piensa Vear. Qué vozarrón. Con todo, da su nombre y graduación.

-Resulta que ésta es mi habitación -añade.

-*Entre, pero dése prisa y cierre la puerta enseguida.*

El Mayor, tembloroso, obedece la orden de basso profundo. Ya dentro, Vear se encuentra con dos hombres vestidos con traje, uno de ellos, el de mayor edad, sentado en el borde de la desordenada litera de Dahlquist, y el otro, el propietario de la voz profunda como el mar, de pie junto a su jefe, con una mano bajo la axila del brazo opuesto. El Mayor también observa que este gorila (un primate excepcionalmente limpio y perfumado) lleva, además de su traje de paisano gris, una vistosa boina verde. Este incongruente *chapean*[11] le identifica al mismo tiempo como veterano de la Guerra de Vietnam y agente del Servicio Secreto. La persona sentada en la litera con las piernas cruzadas, al fin y al cabo, es ni más ni menos que el Presidente de los Estados Unidos.

-Señor Presidente -dice Vear, poniéndose firmes y saludando, a pesar de la sorpresa.

-Descanse, Mayor. Me alegra encontrar disciplina aquí, a kilómetros y kilómetros del mundo que nos vio nacer, pero como sólo estamos nosotros tres, prescindiremos de zarandajas. -Dedica a Vear una afable y negra sonrisa irlandesa-. Ése es uno de los motivos, a propósito, por el que estoy sentado.

Vear, después de dejar caer el brazo, le mira atónito. ¿Qué he hecho para que el Presidente de los Estados Unidos se desplace desde Washington, DC, a Von Braunville, Censorinus, la Luna, para encontrarse conmigo en mis revueltos aposentos?, se pregunta. ¿Voy a ser sometido a un consejo de guerra? El Presidente agita la mano con autoridad espasmódica.

-Déjanos solos, Ingham -dice el señor Nixon al guardaespaldas de la boina verde-. Este patriótico oficial de las Fuerzas Aéreas no representa ningún peligro para mí, y hablaremos mejor si el Mayor no se siente amenazado por alguien más grande y fuerte que él.

-Sí, señor -obedece Ingham, saliendo a regañadientes.

-Un gran chico -dice el Presidente a Vear, indicando la puerta con un cabeceo-. Dos veces ganador de la Medalla de Honor, una por heroísmo en Quang Tri y otra, como ya sabrá, por aplacar al cobarde de Hinckley, cuando el muy capullo intentó tendernos una emboscada frente al *Hilton* de la capital. Ingham pudo liquidar a ese chiflado, pero la compasión que aprendió en Vietnam, la solidaridad con los sufrimientos ajenos, bueno, sé muy bien que esas virtudes ganadas a pulso detuvieron su mano, incluso en aquel momento tan comprometido.

-Hinckley fue juzgado hace poco, ¿verdad, señor?

-En confianza, Mayor, el muy bastardo está prácticamente sentado en la silla.

[11] En francés en el original. *(N. del T.)*

Librodot

Vear continúa de pie, sin saber cómo comportarse en esta situación.

Nixon le indica con un ademán la silla -ominosa palabra- situada ante el escritorio de Dolly, un batiburrillo de cinta aislante, pilas, potenciómetros y hasta Grávolas fundidas.

-Póngase cómodo, Mayor. No haga caso de que un tío tan famoso y poderoso como el cuatro veces Presidente de los Estados Unidos haya venido a verle. Mi despacho también está desordenado muchas veces, sobre todo antes de que entren las mujeres de la limpieza. Todo hombre necesita un lugar para relajarse... San Clemente, Cayo Vizcaíno...

Pero ¿qué estás haciendo en Von Braunville?, piensa Vear, sentándose ante la mesa de trabajo de su compañero de cuarto. ¿Por qué estás aquí? Todos los signos vitales del Mayor (respiración, pulso) le dicen que está aterrorizado.

-Estoy seguro de que se alegrará tanto como yo de saber la causa del desvarío de mi presunto asesino: Flossy Jodelle, ese descarado pendón de *«Por aquí, señor Dailey»*. Hum, bien, nuestro Secretario de Prensa y Medios de Comunicación, el señor Reagan, durante mucho tiempo conductor del *«Telediario noche de la CBS»...,* Ron me ha confirmado hace poco que el contrato de la señorita Jodelle no será renovado la próxima temporada. Eso le impedirá sembrar malos pensamientos en las mentes de otros jóvenes desquiciados que tal vez algún día recobren el sentido común.

»Ron se limitó a hacer lo que la situación exigía. Sería un norteamericano de baja estofa si no apreciara, cosa que hago, sus esfuerzos por mantener bien encarrilados a nuestros jóvenes. Es posible, desde luego, que ese desgraciado ya no tuviera remedio, pero hemos de hacer todo cuanto podamos por salvar a aquellos que aún no hayan traicionado a su hombría y a su país. La expulsión de la señorita Jodelle de otras series de televisión es un paso importante en esa dirección.

-Sí, señor -dice Vear, abrumado por el peso de tanta información y retórica.

Casi desea que Ingham, el agente de la boina, vuelva para amortiguar algo de la verborrea del Presidente.

Los dos hombres están sentados en la habitación en forma de pastel, en el corazón de la caverna-dormitorio del Mayor Vear. El hecho de que no tengan casi nada en común, a excepción de la nacionalidad y el idioma, establece un abismo mucho mayor que los dos metros que les separan. Puede que nos encontremos a trescientos sesenta mil kilómetros de distancia, piensa Vear. Metafóricamente, yo estoy sentado sobre una roca lunar, mientras usted, señor, está tomando el sol en Cayo Vizcaíno.

-Se estará preguntando, imagino, por qué he recorrido tantos kilómetros, sin anunciarme, para hablar con usted.

-Me estaba preguntando cuándo había llegado usted, señor Presidente, y por qué me había concedido el honor de esta entrevista en privado.

-Me parece muy bien que se lo pregunte, Mayor. He visitado todas las naciones importantes y muchas insignificantes de nuestro maravilloso planeta, pero éste es mi primer viaje, el primer viaje de un líder mundial, para ser exacto, a la desolada pero aprovechable superficie de la Luna, y pienso que esta hazaña, si bien he procurado realizarla en el mayor sigilo, es la más notable, desde el advenimiento de la era espacial, jamás realizada por un líder mundial.

»Mi amigo Billy Graham, nuestro nuevo Secretario de la Devoción Innominada, me reprendió una vez por exagerar mi descripción del triunfo del Apolo XI, pero incluso Billy, si estuviera presente, reconocería que esta *visita* lunar es «extraordinaria». Al fin y al cabo, cumplí sesenta y nueve el pasado enero, dos años menos que el señor Reagan, y un hombre de mi edad ha de tener mucho valor para emprender un viaje de tales características. Si embargo, no voy a aprovecharme de esto para colgarme más medallas. Por este motivo, un motivo muy sabio, vamos a charlar en el más estricto secreto. Y también por eso quiero, Mayor, que guarde el secreto de nuestro encuentro.

-Por supuesto. -Vear no mira el rostro mofletudo y familiar del Presidente, sino que contempla sus manos-. Señor, como conozco los horarios de lanzamiento que rigen en Cañaveral y la frecuencia de los vuelos que parten desde Puerto Kennedy a la órbita lunar, deduzco que debió de llegar en la misma nave de transporte que recogió el cadáver de Nyby. Si estoy en lo cierto, eso significa que está aquí desde hace varios días, escondido o de incógnito.

-Exacto. En la nave sabían quiénes éramos, por supuesto, pero antes de abordar el transbordador, mi guardaespaldas y yo nos disfrazamos con máscaras de látex, patrióticamente proporcionadas por la esposa de un miembro del gabinete. Usted la conoce como Grace Rinehart, pero no se confunda: es una leal colaboradora del Secretario Berthelot.

-¿Ya ha visto al Comandante Logan?

-No. Estuve enfermo un par de días, hasta que me acostumbré, como le habría sucedido a cualquier persona de edad avanzada, al jodido mareo que hasta los viajeros lunares más jóvenes

Librodot

experimentan. Sin embargo, no hay mal que por bien no venga, y viceversa; es el credo que rige mi vida. Mi convalecencia dio tiempo a Ingham para colgar mis pantalones y planchar esta bonita camisa de *Gant*.

De lo contrario, piensa Vear, estarías sentado en calzoncillos.

-No obstante, permítame que le aclare, Mayor, que no he venido simplemente para charlar. Mi locura posee cierto método, como cuando les dije a nuestros bravos muchachos de los B-52 que bombardearan los diques de Vietnam del Norte e inundaran la mitad del país. Créame, hoy no estaríamos en la Luna si no hubiera ordenado aquellos ataques, inspirado por mi «locura».

-Señor Presidente...

-Me mantuve apartado porque estaba enfermo, pero también para impedir que los rusos instalados en Von Braunville, que son cuatro, según los informes de Inteligencia, dedujeran el propósito de mi visita. Enfermo o no, no puedo jugar, llámelo a la ruleta rusa, si gusta, con nuestra seguridad nacional.

-Señor, nada le impide ir a su dormitorio y contar los soviéticos que hay aquí. Sus nombres son Gubarev, Nemov, Shikin y Romanenko.

-Claro que sí. No he pensado ni por un momento que se llamaran Smith, Jones, Davis y Anderson.

Abrevia tu larguísima perorata, ruega en silencio Vear. Dime por qué he de soportar este insufrible parloteo presidencial.

-¿Sabe una cosa, Mayor Vear? En las Naciones Unidas ondean más de ciento cincuenta banderas, pero la que ondea más alto es la de la doble moral. Podemos cooperar con los soviéticos en ciertos temas, pero ellos y sus títeres todavía votan contra nosotros en la Asamblea General, incitando a los «no alineados» y a algunos de nuestros aliados de circunstancias a hacer la misma putada, y no estoy dispuesto a salir en ningún libro de historia tendencioso como el pelele que les puso el culo a los rojos.

-No, señor. Estoy seguro.

-Me alegra oírlo. Bien, esto es lo que he venido a comunicarle: la NASA está poniendo a punto una expedición a Marte, a efectos de industrialización espacial, pero no se aterrizará en el planeta rojo, sino en cada una de sus dos lunas, Demon y Fabián.

-Deimos y Fobos, señor.

(Igual podría haber dicho Quemoy y Matsu, piensa Vear).

-Como se diga. Vamos a partir en dos a ese par de mamones negros para extraer el carbón. La distancia es larga, pero la tremenda ventaja del viaje, y no dude de mi compromiso de ahorrar combustible, es que el gasto de energía es *menor* del que utilizamos en nuestros desplazamientos Tierra-Luna / Luna-Tierra. Al menos, si no cuenta el oxígeno empleado a efectos de respirar en nuestros transbordadores espaciales y bombeado después a las naves que viajan a Puerto Kennedy. Por eso digo, no contemos el oxígeno.

-Eso me parece estupendo, señor Presidente.

Nixon, por primera vez, se pone en pie. Cierra el puño y continúa hablando.

-Permítame decirle sin ambages, Mayor, que esta vez vamos a pasar de los jodidos rusos. No tenemos el menor deseo de reemprender nuestro Proyecto Experimental Apolo-Soyuz o nuestra colaboración Lanzamiento de Vehículos Aéreos Pesados Águila-Oso. Así aprenderán esos rojos que su mala conducta mundial es lo que les pone en aprietos con Dick; se van a enterar de lo que vale un peine, por así decirlo. No habrá carbón de las minas marcianas para esos chicos. Y tengo la intención de sacar a patadas de Braunville a los camaradas Smith, Jones, Davis y Anderson.

-Señor, son científicos...

-Y buenos, no lo dudo, pero también son rojos, que prefieren la propaganda a comer, y si una manzana podrida es capaz de estropear todo un barril, lo cual es muy posible, y Ezra Taft Benson no paraba de decirlo hace mucho tiempo, cuando Ike[12] estaba en el despacho, bueno, no cabe duda de que esos cuatro tíos pueden contaminar a la robusta población de esta gran instalación lunar. Por eso no quería que se enteraran de mi presencia aquí: no les dices a las chinches cuándo vas a llamar al exterminador. Y por eso, en definitiva, tengo la intención de empaquetarles a todos en el próximo vuelo con destino a, hum, Venalgrado.

-No creo que sea una medida popular...

-Mayor Vear, si me interesara más la popularidad personal que la reputación de ser un perfecto

[12] Se refiere a Eisenhower. *(N. del T.)*

Librodot

hijo de puta, jamás habría sido elegido cuatro veces seguidas Presidente de los Estados Unidos.

No vuelvas a abrir la boca, se advierte Vear. Este tío te comerá vivo y te escupirá como una pepita al sur del Mar de la Fertilidad.

-Mayor..., ¿puedo llamarle Gordon? Usted puede seguir llamándome señor Presidente. Estupendo. Bueno, Gordon, la razón por la que he invadido su habitación de esta forma es para pedirle que dé pruebas de su valor y de su espíritu patriótico tomando el mando de nuestra histórica misión tras las Minas de las Lunas de Marte, que yo personalmente he bautizado, en todos nuestros informes confidenciales, como Programa 4-M.

El estómago de Vear se contrae. Ésta es la puñalada que esperaba recibir, el anzuelo que el Presidente ha extraído con un ágil pero doloroso tirón. Vear teme que no tardará en sentirse agobiado y deambulará por Von Braunville entre incontrolables espasmos de protesta y autocompasión.

-Señor, éste es mi segundo período en Censorinus. El viaje de ida y vuelta a Marte durará algo así como dos años, *como mínimo,* sobre todo si la NASA va a fijar una trayectoria que requiera la menor energía posible, y no creo que pueda soportar un cuarto año lejos de casa. No sabe las ganas que tengo de volver a ver Kentucky.

-Las mismas que tengo yo de hacer una visita secreta a la casa en que vivía de niño en Fullerton, California. Sin embargo, podrá cumplir su sueño antes del lanzamiento 4-M. Acepte esta misión, Gordon, y volverá a la Tierra con Ingham y conmigo. Usted es soltero, ¿verdad? Bien, un hombre sin familia es el ideal para dirigir la expedición. Si se produjera un desastre. Dios no lo quiera, usted no lamentaría tanto su fallecimiento como un padre de familia.

Vear se da cuenta de que está respirando demasiado rápido y lucha para que el Presidente no repare en ello. Ayúdame, Dios mío, dame palabras para responder a este augusto mentecato.

-Señor, confiaba en terminar mi segundo período y retirarme después de la vida militar. Desde hace tiempo doy vueltas en la cabeza a la idea de ingresar en una orden religiosa.

-¿Religiosa?

-Ser monje. Como San Francisco de Asís. Como Thomas Merton. Un religioso, señor.

-Pero tengo entendido..., y no dude en contradecirme, pero consulto a menudo sobre esos temas al Secretario Graham..., que usted pasaría en un monasterio..., yo les llamaba afectuosamente monostemplos cuando era cuáquero..., mucho más tiempo del que estará en un Sistema de Transporte Interplanetario, o STI, que le lleve a Marte. ¿Cómo puede comparar los dos o más años del Programa 4-M con *toda la vida* que sus fanáticos católicos le exigirán sin duda?

-¡Si yo no los comparo, señor! ¡Viajar en una nave espacial el tiempo que sea no tiene nada que ver con tomar los votos!

El rey Ricardo levanta una mano y la agita con un ademán consolador.

-Tranquilo, Gordon. No se excite, hijo.

Vear coge un solenoide del escritorio de Dahlquist y lo agita ante el Presidente.

-¡No se excite usted, papá! ¡Roland Nyby se suicidó por su culpa! ¡Por culpa de su jodida administración, que nos explota a todos sin piedad!

-Toda sociedad tiene apocados, Gordon. Llorones, perdedores, acojonados. No pretenderá que el Presidente de los Estados Unidos asuma la responsabilidad de los defectos de los soplapollas.

El señor Nixon tiene más cojones de lo que Vear suponía. Se mantiene erguido, mirando con preocupación al Mayor. Bueno, claro, piensa Vear, no llegas a ser el hombre más poderoso de Occidente (de todo el planeta, cojones) rindiéndote ante amenazas huecas y gestos inútiles. Déjale claro que tienes la intención de convertir su nariz de pista de esquí en un pingajo sanguinolento, y después ve y hazlo.

Envalentonado, Vear avanza. El señor Nixon desvía la vista hacia la puerta irisada e indica a su guardaespaldas con un frío cabeceo que intervenga.

Ingham se precipita sobre Vear, le arrebata el solenoide de la mano y le tira sobre el escritorio de Dolly. Chips de silicona, tubos de vacío, bobinas de alambre de cobre, alicates, potenciómetros, circuitos, teclados de ordenador y otros componentes informáticos saltan por los aires. Vear se derrumba sobre todo ello, mientras Ingham se abalanza hacia él con una mueca o una sonrisa en el rostro, y su brazo aplasta la nuez de Adán de Vear, apretando cada vez más, como si quisiera romperle el cuello.

Para Ingham es como repetir el rollo de Hinckley, y aprovecha otra oportunidad de solidarizarse con los sufrimientos de los demás (virtud que aprendió en Vietnam), declinando la posibilidad de matar a Vear, pero no la de herirle.

-¡Aaagh! -protesta el Mayor, pero Ingham continúa machacándole y, tras ver el rostro

Librodot

indiferente del Presidente por el rabillo de un ojo saltón, Vear se zambulle en la oscuridad. En la medianoche, confía, o en la inconsciencia temporal, al menos.

-Aquí llega el aire auxiliar. A ver si puedes levantar a este idiota.

-¡Gordon! ¡Gordon, por Dios, levántate!

Vear abrió los ojos. Dos hombres provistos de trajes espaciales (sus placas de la NASA les identificaban como Franciscus y Stanfield) se inclinaron sobre él en el reborde que dominaba Von Braunville. Una hermosa porción del planeta Tierra flotaba sobre ellos, llenando el cuenco escabroso del cráter con sombras de color cobalto y una luminosidad azul eléctrica.

-Me dijo que iba a salir para tomar un poco de «vacío puro», que no intentaba imitar a Nyby.

-Sí, bueno, tal vez el cabronazo..., le ruego me excuse, Mayor, le mintió.

Stanfield trataba de acoplar una provisión de aire auxiliar, y Franciscus abofeteaba su casco con enormes guantes blancos. Vear parpadeó y luchó por ponerse en pie. Stanfield le inmovilizó y continuó ajustando el SVP.

Las voces de los dos hombres zumbaban en el interior del casco de Vear como *un* par de abejas irritadas. Se relajó y dejó que sus colegas hicieran lo que debían para devolverle a..., bueno, ¿a qué? A la realidad, supuso. La turbadora realidad de la vida en la Luna. La realidad escalofriante y hermosa de las superficies monocromas y las sombras cambiantes purpúreas del satélite.

Le bajaron del reborde, blasfemando y bromeando a intervalos, hasta introducirle en el hemisferio del Cuartel General, donde, casi totalmente recobrado, Vear oyó que el Comandante Logan le llamaba tonto del culo, amenaza para la moral de la base y despilfarrador insensato de recursos necesarios para la supervivencia de todas las personas (¡no sólo Gordon Vear, sino todas las personas!) que convivían allí. La expresión «tonto del culo» ofendió a Vear más que las demás, y en cuanto Logan la pronunció se olvidó de las otras, como periódicos del día anterior en una calle azotada por el viento.

Cuando hacía poco que te habías lanzado contra el Pez Gordo Número Uno de Estados Unidos con la intención de matarle, escuchar a un cero a la izquierda como Logan soltar paridas constituía un anticlímax insufrible.

Más tarde, Vear sufrió una larga sesión con la doctora Erica Zola, una psicóloga cognitiva, quien se esforzó en determinar si había salido para comunicarse con Dios, como él insistía, o para imitar a Roland Nyby, lo cual Vear negó calurosamente, de muy mal humor. Contó a la doctora Zola que había visto a un enano negro vestido con tejanos en el borde más próximo de Censorinus, y que Richard Nixon había ido a la habitación que compartía con Dolly para pedirle que mandara la misión de la NASA tras las Minas de las Lunas de Marte. Comprendía que el incidente con Nixon se debía a un «ataque lunar», si quería llamarlo así, porque estaba demasiado cansado y ni siquiera había regresado a la base, pero la aparición del enano, bueno, eso había ocurrido de verdad. Al fin y al cabo, había visto al homúnculo al poco de salir, y se había preguntado si se trataba de una alucinación, pero había descartado la posibilidad por haber visto a la figura deforme recortada con toda claridad más arriba de donde se encontraba.

-Debe entender que eso también tuvo que ser una ilusión -dijo la doctora Zola al Mayor-. Nadie, gigante o enano, peón o Presidente, puede sobrevivir vestido de calle en la superficie de la Luna.

-Eso es lo que la gente cree.

La doctora Zola, una mujer menuda de grandes ojos y dientes inquietantemente descoloridos, lanzó una carcajada. Una carcajada muy potente para una mujer tan pequeña. Consiguió que Vear también se riera, y a él le gustó compartir la risa con ella, aunque sus carcajadas parecían sabotear la credibilidad de la *nanofanía*, como ella la calificó con humor, explicando que derivaba la palabreja de *teofanía*, «manifestación visible de una deidad», pero que *nanofanía* significaba «manifestación visible de un enano imposible». Lo cual les hizo reír de nuevo, conduciéndoles a un intercambio de chistes y a una breve charla reconfortante.

-Bien -le preguntó al final Vear-, ¿qué le va a decir al jefe?

-No puedo divulgar el resultado de su último perfil psicológico, Mayor. Usted ya lo sabe.

-Vamos, señora. Somos amigos, ¿no?

-No es un neurótico perdido, si eso le sirve de ayuda. Ha sufrido una mala experiencia. Todavía siente dolor por la muerte de Nyby. Un sentimiento de culpa aún no exorcizado le impide contemplar ese tema con imparcialidad. Sin embargo, no voy a recomendar que le envíen a casa.

-Le entregaré mi próxima paga.

Volvieron a reír, porque Vear no deseaba regresar a la Tierra hasta completar su período, a pesar de lo que había dicho al Presidente durante el sueño motivado por la falta de oxígeno en el borde del

Librodot

cráter. No era un monje cartujo o cisterciense, sino un hombre de la NASA, por su adscripción a las Fuerzas Aéreas, y realizar su tarea le enorgullecía, a pesar de que hijos de puta como el Comandante Logan o el rey Ricardo intentaran dictarle los dudosos elementos que constituían su tarea. Tenía que exorcizar mucha ira, y también mucho sentimiento de culpabilidad, ¡pero estaba cuerdo, maldición! ¡Cuerdo, cuerdo, cuerdo!

Más tarde, de vuelta en su trozo de tarta, confinado en sus aposentos hasta que el Comandante Logan hubiera examinado su último perfil psicológico efectuado por la doctora Zola, Vear descubrió, con alivio, que el desorden reinante sobre el escritorio de su compañero de cuarto era el mismo que recordaba de antes. Una refriega con un agente del Servicio Secreto no había aportado más caos al batiburrillo.

El Mayor tomó asiento en su litera, precisamente la misma que el Presidente había utilizado durante su coloquio soñado. Mi subconsciente difamó de mala manera al hombre, pensó, pero una persona tan poderosa ha de ser capaz de mantener la calma. El poder conlleva responsabilidad, y la vejación de esta responsabilidad merece más nuestro desprecio que los pecados veniales de los desvalidos. Gracias a Dios, mi fantasía, al menos hasta que hablé con la doctora Zola, era privada. No pueden llevar a un tío ante un consejo de guerra por *soñar que* le ha dado un puñetazo en la nariz al jefe, ¿verdad?

Dahlquist entró. Le dijo a Vear que tenía muy buen aspecto para haber alucinado casi hasta largarse al cielo.

Debo de haber hablado en mi delirio, pensó Vear, acerca del maldito homúnculo, tal vez incluso sobre la «visita» del rey Ricardo, mientras Franciscus y Stanfield me bajaban aquí. Ahora, esos dos pavos andarán por Von Braunville pregonando mis demenciales fantasías a todo el mundo que tenga tiempo de escucharlas y cojones para especular sobre la causa que las produjo. La mitad de la base piensa que padezco un desequilibrio metabólico. La otra mitad piensa que, como Nyby, se me aflojó un tornillo por culpa del aislamiento y el exceso de trabajo. Creen que, como Nyby, intenté alojarme en el Hotel Thanatos. Para siempre.

-¡No intenté suicidarme! -gritó Vear.

-Ya lo sé -contestó Dahlquist-. Nunca me darías la satisfacción de heredar la otra mitad de este cuarto.

-¡Dolly, si ya ocupas tres cuartas partes!

Dahlquist se encogió de hombros y se hizo sitio para sentarse en la silla cercana a su mesa de trabajo. Al cabo de un momento, estaba montando un pájaro de juguete como el que había arrojado contra Vear... ¿cuándo? Si *no* lo había hecho. Era parte de tu sueño, Gordon. Sin embargo, tu compañero de cuarto está ensamblando un sinsonte, y no empezó ese proyecto antes de tu gran aventura en el exterior..., que tú recuerdes, al menos. Hasta ayer, estaba construyendo unos altavoces estéreo en forma de globo para colgarlos en el comedor y escuchar conciertos de Earl Klugh y Spyrogyra.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Vear; le invadió de pies a cabeza, como el frío del mismísimo Censorinus.

Durante aquel período de sueño, el Mayor vio, amodorrado, una pequeña figura negra, de cuerpo robusto pero atormentado por el dolor, que daba volteretas y bailaba gigas en el fondo del cráter. La cara del enano reflejaba más concentración que alegría. Siempre que Vear avanzaba hacia él, se desmaterializaba, para aparecer un instante después en otra parte del lecho lunar, o sobre otro afloramiento de feldespato negro que se elevaba sobre la planicie. Lugares de los que no tardaba en desaparecer...

A la «mañana» siguiente, Vear despertó y vio a Dahlquist sentado ante el monitor de microfilms de la habitación, leyendo y garrapateando con un lápiz sobre un cuaderno amarillo al mismo tiempo.

-¿Qué haces?

Dahlquist se volvió, dejando caer un rollo de alambre al suelo.

-Ayer descubrí, mientras tú buscabas en sueños el placer de la extinción, que un escritor al que admiraba mucho murió a principios de año. La biblioteca de aquí sólo tiene microfilmado uno de sus libros, *«El hombre que tenía todos los dientes exactamente iguales»,* y le estaba echando una rápida

ojeada para recordar los buenos tiempos.

-Philip K. Dick -dijo Vear.

-¿Le conoces?

-Mi hermano Frank me regaló un ejemplar de *«Sivainvi»* antes de que la Comisión de Censura para los Medios de Comunicación secuestrara la segunda edición. No pude traérmelo, claro, pero lo leí.

-*«Sivainvi»* es su último libro, Gordon. Retorcido, impenetrable. Atípico. Se volvió más loco que un cencerro pocos años después de la muerte de Kennedy y no publicó nada más, dejando aparte *«Sivainvi»*, después de un semidesastre llamado *«Nicholas y los Higs»*. Lo que tengo aquí -Dahlquist dio unos golpecitos sobre el monitor-, bueno, es auténtico Philip K. Dick, en la plenitud de su inspiración. Era uno de mis favoritos cuando era adolescente. William Golding, J. D. Slazenger y Philip K. Dick, los Tres Magníficos personales del joven Peter Dahlquist.

-Me resulta imposible creer que leyeras otra cosa que textos de física y libros de matemáticas, Dolly.

-Ya puedes creerlo. Me adelanté a mi tiempo, Gordon, o tal vez me retrasé. Un hombre del Renacimiento al cien por cien.

A Vear le conmovió de una manera extraña que su compañero de cuarto recordara con nostalgia a un escritor que había sido importante para él cuando iba a la escuela de segunda enseñanza. Preguntó en voz alta si Dolly estaba tomando notas del ejemplar microfilmado de *El hombre que tenía todos los dientes exactamente iguales.*

-No, no -se apresuró a contestar Dahlquist-. Nada por el estilo.

-¿Qué haces, pues?

-Bueno, no he dormido muy bien esta noche... Me quedé pensando que Dick había muerto horrorosamente joven: cincuenta y tres años.

La misma edad que tenía Thomas Merton cuando murió, pensó Vear.

-En lo que de veras quería pensar era en fabricar una bandada de pájaros de juguete, durante mis horas libres, para que todos los habitantes de Von Braunville tengan uno, pero en lugar de ello pensé en Philip K. Dick y en el giro injusto que dio su vida. En la injusticia de su prematura muerte.

-¿Sí? -le urgió Vear.

-Así que pensé en escribir algo que expresara esos sentimientos, o *tratara* de expresarlos. Me esforcé como si fuera a dar a luz a Pikes Peak, Gordon, y lo que conseguí fue un par de estúpidos versos. Eso es lo que me impulsó a levantarme y escribirlos en mi cuaderno.

-Oigámoslos, pues.

-O te reirás, o te volverás loco. Cuando no te comportas como un mezquino bastardo, Gordon, eres la quintaesencia del católico.

-No me reiré. No me cabrearé.

Se tiraron la pelota durante un rato. Vear consideraba crucial que Dolly le leyera los versos que había compuesto. Por fin, el compañero de cuarto del Mayor se rindió y los leyó.

«Philip K, Dick, ay, ha muerto
Vayamos todos a besarle a Dios el trasero».

Librodot

13

Lia aprieta la tecla del intercomunicador.

-Shawanda, ¿sigue aquí todavía?

-No, señora, no hay nadie. Estoy yo sola.

-Avíseme en cuanto llegue.

-Si viene, señora, ¿puedo acercarme al *Victorian Tea Room* y comprarme un bollo para desayunar?

-¿Por qué? Ya has desayunado, y todavía faltan dos horas para comer.

-No quiero ver otra vez a ese espantoso hombre blanco hacer el fantasma. He tenido nueve pesadillas desde que ocurrió, y no puedo soportar la idea de pasar otra semana igual.

Lia suspira.

-Te pago para que estés en el despacho, Shawanda.

-Sí, señora.

-Tendremos la suerte de que no vuelva, en cualquier caso. Tal como van las cosas, sería estupendo que *alguien*, incluso un muerto amnésico metido en un cuerpo resurrecto, entrara tambaleándose.

-Sobre todo si va bien forrado.

-Si aparece, avísame.

-Tal vez aparezca a su lado sin necesidad de utilizar la puerta.

-Dios mío, espero que no.

Lia, al imaginar a Kai optando por ese método melodramático, lanza una carcajada. Después, suelta el botón y se reclina en la silla a la espera de que la jornada empiece. Hasta el momento, se ha limitado a revisar casos antiguos y a juguetear con la idea de solicitar una subvención.

Lia piensa que Kai no volverá. Desde la sesión de la semana pasada, ha aparecido, suponiendo que *aparecido* sea la palabra correcta, dos veces más, pero sólo a Cal, la primera vez como una aureola parlante alrededor de su madre en el hospital, y luego como la voz de Mi Mejor Estrangulador en la tienda de animales.

Kai, hablando por mediación de la serpiente, había insinuado que iba a tomarse unas vacaciones fantasmales, y que Cal y Lia le podrían ayudar mejor librando batalla contra la entropía. Como quiera que se hiciera.

Yo libro batalla contra la entropía, piensa Lia, aconsejando a mis clientes y cobrando por mis servicios. Sin embargo, no puedo hacer ninguna de ambas cosas si no tengo clientes.

Quiere que Kai vuelva a subir la escalera y entre en su consulta. Se acostumbrará incluso a su complacida materialización en el diván. Con tal que venga, no pretenderá imponerle una forma de llegar. Los mendigos no pueden elegir, y a veces piensa que su práctica en Warm Springs la reducirá a la mendicidad.

En los seis días que han transcurrido desde la última aparición de Kai, el mundo ha recobrado la normalidad. *Normal* significa que Lia ha superado un poco la media de dos clientes y una derivación al día.

En el mundo exterior (Lia ojea las diversas secciones del *«Atlanta Constitution»* matutino), *normal* significa que Argentina y Gran Bretaña están a punto de entrar en guerra por la posesión de las islas Malvinas: una trifulca digna de Gilbert y Sullivan en el amanecer de la era lunar. Sorprendente.

Por otra parte, la ley marcial ha cumplido su cuarto mes en Polonia. La oposición afgana a los títeres soviéticos de Kabul continúa hostigando a sus opresores. En Irán, el hábil hijo del fallecido Reza Pahlevi ha aplastado un nuevo intento de golpe de estado promovido por fundamentalistas islámicos. Entretanto, en Washington, Joel Hinckley Jr. se declara «no culpable por locura transitoria» ante un Tribunal Federal que le juzga por intentar asesinar al Presidente Nixon en 1981.

-Joel -murmura Lia-, estás listo.

Cuatro personas más han tratado de asesinar al presidente desde 1975: Squeaky Fromme; un norvietnamita llamado Mai That deficientemente americulturizado; Sarah Jane More, y un miembro de los *Beach Boys*, irritado por la limitación de cuatro conciertos al año impuesta a los grupos de rock por una arbitraria extensión postbélica del Decreto de Autorización para Actuaciones Pop de 1971. Todos estos asesinos frustrados pagaron su osadía sentándose en la silla eléctrica, y Lia alberga pocas dudas

Librodot

de que Joel Hinckley Jr. (que disparó contra el rey Ricardo para impresionar a la protagonista femenina de una popular serie televisiva sobre conserjes del Congreso llamada *«Por aquí, señor Dailey»)* también se freirá.

Si al menos el Gobierno me dejara trabajar con asesinos fallidos, se dice Lia, me podría ganar la vida un poco mejor.

En cuanto a Cal, ha estado releyendo febrilmente sus obras de Dick. Desde que habló con Estrangulador, ha salido a una novela por noche, empezando con *«El médico en el castillo»,* siguiendo con *«¿Sueñan los androides con abejas eléctricas?», «Fluyan mis lágrimas, dijo el policía», «Allanador nocturno», y* concluyendo con *«Nos miran en la oscuridad, ¿no es cierto?»* y *«El sueño acusador de Harper Mocton».*

Esta última novela ha impresionado sobremanera a Cal, y anoche, mientras yacían en la cama, con Vikingo estirado sobre la alfombra cercana, le leyó fragmentos a Lia en voz alta, distrayéndola de su concentración en un artículo de la *«Revista de Psicología Clínica»* sobre la sintomatología de la paranoia.

-Escucha -dijo Cal, en determinado momento-, Dick imaginó una historia alternativa en la cual un Presidente malvado llamado Harper Mocton, otro trasunto de Nixon, impone su voluntad a los norteamericanos mediante una forma institucionalizada de control mental. Cada hogar tiene una tele o un microordenador con un monitor...

-Espera un momento. Ésa es una libertad que *nosotros* no tenemos. Tele sí, pero el Congreso, a principios de los setenta, declaró ilegales los ordenadores personales sin una exención del Decreto de Autorización de Ordenadores.

-Lo sé, Lia. Lo que estoy intentando...

-Casi has de ser un concesionario de la defensa o un ejecutivo de una empresa importante de aceros para conseguir la exención. No pude comprar un ordenador en Colorado, y tampoco podré hacerlo en Dixie. El procedimiento de autorización es injusto. Has de tener un negocio de mucho volumen para conseguirla. Tu trabajo ha de «aumentar el prestigio norteamericano» o «redundar en beneficio de la seguridad nacional», bla, bla, bla...

-Escucha, ya lo sé -replicó Cal con impaciencia-. Nixon obligó al Congreso a prohibir los microcomputadores, que Dick llama ordenadores caseros en *«El sueño acusador»*, porque tenía miedo de que proporcionaran a los ciudadanos, sobre todo a los expertos en alta tecnología, fácil acceso a la información calificada de alto secreto. Estaba acojonado. Entonces no quería que tuviésemos microordenadores a causa de la guerra; ahora, no quiere que los tengamos por temor a que la consiguiente explosión informativa saque a la luz todos los trapos sucios de él y de su cohorte durante estos trece años de poder.

Lia dio unos golpecitos sobre el manuscrito fotocopiado que Cal sostenía.

-¿Acaso no teme el malvado Harper Mocton de Dick algo similar?

-No. En este libro, Mocton utiliza las teles y las pantallas de ordenador de la gente para bombardearla con propaganda. Controla todos los medios de comunicación...

-Bingo.

-...y utiliza las cadenas de televisión y el sistema informático nacional para decirles a sus súbditos lo afortunados que son por tenerle de *Jefe*[13] a él, un método de control mental que Mocton ha perfeccionado.

-¿Y así no encuentra ninguna dificultad en ser reelegido cada cuatro años?

-No encuentra ninguna dificultad en ser reelegido *cada día,* Lia. Cada noche, durante el telediario, se realiza un referéndum por ordenador sobre su administración. Toda la gente que lo mira pulsa la tecla Sí o la tecla No. El Gran Ordenador Nacional de la Casa Blanca de Mocton en Maui refleja al instante los resultados. El noventa por ciento de la población vota Sí. Los que votan No reciben la visita de matones similares a nuestros Allanadores. Los disidentes son reeducados o declarados locos, y el reinado de Mocton continúa adelante.

-No puede continuar eternamente. El título del libro es significativo.

-En efecto. Sucede que un genio de los ordenadores, una especie de Einstein norteamericano llamado Eric Gipp, que trabaja en secreto en Van Luna, Kansas, se introduce en el Gran Ordenador Nacional y lo programa para incluir en cada transmisión desde el Despacho Oval un mensaje

[13] En castellano en el original. *(N. del T.)*

Librodot

subliminal. Este mensaje es enviado al espectador repetidas veces, a una velocidad demasiado grande para que el ojo humano lo capte. Dice:

MOCTON ES UN MENTIROSO. SOÑAD ESTA NOCHE QUE LE ADMINISTRÁIS JUSTICIA.

Casi todos los habitantes del país registran en su subconsciente el mensaje y tratan de obedecer su críptica sugestión.

-Eso quiere decir que tu héroe genio de la informática también está lavando el cerebro a todo el mundo, ¿no?

-Bueno, hay una cierta ambigüedad moral en la situación, Lia, pero Dick muestra que la gente obedece el mensaje secreto de Gipp porque en su subconsciente reconocen su verdad. Quieren recobrar el control de sus vidas, obedeciendo una orden que conlleva esa promesa.

-Muy tramposo, Cal. ¿Esa gente va a recobrar el control de sus vidas adoptando el concepto de la realidad de otra persona?

Cal arrugó la frente, irritado.

-Escucha, puedes adoptar un falso concepto de la realidad u otro que esté más o menos en consonancia con el estado de las cosas.

-¿Cuál es el estado de las cosas, por cierto?

Lia le dirigió una mirada vivaz.

-Oye, no te hagas la lista. ¿No te dedicas a una actividad que define la salud mental de la gente por lo bien o mal que su percepción del mundo se adapta a cierto modelo objetivo de realidad? Bien, en este libro, la visión que da Mocton del mundo y de su elevado lugar en él son falsas, y el mensaje subliminal de Gipp es un antídoto. Si la población ha sido transformada en un atajo de zombis, primero hay que planificar un ataque que invierta la situación y los dezombice. El fuego se combate con el fuego.

-¿Dezombizar?

-¡Joder, Lia!

-Vale, vale. Tranquilo. ¿Qué pasa después?

-Escucha, voy a leerte un párrafo.

Abrió la fotocopia sobre el regazo y leyó en voz alta.

> Doscientos millones de norteamericanos, niños y adultos por igual, empezaron a soñar que administraban justicia a Harper Mocton. Algunos de estos norteamericanos soñaron que el presidente recibía un castigo físico exactamente equiparable a un mal que había cometido y ordenado. Si había lisiado a alguien, él era lisiado. Si había asesinado a alguien, u ordenado un asesinato, él era asesinado. Mocton padecía todos los sufrimientos físicos que había infligido.
>
> Algunos norteamericanos soñaron que Harper Mocton era enjaulado y encerrado en una prisión federal. Otros soñaron que era atado mediante estacas sobre un hormiguero, en mitad de las Grandes Llanuras, y que la piel se le desprendía de la frente como papel pintado rojo. Unos pocos soñaron que Mocton era encadenado a una roca del tamaño de un hombre en el cinturón de asteroides, y otros imaginaron que la justicia cósmica le había introducido en un agujero negro, más allá de la órbita de Plutón, y que las espantosas fuerzas gravitacionales del agujero lanzarían a aquel malvado hacia una dimensión de dolor y negrura desconocida para cualquier ser vivo.

-Parece que el viejo Harper cabreó bastante a algunos soñadores sádicos -dijo Lia.

-Espera. Aquí no acaba la cosa.

-¿Hay más? ¿Dick rescata a Mocton del olvido en el fondo de un agujero negro?

-En realidad, Lia, no ha sido arrojado al fondo de un agujero negro. Se trata de lo que algunas personas *sueñan* que le ocurre después de empezar a obedecer el mensaje de Eric Gipp.

-Ah. Continúa.

> Pero la mayoría de los norteamericanos soñaron que ningún castigo corporal humillaría tanto a aquella plaga de los tiempos modernos como diáfanos recuerdos que le

> desprendieran por fin la venda de los ojos y se pudiera ver como realmente era: no un mago, sino un manipulador, no un benefactor, sino un oportunista. Sabían que contemplaría su propio asesinato, o cualquier inventivo castigo, como algo que contribuiría a enriquecer la leyenda de Harper Mocton. Pero también sabían que no podría soportar ningún castigo que *socavara* esta grandiosa leyenda. Y muchos de los que obedecían la consigna de Gipp empezaron a soñar situaciones en las que Mocton se humillaba públicamente.
>
> Por fin, gracias al esfuerzo conjunto de un gran número de personas, estos sueños empezaron a convertirse en realidad. Mocton no pudo oponer resistencia. Salía a hablar por la televisión, y las primeras palabras que surgían de su boca eran para confesar una mala acción: «En mi primera elección presidencial, acusé a mi oponente de abusar sexualmente de niños. Pagué a algunos chicos para que le calumniaran». O bien: «Sois los mamones que me habéis elegido, pero siempre os he considerado una masa despreciable de imbéciles, putas, maricones y mongólicos, inmerecedores del liderazgo que me rompo el culo por proporcionaros».

-Jesús -dijo Lia-. No puedo imaginarme a un alto cargo electo hablando de esta manera.

-Claro que no -respondió Cal-. Por eso es divertido.

-*¿Divertido?* ¿Piensas que es divertido? ¿Un presidente admitiendo que acusó falsamente a alguien? ¿Un presidente insultándonos con palabras obscenas?

-Claro. Y tú también. Sólo que es divertido en un sentido tan espantoso que temes que se convierta en realidad.

-Cal, eres...

-Escucha, querida Lia. Escucha.

> Mocton era incapaz de creer que decía aquellas cosas en voz alta. Primero, porque demostraban que era un monstruo; segundo, porque eran ciertas ante sus ojos, o dolorosamente ciertas ante sus sentimientos ocultos. Descubrió que sólo podía evitar estas revelaciones perjudiciales si renunciaba a hablar por las ondas o en público; y al poco tiempo, para impedir estas autoacusaciones, tomó la triste decisión de confinarse en la Casa Blanca.
>
> Entretanto, Gipp continuaba azotando la televisión y los monitores de ordenador de toda la nación con la frase subliminal «MOCTON ES UN MENTIROSO. SOÑAD QUE LE ADMINISTRÁIS JUSTICIA». Y todos los oprimidos por Mocton siguieron soñando en su caída. Cientos de millones de sueños dejaron su huella en la realidad, y Mocton experimentó la sensación de que estaban empujando su reinado hacia el final, erosionando durante días, semanas y meses el hasta entonces firme baluarte de su presidencia.
>
> Por fin, Mocton decidió llevar a cabo un último intento de dirigirse a la nación y salvar su reputación. Aterrorizado por la idea de traicionarse, estudió sus notas, ensayó su voz y descubrió que se sentía muy bien. Quizá lo consiga, pensó. En cuanto la luz roja de la cámara se encendió, abrió la boca y profirió una andanada ininteligible de sonidos, como un pato de dibujos animados: *Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac.*

Cal dejó de leer. Dijo que la novela proseguía explicando cómo Gipp y una coalición de soñadores obligaban a Mocton a responder de sus crímenes ante un proceso del Senado. Este proceso sólo tiene lugar en las mentes de los participantes. Aunque es un sueño excelente para los defensores de la justicia, es una pesadilla para Harper Mocton.

Al final, Eric Gipp, que actúa de Fiscal en el sueño del proceso, apunta con su dedo a Mocton. «Su castigo es éste: expulsado de su despacho, se enfrentará al desprecio de sus víctimas. Será más que suficiente, porque sus víctimas son innumerables».

Después del sueño acusador, Mocton pierde su primer referéndum por ordenador. Muy pronto, vaga por el continente, pidiendo limosna. Mucha gente se apiada de él y le da algo, pero cada caridad le humilla hasta tal punto que, en el último párrafo de la novela de Dick, es sólo un fantasma que se

arrastra por el paisaje, completamente desprovisto de sustancia por la caridad de la gente que él esperaba le escupiría y vilipendiaría.

-Ah -dijo Lia-. Una alegoría.

-Todas las novelas inéditas de Dick son alegorías, pero ésta refleja nuestra situación con tanta exactitud que es como una especie de lupa a través de la cual examinamos nuestra época y decidimos qué hacer.

-Exacto. Soñamos que Richard Nixon abandona la presidencia.

-Lia, lee tu maldito artículo. No se puede comparar con lo que estoy leyendo, pero quizá impedirá que digas tonterías.

-Deja de tratarme con condescendencia. Nadie sueña con la eliminación de un mal presidente.

-Escucha, los sueños en *«Harper Mocton»* simbolizan la cooperación y la solidaridad activas. No te lo tomes todo tan al pie de la letra.

-Pero Cal, nuestra situación y la de Dick no se corresponden. Nixon es popular. La mayoría de los norteamericanos no quieren echarle, ni en sueños, del despacho. Tú puede que sí, pero eres un caso atípico.

A continuación, discutieron sobre el apoyo de la Norteamérica rural a Nixon. Lia sostenía que rivalizaba con Franklin Roosevelt en la cima de su popularidad, mientras que Cal afirmaba que cinco intentos de asesinato en ocho años demostraban la existencia de un malestar en el fondo del sentir nacional. Lia replicó que los asesinos no eran exponentes de la opinión popular, sino esclavos de sus psicosis, al igual que Cal se había convertido en esclavo de su odio patológico hacia el presidente. Este análisis impulsó a Cal a apartarse de ella y terminar *«Harper Mocton»* sin leer más párrafos en voz alta.

Lia, en defensa propia, concentró su atención en el artículo de la *«Revista de Psicología Clínica»*.

-Doctora Bonner -dijo la voz de Shawanda-, tiene un visitante.

-¿Kai?

-No, señora. Es...

Pero la puerta de la consulta se abrió y Grace Rinehart (Lia la reconoció al instante) entró desde la sala de espera y empezó a examinar con el mayor descaro la decoración de la salita. El primer pensamiento de Lia fue que no estaba a la altura de los gustos aristocráticos de la señorita Rinehart; se levantó para recibir a su visitante, nerviosa. Cal había comentado la posibilidad de que aquella mujer fuera a verla, y Lia acababa de descubrir que su marido era un profeta misteriosamente preciso.

-Muy bonito -dijo Grace Rinehart-. Las plantas siempre alegran una habitación, y la forma en que usted ha dispuesto esas viejas fotos en blanco y negro de su familia..., es su familia, ¿verdad?, bueno, proporciona un toque hogareño que ha de calmar hasta al paciente más exaltado.

-Gracias -contestó Lia-. Siéntese, por favor.

Indicó el diván.

-Oh, no. Ahí no. Prefiero una silla de respaldo alto, por favor. Eso es para contorsionistas.

Shawanda trajo la silla solicitada, y la señorita Rinehart tomó asiento. Llevaba un vestido azul marino a lunares blancos, una bufanda roja, escarpines azules y una chaqueta blanca con bordados en el dobladillo, bolsillos y mangas. Su sombrero (elegido, en opinión de Lia, por la encargada del vestuario de una productora cinematográfica especializada en segundas versiones de *films noirs* rodados durante la segunda guerra mundial) era pequeño y cilíndrico, con un diminuto velo negro que colgaba por delante. El velo apenas tocaba la frente de la señorita Rinehart, pero su sombra dibujaba una telaraña sobre su piel. Shawanda ofreció a Lia una expresión del tipo mira-lo-que-tenemos-aquí, y después regresó poco convencida al despacho de fuera.

-¿Sabe quién soy?

-Sí, señora, creo que sí.

-No me llame señora, por favor. Prefiero Grace, o señorita Grace, o algo igualmente informal.

-Muy bien.

Lo que en realidad quieres, pensó Lia, es un título que te ayude a pensar en ti como un ser siempre juvenil, siempre deseable, siempre feliz. La informalidad no tiene nada que ver con eso. Pero da igual. Tiene que ser difícil competir con imágenes en celuloide de la persona que fuiste una vez, pero que ya no eres...

-¿Son usted y su secretaria lo bastante discretas, lo bastante maduras, para guardar silencio

Librodot

sobre mis demandas?

-Por supuesto.

Concédenos al menos esta oportunidad, rezó Lia.

-¿Tiene alguna objeción a aceptarme como cliente?

-Desde luego que no.

Pero si escucharas los latidos de mi corazón, pensó Lia, ¿creerías que soy lo bastante fuerte para encargarme del trabajo?

Lia y la actriz intercambiaron una mirada de apreciación, y la psicóloga empezó a preguntarse por qué Grace Rinehart, cuyas hazañas patrióticas le habían ganado el apodo de la Bella de la Libertad,[14] había ido a Warm Springs para buscar la ayuda de una profesional desconocida, cuando podía comprar los servicios de cualquier lumbrera mundial, desde un freudiano vienes a un psiquiatrón de Manhattan. Su materialización en la consulta de Lia era un pequeño milagro, no tan inexplicable y alarmante como la aparición de Kai una semana antes, aunque lo bastante extraordinaria para provocar incredulidad y suspicacia. Lia se levantó de la silla que ocupaba detrás del escritorio y empezó a pasear por el suelo de madera, a escasa distancia de su presunta cliente. De su presunta y *célebre* cliente.

-Señorita Rinehart, ¿qué desea que haga por usted y por qué me ha elegido?

-¿Acaso no le he pedido que me tutee, por el amor de Dios? Si no puede satisfacer esa pequeña demanda, doctora Bonner, es posible que tampoco...

-Llámeme Lia.

-...que tampoco... -La actriz se interrumpió. Se dio cuenta de lo que acababa de suceder. Lanzó una carcajada-. Estaba a punto de decir que si no podía tutearme, tampoco iba a poder ayudarme.

-Tal vez no. -Lia continuó paseando-. En cualquier caso, Grace, aún no sé qué quieres que haga, o por qué quieres que lo haga.

-¿Por qué acude la gente a los psiquiatras? Supongo que para mantener la cabeza en su sitio. ¿Por qué tú? Bueno, conocí a tu marido hace poco, visitas relativamente cerca, y estoy harta de desnudar mis interioridades ante hombres barbudos vestidos con *sueters* de cuello cisne. Se interesan mucho más por mi cuenta bancaria y mi vida sexual, con mayúsculas, fuera y dentro de la pantalla. Pensé que tal vez, y sólo tal vez, una mujer crecida en un medio similar al mío dejaría de lado los oropeles y me comprendería como ningún cuello de cisne. Por eso he venido. Haz el favor de aceptarme, sin anunciar la buena nueva a lo largo y ancho de Pine Mountain.

-Asegurar el secreto es la regla de oro de mi profesión.

-Por supuesto, Lia. Por supuesto.

-De todos modos, me interesan todos los aspectos de tu vida, personales, económicos, políticos, profesionales, que puedan influir en los problemas que te atormentan. Si he de ayudarte a hacer frente y exorcizar esos tormentos, no has de ocultarme nada. ¿Está de acuerdo, señorita Ri..., Grace?

-Por supuesto. Sin embargo, yo también quiero fijar algunas condiciones.

Lia se calló. Enlazó las manos detrás de la espalda y miró a la actriz con un recelo que bordeaba la consternación. ¿Qué condiciones? ¿Perjudicaría su credibilidad profesional plegarse a ellas? He perdido a Kai como cliente, pensó Lia, y aunque no estoy tan desesperada como para aceptar a alguien tan excitable, consentido e impredecible como Grace Rinehart, tampoco quiero desperdiciar la oportunidad de analizarla. *Necesito* a este cliente.

-Muy bien -dijo Lia, inquieta-. ¿Qué condiciones?

-Quiero visitarme contigo en otro lugar que no sea este despacho -dijo Grace, inclinándose hacia delante.

-¿Dónde? -preguntó Lia.

Grace hizo caso omiso de la pregunta.

-Segundo, insisto en que me dediques todo un día a la semana. Pagaré por tal privilegio. Ese día, no sólo serás mi psicóloga, sino también mi acompañante. Irás a donde yo vaya, analizándome mientras viajamos juntas.

Lia sintió que la sangre empezaba a hervirle en las venas.

-La amistad no es compatible con el análisis, Grace. Intentar dirigir una entrevista mientras vamos en coche por el campo es como intentar componer un soneto mientras se hace surfing.

-No he dicho «amiga». He dicho «acompañante», y...

-Es lo mismo.

[14] «*Belle of Liberty*», en referencia a «*Bell of Liberty*», la Campana de la Libertad. *(N. del T.)*

Librodot

-... y no hay mejor lugar para inducir una confesión que el asiento delantero de un coche caro que corre durante un hermoso día primaveral.

-¿El asiento delantero de un coche?

-O en un lugar aislado de la finca Berthelot, o en una habitación privada del CAL de Fort Benning, o incluso en mi suite del Salón de Arte, Cine y Fotografía de LaGrange.

-Pero, ¿por qué? -protestó Lia-. Los psicólogos no visitan a domicilio, por la sencilla razón de que...

-Quieren *controlar* la relación médico-paciente.

-No es cierto. Sólo queremos que nuestros clientes realicen progresos auténticos en tantas sesiones como sea posible. Por eso no nos encontramos con ellos en casinos llenos de máquinas tragaperras.

-Chorradas, Lia. Lo único que se necesita es un poco de intimidad y tranquilidad. No se necesita una cabina de aislamiento con tu nombre en la puerta.

-¿Es esto una cabina de aislamiento? -Lia indicó la consulta con un gesto-. ¿Una cámara de torturas medieval?

-Estas son mis condiciones. Que nos encontremos en lugares tranquilos, fuera de este despacho. Y que dediques un día completo a la semana para mi sesión. Aunque no dure más de una hora.

Lia se sentía asaltada y violada. Que otra mujer planificara este viaje egocéntrico y le exigiera que se uniera a él la molestaba más que las «condiciones». No se podía permitir que un cliente las dictara. También era muy cabreante que Grace Rinehart, pensando que una mujer la comprendería mejor que un «cuello cisne», no tuviera escrúpulos en manipular a una compañera de sexo para acceder a esta comprensión. Se comportaba como un animal de rapiña. Una vida de fama y privilegios lo explicaba a la perfección.

-¿Y bien? -dijo la actriz.

-Te reservaré los miércoles -contestó Lia, detestándose por esta rendición, pero anticipando no sólo el dinero que iba a ganar, sino el conocimiento sobre la mentalidad de los ricos y poderosos que seguramente adquiriría.

Además, desde su primera semana en Warm Springs, el miércoles había sido el peor día.

Shawanda se queda sorprendida cuando Lia se pone el abrigo y baja la escalera con Grace Rinehart..., aunque muy poco más sorprendida que la propia Lia. Una hora antes de mediodía y se marcha de paseo con la esposa del Secretario de Agricultura, una mujer tan conocida hoy por transformar a los admiradores de Ho Chi Minh en feroces capitalistas como por dar una nueva imagen de la mujer sureña (segura de sí misma, inteligente, astuta) en la pantalla.

Grace no ha intervenido en una película nueva desde hace tres años, por supuesto, y el concepto general de ella como una ideóloga, una celosa defensora de los ideales conservadores, ha empezado a diluir su reputación como actriz de cine. Incluso durante su apogeo hollywoodense (los años decisivos del conflicto vietnamita), mucha gente de la industria la respetaba más por sus relaciones políticas que por sus dotes interpretativas, y la mayoría coincidía en opinar que arruinó la carrera de Jane Fonda, antes de que el apoyo verbal de esta última a la banda de Ho culminara con su desaparición. Grace también intervino decisivamente en enviar de vuelta a Broadway a Paul Newman, donde trabajó en relativo olvido hasta encarnar al ex astronauta alcohólico de «*La fuerza del cariño*» y ganar un Óscar.

En cualquier caso, Grace hizo sentir su influencia durante los años setenta, tanto como patriota como en cuanto actriz, y Lia se pregunta si lamenta haber mezclado ambas actividades. Su matrimonio en 1978 con Hiram Berthelot, un georgiano cuyo abuelo había ganado una fortuna con la industria textil, la ha apartado gradual e inevitablemente del cine, y Lia está segura de que cortar este lazo identificativo ha empezado a mortificar a su nueva cliente.

-¿*Adónde* vamos? -pregunta Lia.

Están sentadas codo con codo en la parte delantera del *Cadillac* de la señorita Rinehart, corriendo al Viejo Céntimo Doble (el mote burlón con el que Cal denomina el límite de velocidad) y saliendo de la ciudad por una estrecha carretera de dos carriles. Woodbury, la finca Berthelot, ha de ser su destino, decide Lia, pero acepta con facilidad perderse entre las colinas salpicadas de pinos que se yerguen entre las diminutas comunidades colindantes en el borde sur de la Cordillera Piedmont.

-Relájate y disfruta del paseo -dice la actriz, sus ojos ocultos tras las gafas reflectantes, que no casan con su indumentaria.

El *Fleetwood* las conduce a través de la verde campiña, dejando atrás campos llenos de tréboles

Librodot

o coches herrumbrosos, terraplenes de tren sembrados de kudzú nuevo y una valla publicitaria en la que alguien ha escrito este mensaje tripartito:

COCINA DE CAZA
TOCINO
JESÚS SALVA.

Por fin llegan al desvío, un largo sendero de tierra que serpentea entre praderas elevadas de húmeda hierba primaveral, que las conduce hasta el moderno feudo llamado Finca Berthelot. Aquí vive Grace Rinehart con su marido (cuando el Secretario puede escaparse de Washington), y aquí intentan llevar una existencia normal, pese a su condición de Político Importante y Famosa Actriz Activista, respectivamente. No obstante, dos fornidos agentes del Servicio Secreto montan guardia a la entrada de la propiedad, tan grande que en caso de desplazarla hasta Europa, en algún punto cercano a Mónaco o Luxemburgo, reuniría los requisitos indispensables para ingresar en las Naciones Unidas como miembro de pleno derecho.

Lia tiene la impresión de que se deslizan eternamente hasta la entrada, a cada lado de la cual pastan impresionantes ejemplares de ganado rojizo. Estos animales poseen la elegancia y el colorido de perros perdigueros bien alimentados. Grace informa a Lia de que es ganado del tipo Santa Gertrudis, criado primero en el rancho King de Texas mediante una serie de complicados cruces entre cuernicortos y la variedad Brahmán, y que Hiram tiene en la finca Berthelot más de mil cabezas. Lia se maravilla al ver los limpios rediles de madera que se extienden a su derecha sobre la ondulada pradera, y también ante el número de robustos animales rojos que pastan entre los rediles rectangulares.

-A Cal le encantaría esto -dice a Grace.

-Es posible que tu marido trabaje en una tienda de animales, pero aún tiene callos en las manos y el aspecto inequívoco de un vaquero.

-Tú fuiste disfrazada. Compraste un par de osos Brezhnev.

-Hummm.

-¿Por qué lo hiciste? Para que te hicieran compañía, dijiste, pero no necesitas *comprar* osos Brezhnev, y...

-No.

-...y le diste a Cal un susto de muerte. Entonces no supo quién eras, pero tenía miedo de que hubieras ido a espiarle.

-¿Es que tu marido tiene algo que ocultar?

Esta pregunta hiela la sangre en las venas a Lia. ¿*En qué* me he metido, paseando con esta fanática de la administración Nixon? ¿Traiciono a Cal por estar aquí? No, no. Él mismo me explicó el deseo de Kai de que aceptáramos riesgos, de que buscáramos oportunidades que al principio nos podrían parecer, bueno, repugnantes.

-Estoy segura de que no tiene más que ocultar que la mayoría de nosotros -dice Grace, antes de que a Lia se le ocurra una respuesta-. Compré aquellos conejillos de Indias para regalarlos a los hijos de una amiga, pero solté una bola, una mentirijilla inocente, para evitar descubrirme. -Se ríe de esta expresión-. No puedo salir con mi aspecto normal sin llamar la atención, Lia, y estoy harta. A veces, utilizo subterfugios melodramáticos. Lamento muchísimo que le hiciera pasar un mal rato a tu marido.

-*Varios* malos ratos.

-No admirará en secreto a Herbert Humphrey o a Jimmy Carter, ¿verdad? Me decepcionaría si lo hiciera.

-No es ilegal sentir admiración por la oposición legal.

-La admiración está bien. El rencor sedicioso es una cosa muy diferente.

Así concluyó la conversación. El *Cadillac* ascendió un montículo cubierto de hierba y azucenas, coronado por un bosquecillo de robles, y Lia vio por primera vez la mansión Berthelot, una casa de antes de la Guerra Civil con un pórtico, columnas blancas estriadas y, como mínimo, seis altas chimeneas de ladrillo rojo. Un *solarium* gigantesco, todo cristal, plantas colgantes, adornos de hierro forjado y fuentes rematadas por esculturas, surgía de la parte norte de la mansión, y un pequeño ejército de pavos reales desfilaba por los campos cercanos como un disperso grupo de reclutas, sin que ningún instructor coordinara sus evoluciones.

Grace presentó a Lia a los agentes del Servicio Secreto, veteranos de la Guerra de Vietnam, que las habían seguido hasta la casa en un vehículo parecido a un carrito de golf blindado y, una vez

Librodot

dentro, a un ama de llaves negra que dispuso unas mesas en el *solarium* y sirvió a las damas limonada y deliciosos bocadillos de ensalada de pollo espolvoreados de cebolla, acompañados de trozos de pepino y patatas fritas.

Terminada la comida, Grace se puso a hablar. Dijo que había acudido a Lia porque albergaba la sensación de que estaba empezando a desaparecer de la vida, dejando a sus espaldas unas quince películas bastante decentes y la cadena nacional de Centros para la Americulturización en Libertad. Estos hitos eran ofrendas para la posteridad, pero ella se estaba volviendo transparente, y la sensación la aterrorizaba. La causa probable agazapada tras estas visiones de transformarse en polvo o en viento era el miedo a envejecer, pero este conocimiento no destruía el temor, y se preguntaba cómo podría adquirir realidad de nuevo.

Lia se dio cuenta de que estaban celebrando una sesión, que ésta era la parte del día por la que Grace Rinehart la había contratado; dejó el bocadillo en el plato, sacó una libreta y empezó a tomar notas. Una grabadora le habría sido de mucha utilidad, pero Lia no pensaba interrumpir la verborrea de su cliente para pedir una.

El tema de las desapariciones, del desvanecimiento, despertó en Lia una repentina asociación. Grace Rinehart tenía miedo de sucumbir a un estado espiritual que reflejaba, de una manera metafórica, la disolución física a la que Kai, o Philip K. Dick, había sucumbido recientemente. Tenía miedo de desaparecer. ¿Coincidencia, o sincronicidad? También el final de la novela de Dick *«El sueño acusador de Harper Mocton»* (un detalle que inquietaba casi más a Lia que la analogía entre Grace y Kai) plasmaba la desmaterialización simbólica del personaje que daba título a la obra. ¿Qué estaba pasando? ¿Es que nada podía retener en el planeta a estos desdichados?

-¿Café? -preguntó Grace Rinehart.

-El café tampoco sirve -dijo Lia.

-¿Perdón?

-No, gracias. Eso es lo que quise decir. De todas formas, sólo bebo descafeinado.

-Estoy segura de que encontraremos descafeinado en algún sitio.

-No, da igual. Estoy bien.

Jeena, el ama de llaves, vino para volver a llenar su vaso de limonada.

Antes de que Jeena abandonara el *solarium*, Grace ya estaba confesando que Hiram, su tercer marido, no tenía ni idea de cuan insegura y desarraigada se sentía últimamente. Sus dos primeros maridos habían sido actores, chicos inexpertos de carácter fanfarrón y libido desaforada (lástima que hubiera caído dos veces en el mismo error), que la habían empezado a engañar porque sus carreras se habían degradado hasta extremos dramáticos: un papel secundario en una estúpida serie televisiva de policías, un anuncio de aspirinas. La carrera de ella, entretanto, había subido como un Vehículo Aéreo Pesado. Los queridos Fulano y Mengano (le costaba recordar quién había sido el poli y quién el anunciador de aspirinas) sólo habían podido sobrellevar el deterioro de su ego machista tirándose a todas las estrellas en ciernes de largas piernas que se cruzaban en su camino. Así que aquellos «matrimonios» -¡ja!- habían acabado en divorcio.

Hiram, sin embargo, era tan responsable/fiel como el alba y el ocaso. Si tenía algún defecto, era el trabajo. De ahí que no supiera nada de su..., bueno, ¿cómo había que llamarla? «¿Crisis de los cuarenta?». Así se decía en nuestros días, ¿no? En cualquier caso, Hiram no paraba de hablar con cultivadores de trigo, ganaderos, fabricantes de equipamientos para granjas, cabilderos de negocios agrarios, etcétera. No paraba de impulsar el envío de cargamentos de cereales a África y a la Unión Soviética, la bajada de los tipos de interés sobre los préstamos agrícolas y la eliminación de topes federales a los precios del buey, el cordero y el cerdo.

Lia escuchaba esta sinopsis de la carrera de Hiram Berthelot con auténtica simpatía, en parte porque incluso a Cal le caía bien. De hecho, Cal y Arvill Rudd pensaban que Berthelot era el miembro más cojonudo de los Gabinetes de Nixon durante el tercer y cuarto mandatos. ¿Quién, si no, había tenido los huevos de decirle al rey Ricardo que el precio máximo fijado en 1973 para el buey era un desastre monstruoso para la industria ganadera y tan sólo una bendición pasajera para el consumidor norteamericano? Y eso era exactamente lo que Berthelot había hecho, y existían ciertas evidencias de que Nixon había escuchado sus palabras.

Grace seguía hablando, y la mano de Lia se estaba cansando. La política, reconoció Grace, era una profesión todavía más sucia que el mundo del espectáculo. La frecuencia con que algún despreciable demócrata del Congreso o el Senado acusaba a Hiram de incurrir en incompatibilidades la sacaba de quicio. No les gustaba que criara ganado, desaprobaban que poseyera una amplia extensión de excelentes pastos en el Condado de Meriwether, criticaban el hecho de que hubiera

Librodot

negociado el primer envío de osos Brezhnev desde la Unión Soviética y criara ahora los bichos, junto con mil cabezas de ganado Santa Gertrudis, en la finca Berthelot. No tenían derecho a criticarle. Hiram había entregado los beneficios obtenidos de estas actividades a la Fundación para la Libertad, una organización patriótica sin ánimo de lucro, y el Senado había dictaminado mucho tiempo antes que no había violado técnicamente, como miembro del gabinete, ningún estatuto de incompatibilidades.

¿Por qué me cuentas todo esto?, se preguntó Lia. Había dejado de tomar notas. Mi cliente no es tu marido, sino tú, y aunque necesito toda la información posible sobre ti para ayudarte, casi todo lo que me dices es prolijo y superfino.

En el exterior del *solarium*, las ramas de dos olmos se habían llenado de jilgueros. Los pájaros se aferraban con precariedad a estas ramas, picoteando semillas o brotes. Lia, mientras bebía su té, les miró columpiarse como trapecistas sobre las ramas cimbreantes.

-Creo que la cosa mejoraría si viera a Hiram con más frecuencia -dijo Grace.

-¿Por qué no te vas a vivir a Washington?

-Odio esa ciudad. Es más asquerosa que Los Ángeles.

Este comentario, por lo que Lia dedujo, puso fin a su primera sesión oficial. Grace llamó a Jeena, que entró en el *solarium* y se llevó los platos. Después, la actriz se levantó y guió a Lia al exterior, a través de unas hileras de helechos plantados en macetas y por la parte posterior de la colina sobre la cual descansaba la mansión, hasta un largo establo enjalbegado, con tres cúpulas y tres antiguas veletas.

Un agente del Servicio Secreto, un tipo grande llamado Twitchell, se reunió con ellas a mitad de la bajada y las acompañó al establo. Que, decidió Lia, habían convertido en gallinero. Cuando entraron por la puerta del extremo oeste, no percibió el repugnante olor a animales de granja, sino el delicado aroma que traicionaba la presencia de... conejillos de Indias.

-Tres o cuatro de ellos no huelen nada mal -dijo Twitchell-, pero cuando se cae en medio de un montón, bueno, olvídelo. Desnudos o no, sus diminutos cuerpos pueden perfumar un lugar con tanta rapidez como un...

Twitchell enrojeció, y Lia comprendió que había estado a punto de incurrir en la escatología.

-Entiendo a qué se refiere -dijo.

Por todos los rincones del gallinero reconvertido, de madera verde por dentro y por fuera, con distribuidores de aire caliente y fluorescentes en el techo, y bandejas metálicas de agua y comida, pululaban las cobayas semidesnudas de Berthelot. Lia, divertida, contempló a los roedores rosados, provistos solamente de sus mechones para resultar «atractivos», y se preguntó de nuevo por qué los norteamericanos los habían acogido con tanto cariño. Estos conejillos de Indias eran más populares que los huérfanos de guerra o el cartel infantil de la Marcha de los Centavos, y Lia sabía que Hiram (fuera o no un buen chico) estaba ganando dinero a patadas vendiendo los bichos a las tiendas de animales domésticos y otros criadores. Además, la Fundación para la Libertad era el ojito derecho de Grace, y si recibía todos los beneficios que Hiram obtenía de criar bueyes y cobayas, bueno, Grace y el Querido Hubby se estaban sacando una bonita cantidad, independientemente de estas contribuciones.

-¿Quieres uno? -preguntó Grace-. Si lo quieres, es tuyo. Cógelo.

-Creo que no se llevaría muy bien con nuestro perro esquimal. Y no quiero recibir mi paga en especies.

La actriz puntualizó que no tenía la intención de pagarle las facturas en especies. Después, sorprendió a Lia con un comentario inesperado.

-El consultorio no te va muy bien, ¿verdad?

Twitchell estaba inclinado sobre una de las vallas de alambre bajas, intentando acariciar a una cobaya de mechón claro que correteaba entre sus ruidosos compañeros para esquivar la mano.

-No les gusta que les toquen las patas -chilló Grace a Twitchell-. Frótale la nariz. Eso sí les gusta.

¿Está intentando humillarme?, pensaba Lia. He venido aquí para celebrar la sesión con ella. Ahora, está insinuando -correctamente- que no practico mucho mi práctica profesional. La implicación no verbalizada es que soy un caso de caridad. Incluso quiere que acepte un oso Brezhnev. Tal vez Cal se sintió así cuando el señor Kemmings trató de endosarle un par de estos bichos malolientes...

-No va bien, ¿verdad? -insistió Grace.

-Las cosas están empezando a cambiar -dijo Lia, con los dientes apretados-. Cuesta un tiempo.

Grace Rinehart examinó a Lia de una forma que la hizo sentirse como si fuera enseñando un

Librodot

tirante del sujetador.

-Vamos, jovencita. Tú y yo nos vamos a Columbus -dijo la actriz, a continuación.

-¿A Columbus?

-Bueno, a Fort Benning.

-¿A Fort Benning?

-En concreto, al Centro para la Americulturización en Libertad.

-Pero es que he de volver a...

-Me has concedido todo el día, ¿recuerdas?

-Shawanda vuelve a casa conmigo. No sabrá que...

-Nosotros la telefonearemos. ¿Sabe conducir ella?

-Sí, pero...

-Bien, pues que vuelva a casa en tu coche. Cuando regresemos esta noche de Fort Benning, te dejaré en casa, y que la chica te recoja por la mañana.

-Pero...

-¿Cuál es el problema? ¿Has traído las llaves del coche?

-Sí, pero hay otro juego en la consulta. Sólo...

-Eso es fantástico. No me des más excusas. Está decidido.

Y así fue. Lia se encontró utilizando el teléfono de Berthelot en una gran habitación blanca contigua al *solarium*.

Al cabo de poco rato, estaba sentada al lado de Grace Rinehart en el *Cadillac* de la actriz, que se deslizaba sobre el serpenteante sendero de tierra. Detrás, en el pórtico (Lia se volvió para verlo), Twitchell sostenía un oso Brezhnev a la altura de la solapa. Después de despedirlas agitando una mano, empezó a palmear en el lomo al conejillo de Indias, como si intentara que eructara. Entretanto, Scarletti, el otro agente, las siguió hasta la puerta en el carrito de golf blindado, pegado al *Cadillac* todo el rato.

En cuanto llegaron a la autopista, Grace puso una cinta en el *cassette* del coche. José Feliciano aulló una versión *hip* de *«Barras y Estrellas»*.

Librodot

14

Grace Rinehart y su pasajera llegaron a las dos de la tarde a las afueras de Fort Benning, la extensa instalación del Ejército situada al sur de Columbus. Grace condujo el *Cadillac* por la pista de cuatro carriles hasta el puesto de guardia, giró bajo el hospital militar, dejó atrás el paseo que albergaba la cooperativa militar y la cantina, y desembocó en un vasto enclave en que todos los edificios pertenecientes a la era de la Segunda Guerra Mundial tenían un ominoso aspecto oficial. Una academia militar de algún tipo, el club de oficiales, el comedor de la tropa, los barracones de intendencia, el centro de vehículos motorizados.

Lia experimentó la sensación de haber penetrado en un país extranjero. A pesar de que vio un *Burger King* entre todas estas estructuras austeras, lo miró como si hubiera descubierto un *McDonald's* en el centro de Ciudad de México, como una anomalía que arruinaba sin proponérselo el extraño exotismo del lugar. Allí era una forastera, una turista, hasta una cautiva exhibida ante un enemigo indiferente y ya victorioso. Mientras un pelotón impecable se acercaba trotando por la carretera a la vistosa barraca de un agente pelirrojo de la inteligencia militar, tuvo que luchar contra los deseos de esconderse. No pudo tranquilizarse y disfrutar del espectáculo ni después de observar que el cristal oscurecido de la ventanilla la protegía de los mirones.

-¿Qué pasa? -le preguntó Grace.

-No lo sé. Creo que los puestos militares me ponen nerviosa.

-Deberían *calmarte.* Esto es un bastión de la fuerza y la resolución norteamericanas, por el amor de Dios.

Por supuesto que sí. Por otra parte, el sonido de los helicópteros evolucionando a baja altura sobre el terreno -*¡tup-tup-tup-tup-tup!*- y el de los soldados corriendo al son de las órdenes ladradas por sus superiores eran amedrentadores. Le recordó a Lia los años de la guerra: las opiniones encontradas de los sesenta, la represión de principios de los setenta, la demencial euforia de la victoria, cuando el bombardeo de los diques de irrigación de Vietnam del Norte y la ofensiva sobre Hanoi, realizada por una fuerza combinada de regulares y marines, había roto la retaguardia roja y puesto fin de una forma sorprendente y decisiva a la larga agonía del conflicto indochino. El héroe de Grace Rinehart, Richard Nixon, había logrado este triunfo, sobre todo por negarse a acallar el poder norteamericano y por ordenar a Henry Kissinger que le retratara en las conversaciones de paz de París (ay, la ironía de ese epíteto) como un loco hitleriano que estaba dispuesto a todo con tal de conseguir sus objetivos. Esta cínica caracterización no había sido una mentira.

Por un corto tiempo, el triunfo tan costosamente ganado trajo la gloria. Pronto, sin embargo, adquirió un sabor amargo: la apoteosis del presidente, la institucionalización de la represión, la absurda glorificación de todo lo militar. Por lo tanto, a tenor de esta desalentadora historia, ¿cómo iba a sentirse a gusto Lia en un puesto militar?

El *Cadillac*, a cierta distancia del *Burger King*, se internó por una calle en la que unos pocos edificios similares a barracones salpicaban las praderas pardas del puesto. Lia no tardó en divisar un letrero pintado cerca de un edificio:

CENTRO DE AMERICULTURIZACIÓN EN LIBERTAD, GRAN SUDESTE, SEDE DE FORT BENNING.

Desde fuera, el centro parecía cerrado. Carecía de ventanas y sólo tenía ripias de chilla enormes, todas sucias, que descansaban sobre cimientos de hormigón de al menos un metro de alto. Grace aparcó su coche en diagonal cerca del letrero colgante, y subió con Lia al porche que daba acceso al vestíbulo de entrada al centro. Todo era enorme y oscuro en este vestíbulo, pero Lia forzó la vista y distinguió pasillos que se alejaban, formando ángulos caprichosos y extraños, y habitaciones que se abrían a estos pasillos en la claridad de la distancia. También empezó a escuchar voces, que despertaban ecos estridentes en la penumbra.

-Montamos estos centros para los vietnamitas, tanto enemigos como aliados. Los sudvietnamitas sólo necesitaban discursos estimulantes y adaptarse al nuevo entorno, pero los comunistas susceptibles de ser redimidos, norvietnamitas que queríamos utilizar para influir a los tozudos rojos de su país,

Librodot

necesitaban una conversión total y refuerzo hipnagónico. Como comprenderás, los dos o tres años inmediatamente posteriores a la guerra fueron los de más actividad en los centros. En los últimos tiempos, por desgracia, ha descendido.

Si he de fiarme de lo que estoy viendo, pensó Lia, no es que haya «DESCENDIDO», es que ha «DESAPARECIDO».

-No obstante, vamos a perseverar -dijo Grace-. Todavía nos quedan algunos vietnamitas por americulturizar, desde luego, pero el material ha empezado a diversificarse en los últimos meses. Ahora, desprogramamos extremistas islámicos a petición del nuevo Sha, revolucionarios casuistas de Centro y Sudamérica, y marxistas capturados en África. Trabajar con elementos hostiles, desde luego, resulta más difícil que con personas predispuestas a querernos, pero la recompensa es mayor. Por desgracia, también es difícil capturar y transportar a los hostiles hasta aquí para que podamos hacer algo por ellos.

-¿Quién hay aquí ahora?

-Unos pocos vietnamitas, algunos feroces terroristas islámicos, varios guerrilleros sandinistas de Nicaragua; pero, sobre todo, vietnamitas..., por lo cual doy gracias.

-¿No te deprime que la principal ocupación de tus centros parezca venirse abajo?

-Claro. Un poco. Primero, mi carrera cinematográfica. Ahora, esto. ¿No te deprimirías tú?

Lia no dijo nada. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, se dio cuenta de que el vestíbulo era una zona de cocina y comedor. Hornos, cocinas, cubas de acero inoxidable y grandes tajos de carnicero de madera abultaban en la oscuridad. Docenas de mesas plegadas cercaban la pared contigua a la calle.

-¡Pollard! -gritó Grace-. ¡Pollard, tiene compañía!

El eco del berrido rebotó de pared en pared como una pelota de ping-pong, crispando los nervios de Lia.

Un nombre bajo y pulcro vestido de paisano apareció en el extremo de un pasillo y se acercó con paso vivo a saludarlas. Grace le presentó como Ralph C. Pollard, director de este centro. Estrechó la mano de Lia con un veloz movimiento. Tenía un bigote sedoso, llevaba gafas con montura metálica, y cinco o seis mechones de cabello blanco como la nieve resbalaban sobre una oreja. El resto del cabello era oscuro y juvenil. Su edad oscilaría entre los veinticinco y los cuarenta años, pero Lia no dedujo de su porte ningún dato más preciso.

-¿Cómo va hoy, Pollard?

-Como siempre, y eso depende de la sala en que esté, Grace -dijo. En apariencia, la mujer llamaba al director por su apellido, aunque él la tuteara-. Si son tan amables de acompañarme, señoras, les enseñaré las dependencias.

Lia se alegró de abandonar la desolada entrada. ¿Sería menos opresiva cuando brillaran las luces, hirvieran las ollas y la gente se sentara a comer? Por supuesto. Tenía que serlo. Tal vez si Grace y ella hubieran llegado a mediodía, su primera impresión del centro no habría sido tan negativa. Bien, Pollard iba a tratar de borrar esta impresión, y Lia se dijo que debía hacer lo posible por ayudarle. El negativismo era criminal; de hecho, era el rasgo menos atractivo de la personalidad de Cal.

El director del CAL las guió hasta la primera puerta del pasillo por el que había venido. Lia echó un vistazo al interior de la sala y advirtió que su decoración recordaba un vagón de metro, con falsas ventanas, anuncios rectangulares encajados en marcos metálicos sobre las ventanas, y asientos forrados de piel de imitación, apoyados contra los costados del vagón. Barras de apoyo que corrían del suelo al techo proporcionaban un aire de autenticidad a este decorado heterodoxo, así como las pintadas, inverosímilmente suaves, que cubrían las paredes y muchos anuncios. Marcas de cigarrillos, bancos, refrescos y fábricas de coches ocupaban todo el espacio, pero grandes manchones carmesíes, azules o negros imposibilitaban la difusión de sus mensajes.

Diez o doce personas *(parecían* vietnamitas) se hallaban sentadas o de pie en el falso vagón de metro, comentando por turno buenas o malas experiencias con los otros «pasajeros». Lia no entendió muy bien lo que decían, pero no porque hablaran vietnamita, sino porque altavoces dispuestos en cada extremo del vagón emitían ensordecedores ruidos propios del metro. Además, todo el mundo daba la impresión de oscilar en su sitio, como si estuvieran atravesando de verdad las catacumbas de Nueva York.

-Es una sesión de dinámica de grupo sin líder -dijo Pollard a Lia, *sotto voce*-. Cada uno participa en el mismo grado de igualdad.

-No sé -contestó Lia-. Creo que los que están sentados tienen ventaja.

Pollard le dirigió una pálida y tolerante sonrisa.

Librodot

-En efecto. Se supone que esto es un vagón de metro. Bien, bien. -Se tocó el nudo de la corbata, distraído-. Quería decir, claro está, que cada persona tiene la misma oportunidad de contribuir, de plantear problemas que hayan padecido a la hora de manejarse con las costumbres y tradiciones norteamericanas. O contar a los demás una historia ejemplar e inspiradora. En esta parte de nuestro programa, los miembros de nuestros grupos de apoyo se encuentran una vez a la semana durante seis meses.

-¿Por qué les divierten con el truco del vagón de metro?

-No se contempla como una diversión -dijo Grace-. Es un medio, un medio adicional, de adaptarles culturalmente a nuestra sociedad. Matamos dos pájaros de un tiro. Además, no siempre se cuentan historias en el mismo decorado. Los cambiamos cada semana.

-La semana pasada era la barbería de una ciudad provinciana. También tenemos el vestíbulo de un cine, la sala de espera de una tienda de tubos de escape *Midas* y una sección de primera clase del *Jumbo 747* que hace el vuelo Los Ángeles-Hawai.

-Además de una sala de hospital, el interior de una caravana y un vagón-restaurante salido de un cuadro de Edward Hopper.

¿No se buscan muchos dolores de cabeza?, pensó Lia. ¿No cuesta un montón de pasta decorar este confesionario gigantesco cada semana? No dijo nada. He caído en una fiesta loca que se celebra en el loco País de las Maravillas de Grace Rinehart, se dijo, mordiéndose la lengua para continuar en silencio.

-Los miembros de los grupos de apoyo diseñan y construyen los decorados -dijo Pollard-. Es otra forma de lograr que se integren en los aspectos edificantes norteamericanos. Los clasificamos según sus opciones y lo bien que se adaptan a los decorados que construyen.

-¿Y de dónde saca esta pobre gente el dinero para construirlos?

-No son «pobre gente», Lia -la contradijo Grace-. Ni en sentido material ni espiritual. Algunos ya se han establecido bastante bien, fundando negocios o empresas de servicios. Muchos poseen talento creativo, tal como demuestran al concebir los decorados. A veces, respondiendo a tu pregunta, los pagan de su bolsillo. De todos modos, la Fundación para la Libertad les paga casi todo lo que necesitan.

Cuando la cinta grabada con sonidos del metro disminuyó un poco de volumen, Lia oyó que uno de los hombres comentaba:

-...y así he superado mi aversión natural a tirar latas de cerveza o gaseosa desde las ventanillas de vehículos en marcha.

Todos los miembros del equipo de apoyo, sentados o cogidos a una barra, le aplaudieron por su hazaña. Todos, observó Lia, excepto un joven que aparentaba padecer una gran aflicción.

-Sigamos -dijo Pollard.

Pasaron a otra sala en la que un pequeño grupo de gente estaba viendo un episodio de *«El show de Lucille Ball»*. Pollard les dijo que los estudiantes ya habían visto, o no tardarían en ver, episodios de *«Amos y Arnie»*, *«Patrulla de caminos»*, *«Los recién casados»*, *«Redada»*, *«Bugs Bunny»*, *«Ozzie y Harriet»*, *«Los conflictos de papá»* y *«El show de Andy Griffith»*. Tedd Turner, el propietario del *Canal 17* de Atlanta, una cadena de televisión por cable que emitía sobre todo películas y series de televisión antiguas y acontecimientos deportivos, había ayudado al CAL/GSE a adquirir muchos de estos episodios, y por eso Grace le consideraba un amigo especial de la Fundación para la Libertad. Lia reparó en que dos americulturizados de la sala estaban «descansando los ojos» con gran falta de tacto.

Pollard, indicando a las mujeres que continuaran adelante, señaló la siguiente puerta del pasillo. Lia vio a una joven vestida con elegancia que parecía estar dando clase de consumismo responsable a sus pupilos. Levantó de la mesa que había frente a ella dos latas de melocotón en almíbar, una de marca y la otra no; después, enseñó a los estudiantes una caja de pañuelos *Kleenex* y otra más modesta, sin marca. Terminada la demostración, subrayó que los norteamericanos ansiosos de prosperar, desoyendo el consejo de Benjamin Franklin «Un penique ahorrado es un penique ganado», optarían por los productos de marca, favorecedores de la economía y símbolos de nivel social alto, antes que por los artículos vulgares, menos caros y menos atractivos. Economía sin gusto era antinorteamericano, pero la prodigalidad era patriótica.

-Yo suelo comprar productos vulgares -susurró Lia-. Hemos de hacerlo, si queremos llegar a fin de mes.

-Bueno, pero tú has nacido aquí -susurró a su vez Grace-. Puedes permitirte un poco de tacañería táctica.

-Sin embargo, esta gente no -dijo Pollard-. Ciudadanos nacidos en el extranjero que compran productos vulgares corren el peligro de sentirse norteamericanos vulgares, desarraigados e indefinidos. Es psicológicamente importante para ellos identificarse con productos de marca. Por eso, cuando se gradúan, les regalamos camisetas *Adidas*, plumas *Papermate* y bolsas de *Macy's*.

El director indicó con un cabeceo la siguiente puerta del pasillo.

-Adelante, señoras.

Espero que me incluyas en esa categoría, pensó Lia, no porque creyera que Ralph C. Pollard era maricón o algo afeminado, sino porque se comportaba como un cabrón. Concluyó que era un ser deleznable con aires de superioridad, y esta visita la estaba deprimiendo y malhumorando de una manera que ni siquiera conseguía un día de trabajo desastroso en Warm Springs.

Llegaron a una pequeña sala de actos. En un extremo había un escenario bajo, cuyo telón de fondo era una inmensa bandera norteamericana (sí, casi sardónicamente grande). Hasta entonces, se habían parado frente a todas las salas de terapia o de clase, pero Grace entró esta vez sin vacilar. En cuanto los quince o veinte vietnamitas sentados en las sillas la vieron y reconocieron, se pusieron en pie y aplaudieron con entusiasmo.

Lia comprendió al instante que esta muestra de respeto y afecto era espontánea y sincera al mismo tiempo; los hombres que ocupaban la sala se alegraban realmente de verla. Hasta el hombre del escenario, cuya presentación había interrumpido Grace, estaba aplaudiendo. Llevaba un casco beige y golpeó varias veces la palma de su mano con un bastón ligero para demostrar el placer que le causaba la inesperada aparición de la mujer que había ganado la Medalla de la Libertad.

-Les pido disculpas por la interrupción -dijo Grace, indicando con las manos que guardaran silencio-. No queremos retrasarles. Sólo quería que la doctora Bonner -señaló a Lia- viera lo bien que lo hacen y el talento que muchos de ustedes poseen. Ahora, por favor, continúen lo que estaban haciendo.

Dicho esto, Grace guió a Lia y al director hasta la parte posterior de la sala, donde se quedaron de pie y esperaron a que el hombre del casco prosiguiera su presentación. Y así fue.

Lia sólo tardó un momento en comprender que el hombre estaba recreando el prólogo de la película *«Patton»*, la vehemente arenga de George C. Scott a las tropas. Y la estaba recreando bien, aunque sin mucha destreza, paseando de un lado a otro, pronunciando cada sílaba como si estuviera grabada en un lingote de oro y utilizando su bastón para subrayar la patriotera, pero en cierto modo emocionante, arenga de Patton. Todos los presentes en la sala estaban fascinados, y cuando el hombre terminó, le aplaudieron con el mismo entusiasmo demostrado hacia Grace.

-Muy bien, Pham Kha Son -dijo la actriz.

El joven se quitó el casco, exhibiendo sus tejanos *Calvin Klyne* y su camisa *Arrow*, miró al público y agradeció con humildad sus elogios. Parecía turbado y satisfecho al mismo tiempo.

-Grace, se acaba de cambiar el nombre legalmente por el de Frederick Carson -susurró Pollard, inclinándose por delante de Lia-. Preferirá que le llames así.

-Muy bien, señor Carson -dijo Grace en voz alta-. Dada su habilidad para los discursos, creo que debería presentarse a las elecciones presidenciales.

La sonrisa del joven se ensanchó. Bajó del escenario y le pasó el casco y el bastón al siguiente actor. Este era aún más joven que «Frederick Carson», sin duda un adolescente, que recibió los objetos con una reverencia y subió a continuación, casi con elegancia, los escalones que llevaban al escenario. No tardó en repetir el discurso de George C. Scott, con voz exóticamente modulada y desconcertantemente aguda. Aun así, aparentaba saber lo que se traía entre manos, y aunque era menos convincente que el señor Carson, Lia comprendió que no se debía a la falta de talento interpretativo, sino a su apariencia física y a su voz infantil.

-Esto no es sólo americulturización, Lia -dijo Grace, mientras el muchacho paseaba y arengaba-, sino una especie de aprendizaje de agresividad. Sólo participan hombres en esta experiencia, y les hacemos recitar el prólogo de *Patton* porque su excelso patriotismo exige al actor que se desprenda de esa caballerosidad y humildad asiáticas que reducen sus posibilidades de competir con Occidente.

-Amén -dijo Ralph C. Pollard.

Una fiesta de locos, pensó Lia. Todo cuanto he visto aquí es una invitación a volverse loco de remate. Antes de que pudiera seguir reflexionando sobre la locura de esta y otras actividades del CAL, Grace avanzó, le ordenó que la siguiera y salieron de la sala. Se internaron en otro pasillo y caminaron un largo trecho, hasta llegar a un tipo diferente de sala.

Se detuvieron frente a la puerta, que, cosa curiosa, estaba cerrada con llave. Lia vio el interior de la habitación a través de un cristal reforzado con una reja de alambre. Seis personas en estado de

Librodot

coma yacían en seis camas individuales. Todas ellas, a juzgar por el color de la piel y la fisonomía, debían de proceder de Oriente Medio, probablemente árabes. Dos eran mujeres jóvenes. Tenían electrodos o sensores de algún tipo sujetos con cinta adhesiva a puntos donde podía tomarse el pulso (brazos, garganta, sienes), y también llevaban puestos unos auriculares. Lia observó, incluso en aquellos que tenían los ojos cerrados, que sus globos oculares se agitaban con desesperación. Expresiones típicas de enfermos apopléjicos aparecían en sus jóvenes rostros. Un hombre vestido con una bata blanca arrugada paseaba entre las camas, controlando a sus pacientes y la máquina grabadora a la que estaban todos conectados, recibiendo propaganda hipnagógica.

-No hace falta que me lo expliques -dijo Lia-. Lo imagino.

-Las drogas no provocan efectos secundarios perjudiciales -le aseguró Grace-. Se limitan a aumentar el nivel de receptividad de los sujetos a las cintas. ¿Qué están escuchando hoy? -preguntó, volviéndose hacia Pollard.

-Éstos acaban de llegar, Grace. Son palestinos. Están recibiendo una lección preliminar en árabe sobre la santidad de cada persona y la necesidad de amar al prójimo como a nosotros mismos. Etcétera. No son conceptos *tan* extraños para ellos. Empezaremos con los ideales democráticos y las satisfacciones prácticas del capitalismo en cuanto les hayamos adoctrinado por completo sobre los puntos básicos. En cuanto a la enseñanza de las satisfacciones que proporciona la cultura popular norteamericana, bueno, deberán esperar hasta que estemos seguros de que no reincidirán en el fanatismo.

¿Cómo definirás *fanatismo*?, se preguntó Lia. Yo podría encontrar una definición que te incluyera a ti, a Grace y a todos los demás sabihondos del CAL, que intentan hacer del mundo un lugar seguro para la *Nabisco*, la *Chrysler* y la CIA.

De repente, un grito de angustia resonó en el largo pasillo hasta llegar a ellos. Después del grito, se oyó el ruido de pies que corrían, una conmoción inesperada en la soledad y penumbra del centro. Lia miró hacia atrás y vio a uno de los jóvenes que se hallaban en el simulacro de metro aparecer por la esquina, rebotar contra la pared opuesta y avanzar tambaleante en su dirección. Tenía los ojos abiertos de par en par y parecía trastornado. En cuanto les vio, sobre todo a Pollard y a la señorita Grace, se detuvo, doblándose en dos como azotado por una ráfaga de viento, volvió a erguirse y levantó un delgado brazo.

-¡No soy un norteamericano de mierda, buitres! -gritó-. ¡No soy de Indianápolis! ¡Soy vietnamita! ¡Si he de sufrir tales indignidades en este lugar -*sputch*-, escupo sobre él!

Escupió sobre el linóleo, y Lia se quedó sobrecogida al ver, en la semioscuridad del pasillo, que la saliva desprendía un ominoso brillo carmesí.

-Dios mío -murmuró.

Y entonces aparecieron los perseguidores del joven, compañeros de estudios y empleados del centro, irrumpiendo por la curva del pasillo como los policías de las películas mudas. Le habrían alcanzado y capturado, supuso Lia, si Grace no hubiera levantado la mano y agitado la cabeza para indicar que le dejaran.

-Vo Quang Lat -dijo-, ¿es que no te faltan sólo dos meses para recibir tu certificado?

-¡A la mierda mi certificado! -chilló-. ¡A la mierda!

Empezó a sonar una sirena, un zumbido amplificado que estremeció el laberíntico edificio. El estruendo, el ciclo continuo de la alarma, parecía que iban a continuar eternamente. Vo Quang Lat se arrastró hacia ellos, farfullando reproches, blasfemias, acusaciones, insultos, con su boca sanguinolenta; el ruido atronador hizo inaudibles todas sus recriminaciones.

-¡Quédate donde estás, Lat! -gritó Pollard-. ¡Te vas a meter en serios problemas!

Pero Lat no se detuvo.

¿Qué va a hacer?, pensó Lia. ¿Arrojarse sobre Pollard? ¿Estrangular a Grace? ¿Se me llevará por delante sólo porque voy con ellos? ¿Quién le habrá dado ese terrible puñetazo en la boca? Le habrá encajado los dientes en la cabeza.

Ahora, Lia pudo oír lo que mascullaba el deficientemente adoctrinado Lat.

-¡Estoy harto de estos juegos! Lo único que quiero es irme a casa. ¿Es demasiado pedir? ¿Es demasiado pedir que paréis de convertir mi país en *Disneylandia* y a mi pueblo en Mosqueperros?

El vietnamita escupió otra alarmante andanada carmesí.

Mientras la alarma continuaba sonando, los perseguidores de Lat se pusieron de nuevo en movimiento. Grace alzó la mano para disuadirles, pero Lat siguió avanzando, agitando el puño y maldiciendo incluso cuando el empleado de la bata blanca salió de la habitación cerrada con llave. Lia retrocedió. Grace comunicó con serenidad al vietnamita que lamentaría su conducta, que lamentaría en

Librodot

especial mandar a la mierda su certificado cuando estaba a punto de concluir la plena americulturización.

Lat no la escuchaba. Hundió una mano en el bolsillo de sus pantalones plisados y extrajo...

Lia no lo vio, ni tampoco tuvo la oportunidad de sopesar la última acción de Lat porque dos Policías Militares aparecieron en el pasillo detrás de ella, abriendo un par de pesadas puertas giratorias y saltando a distintos lados del pasillo para protegerse, si el demente al que intentaban detener iba armado. Cada policía llevaba una pistola, y cuando observaron a la multitud congregada detrás de Vo Quang Lat, uno de ellos gritó que retrocediera lo más rápido posible. Lia sabía que los policías tenían miedo de herir a algún curioso.

-¡Al suelo! -gritó el otro policía.

Pollard se dejó caer a cuatro patas. Grace, Lia y el hombre de la bata blanca se aplastaron contra la pared.

Lat, confuso, vio que los policías retrocedían hacia el pasillo de la sala de actos, y después se volvió en redondo para descifrar el extraño comportamiento de Pollard. Cuando el vietnamita sacó la mano del bolsillo, los dos policías, con las rodillas dobladas y las piernas abiertas, dispararon dos veces. El ruido fue ensordecedor. Luego, Lia comprendió que Grace o ella habían chillado. Vo, probablemente, pensó. Yo, probablemente.

Entretanto, Vo Quang Lat se apretó primero el brazo, después el estómago, y se desplomó como un saco.

Un líquido rojo manaba de su boca, un rojo profundo que ya había teñido sus labios y sus dientes. La mano que había sacado del bolsillo diseminó cuentas (¿un rosario roto?) sobre el arañado linóleo del pasillo.

Le han matado, se asombró Lia, atontada. Se han cargado al pobre tipo.

Mientras un Policía Militar se arrodillaba junto a Lat, Grace, fresca como una lechuga, cogió a Lia por el codo y la condujo hacia la víctima. El otro policía ayudó a Pollard a incorporarse, y pronto los seis, incluyendo al hombre de la bata blanca, estuvieron reunidos alrededor del vietnamita caído. Lia, bien a su pesar, estaba llorando.

-No está muerto -dijo Grace-. Los Policías Militares destinados al CAL nunca utilizan balas reales. Van equipados con tranquilizantes de alta compresión. El impacto dejó sin sentido a Lat, pero las drogas están empezando a actuar ahora. Claro que Miller -señaló al PM arrodillado- le ha sacado uno de los dardos, evitando que nuestro amigo duerma en brazos de Morfeo más de lo necesario.

-Pero la sangre...

Miller recogió una cuenta del suelo, se puso en pie y la depositó en la mano de Lia.

-Es una nuez de betel -dijo-, y estas manchas rojas que hay en la boca y la camisa del tío, bueno, es el jugo de las nueces de betel que iba masticando.

-Pensamos que tal vez llevaba una navaja en el bolsillo, o algo por el estilo -dijo el otro PM-. Por eso nos apresuramos a tranquilizarle.

-Los campesinos vietnamitas mastican nueces de betel para que sus sentidos no capten en toda su rudeza la pobreza de sus vidas. No es el caso de Lat. Entró una provisión para poder escupir su desafío, literalmente, al trabajo de nuestro centro. -Se volvió en redondo hacia el director del CAL-. ¿No previno que esto iba a ocurrir, Pollard?

-Lat parecía funcionar bien, Grace. En todo caso, parecía ir por delante de los demás. Se trata de algo, hum, inesperado por completo.

-Y una mierda -dijo Grace-. Una mierda elevada a la setenta y siete potencia.

Lia se dio cuenta de que el PM llamado Miller estaba examinando su chaqueta.

-Me gusta su broche -dijo en tono confidencial-. Quiero que sepa que yo también soy cristiano.

De regreso por la autopista 27 hacia Pine Mountain, Grace aseguró a Lia que había visto el CAL de Fort Benning en el curso de una jornada muy poco corriente. En los casi doce años que llevaba funcionando, los casos de lapsos reincidentes, como el de Vo Quang Lat, podían contarse con los dedos de dos o, como máximo, de tres manos. El cálculo, por supuesto, no incluía a terroristas o guerrilleros de la línea dura, que constituían una clase muy diferente de aliados tan agradecidos como los sudvietnamitas, o de enemigos tan apalizados y abatidos como el Ejército Rojo del Norte y sus camaradas del Frente de Liberación Nacional, o sea, el Vietcong.

-¿Qué le pasará a Lat?

-¿Por qué? -preguntó Grace.

Librodot

-Curiosidad. Quiero decir, ¿le castigarán? ¿Le meterán en una celda o...?

-¿Le ejecutarán?

-¿Por sufrir un ataque de nervios durante el proceso de americulturización? Claro que no.

-Por supuesto que no. De ningún modo. Hablaremos con él y volveremos a empezar.

El *Cadillac* se desplazaba con suavidad entre las motas de luz y sombra que los pinos arrojaban sobre la autopista 27. A la izquierda de Lia, los rayos rojizos del sol declinante se filtraban entre los árboles, cayendo hacia la tierra cerca de Lannett u Opelika. Lia tenía la sensación de haber estado ausente de Pine Mountain años, en lugar de una sola tarde.

-¿Te gustaría trabajar para nosotros en el CAL de Fort Benning?

Lia se esforzó en no aullar de estupor. Perfecto. Yo, un producto del movimiento pacifista previo al desastre, tratando egos orientales para el rey Ricardo. El simple hecho de aceptar tratarte ya ha puesto mi matrimonio en peligro. Ir a trabajar en uno de tus centros significaría el D-I-V-O-R-C-I-O, sin duda alguna. Sé muy bien cuál será el comentario de Cal sobre lo de esta tarde. ¿Trabajar a tus órdenes? Sólo de pensarlo me estremezco...

-¿Debo imaginar que es un no?

-Ya tengo mi propia consulta, Grace.

-Y ya he visto lo penosamente bien que te va, ¿no es cierto?

Tan penosamente bien como tu CAL, pensó Lia, aunque no dijo nada.

-Podrías encargarte de los casos difíciles. Lat, por ejemplo.

-No estoy preparada para americulturizar, Grace. Carezco de los conocimientos necesarios.

-No es verdad. Nuestra primera sesión me ha convencido de que puedes practicar cualquier tipo de psicoterapia que te dé la gana.

-Ésta no.

-¿Por qué no nos concedes un día a la semana?

-Ya me he comprometido bastante dedicándote a ti un día a la semana. No puedo renunciar a otro.

-¿Y si fueras el mismo día?

Una terrorífica inquietud se apoderó de Lia.

-Grace, por favor, no me impongas eso como condición para continuar tu terapia. Me pondrías en un aprieto.

Aunque es muy posible, pensó Lia, que disfrutes poniendo en aprietos a la gente.

Los neumáticos del *Fleetwood* zumbaban sobre el asfalto. Los rayos del sol penetraban en el coche como cuchillos manchados de sangre.

-Voy a contarte algo -dijo Grace-. Una confidencia. No está relacionada con mis sensaciones de confusión y tedio, sino con Hiram y mi relación con él.

No, por favor, rezó Lia. Por ahora no.

-El Presidente ha declarado que no volverá a presentarse, que se retirará a San Clemente y escribirá sus memorias. Bien, es muy posible que apoye a mi marido para la nominación republicana del 84. Si subes a bordo ahora, Lia, tienes todos los números para ser la psicóloga de la Primera Dama. Ser Primera Dama acabará probablemente con mi abulia, y ser mi psiquiatra personal culminará tu carrera. Nunca tendrás que mendigar clientes o nivel social. El mundo hará cola ante tu sofá.

-Diván.

-Lo que sea. Quiero que lo pienses, Lia, y quiero que lo discutas con...

Se interrumpió.

-¿Cal?

-Por supuesto. Con Cal. El Presidente cree que después del vapuleo que le dio a Jimmy en el 76, Georgia se merece otro candidato, y Hiram, si bien sólo ha sido elegido para un puesto en la Cámara Legislativa del Estado, es justo el tipo ideal para sucederle. Voy a ayudar a Hiram, y quiero que tú me ayudes a mí.

-Yo no me dedico a la política, Grace. No trabajo en las campañas. Mi campo es la psicología cognitiva.

Grace ladeó la cabeza levemente y dirigió a Lia una mirada de una terquedad tan presumida que irritó e intimidó al mismo tiempo a la joven. No me gusta lo que está pasando aquí, pensó. Esta mujer está intentando suplir sus diversas carencias particulares doblegando mi voluntad. Lo que me asusta es que tal vez sea capaz, no sé cómo, de conseguirlo.

Coronaron la montaña, dejaron atrás los Jardines Callaway y se internaron en la ciudad inundada de sol, donde la actriz dejó a Lia frente a su portal, despidiéndose de ella con un cabeceo y regresando hacia la autopista 27.

Lia observó, con alivio y gratitud, que el baqueteado *Dart* de Cal estaba aparcado junto al patio. Su marido estaba a salvo en casa. No, no, no, pensó, mirando las luces posteriores del *Cadillac* en la lejanía. Tengo una ventaja sobre usted, señora: mi tierno, estable y satisfactorio matrimonio. Y entró en el apartamento para darle un beso a Cal y preguntarle qué tal le había ido el día.

Librodot

15

Twitchell, contoneándose como John Wayne, pero sin la boina, paseaba por las galerías West Georgia Commons. Habló un momento con la joven sentada ante la caja registradora de la librería *Gangway*. Después, subió por el bulevar hasta un salón de videojuegos llamado *El Barril de la Diversión*. Entró en este ruidoso lugar por una entrada adornada con paneles que parecía la boca de un gran barril de madera caído de costado.

¿Dónde estás, maldito mono amarillo?, cantaba Twitchell mentalmente. Ven con papaíto.

El salón de juegos estaba oscuro. Luces púrpura y ámbar procedentes de las pantallas de vídeo fracturaban las sombras, pero los chicos que se encontraban de pie ante las consolas (¿truhanes, pasotas?) eran meras siluetas, personas irreconocibles. Twitchell tuvo que dar dos vueltas al salón para localizar a Le Boi Loan.

Lone Boy estaba semiencorvado ante un juego llamado *«Phun Ky Gong»*. Twitchell, padre de dos adolescentes, sonrió; él también había jugado a éste. Era el favorito de sus chicos, o lo había sido hacía uno o dos años. Se utilizaba el joystick para mover una figura apodada «Grady Grunt» por los túneles de Cu Chi, en persecución de un guerrillero vietnamita llamado Phun Ky Gong. Cuando tenías a Grady lo bastante cerca, se apretaba el botón y abrasabas el estrecho trasero de Gong con un lanzallamas.

No era tan sencillo. Gong intentaba siempre atraer a Grady hacia un pozo de estacas de bambú, o directamente bajo la entrada de un túnel por el que Gong y sus coleguis del Vietcong arrojaban una roca descomunal. Por si no fuera suficiente, recordó Twitchell, tenías que freír a *cinco* Phun Ky Gongs antes de que Grady pudiera avanzar hacia la siguiente fase del juego, un nivel de los túneles Cu Chi aún más laberíntico y traicionero.

Twitchell se colocó detrás de Loan y miró. De todos los aparatos que les rodeaban surgían ruidos peculiares: *¡Pop pop pop! ¡Blippa-blip-blippa! ¡Ka-fiou-pou-pou!* Como siempre, los efectos sonoros pusieron nervioso a Twitchell, y en cuanto Lone Boy situó a Grady en un buen lugar para asar a Gong, apoyó la mano en el hombro del pequeño vietnamita.

-¿Cómo te va, tirador de primera?

Las manos de Lone Boy abandonaron los controles. Se volvió en redondo, echando chispas por los ojos.

-¡Oye, capullo, ésta es mi jodida hora de comer!

-Estoy seguro, Loan -respondió Twitchell.

A la defensiva, y chuleando. El pobre mono está cagado de miedo.

En la pantalla de Lone Boy, la figura de Gong, libre de trabas, cavó un túnel bajo Grady Grunt, provocando que Grady cayera en una red que se cerró a su alrededor como una bolsa de malla alrededor de una cebolla. Sonó un brioso canto fúnebre. La partida había terminado. Lone Boy había perdido.

Lone Boy miró la consola de *«Phun Ky Gong»*.

-¡A la puta mierda! ¡Me has hecho perder veinticinco jodidos centavos!

-Trato de ganarte algo que vale muchísimo más que eso. El respeto de una dama muy importante.

-Vas a darme otros veinticinco centavos, cabrón.

-Oye, tío, un boina verde no da ni las gracias. -Twitchell arrastró al cabreado Lone Boy hasta una esquina del *Barril de la Diversión*, donde había dos solitarias máquinas de millón. Nadie estaba jugando con ellas; nadie iba a jugar con ellas-. ¿Te suena la palabra *readoctrinamiento*, amigo mío?

Desde luego que sí. El rostro del enano se demudó. Ahora ya sabe de dónde vengo, se regocijó Twitchell.

-¿Quién es usted? -preguntó Lone Boy, intentando recobrar la serenidad.

Apartó la mano con que el hombre del Servicio Secreto le retorcía el brazo.

-Ya sabes lo que necesitas saber. Creo que podemos pasarnos sin mi nombre.

-*No* sé lo que necesito saber. Como, por ejemplo, ¿qué quiere usted?

-¿Cuándo vamos a obtener algunos resultados?

-Sé dónde vive. Le dediqué cierto tiempo y averigüé dónde vive.

-La dama que he mencionado antes... Hasta *ella* sabe dónde vive ese tipo. Eso y nada es lo mismo. ¿Qué más tienes?

-Hace dos o tres días le llevé un pedido de libros, toda una colección de Philip K. Dick. Se puso muy contento.

Hostia, pensó Twitchell.

-Cojonudo, Loan. ¿Cuándo vas a moverte? Ésa es nuestra pregunta.

-Escuche, trabajo de día y trabajo de noche. A veces he de dormir, ¿no? Y ver a mi familia.

-Accediste a una serie de condiciones.

-No puedo entrar en su casa si ellos están, ¿verdad? Sólo es posible de día, y de día trabajo.

-Tómate uno libre. Ponte enfermo.

-Y, además, tienen un perro. Enorme. Lo dejan encadenado en la parte delantera cuando se van.

-Entra por atrás.

-El perro me oirá, tío. Ladrará. Me devorará si se libera de la cadena.

Al oír esto, Twitchell volvió a retorcer el brazo de Lone Boy. Retuvo a su lado al vietnamita americulturizado y caminó con él por las galerías hasta llegar al aparcamiento. El enano continuaba agitando el codo, pero Twitchell no soltó su presa y no tardaron en detenerse ante el maletero de un *Dodge* último modelo. Un camión destartalado descargaba neumáticos al otro lado de las galerías; el humo del motor dibujaba un tenue macramé de nubes primaverales.

-Utiliza esto.

Twitchell tendió a Lone Boy una pistola militar y una caja plana rectangular.

-¿Dispararle? No pienso dispararle. Antes preferiría volver a pasar por su jodido programa.

-Mira en la caja.

Lone Boy obedeció. Su expresión traicionó su asombro.

-Utiliza esto en lugar de munición convencional. Le dejará inconsciente un rato. ¿Satisface eso tu virtuosa conciencia?

-¿Cuántos?

-Sólo uno. Los otros son por si fallas. Supongo que podrías llamarlos precauciones.

Lone Boy miró la pistola y la levantó. Twitchell sacó una caja de zapatos vacía del maletero, se la dio y le dijo que ocultara la pistola y los tranquilizantes.

-Te diré otra cosa que necesitas saber. Ese Cal Pickford al que se supone que pisas los talones... La madre de su mujer estiró la pata anoche. El funeral se celebrará mañana a las dos. Por lo visto, tendrá lugar una especie de reunión después, en la «Baronía del Sinsonte Pardo», la granja en la que trabaja el hermano de la doctora Bonner. Es probable que todo el clan se reúna allí. Hasta que oscurezca, al menos.

-¿Espera que lo haga de día?

-Tienes una excusa para cualquier otro momento.

La tenía y, observó Twitchell con satisfacción, este sencillo comentario le había serenado. Loan estaba mirando la caja de zapatos, humedeciéndose los labios y frunciendo el ceño. Sopesando los méritos de la sugerencia.

-De acuerdo -dijo al cabo de un momento-. De acuerdo.

Caminó hacia la entrada posterior de las galerías, sujetando la caja de zapatos bajo el brazo, como si fuera un objeto que hubiera salvado de un tornado.

Twitchell levantó su lanzallamas imaginario y lanzó una imaginaria andanada hacia el estrecho trasero de Le Boi Loan. Te pillé, gritó en silencio, te pillé te pillé te pillé, maldito mono amarillo.

Librodot

16

Lo peor ya ha pasado, pensó Cal, mientras acompañaba a Lia desde la tumba de su madre a la limusina plateada. Irían desde el cementerio, junto con Jeff y Suzi Bonner y sus hijos, Martin y Carina, hasta la «Baronía del Sinsonte Pardo». Todos los que habían querido, o siquiera conocido, a Emily se dirigirían también a la granja, llevando bandejas de pollo y jamón, cuencos de verduras cocidas, jarras de té, diversos postres; comida suficiente para alimentar durante varias semanas a los soldados británicos y argentinos que combatían en las Malvinas.

Esta recepción postfuneral sería una experiencia penosa, pero no tanto como los dos días pasados en el Hospital Meriwether Memorial, después de que Emily sufriera un infarto de miocardio agudo en el Eleanor Roosevelt. Habían sabido casi desde el principio que sólo cabía esperar a que muriera. Y, desde luego, la recepción sería menos penosa que su desplazamiento al depósito de cadáveres de LaGrange para ver el cuerpo. Lia, psicóloga o no, había llorado tanto que sus ojos tenían el aspecto de haber sido alcanzados por pelotas de tenis golpeadas con fuerza.

De hecho, aún tenían ese aspecto, y Cal abrazó a Lia en el asiento trasero, apretándole el hombro, siguiendo con un dedo solícito los inflamados círculos que aparecían bajo sus ojos, hasta que ella, cansada de sus atenciones, le cogió la muñeca y le dejó la mano con suavidad sobre el regazo.

Lo peor *tiene* que haber pasado ya, reflexionó Cal. Emily ha sido enterrada, se han pronunciado todos los panegíricos y la gente se halla reunida alrededor de Jeff y Suzi, de Martin y Carina. Y Lia y yo. Hasta yo, Cal Pickford, el yerno forastero al que Emily parecía considerar en ocasiones, injustamente, el Ángel de la Muerte.

Suzi y Martín iban con Lia y Cal en el asiento posterior de la limusina. Jeff y Carina iban delante, con el joven e inexperto conductor de la funeraria.

Los hijos de los Bonner, de once y nueve años, respectivamente, estaban desolados, afligidos como cualquier adulto, aunque más doloridos y sin entender bien lo que pasaba, y no decían nada.

Buenos chicos, decidió Cal. Realmente admirables, personas de primera. Nunca había reparado en su dignidad hasta aquel momento. Siempre le habían parecido niños normales, despeinados y pecosos, ni lumbreras ni monstruos de maldad. Sin embargo, su dolor le llamaba la atención, colocándoles en un primer plano. Habían perdido a alguien a quien querían, y Cal se sentía solidario con ellos.

En cuanto a Suzi, bueno, también era una persona decente. Extrañamente solemne, incluso en ocasiones dichosas, consciente, tal vez, de que Martin y Carina estaban creciendo en un mundo diferente. Ahora, ya no se iba contra corriente. Si se bailaba, se bailaba al son del flautista de nariz en forma de pista de esquí. La solemnidad que sus hijos exhibían hoy les sería útil el día de mañana. No tendrían muchas ocasiones de reír si las cosas seguían igual, y Suzi, aunque desde una posición moderadamente privilegiada, lo sabía.

Cal miró la nuca de Jeff. El hermano de su mujer. Un tipo que no se merecía una mujer y unos hijos tan buenos como éstos. No es que fuera idiota, pero rendía pleitesía al orden establecido. Dirigía una granja de caballos que pertenecía a un hombre caprichoso que siempre se hallaba ausente, un tipo llamado, en serio, Denzil Wiedenhoedt, que había amasado su fortuna durante los años cincuenta, vendiendo e instalando alfombras de pared a pared.

A Jeff le iba de coña la situación. Las injusticias que esta administración infligía a personas que gozaban de menos influencias no significaban nada para él. Jeff ignoraba estas injusticias. Se *esforzaba* por continuar ignorándolas. Por ese motivo no apreciaba a Cal, y le habría gustado que Lia se casara con un chico de la región.

Quizá estás siendo injusto, se reprendió Cal. Al fin y al cabo, en la granja hay un peón negro, Kenneth «Cara de Caballo» Stout, y Jeff le tiene en nómina.

Y cuando llegaste y luchaste por encontrar trabajo, Lia le pidió a Jeff que te contratara, no para sustituir a Stout, sino como supervisor o peón extra, tareas de las que el propio Jeff se encargaba. Por lo tanto, señor Pickford, es posible que estés ofendido con Jeff.

Cal sintió una punzada de irritación. ¿Es que no estaba ofendido también con el mozo de cuadra Stout? Desde luego, porque, de no ser por Stout, Cal habría encontrado trabajo en la granja desde el principio...

-Me sorprende que Grace Rinehart y el Secretario Berthelot hayan venido, Lia. -Suzi interrumpió sus elucubraciones-. Para que haya hecho acto de aparición, has de haberla impresionado bastante.

Eso era, pensó Cal. Acto de aparición. La mujer era un hacha en hacer actos de aparición. Toda su vida es una aparición.

-Justo lo que necesitábamos en el funeral de Emily -dijo en voz alta-, un par de peces gordos y algunos gorilas armados del Servicio Secreto.

-Es guapísima, ¿verdad? -dijo el chofer de la limusina.

Llevaba un traje oscuro y, a pesar de la temperatura suave, guantes de piel de becerro.

-Prefiero que haya seguridad en un funeral a que no -dijo Jeff, sin volverse-. ¿Qué te ocurre, Cal? ¿Te han puesto nervioso?

-Ha sido una exhibición, Jeff. Ninguna de esas personas conocía a tu madre, y a ninguna de ellas le importa una... -la presencia de los niños dictó la palabra que Cal eligió-, un bledo que haya muerto. Todo es política.

-No me enloquece la forma en que Grace hace algunas cosas -dijo Lia-, pero no es una persona insensible. Su presencia en el funeral ha sido una exhibición, de acuerdo..., pero de interés y preocupación.

-Ha sido un gran detalle -abundó Suzi.

-¿Y qué me decís de Hubby Hiram? -preguntó Cal, molesto.

-Ha venido porque acababa de llegar de Washington y Grace le pidió que viniera. Así se comportan los buenos maridos. No le habría costado nada encontrar una excusa para dejar de asistir. Imagino que tiene mucho trabajo; su ganado, sus osos Brezhnev, las discusiones sobre apoyos a los precios y todo eso.

-Pero los agentes de las boinas verdes -dijo Jeff, mirando al frente- ponen frenético al pobre Calvin. Algo está corroyendo a Calvin. Probablemente su conciencia.

Que te folie un pez, pensó Cal.

-No me gusta la Gestapo, Jeff -dijo en voz alta-, y me da igual el color de sus sombreros.

-¿Gestapo? -preguntó el chofer-. ¿Quiere decir alemanes?

-Los hombres del Servicio Secreto no son Allanadores -replicó Jeff-. Ni siquiera son tan secretos. Llevan las boinas para demostrarnos que no tienen nada que ocultar.

-Querrás decir para intimidarnos.

-Cal, eres un verdadero paranoico.

-A mí me gustaría llevar una boina algún día -dijo Martin.

-Parecerías un idiota -le dijo Carina, una voz incorpórea procedente del asiento delantero.

Suzi impidió que Marty contestara.

-Van en los tres coches que nos siguen, tíos -dijo el chofer, mirando por el retrovisor-. Si alguien se ha puesto frenético por su llegada al funeral, también lo pasará fatal durante la fiesta. Confío en que haya mucha comida.

Cal miró hacia atrás. El coche que les seguía era el *Cadillac* color rojo oscuro de Grace Rinehart. Hoy, sin embargo, contaba con la presencia de dos agentes con boina. La señorita Rinehart y Hiram Berthelot iban en el asiento trasero del coche que venía a continuación. Detrás de éste, visible cuando la limusina mortuoria giró por una carretera vecinal, venía un tercer coche, lujoso y blindado. Docenas de coches de todas las formas, tamaños y marcas se arrastraban detrás.

Esto no es una procesión fúnebre, pensó Cal. Es una jodida caravana.

-Invité a Grace a venir -dijo Lia-. La telefoneé ayer y le dije que nos encantaría recibirla. Y también al Secretario Berthelot. ¿Hice bien?

Lia miró a Suzi, sin hacer caso de Cal, esperando un sí o un no.

-Por supuesto -contestó Suzi-. Nuestra casa es tu casa, Lia. Ya lo sabes. Puedes invitar a quien quieras.

A Vlad el Empalador, pensó Cal. A Atila el Huno. A Adolf Hitler. A quien te dé la gana.

La «Baronía del Sinsonte Pardo» se hallaba a unos nueve kilómetros al noroeste de Pine Mountain. Comprendía treinta hectáreas de tierra, una docena de purasangres muy nerviosos, unos veinte caballos de carreras y un establo muchísimo más grande que la casa de los Bonner.

Aunque no era tacaño, Denzil Wiedenhoedt pensaba que la mayor parte del dinero que se gastaba en la finca debía destinarse al mantenimiento de las vallas y del terreno y a la alimentación y

Librodot

cuidado de los caballos. Sin embargo, nada más enterarse de la muerte de Emily, envió por telégrafo a los Bonner mil dólares para que levantaran un gigantesco pabellón frente a su casa (un remolque de tamaño doble mal disimulado) y trasladaran las mesas de la iglesia al jardín para acomodar a la gente, incluido él, que acudiría a la recepción postfuneral. También se había encargado de traer retretes portátiles, un empleado para el aparcamiento y una sinfonola cubierta con una tela negra.

La sinfonola estaba tocando el tipo de música gazmoña que le ponía los pelos de punta a Cal. De la cabeza a los pies.

Lia estaba siendo consolada, bajo el alto y ribeteado pabellón, hasta por diez personas a la vez; el Secretario de Agricultura estaba hablando con Wiedenhoedt; y la señorita Grace se encontraba de pie tras una de las mesas, negándose con educación a firmar autógrafos y sirviendo guisantes, batatas confitadas y verduras (nabos, berzas, mostaza) a todo aquel que pasaba frente a ella con un plato de papel de diseño. Probablemente piensa que es Jesucristo lavando los pies a sus discípulos, decidió Cal.

Dos hombres del Servicio Secreto remoloneaban cerca de la Bella de la Libertad, mientras otros cuatro agentes vigilaban a Berthelot y Wiedenhoedt, mirando a la multitud como sabuesos que registraran un campamento de vagabundos en busca de alborotadores.

Cal tuvo la sensación de que todo Fine Mountain, y cien personas más, habían acudido. El señor Kemmings se hallaba presente. Cal le llevó un plato a una mesa cercana a la casa de los Bonner y conversó unos minutos con él. Después, vio a Shawanda Bledsoe, acompañada de algunos amigos y miembros de su familia, y les indicó por señas que se acercaran a las mesas para que, más tarde, pudieran jactarse de que Grace Rinehart -sí, la *auténtica* Grace Rinehart- les había servido batatas dulces y verduras durante el bullicioso funeral de una blanca.

Cal intentó un par de veces hacer señales a Lia, pero era inútil: los consoladores la asediaban. Por fin, abandonó el jardín y se dirigió a los establos por la carretera de tierra. Los colores de los perales y membrillos bailaban ante él. Entretanto, la música vomitada por la estúpida sinfonola de Denzil Wiedenhoedt, al igual que el griterío de las mesas, empezó a perderse en la lejanía, y oyó tenues relinchos en el establo. También percibió el olor acre e intenso de los caballos.

Las enormes puertas del establo, capaces de admitir dos camiones, estaban abiertas, revelando hileras de cabinas pintadas de gris, unas veinte a cada lado, y el suelo de hormigón, tan bien pulido que brillaba como marfil. La puerta del otro lado parecía tan lejana como Italia, pero tragaluces practicados en el techo derramaban luz solar por todas partes, columnas de azúcar hilado que se entrecruzaban. Motas de polvo y hebras de heno o paja remolineaban en estos rayos, recordando a Cal formas de vida desconocidas en un colosal acuario desprovisto de agua.

Recorrió la fila de cabinas, escuchando el sonido hueco de sus zapatos estilo Oxford (que sólo utilizaba los domingos) y mirando a los nerviosos purasangres. Dios mío, pensó, qué hermosos son. El nombre de cada caballo estaba escrito en su casilla: *Veloz como el rayo, Intervención divina, Radiactivo, Ubicuidad,* y así sucesivamente.

Al otro lado de las puertas más alejadas había caballos pastando; por lo tanto, algunas casillas estaban vacías y Cal se detuvo ante una para estudiar su diseño. Se dio cuenta al instante de que «Cara de Caballo» Stout había construido una plataforma alrededor de la casilla, a la misma altura que el abrevadero de hormigón; así podía izarse sobre la plataforma para limpiar y almohazar los caballos a su cargo.

«Cara de Caballo» Stout y yo, pensó Cal. Dos hombres que se dedican más o menos a lo mismo. Él con sus caballos, yo con mis osos Brezhnev.

-Necesito un porro -dijo en voz alta.

Buscó un sitio. El pasillo que separaba las cabinas no era apropiado. Los purasangres eran muy sensibles. El humo les irritaba, y piafaban y se encabritaban si se encendía fuego cerca de ellos. Si se les molestaba demasiado, coceaban con violencia la cabina, casi con testarudez, hasta herirse en el flanco o clavarse una astilla en el casco, como si fueran conscientes de que autolesionarse era la única forma de que el causante de su irritación se arrepintiera. Somos mamones caros, decía su actitud, y si no nos tratas bien, te humillaremos para castigarte.

Por fin, Cal se encaminó a la habitación donde se guardaban las sillas de montar. Éstas descansaban sobre caballetes o estaban amontonadas sobre una mesa de madera terciada. Y como Wiedenhoedt tenía caballos de carreras tanto para trabajar en la granja como para correr, en una pared colgaban tres sillas fabricadas al estilo del Lejano Oeste, muy bien lustradas. Un surtido de bridas, anteojeras y embocaduras colgaban de ganchos de madera.

En la habitación también había cajones para ropa, un televisor, un par de sillones y una nevera llena de refrescos y cervezas. Lo mejor era la ducha encajada detrás de la media pared que sostenía los

Librodot

cajones, ideal para jinetes agotados.

Intimidad.

Cal se deslizó en el interior del reservado. Nadie lo había utilizado recientemente; los azulejos de color aguacate estaban secos. No tuvo el menor reparo en sentarse en el rincón con su mejor traje y buscar los materiales necesarios en sus bolsillos.

Sacó de un bolsillo interior de la chaqueta el ejemplar de *«La burbuja rota de Thisbe Holt»*, editado por *Pouch House*. Formaba parte de la remesa que Le Boi Loan le había entregado en mano en el *Emporio de los Animalitos*, un día antes de que Emily sufriera el infarto. Provisto del imprimátur pertinente de la Comisión de Censura para los Medios de Comunicación, era el único título realista de Dick que Cal aún no había leído. No había tenido ocasión de abrir el libro hasta ahora, debido a las vigilias en el hospital y a los preparativos del funeral. Se sentía un poco culpable por leerlo mientras se celebraba la recepción, pero nadie iba a echarle de menos, y tampoco pensaba ausentarse durante mucho rato.

Cal dio una o dos caladas al cigarrillo antes de volver la página primera del capítulo primero.

Al instante, tuvo una visión de Emily de cuerpo presente, pero en una extraña dimensión más allá del tiempo. Sabía que esta visión no tenía nada que ver con la marihuana. No era la *Cannabis sativa* lo que conjuraba esta imagen mental, sino su dolor y el de Lia.

Emily flotaba ante él, en la puerta abierta de la ducha, levitando en una nube o en una mortaja, en una mortaja o en una nube (Cal pensaba en absurdos sonsonetes), el enjuto rostro pálido como la cera y las manos detrás, como garras de yeso.

-En otro tiempo viva, pero ahora muerta.

La banalidad más profunda, o la profundidad más banal, que un ser humano podía decir.

Un misterio.

El volumen de *«Thisbe Holt»* resbaló de la mano de Cal. Tenía los ojos clavados en Emily, pero retener esta imagen de su fallecida suegra le costó varias caladas rapidísimas, violando todos los códigos que conocía de la etiqueta inherente a fumar marihuana.

No era posible.

La mujer empezó a mudar casi al instante. Sus facciones se fundieron como si potentes focos las iluminaran, volviéndose a formar como si manos invisibles las moldearan de la nada. Tuvo lugar una espeluznante nueva disposición de pómulos, frente, nariz, barbilla, cavidades oculares y boca. La cara de la madre de Lia desapareció. Un segundo rostro femenino emergió de la materia cerúlea, perteneciente éste a la madre ya fallecida de Cal, Dora Jane Pickford.

Cal no podía moverse. Notó que el porro le estaba quemando los dedos, pero no lo tiró. Esta cara era la de su madre, en efecto. Tal como era en 1971. Tal como él la *imaginaba* en su ataúd..., aunque nunca la había visto en él.

Antes de que pudiera hablar, el rostro de Dora Jane empezó a transformarse. Si bien esta vez se hizo una idea de lo que le aguardaba, cuando estas facciones se desmoronaron, volvieron a llenarse y reprodujeron el rostro de Royce Pickford, su padre. Cal se quedó estupefacto a su pesar. Sorprendido.

Sabía que la muerte de Emily había provocado esta visión, pero saber esto no mitigaba el terrible dolor de ver a sus padres, muertos desde hacía tanto tiempo. Igual que la pena por la pérdida que había sufrido su mujer no mitigaba la intensidad de la pena que sentía por él mismo.

Por fin, Cal tiró el cigarrillo y, chupándose las ampollas que le habían salido en la mano, se precipitó hacia delante para tocar el cadáver flotante de Royce Pickford. Su padre se disipó al instante y Cal se encontró a cuatro patas en el borde de la ducha, a punto de salir disparado de cabeza hacia la habitación de las sillas de montar. A punto de chillar como una res caída bajo la almádena.

El Vicepresidente que acompaña al rey Ricardo durante su primer mandato ha llegado a Denver un día antes de la Reunión de la Victoria. La ciudad ha previsto un desfile en la avenida Colfax, y «Spiro el Aguerrido», como suelen llamarle los chicos de Boulder, va a ser el maestro de ceremonias.

Cal ha venido en su camioneta desde el rancho que Arvill Rudd posee en Gardner para presenciar el espectáculo. Ha asegurado a la Policía Estatal, en cinco o seis controles de carretera diferentes, que no es un hippie depravado, sino un patriota del copón bendito, y ha ejecutado este malabarismo improbable escondiendo la trenza india debajo de su *Stetson*, diciendo síseñor y noseñor tropecientas mil veces y demostrando repetidamente que el portaequipajes de la camioneta no contiene cócteles Molotov..., sino diminutas banderas norteamericanas.

Al llegar a Colfax, Cal se coloca cerca de un grupo de soldados de Fort Carson. Ejecutivos,

madres con niños en edad preescolar, estudiantes universitarios con chaqueta y corbata, y un amplio muestrario de otros curiosos (entre los que no se halla ningún bohemio contracultural) se alinean en la misma acera. Cal se asombra de que la composición de la multitud sea tan diferente de la que fue tan sólo dos años antes, cuando casi todos los melenudos, pacifistas y hippies de la nación convergieron en Denver para decirle a «Spiro el Aguerrido» dónde podía meterla y por qué.

Pero el talante de la nación ha experimentado un cambio radical (aunque sería mejor calificarlo de notablemente *conservador*), y el rey Ricardo y el Congreso que él ha engatusado e intimidado se lo han puesto cada vez más difícil a los antibelicistas. De hecho, los senadores Morse y Fulbright han cambiado de bando, alegando la intransigencia del Gobierno de Vietnam del Norte y las atrocidades cometidas por sus tropas contra miles de civiles sudvietnamitas durante la ofensiva del Tet de 1968.

El propio Cal conoce a algunos muchachos, en otros tiempos hippies, que han aceptado recientemente el argumento de que el conflicto de Indochina *no* es una guerra civil, sino un caso claro como el agua de flagrante agresión. Los agresores son las legiones rojas del tío Ho; los agredidos son los valientes ciudadanos del democrático Sur. Los conversos a este punto de vista, el punto de vista contundentemente enunciado por el rey Ricardo, le recuerdan con frecuencia a Cal a cristianos reconciliados con su religión. Son fervientes en su fe, y no saben hablar de otra cosa.

Los soldados próximos a Cal estallan en aplausos.

-¡Ahí está! -chilla uno.

Los sonidos que surgen de dos bandas diferentes, la de una escuela secundaria local, y la otra de Fort Carson, chocan, recordando a Cal una sinfonía sardónica de Charles Ivés.

El Vicepresidente va en la primera carroza, que se parece a un portaaviones, de pie en la proa, en el interior de un cilindro de plástico destinado a protegerle de misiles enemigos. Está hablando, y sus palabras amplificadas resuenan en el largo cañón de Colfax como las declaraciones de un juez apoplético.

-¡...los charlatanes imbéciles que os dicen que lo negro es blanco y que lo blanco es negro! -aúlla, frunciendo el ceño-. Bien, ahora ya nadie les cree. Sus días han terminado, y nuestra aurora acaba de amanecer. Por lo tanto, mirad a vuestro alrededor. Si veis a uno de esos amargados y agoreros voceadores de gratuidades engañosas, ¡dadle una patada en los huevos!

¿Qué cono significa *eso*?, se pregunta Cal. A ninguno de los reunidos parece importarle una mierda. Da la impresión, sin embargo, de que «Spiro el Aguerrido» haya pulsado la tecla conveniente, y que el tono de su lenguaje -de un grosero grandilocuente- haya hecho gracia a todo el mundo.

Pero el Vicepresidente no tarda en continuar adelante, y aunque varios soldados corren detrás de su carroza, agitando las gorras, Cal ha venido a Denver por otro motivo. Reuniones de la Victoria como ésta llevan celebrándose desde hace tres meses, en ciudades estratégicas de todo el país, presididas casi siempre por un alto dirigente de la administración. Nueva York tuvo a Kissinger, recuerda Cal. Boston, a Melvin Laird. Chicago, a William Rogers. Y así sucesivamente.

Pero Cal está interesado en sencillos miembros de su familia, no en peces gordos.

Hace un año, Royce y Dora Pickford, propietarios de un periódico semanal de Snowy Falls (Colorado), así como de algunas cabezas de ganado, fueron detenidos por adoptar una línea antigubernamental y por enviar ejemplares del sedicioso *«Huérfano Warrior»* a todos los políticos influyentes de Washington. Detenidos, no obstante, es una expresión inexacta: los padres de Cal desaparecieron, sencillamente. Sólo tras varias semanas de pesquisas persistentes y arriesgadas pudo averiguar que su padre se encontraba en una prisión estatal de Canyon City, y su madre en una «casa de salud» (*casa de salud* es el término confuso que utiliza el Gobierno) de la Base Aérea de Colorado Springs.

Su padre, un hombre rudo pero honrado, en una instalación destinada a criminales, violadores y fauna similar. Su madre, la más bondadosa y sociable de las mujeres, aislada por la fuerza de sus familiares y amigos.

Fueron, y son, atropellos. Auténticos atropellos. Pero nadie le permitirá visitar a sus padres. En una ocasión, cuando se llegó hasta la base aérea para echar un vistazo a la «casa de salud» de su madre, oficiales de seguridad le sorprendieron y escoltaron hasta los límites de la ciudad, advirtiéndole de que cualquier otra irrupción no autorizada concluiría con su detención.

Cal ha obtenido por fin las direcciones de sus padres, gracias a la mediación de varios representantes electos de su condado y distrito electoral. Intercambia mensualmente con su madre cartas en localidades que van cambiando (aunque la dirección de Dora sigue siendo la misma) y con su padre en Canyon City, pero está seguro de que cualquier noticia sobre Royce enviada a su madre, o cualquier noticia sobre Dora enviada a su padre, se borra con tinta negra o se recorta con hojas de

Librodot

afeitar antes de que la Comisión de Censura Ciudadana dé vía libre a sus comunicaciones. Tampoco importa mucho, en realidad, porque las cartas que recibe de sus padres llegan siempre con tachaduras o recortes, y no hay muchas cosas que contarle, pero...

Cal ha venido al Desfile de la Victoria. Contempla a una tropa de vaqueros, vestidos con prendas de ante, pasar a lomos de sus espantadizos caballos, seguidos a pie por una banda de tristes indios utes. Dos de ellos ejecutan al azar pasos de baile que no parecen tener relación con nada de lo que ocurre.

Un rumor que ha llegado a oídos de Cal (y que desea creer y *no* creer al mismo tiempo) dice que al menos una carroza de cada Desfile de la Victoria se destina a la exhibición de disidentes. La muchedumbre les abuchea e insulta, una oportunidad de liberar la tensión inaugurada y promovida entusiásticamente por dos de los más influyentes adláteres del rey Ricardo. Esta idea, según sostiene el Rumor, se les ocurrió a estos hombres mientras veían filmaciones de prisioneros de guerra norteamericanos, a quienes sus captores norvietnamitas paseaban por las calles de Hanoi, exponiéndolos a las vejaciones de las masas. El primer pensamiento de los adláteres de Nixon fue hacer lo mismo con los soldados norvietnamitas prisioneros, pero los gastos de transporte y la flagrante violación de la Convención de Ginebra, que arruinaría la buena imagen del Gobierno ante el mundo, les convencieron de sustituir a los extranjeros enemigos por los disidentes autóctonos. Y esto es lo que ha pasado. O así lo afirma el Rumor.

Cinta de teleimpresor, o un facsímil convincente, flota perezosamente por el cañón urbano. Un fragmento aterriza sobre el hombro de Cal.

Detrás de los indios, un batallón de hombres que ríen y agitan símbolos de la victoria, tocados con cascos amarillos, irrumpen en la avenida. Forman la V con dos dedos, al estilo tan apreciado por el rey Ricardo y que ha arrebatado poco tiempo antes a los disidentes, quienes la utilizaban como enseña de la paz, pero a Cal aún le sorprende verla alzada en apoyo de la guerra.

Los ruidosos recién llegados *no son* integrantes oficiales del desfile, como Cal comprende enseguida, sino fanáticos patriotas que se despliegan por los dos lados de Colfax y regalan banderas norteamericanas en miniatura a todos los que no agitan o llevan una.

-Tú, macarra -dice a Cal un enorme facha-. Enseña los colores.

-Tranqui, colegui. Llevo un par en el bolsillo.

-¿Y qué cojones hacen en tu bolsillo?

-Al menos no me los he cosido en el fondillo de los pantalones.

Cal confía en que esta réplica dé el pego.

-Sí. Eso está bien. Te habríamos quitado los pantalones y clavado a hostias en el sitio donde estabas sentado.

Una potente carcajada. Y más carcajadas, procedentes de otros dos hombres musculosos, uno en camiseta blanca, el otro en camisa de cuello abierto, que se reúnen con su amigo, al lado de Cal.

-Al principio, creí que ibais en el desfile -dice Cal, temeroso de que reparen en la trenza oculta bajo el sombrero.

-Y es verdad -dice el hombre de la camiseta, haciendo un gesto con la fiambrera-. Desfilamos por Dios y por la patria.

-Hasta cuando estamos quietos -añade el tercer facha.

Me han acorralado, piensa Cal. Y fíjate bien: hay más tíos como ellos al otro lado de la calle, formando grupos de dos o tres hombres alrededor de los demás espectadores. Sus cascos amarillos de la construcción les delatan.

-¿Habrá carroza de disidentes hoy? -pregunta, no sólo para entablar conversación, sino para obtener respuesta a la pregunta que le había torturado toda la mañana.

-Sí. Ya viene. Y éste debe de ser el mejor tramo de Colfax para tenerla a tiro.

-¿Tenerla a tiro?

El facha de las banderas mira sin pestañear a Cal.

-Para verla, quiero decir. Hay bastante espacio. ¿A qué pensabas que me refería?

Cal murmura una respuesta inaudible, y el hombre se aparta a un lado.

Pasa un contingente de Boinas Verdes, saludado con fuertes aplausos. Un par de cazas rugen sobre sus cabezas. Y después, a una manzana de distancia, un gruñido hostil empieza a tomar cuerpo, un vendaval de voces que barre las aceras y la avenida Colfax de un extremo a otro, adquiriendo mayor intensidad y ominosidad a medida que se acerca.

Detrás de las torretas de dos tanques último modelo, Cal ve la cabina roja de un tractor y el semirremolque abierto en que los disidentes de esta Reunión de la Victoria han sido obligados a subir

Librodot

para servir de ejemplo. El semirremolque tiene lados de plástico transparente, pero carece de techo, y cuando se aproxima a la parte de la avenida que Cal comparte con los fachas, varios de éstos saltan corriendo a la calle y bombardean las paredes de plástico del remolque con piedras, huevos o alimentos podridos.

Las piedras rebotan -peligrosamente-, pero los huevos, las verduras y las frutas estallan y se pegan, convirtiendo los escudos transparentes del remolque en murales abstracto-impresionistas. Y detrás de los murales, vestidos con holgados uniformes de presidiario, se hallan los disidentes, tal vez unos treinta en total. Algunos retroceden ante el impacto de los misiles, otros se apretujan en el suelo del remolque, fingiendo en vano que están en otra parte.

-Hostia -exclama Cal.

-Toma -dice el segundo facha, sacando de su bolsa una piedra de buen tamaño-. Tira esta chinita de modo que caiga dentro.

-Sí -dice el tercero, cogiendo también una piedra-. Así tendrás una buena posibilidad de romperle la cabeza a uno.

Cal deja caer la piedra y sale corriendo por la calle. El semirremolque se arrastra por la avenida. Desesperado, Cal escruta a través de las manchas de yema de huevo y los tomates aplastados a los prisioneros que soportan este duro trance.

Inconstitucional, piensa. ¡Inconstitucional! ¡Por el amor de Dios, esto es jodidamente inconstitucional!

Pero está sucediendo, y mientras corre junto al tractor, un melón podrido se estrella contra su hombro. Un huevo roza su *Stetson*, derribándolo de su cabeza y liberando la trenza. Ahora, casi todos los fachas y numerosos espectadores están haciendo lo aconsejado por el tío de la camiseta, lanzar los misiles por encima de los escudos para que caigan sobre los prisioneros, como las V-2 arrojadas sobre Londres durante los ataques aéreos.

Esto, en realidad, es un ataque aéreo en miniatura, y las burlas de los fachas resuenan entre los edificios de Denver como granadas al estallar. Cal también oye el sonido de las piedras al rebotar contra el metal, el plástico, y hasta los frágiles huesos humanos.

Es el padre de Cal quien le ve primero; sujeto a una correa, cerca de la cabina del tractor, se yergue y se palmea la nuca, indicando por gestos que Cal ha perdido el sombrero y su trenza ha quedado al descubierto. Su madre, sangrando ya por la sien, aparece por debajo del brazo de Royce. Al ver a su hijo, le hace señas de que se aleje, sacudiendo la cabeza y agitando las manos. Cal continúa trotando junto al semirremolque, gritando *«¡Mamá, papá! ¡Mamá, papá!»*, esquivando las naranjas pasadas y los trozos de asfalto lanzados contra el remolque o contra él.

Por fin, sin embargo, Cal tropieza con unos desperdicios y cae, y cuando se reincorpora y alcanza el remolque, las piedras de los espectadores, dirigidos por los risueños fachas, se han convertido en una lluvia mortal, y Royce y Dora Jane Pickford se han tirado al suelo del vehículo para proteger los cuerpos de disidentes más jóvenes que ellos.

Cuesta ver algo a través de los murales que tiznan los escudos, pero tras recorrer otra manzana y media de la avenida, Cal observa que el cuerpo postrado de su padre no reacciona ante el impacto de cada nuevo misil como un hombre que experimenta dolor, sino como una marioneta que se agita cada vez que tiran de ella. En cuanto a su madre, ya no puede distinguirla entre el montón de cuerpos tendidos en el suelo del remolque.

-*¡Mamá, papá! ¡Mamá, papá!*

Alguien le golpea en la espalda con un tablón, tal vez un remo de canoa, y Cal se desploma de bruces sobre el hormigón, revolviéndose para impedir que le muelan a palos allí mismo. Sin embargo, un facha, un individuo hercúleo de la misma edad que Cal, se monta a horcajadas sobre él, utilizando una navaja para cortar la trenza que ha identificado a Cal como un subversivo.

Cal no se da cuenta del enorme favor que le ha hecho el facha, teniendo en cuenta el estado de ánimo que reina en las calles, hasta después de su frenética huida. Parece bastante respetable sin la trenza, y puede ir a donde le apetezca, un vaquero más en la ciudad.

Pero no hay ningún sitio adonde ir. Cal, los ojos secos, aunque de vez en cuando se lleva el pañuelo a la cara, localiza su camioneta. Después, regresa hacia Walsenburg y Gardner por la 1-25. En el camino, nota el creciente dolor de los cortes y heridas sufridos en la ciudad; también experimenta el inicio de la larga aflicción que las muertes violentas de sus padres grabarán a fuego en su ser. Probablemente, hasta el fin de sus días.

Cal abrió los ojos y descubrió que sus visiones de Emily, Dora Jane y Royce eran meros fantasmas huidizos. Estaba solo en el cuarto de las sillas de montar, acurrucado en el cubículo de la ducha. Sus ojos eran como tazas de porcelana limpias, vacíos y secos. Tenía la boca estropajosa.

Por fin, pensó. Lo has sacado, por fin. La muerte de la mamá de Lia lo ha logrado, vaquero. Ahora, lo único que necesitas es llorar.

Llorar.

Lloraste por Philip K. Dick, ¿verdad? Un hombre al que nunca conociste. Un tipo al que sólo conocías a través de sus excéntricos pero maravillosos libros. Y si lo hiciste por él, ¿por qué no lo haces por tus amados padres? ¿Por qué no lo haces por ellos, Calvin?

Cal, entumecido, se puso en pie y recogió la colilla caída sobre los azulejos. Mientras la destrozaba, guardó en el bolsillo de la chaqueta la hierba que no había utilizado y se chupó los dedos quemados. No debía dejar ninguna huella de su triste fiesta privada en las caballerizas del hermano Jeff. Éste le denunciaría con toda probabilidad al Departamento de Investigación Criminal de Georgia.

Llora, se aconsejó. Llora, Cal, llora. Por primera vez desde que les viste morir, has liberado la experiencia de perder a tus padres. Duele, mecagüen la leche. Duele la hostia. Pero lo has hecho, y es bueno.

Aún no lo has superado, por supuesto. Aún no. Esto ha sido una abreacción en solitario, sin la ayuda de un guía o un consejero, pero al menos has dado el primer paso hacia el que Lia te ha azuzado. Has evocado lo reprimido durante mucho tiempo. Has pasado de un estado de amnesia a otro de anamnesis. Lo que Kai llamaba la pérdida de la amnesia.

Cal reflexionó sobre la situación. Estaba confuso. *Abreacción* era un término psicológico empleado por Lia. Se refería al recuerdo y descarga catártica de material emocional reprimido. Por lo general, se accedía al recuerdo y a la descarga con la ayuda de un terapeuta. Llegar a la anamnesis, la palabra de Kai, era como haber recorrido la mitad del camino. Cal lo había logrado sin ayuda de nadie, pero no podía seguir adelante solo. Ahora no, en cualquier caso. Descargar el dolor de su recuerdo, pasar de la simple anamnesis a la abreacción curativa, iba a exigir ayuda. Cal comprendió que, sin ayuda, jamás podría llorar por sus padres.

-¡Llora, joder! ¡Llora!

No ocurrió nada.

Cal, frustrado, golpeó los azulejos de la ducha. Después, cogió el teléfono y lo giró hasta que le apuntó como el cañón de una pistola. Sus manos tantearon los grifos de agua fría y de agua caliente, hasta que por fin se derramó sobre su cabeza un diluvio tan violento y helado que gritó.

Sin embargo, no se apartó, y su cabello pronto quedó aplastado contra su cabeza, la nariz goteó como una espita, su mejor traje se empapó por completo y el ejemplar de *«La burbuja rota de Thisbe Holt»* empezó, como algo muerto, a hincharse. Sus calcetines chapoteaban en el interior de sus zapatos, mientras sentía a su alrededor las lágrimas (las frías, incesantes, redentoras lágrimas) que deseaba con tanto ahínco derramar.

17

El *Datsun* de Lone Boy iba lanzado a toda velocidad por la 27. Tuyet y él solían llevar a las niñas a la playa de los Jardines Callaway, al sur de Pine Mountain, de forma que conocía bien el trayecto. Hoy, no obstante, se desvió a la derecha por una carretera vecinal llena de baches, a unos kilómetros de Pine Mountain, que pasaba muy cerca de la «Baronía del Sinsonte Pardo».

Cáspita, pensó. El lugar está a tope. Parece que haya rebajas en el Concesionario de *Chevrolet* que Bill Heard tiene en Columbus.

Las preocupaciones de Loan se atenuaron cuando vio el alto pabellón y todos los coches aparcados en el prado cercano a la casa de los Bonner. El soplón no le había mentido. Había una fiesta postfuneral, y Cal y su mujer debían de encontrarse entre quienes celebraban..., um, conmemoraban, que la madre de Lia había estirado la pata, por así decirlo. Por lo tanto, su apartamento de la ciudad estaría desierto, desprotegido.

Tras asegurarse de que ningún conocido le había visto, Loan se alejó de la finca, camino de Pine Mountain, pero no por la 27, sino por Butt's Mili Road. Para evitar el tráfico que entraba en la ciudad por la parte norte, giró cerca de las ruinosas pistas de tenis municipales y atravesó un barrio de modestas casas de ladrillo. Llegó al dúplex de los Bonner-Pickford desde el este, y vio a su perro esquimal, con el hocico hundido entre las patas delanteras, encadenado en el patio bajo un ciclamor.

Desierta, sí.

Pero desprotegida, ni hablar.

Loan dobló a la izquierda por la avenida King y aparcó el *Datsun* detrás de la vieja fábrica *Swish*, enfrente del dúplex. Llevaba una chaqueta negra y un casco amarillo de obrero. Si alguien le veía, esperaba que le confundiera con un reparador de teléfonos o un topógrafo del condado, alguien cuyo aspecto semioficial evitaría las suspicacias. Ocultaba la pistola militar, cargada con tranquilizantes, bajo la chaqueta, y si alguien se ponía demasiado belicoso o quisquilloso, bueno, imaginaba que podría mandarle al país de los sueños. Una perspectiva que no contribuía a tranquilizar su estómago.

Caminó en dirección sur por King, las manos hundidas en los bolsillos, y miró de reojo al gran perro negroplateado mientras cruzaba Chipley. Reparó con cierta alarma en que le estaba mirando. Imbécil, pensó Loan. Podrías haber aparcado delante de un restaurante o cualquier otra cosa, para acercarte al dúplex desde atrás, sin dejar que ese perro monstruoso te viera o te oliera. Demasiado tarde, capullo.

Las azaleas florecían a lo largo de King. También los cerezos. Varias casas tenían macizos de flores alrededor de sus porches, que ardían en tonos rosados, naranja y púrpura. Nadie estaba mirando las malditas flores, gracias a Dios. Una calle vacía. Lone Boy aprovechó la circunstancia para deslizarse por el lado del dúplex en que vivían los caseros y aproximarse a la puerta de la cocina de los Bonner-Pickford.

Vikingo, como llamaban al cabronazo de su perro, ni se veía ni decía esta boca es mía. El único perro bueno, pensó Lone Boy, es el perro silencioso.

Sacó una calculadora de bolsillo y la sostuvo ante la puerta como si estuviera haciendo algo oficial. Después, estudió la cerradura, meditando en la forma de entrar sin armar jaleo. Guardó la calculadora y buscó en el bolsillo un trozo de alambre que había traído de LaGrange. Lo introdujo por la cerradura y empezó a maniobrar.

Que no esté blindada, rezó. Por favor, Santísimo Jesucristo, que no esté blindada.

El alambre se dobló, y Loan, blasfemando, luchó por enderezarlo. Echó una mirada preocupada al patio trasero y al callejón que separaba el dúplex de la casa vecina. Nadie estaba mirando, pero oía el tráfico que recorría la ciudad, a sólo dos manzanas de distancia. Intentó forzar de nuevo la cerradura; el sudor resbalaba por sus costados, y un bigote de humedad brillaba sobre su boca.

Después, resignado, tiró el alambre. Un CAL decente nos habría preparado para irrumpir en las casas. Ver las viejas películas de Hitchcock en la tele no bastaba.

Un aparato de aire acondicionado estaba colocado cerca de una ventana trasera del apartamento. Lone Boy se subió al aparato, soltó la alambrera de la ventana y la tiró sobre la hierba. La ventana no estaba cerrada herméticamente, y Loan, sin dar crédito a su suerte, la abrió propinando un golpe seco

Librodot

al bastidor superior. La ventana se alzó, entre crujidos, y Loan contempló el interior del dormitorio Bonner-Pickford. Estirándose por delante del hueco que separaba el dúplex del aparato de aire acondicionado, vio las posesiones de sus víctimas. Le recordaron, para su sorpresa, el tipo de cosas que Tuyet y él poseían: tocadores de pino barato, una librería hecha a base de tablas y ladrillos, una lámpara floreada. Etcétera.

Desvalija a tu amiguete, Lone Boy, se dio ánimos burlonamente. Entra y roba a tu amigo de la galería.

Otra parte de él dijo, con auténtica sinceridad, vete a casa, Le Boi Loan, abandona esta cochina misión.

Pero si no lo haces, capullo, la gente que trabaja en el jodido CAL de la señorita Grace te «refrescará la memoria».

Sí, bueno, ¿y qué?

¿Qué quiere decir «y qué»?

¿Será peor que esto, que choricear para ahorrarme un jodido mal trago?

Lone Boy tuvo la impresión, suspendido como un puente entre el dúplex y el aparato de aire acondicionado, que, en esta improvisada discusión, su mitad buena estaba ganando la partida. Debía cerrar la ventana, bajar y marcharse a casa con Tuyet y las niñas. Debía aceptar como algo inevitable cualquier castigo vengativo que le impusiera la Bella de la Libertad. Al menos, no tendría que engañar cada noche a su conciencia para conciliar un poco el sueño...

Entonces, oyó el Gruñido. El arrogante Vikingo apareció por su derecha, rodeando el ala este del dúplex en forma de L. Loan tuvo que mirar por debajo del brazo para ver al perro, pero el Gruñido le informó de que, a menos que se pusiera en acción, pronto se convertiría en carne para perros. Podía saltar y correr, pero estaba seguro de que Vikingo le alcanzaría antes de que llegara a la calle. Moriría o se desangraría; su yugular estallaría como una bengala. Entretanto, mientras aplastaba con su peso a Loan, el perro vomitaría con desagrado la carne y las venas arrancadas de su garganta.

No es una buena elección, decidió Lone Boy.

Mientras Vikingo continuaba avanzando, acechando más que atacando, Loan se dio cuenta de que el perro se había soltado del collar al que Cal solía amarrar la cadena. Vike se habría liberado mientras Loan golpeaba la ventana. En cualquier caso, los gruñidos del animal se hacían más profundos y salvajes a cada paso amenazador que daba hacia el aparato de aire acondicionado.

Loan cerró los ojos. ¿Qué haría Daredevil en una situación como ésta? Daredevil, el alter ego superhéroe de Matthew Murdock, era ciego, por supuesto, pero el gruñido de Vike le habría advertido del peligro con mucha anticipación. Tal vez, mientras el animal intentaba liberarse de su collar, Daredevil, gracias a sus reflejos y sentidos superiores, habría detectado el revelador tintineo de la chapa fiscal, o incluso el latido de su corazón, y dado la vuelta al dúplex para trabar amistad con el animal o ceñirle de nuevo el collar.

Escucha, capullo, no eres Matt Murdock y no tienes superpoderes, pensó Loan. Abrió los ojos y vio que Vikingo estaba a punto de saltar. Te derribará sobre la hierba como un saco, y morirás con sus colmillos goteando veneno en tus ojos. Haz algo medianamente inteligente, Lone Boy y... ¡MUÉVETE!

La única forma de huir era por la ventana. Lone Boy se precipitó en el interior del dormitorio, perdiendo el casco cuando cayó sobre la alfombra. Se incorporó, sacando la pistola que llevaba debajo de la chaqueta. Vikingo ya se había encaramado al aparato de aire acondicionado (Loan oyó sus garras arañando el metal), y uno o dos segundos más tarde entró como una exhalación a través de la ventana, con las fauces abiertas.

-¡Señor mío Jesucristo! -gimió Loan, retrocediendo a tumbos y saliendo al pasillo.

Vio una puerta entreabierta a unos dos metros de distancia. Loan se abalanzó hacia ella, deslizándose por la abertura. Al mismo tiempo, aferró el pomo de dentro y cerró la puerta a su espalda.

Se hallaba en un angosto cuarto de baño. Apretó un botón que cerraba herméticamente la puerta. Vikingo cargó contra el panel (una hoja de olmo manchado), decidido a derribarla. Loan sacó la pistola, apuntó, retrocedió y se metió dentro de la bañera. Corrió la cortina y aguardó, contento de haber encontrado un escondite y una tregua..., si el perro conseguía por fin hacer astillas la puerta.

Al menos, pensó Loan, no ladra. Sólo gruñe. Ruego a Dios que los vecinos no le oigan. Ahora soy un Allanador, un Allanador sin credenciales. Si me cogen, dirán que soy un asaltante de mierda, un Phun Ky Gong malo. Así terminarán mis esperanzas de llegar a ser alguien. Oh, mi amada Tuyet, ¿qué cojones estoy haciendo aquí?

Lone Boy esperó, asomando la pistola por la cortina. Vikingo había parado de machacar la puerta. De hecho, había parado de gruñir. Ahora, estaba gimiendo, lloriqueando como un chihuahua, y

Librodot

de vez en cuando paseaba arriba y abajo del pasillo.

Una calma pasajera, en cualquier caso.

Calmó a Loan, que enseguida bajó la pistola y se sentó sobre un asiento triangular construido en la ducha. Un breve descanso, pensó. Un breve descanso y después me levantaré y haré algo respecto a ese cabrón peludo.

¡CRASS!

Loan se puso en pie de un brinco y apuntó a la puerta con la pistola. El perro volvía a cargar contra la hoja.

A la segunda colisión -¡KRAK!-, el botón que cerraba la puerta saltó. Al siguiente impacto -¡CHOK!-, el pestillo salió despedido por los aires. Al tercero -¡KLUD!-, la puerta se abrió, dejando paso al perro, que se precipitó hacia Loan en una confusión de dientes chasqueantes y ojos enloquecidos, inyectados en sangre. La puerta, al rebotar en la pared, golpeó a Vikingo en el costado. Aunque el animal aulló de dolor, el impacto no disminuyó el entusiasmo de su ataque.

Lone Boy, presa del pánico, disparó un proyectil. El dardo tranquilizante se clavó en la garganta de Vikingo. La detonación resonó como un trueno en agosto. Lone Boy, ensordecido, disparó sin cesar, al menos cinco veces, aterrorizado por la presión insistente de los dientes del perro en su brazo. Trató de impedir que el peso del animal le empujara hacia los grifos de la ducha, pero al final cedió y cayó lentamente sobre los azulejos, como la víctima de un asesinato en una película de serie B. Un momento después, descubrió con asombro que no se había roto ninguna vértebra ni su muy vulnerable cabeza de chorlito.

Oye, capullo, estás bien, pero has dejado a este hermoso perro convertido en un acerico de proyectiles de Allanador.

Lone Boy reptó hasta zafarse del peso que le aplastaba. Salió de la bañera y se volvió para mirar el cuerpo de Vikingo. Los ojos del animal ya estaban entelados, como los de un reptil. El perro parecía un elegante abrigo de pieles tirado de cualquier manera en la bañera de los Bonner-Pickford.

Mueve tu esquelético trasero, se dijo Loan. Si alguien ha oído el alboroto, estás listo.

Y si estás listo, podrías hacer un esfuerzo y obedecer las órdenes de la señorita Grace. ¿vale? Sí, vale. Entonces, a ver si encuentras el acusador montón de manuscritos *samizdat* de Philip K. Dick que guarda el señor Pickford y se los entregas a Su Majestad con la mayor rapidez posible.

Lone Boy, con el brazo dolorido y la mirada algo estrábica, registró el apartamento, buscando los libros de Dick que la señorita Grace quería. Miró en los estantes, detrás del sofá, en los cajones de las cómodas, en los armarios roperos, debajo de las camas, en los armaritos de la cocina y, por fin, en el baúl verde oliva donde Cal los había guardado. Apartó el almohadón bordado, levantó la tapa y contempló, con una especie de espanto confuso, los volúmenes que constituían la posesión más preciada de Cal.

Hasta aquí hemos llegado, pensó, de modo que acaba de una vez y llévatelo todo: es tu pasaporte para la libertad y la prosperidad.

Loan cogió una bolsa grande de la cocina y metió en ella los volúmenes encuadernados con espirales. Nueve en total. Chorradas. *«Aguardando el año pasado», «¿Sueñan los androides con abejas eléctricas?»*. Tonterías por el estilo. Basura para pirados que sólo un rojillo o un tío enganchado al caballo guardaría.

Esto era lo más triste de los ciudadanos norteamericanos autóctonos. Muchos no sabían lo que tenían.

La bolsa pesaba lo suyo. Loan la sujetó contra el cuerpo, casi sin poder cargarla, y salió por la puerta principal, como si viviera en el dúplex. Después, se tambaleó por la calle Chipley hasta la antigua fábrica *Swish*, rodeándola en dirección a su coche. Nadie le prestó atención, pese a que aún era de día y había mucha claridad. La gente debía de seguir en la fiesta postfuneral. En este caso, el soplón de la señorita Grace le había pasado una información de primera.

Cagüendiós, pensó Lone Boy, camino de LaGrange. Al fin libre. Dios Todopoderoso, al fin libre...

Librodot

18

Cuando el diluvio amainó, Cal bajó la vista. Detrás de él, sacudiéndose agua de sus musculosos brazos, se hallaba Kenneth «Cara de Caballo» Stout, el mozo de cuadra de Jeff Bonner. Acababa de cerrar los grifos de la ducha y contemplaba a Cal desde su cóncavo rostro de ébano con una expresión peculiar, como si pensara que el joven acababa de destruir un billón de neuronas cerebrales.

-Tendría que haberse desnudado antes de entrar -dijo Stout-. No se habría mojado la ropa.

-Hola, «Cara de Caballo». Estaba tratando de llorar.

-Su mujer sí que va a llorar cuando vea en qué estado ha quedado su traje.

-Llorará cuando vea que todos los demás ven el estado en que ha quedado mi traje.

-Imagino que sí. ¿Por qué no sale y se cambia, señor Cal? Casi todo son prendas para cabalgar, pero al menos no están empapadas como las que lleva ahora.

¿Qué voy a perder?, pensó Cal. Siguió al enano tullido, un negro de unos cincuenta años, hasta el cuarto de las sillas de montar y se sentó, mojado como estaba, frente a una taquilla que «Cara de Caballo» acababa de abrir.

Mientras Cal se quitaba la ropa, el mozo de cuadra le trajo una toalla grande y esponjosa, unos pantalones cortos de boxeador, una camiseta y calcetines negros. Cal encontró en la taquilla pantalones de montar, una camisa de seda abullonada (Douglas Fairbanks o Errol Flynn la habrían podido utilizar en cualquier película de piratas), botas de montar y una gorra de jugador de polo.

-Con esta mierda, voy a parecer un gilipollas.

-Y sin ella, el culo desnudo de Eva.

Cal se secó y, a regañadientes, se puso la indumentaria de equitación. Todo le iba a la medida, hasta las botas. Mientras se las estaba calzando, «Cara de Caballo» le trajo una cerveza de la nevera y se sentó en el extremo del banco, con otra lata para él.

Cal dejó de calzarse la bota para echar un generoso trago. Un frío con sabor a malta arrasó su garganta, lavando en parte la vergüenza de ir vestido como un reaccionario de la Ivy League.[15]

-Gracias.

-Lamento lo de la señorita Emily, señor Cal.

-¿La conocías?

-Cuando era pequeño..., claro que *siempre* he sido pequeño..., ella era la única persona que no me trataba como un fenómeno de feria. De modo que lamento su muerte. De no haber sido por los caballos, habría ido al funeral.

-¿Siempre andas por aquí?

-Más o menos. A veces tengo que ir a otro sitio, claro, pero alguien me ha de llevar.

-¿El señor Jeff? ¿La señorita Suzi?

-Si no andan muy ocupados. En ese caso, bueno, lo hace otra persona..., porque a mí me *gusta* viajar, señor Cal.

Esto era nuevo para él. Cal suponía que «Cara de Caballo» se recluía en la «Baronía del Sinsonte Pardo» no sólo porque sus tareas así lo exigían, sino también porque se sentía inquieto bajo las miradas inquisitivas de los extraños (le había visto una vez, por supuesto, en la autopista 27, subido a un árbol, pero aquello había sido una alucinación, y no lo iba a mencionar de ninguna manera). De hecho, Cal sólo conocía unas cuantas cosas básicas sobre «Cara de Caballo», la mayoría averiguadas a través de los Bonner o de sus propias observaciones casuales.

«Cara de Caballo» se alojaba en el establo, pero no en el cuarto de las sillas de montar, sino en uno de los henales situados sobre las casillas de los purasangres. Una cama, un baúl del ejército, una cómoda, una lámpara para leer, poca cosa más. Sin embargo, a él le gustaba la intimidad que le proporcionaba este acomodo, y Suzi decía que le había visto con frecuencia dando brincos por el establo, columpiándose de viga en viga, saltando obstáculos, hasta haciendo equilibrios sobre las casillas. Habitaba el lugar, en suma, como el jorobado Quasimodo habitaba la catedral de Notre Dame. Su enanismo le había tullido, causándole accesos intermitentes de dolor en las piernas, caderas y

[15] Grupo de universidades en el noreste de Estados Unidos famosas por su prestigio académico y social. *(N. del T.)*

pecho, pero su torso poseía la fuerza de un mono (no se trataba de una calumnia racial, sino de una compensación sorprendente de su increíble estructura), y no permitía que el dolor, por más intenso que fuera, coartara su actividad.

En cuanto a sus padres, eran de la región. Elizabeth Stout, que no era enana, había criado a Kenny sin la ayuda de su padre, que podía haber sido uno cualquiera de cuatro o cinco hombres diferentes. Y Kenny sobrevivió gracias a su mamá y a la fanática protección de un hermano mayor, Eldred, que arremetía contra los que se burlaban de él a la menor insinuación.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Eldred gastó un poco del dinero que había ganado a costa de grandes esfuerzos en comprar a Kenny un pony indómito y de lomo hundido, que los Stout tenían atado a un cinamomo del patio trasero. Kenny lo alimentaba con heno y embridaba.

Ahora, al parecer, a «Cara de Caballo» ya no le quedaban familiares en Estados Unidos. En 1965, Eldred había sufrido una rotura de bazo en Selma (Alabama), durante la campaña de acción directa para la inscripción de los votantes organizada por el doctor Martin Luther King. Un año después, murió en un hospital de Atlanta, a causa de complicaciones en su estado. En cuanto a los demás hermanos y hermanas, y a la septuagenaria madre de «Cara de Caballo», se apuntaron por voluntad propia entre los aspirantes al programa «Vuelve a Tus Raíces» impulsado por la Administración Nixon después de la derrota de Vietnam del Norte. Tres años antes, cuando Denzil Wiedenhoedt contrató a Jeff para que se encargara de la finca, sus números salieron elegidos y todos se embarcaron en un transatlántico, con destino a Nigeria. Hechos polvo de luchar contra el rey Ricardo y sus partidarios, dijeron. «Cara de Caballo» optó por permanecer en el país, porque le gustaba su trabajo y carecía de firmes convicciones políticas. Y porque dudaba seriamente de que hubiera muchos caballos en Nigeria.

-¿Adónde te gusta viajar? -preguntó Cal-. Sin contar Pine Mountain.

-Oh, por todas partes.

-Querrás decir dentro de Georgia. El Decreto de Viajes impide que gente como nosotros vaya a donde quiera.

«Cara de Caballo» se terminó su *Budweiser* y aplastó la lata de aluminio en su puño.

-Señor Cal, yo voy a donde me da la gana.

Claro, tío, pensó Cal. A donde te da la gana, hasta a las ramas más elevadas de un pino situado junto a la autopista 27.

-Bien, ¿dónde, por ejemplo?

-A Selma, Alabama. A Washington, DC. A Santa Ana, California. A Von Braunville, en la Luna.

Cal lanzó una carcajada y sacudió la cabeza. «Cara de Caballo» tenía más sentido del humor de lo que suponía.

-He vuelto de la Luna hace más o menos una semana, señor Cal. Agradable y seca. Agradable y tranquila. Siempre me ha gustado.

-¿Que siempre te ha gustado? -preguntó Cal, perplejo.

-Sí, señor. Aunque esta vez no estuve solo, sino con un ángel piloto nuevo del Espíritu Santo. Un ángel piloto nuevo que se apoderó de mí durante uno de mis ataques.

¿Qué cono significa esto?, pensó Cal. ¿«Cara de Caballo» acaba de volver de Von Braunville, que visitó con un «ángel piloto»? ¿Tiene sentido, o es que el Enano Negro del hermano Jeff ha perdido definitivamente la chaveta?

Sin embargo, Cal experimentó al mismo tiempo una macabra sensación de *deja vu,* lo que un psicólogo llamaría paramnesia, recordar acontecimientos que están ocurriendo en el preciso momento.

-¿Ataques, «Cara de Caballo»? ¿A qué te refieres?

-Me pasa desde que era joven, señor Cal. Mi pony..., le llamaba Phineas, por un tío mío..., bueno, Phineas se desbocó una vez, conmigo a lomos, y atravesó el tendedero del patio trasero de una señora blanca. Yo caí y me golpeé la cabeza. Desde entonces, a veces sufro ataques que me dejan inconsciente durante una hora o así. Mientras duermo, inconsciente, viajo.

-¿Viajas?

-Sí, señor, pero sólo si un piloto, un ángel, en realidad, me transporta a donde sea. La semana pasada, bueno, fue la Base de Censorinus. Me lo pasé muy bien.

-Agradable y tranquilo. Agradable y seco -dijo Cal, aturdido.

-Sí, señor. Relajante. A pesar de que este piloto nuevo me hizo saltar y dar tumbos en alguna ocasión.

Ataques. Cal recordó haber oído a Suzi comentar los problemas de «Cara de Caballo» a este

respecto. En ocasiones, por lo visto, caía inconsciente y permanecía en coma de treinta a noventa minutos, y luego se despertaba, animado y vivaz, a juzgar por las apariencias, en lugar de atontado y desorientado.

Se negaba a acudir al médico, alegando (insistiendo, a decir verdad) que ya lo había hecho de niño. Elizabeth le había llevado, y también el difunto Eldred, pero los doctores se limitaron a decirles que padecía una extraña lesión en la parte derecha del cerebro, si bien no amenazaba su vida.

No amenazaba su vida, dijo Suzi, si «Cara de Caballo» perdía el sentido mientras estaba tendido en la cama o sentado en una silla, pero era potencialmente fatal si sufría el ataque durante sus acrobacias en las vigas. Lo extraño era que estas pérdidas de sentido ocurrían cuando se hallaba relativamente a salvo, y había sobrevivido a ellas durante tanto tiempo sin hacerse daño que hasta Jeff, el aprensivo número uno del clan Bonner, había llegado a la conclusión de que era improbable que se matara, o matara a alguien, mientras era víctima de un ataque. Sin embargo, en el fondo siempre sospechaban que «Cara de Caballo» moriría de un efecto secundario imprevisto de estos ataques, si antes no terminaban con él complicaciones físicas derivadas de su enanismo, y todos se habían esforzado por fingir que «Cara de Caballo» Stout era, como él mismo proclamaba, «fuerte como un caballo», «vigoroso como un semental».

-De modo que si alguien se lo pide -estaba diciendo-, hágalo.

-¿Pedirme qué? ¿Hacer qué?

-Pues ir a la Luna, claro. Si alguien le pide que vaya, debe hacerlo. Es muy instructivo.

-Lo mejor será que vuelva con Lia, «Cara de Caballo».

Cal se levantó, recogió sus ropas húmedas, las colgó de unas perchas y, aceptando la sugerencia del enano, las dejó en la ducha para que se secaran. Cogió el ejemplar hinchado de *«La burbuja rota de Thisbe Holt»* y, a regañadientes, lo tiró dentro de un cubo de basura.

Después, el enano y él salieron del cuarto de las sillas de montar y se dirigieron codo con codo (Cal caminando sin prisas, «Cara de Caballo» casi trotando) hacia las inmensas puertas abiertas que dejaban ver los pastos que se extendían hacia el este.

Antes de que llegaran a las puertas, Grace Rinehart, Hiram Berthelot y Denzil Wiedenhoedt aparecieron en la entrada iluminada por el sol y se encaminaron al establo, entornando los ojos para acostumbrarse a la penumbra. Dos hombres del Servicio Secreto se apostaron afuera, vigilando sin disimulo alguno.

-¡«Cara de Caballo» -gritó Wiedenhoedt-, el Secretario Berthelot quiere echar un vistazo a los purasangres! ¡Acompáñale!

-Perdone, señor Cal. Tengo trabajo.

Renqueó hacia los dos hombres, que se habían separado de la señorita Grace para examinar a *Intervención divina*, *Valeriano* y a los otros nueve purasangres cuyas casillas componían un elegante tren que atravesaba el túnel del establo.

Hiram Berthelot agitó una mano en dirección a Cal, reconociendo su existencia, pero Wiedenhoedt estaba demasiado ocupado exhibiendo a sus caballos para perder el tiempo en detalles de buena educación.

La señorita Grace, sin embargo, caminó hacia Cal. Se encontró con él en el centro de la cuadra catedralicia.

-Vamos a hacerle una proposición, señor Pickford.

-¿Vamos?

-Hiram y yo. Lia aún no ha aceptado de forma oficial trabajar en el CAL para mí, o subirse al carro de Hi cuando se presente a las elecciones del 84, pero no tardará. Ha comprendido que no soy un ser tan arrogante, un ogro tan feroz.

-¿Ha venido al funeral de Emily para convencerla de eso?

Grace retrocedió como si Cal le hubiera dado un golpecito en la nariz con el dedo índice.

-¿No seguirá enfadado conmigo porque le compré los osos Brezhnev con falsos, aunque inofensivos, pretextos?

-Si es usted rica, blanca, de derechas y mayor de veintiún años, puede comprar osos Brezhnev con cualquier pretexto que le dé la gana. Creo que usted reúne todos los requisitos.

La actriz le miró esta vez con aire apreciativo.

-No me gusta nada su tono, señor Pickford.

-¿Y si lo elevo? -Cal ensayó un falsete-. ¿Se sentiría más favorablemente dispuesta? Al fin y al

cabo, los que hablamos en tono firme hemos de mantenernos unidos.

-Elévelo usted, *Prickford.*[16]

Se dio la vuelta para irse, pero Cal la cogió por el codo y la obligó a volverse. Hablarle de aquella manera había sido como lanzarse de cabeza contra un huracán, pero ahora se portaría bien, y tal vez incluso redimiría su encuentro, demostrando a la mujer que hasta un ex hippie podía cambiar sus enseñas..., de patán norteamericano a diseñador de *haute couture.*

-Espere. Lo lamento. ¿Cuál es esa proposición?

-¿Podemos hablar en otro sitio, señor Pickford? Me siento como en una iglesia vacía.

La condujo hasta el cuarto de las sillas de montar, cogiéndola por el codo.

-Santo Dios -exclamó la mujer, antes de entrar-, huele como una combinación de peletería y vestidor de gimnasio. ¿Intenta demostrar que es todo un macho?

-No que yo sepa. Sólo intentaba encontrar un lugar semiprivado donde hablar.

-Aquí no. Incluso fuera es mejor.

Cal dejó que ella le guiara hasta la parte norte de la caballeriza, donde estaban las casillas de los caballos de carrera, pensando que podrían sentarse en un banco, a la sombra de un alero del edificio. Entretanto, Hiram y Denzil, los Katzenjammer Kids,[17] visitaban por sorpresa a *Radiactivo,* al otro lado del establo, y el caballo piafó y golpeó el suelo con los cascos, como si no se alegrara de verles. Cal lo comprendió muy bien.

Grace se detuvo ante una casilla vacía y abrió la puerta.

-Esto servirá.

¿El cuarto de las sillas de montar no sirve, pero la casilla de un caballo sí?, pensó Cal. Muy bien. A su gusto. Entró detrás de la actriz, pensando en ella como en una actriz, y se sentaron sobre una de las plataformas que «Cara de Caballo» había construido para facilitar su trabajo. Dos balas de heno se habían roto y esparcido en el rincón, pero el establo estaba, por lo demás, inmaculado, casi como si «Cara de Caballo» hubiera desinfectado cada centímetro cuadrado.

-Huele a *Lysol* -dijo Grace.

-Sí. Usted no querría probarse prendas de piel aquí, ni cambiarse los pantalones de gimnasia.

-¿Quiere dejar de echarme pullas, por favor, aunque sólo sea por unos minutos?

-Muy bien. ¿Cuál es la proposición?

-Hiram quiere que trabaje para él en la finca Berthelot.

Aunque Cal estaba decidido a no dejarse tentar por nada que dijera o hiciera esta mujer, su corazón se aceleró. Adiós, *Emporio de los Animalitos Felices*. Hola, rancho ganadero de pura cepa. Si no puedes trabajar para Arvill Rudd, ¿por qué no lo haces para el capullo del Secretario de Agricultura? Con todo, Cal logró dominar su excitación.

-¿Por qué?

-Porque usted es un vaquero. O lo era. Y nosotros tenemos vacas.

-Vacas Santa Gertrudis.

-Exacto. Robustos animales de color pardorrojizo.

-Lia me ha dicho que son muy bonitos.

-La belleza depende del observador. Yo prefiero los caballos.

Hizo un ademán que abarcaba toda la «Baronía del Sinsonte Pardo».

-Me han dicho que también poseen osos Brezhnev.

-Pero usted no sería el responsable de ellos, a menos que quisiera. De momento, les va muy bien.

-¿A su ganado no?

-Está estupendo, pero Hiram opina que mejoraría si alguien entendido lo vigilara y cuidara.

Esto es como un sueño convertido en realidad, pensó Cal. Woodbury no está más lejos de Pine Mountain que la tienda de animales, y te encantaría ese trabajo. De hecho, pensando en que Lia ya tiene la consulta en Warm Springs, sería sensato instalarnos en las cercanías...

La actriz le estaba estudiando, tratando de adivinar el contenido de sus pensamientos.

-Tengo un jefe muy bueno -dijo Cal, con la esperanza de despistarla-. Me sabría muy mal dejarle.

Así que Grace le dijo lo que ganaría si aceptaba el empleo de capataz en la finca Berthelot. Añadió que Lia y él podrían alquilar una casa en Woodbury o Warm Springs por lo que les costaba el

[16] Juego de palabras intraducible. *Prick* significa, en inglés, «polla». *(N. del T.)*

[17] Protagonistas del *comic* norteamericano del mismo nombre. *(N. del T.)*

dúplex. Sus ingresos aumentarían cuando apoyaran la campaña de Hiram por la presidencia.

-El rey Ricardo nunca abdicará.

-Ha anunciado todo lo contrario. Yo le creo. Dieciséis años al pie del cañón son suficientes para desgastar a cualquier hombre, por grande que sea. Además, odio ese mote estúpido de «rey Ricardo». El pueblo le ha elegido cuatro veces, cada vez con más votos, y *merece* retirarse con todos los honores correspondientes a un hombre de su talento.

-Amén. Aleluya.

-Debieron de bautizarle en un baño de cinismo. Es usted ciego y pobre de espíritu.

-Veo algunas cosas. Me gustan algunas cosas.

-Si se quiere a sí mismo, o a su mujer, aceptará la oferta de Hi. No le harán una mejor ni que viva noventa años.

-¿Qué ocurrirá si a Hiram, al Secretario Berthelot, le cortan las alas en la Convención Nacional Republicana?

-¿Qué quiere decir?

-Que me cuesta mucho imaginarle como sucesor del Presidente Nixon. Si no logra la nominación, se acabaron sus sueños de llegar a ser la Primera Dama, señorita Grace.

-Pero usted seguiría siendo el capataz de Hiram, y Lia seguiría siendo mi psicóloga.

-Espere un momento. -Cal escrutó los ojos de la actriz-. Si el Presidente decide *no* presentarse, ¿no apoyará a Westmoreland antes que a su marido? Westmoreland ha sido Vicepresidente desde el 76. Es popular, y mucho más conocido que su marido. ¿Por qué no va a ser Westmoreland el nominado?

-Fue General -sonrió Grace.

-Correcto. Se acuerda del Presidente Eisenhower, ¿verdad? Me han dicho que empezó como militar.

-Y por eso Dick, cuando Carter apareció, destinó la Comisión de Béisbol a Agnew y exhortó a Westmoreland a que se presentara con él. Consideró lícito el intercambio de papeles, y como había sido Vicepresidente con un antiguo General y héroe de guerra, Dick consideró muy apropiado nombrar Vicepresidente a un General y héroe de guerra.

Dick, pensó Cal. Dick, Dick, Dick. El nombre tenía otras resonancias para él que para Grace Rinehart.

-Y existe otra razón -prosiguió ella- por la que Dick no va a respaldar la candidatura de Westmoreland en el 84. Recuerda las advertencias de Eisenhower sobre el «complejo militar-industrial», y quiere que le suceda un civil, un auténtico civil.

-¿Eso dice el hombre que soltó al Pentágono sobre Indochina? -se asombró Cal-. Está bromeando.

-*No* bromeo. Usted le ve como un odioso estereotipo que no tiene nada que ver con la persona que es en realidad.

-Supongo que es posible. Nunca me ha invitado a tomar una copa para que pudiera conocerle mejor.

-Más sarcasmos. Pero el hecho es inamovible: quiere que un civil le suceda, y el civil en que se ha fijado es Hiram.

-Se ha fijado en montones de civiles, señorita Grace. A veces, deja de fijarse en ellos y los pone en una lista.

-Escuche, Dick ha decidido que Hi es su hombre, y lo que Dick decide, bueno, va a misa.

-Sí, pero hasta los planes mejor trazados...

¿A qué estamos jugando?, se preguntó. Ella piensa que Hi va a ser nuestro próximo Presidente, y yo no. Ella piensa que Westmoreland tiene todos los números para recibir la patada en el culo, y yo no. Ella piensa que Dick es la hostia, y yo no. *Su* Dick, claro. *Mi* Dick, alias Philip K. Dick, alias el Kai de Lia, está muerto, o vagando sin rumbo entre la muerte y la resurrección.

-¿Quiere el trabajo que le ofrecemos, sí o no?

Cal cerró los ojos. Vio flotando ante él, en rápida sucesión, a la difunta Emily, a la difunta Dora Jane Pickford y al difunto Royce Pickford. Cuando volvió a abrir los ojos, la tentación de decir sí se había desvanecido por completo. Sin embargo, una leve intuición interna le susurraba que su rectitud era estúpida y que estaba desaprovechando una magnífica oportunidad de devolverles la pelota a aquellos que le habían arrebatado su idealismo juvenil y a sus padres.

-¿Bien?

-No, señora. Me parece que no.

Librodot

Grace Rinehart era hermosa, espléndida hasta con la frente perlada de sudor y el pelo alborotado. Ahora, sin embargo, diminutas patas de gallo cercaron sus ojos y sus iris aumentaron de tamaño.

-Perdóneme -dijo Cal-. No, *señorita*, me parece que no.

Los ojos de Grace recobraron la normalidad.

-Sí, es una afectación que quiera ser llamada «señorita», cuando he superado... -en un rasgo de humor, masculló una edad ininteligible-, y voy por mi tercer matrimonio. Lia también me lo ha dicho. Yo digo que son cosas del mundo del espectáculo, pero ella insiste en que esta afectación deriva de mi temor a envejecer.

Cal no supo qué responder a este discurso.

-¿Usted no lo teme? ¿Envejecer, la proximidad de la muerte?

-Lo que temo -dijo Cal- es estancarme. No creo que envejecer tenga mucho que ver con ello.

-¿Y no cree que trabajar en, hum, el *Emporio de los Animalitos Felices* también equivale a estancarse?

-Puede.

(Cal lo temía de veras. Mi trabajo me idiotiza, admitió en silencio).

-Entonces, ¿por qué no acepta el empleo? ¿Por qué no se suben todos a nuestro expreso presidencial, ahora que todavía saca humo?

-Tal vez porque soy demócrata.

Después de mirarle sin expresión durante un momento, Grace Rinehart estalló en carcajadas. Su risa no implicaba malicia o burla, sino sólo diversión ante lo absurdo de la fidelidad política manifestada por Cal.

-Lo siento -dijo la mujer-. Es que no puedo imaginar en quién pretende depositar su fe democrática. Kennedy se hundió él sólito en Chappaquidick, Humphrey ha muerto, Móndale como si lo estuviera, y Jimmy, el querido Jimmy, aquel sonriente plantador de cacahuetes, perdió hasta el Sólido Sur para su patética pandilla. Todos ustedes tuvieron que pagarle al impresentable de Asner, un actor de televisión, por el amor de Dios, para que se presentara por última vez, y el Presidente le derribó de un soplo. No sé qué otra cosa se figuraban, señor Pickford, o a quién piensan sacrificar la próxima vez.

Cal le dirigió una pálida sonrisa.

-Tal vez al señor Spock. Creo que el Comandante de la *Enterprise* le va a conceder una temporada de permiso.

Esto no era tan divertido como admitir su fe en el Partido Demócrata. Grace se humedeció los labios (con complacencia, pensó Cal) y se apartó un mechón de los ojos. Otro punto muerto, otro embarazoso silencio. Cal quería levantarse y salir, la charla parecía concluida, pero Grace no se movió. Maldita sea. ¿Qué podía decir para suavizar su rechazo del empleo y calmar su nerviosismo? ¿Qué palabra conciliadora iba a pronunciar?

-El tiempo no ha hecho mella en usted -tanteó-. Todavía es una belleza, señorita Grace.

-Por la noche. Con una luz como ésta.

Miró la luz oblicua del cielo. Después, sin más preámbulos, desabrochó poco a poco los dos botones superiores de su vestido.

Cal se puso en pie.

-Escuche...

Ella se detuvo.

-Usted confiaba..., bueno, tal vez no confiaba, exactamente, pero se estaba preguntando si yo sería capaz de hacer algo así.

-No. No, en absoluto.

-Se estaba preguntando cómo sería tirarse a una estrella de cine. Poder decir para sí, acostado junto a la fiel Lia, que lo había hecho.

-Señorita Grace, eso no...

-¿No ha cruzado por su mente? ¿Ni un momento? ¿Ni siquiera como el roce de una telaraña sobre su frente?

-Jesús -dijo Cal-. Jesús.

-Quizá tendríamos que haber charlado en el cuarto de las sillas de montar. Al menos, el hedor me habría revelado a qué género pertenece usted.

-Escuche, no me está proponiendo en serio que nos revolquemos sobre el heno, ¿verdad? La misma tarde que han enterrado a la madre de mi mujer, con montones de gente bailando el tango a

nuestro alrededor, muy cerca de donde usted quiere que intimemos. ¿Es ésa su última proposición?

-Yo no suelo hacer mucho ruido. ¿Y tú?

-Mi padre me dijo que jamás me metiera en un sitio donde tuviera que follarme a alguien con los pantalones puestos. No pienso quitármelos, prestados o no, en un sitio tan estrecho como éste, *señora* Berthelot.

La mujer dibujó una sonrisa más apenada que sardónica.

-Te vas a arrepentir de haber rechazado la oferta... y de tu caballerosidad de capullo.

-No lo creo.

-¿No?

-No. ¿Se ha tirado a alguien sobre el heno? Pruébelo con Hiram. Le va a doler el culo una semana.

Cal salió de la casilla sin añadir nada más. Recorrió toda la caballeriza, dejó atrás a los agentes tocados con boinas de la entrada y volvió por el sendero bordeado de membrillos y azaleas hasta el pabellón bajo el que Lia estaba sentada. Al acercarse, oyó que la sinfonola de Denzil Wiedenhoedt bramaba *«That Old Rugged Cross»*.

Después de enseñar las caballerizas al jefe de su jefe y al Secretario Berthelot, «Cara de Caballo» volvió al cuarto de las sillas de montar. Se preparó un bocadillo de cecina y le echó mano a otra cerveza. Un día tranquilo, después del funeral de la pobre señorita Emily.

Mientras deambulaba por el cuarto, bebiendo y comiendo, «Cara de Caballo» echó un vistazo a la papelera. Vio el libro estropeado que Cal había tirado, *«La burbuja rota de Thisbe Holt»*, y lo sacó. Parecía de cierto interés, pero el agua de la ducha lo había hinchado como una melolonta glotona. Tendría que secarlo para poder leerlo y, una vez seco, todavía seguiría hinchado y pegoteado.

Más tarde, se lo llevó a su habitación y lo puso sobre la mesilla de noche. Aún más tarde, sentado en el barril que hacía las veces de silla, empezó a examinar el libro empapado. En ese momento, le sorprendió un ataque, y salió despedido a través del techo del establo, cual nuevo Elías arrebatado por un carro de fuego hacia el cielo...

Librodot

19

-¡Dios mío! -gritó Lia-. ¡Dios mío!

Cal se precipitó hacia el cuarto de baño, siguiéndola. Le frotó la nuca, suavizando la tensión de los músculos.

-Los Allanadores -dijo Cal-. Los apestosos Allanadores de mierda.

-¿Qué le han hecho, Cal? ¿Qué le han hecho?

Pero ya lo sabía. No ver a Vikingo bajo su ciclamor había sido la primera indicación de que algo, en palabras de Cal, «no marchaba bien».

Y después, la puerta principal, abierta. Manchas de barro en la alfombra de la sala de estar. Y descubrir a Vikingo tendido en la bañera, como un montón de raídas pieles de lobo.

Cal se arrodilló junto a la bañera para comprobar el estado del perro. Lia le miraba, aferrándose la cara con las manos, como si fuera a salir volando. El funeral, la penosa experiencia de la finca, y ahora esto. Desolador remate de un día que, hasta este momento, no había sido tan horrible como esperaba. Volver a casa desde la finca, con Cal vestido, inexplicablemente, como un jugador de polo, había serenado su estado de ánimo, así como la idea de desplomarse en el sofá descalza y tomarse un buen copón.

-Dardos tranquilizadores -explicó Cal-. Fíjate. -Levantó el peso muerto de la cabeza de Vikingo y procuró volverla hacia Lia-. Con uno o dos habría bastado para dejarle sin sentido, aunque es lo bastante grande para resistir una dosis ligera, pero el que lo hizo se dedicó a acribillarle. He contado cinco. No, seis.

Dejó caer la gran cabeza y empezó a arrancar los dardos con sumo cuidado.

-Vo Quang Lat -dijo Lia.

Cal la miró, desconcertado.

-El vietnamita al que dispararon tranquilizantes el día que Grace me llevó a Fort Benning.

-Bien, tu puta conspiradora está detrás de esto también.

-No. Esto ha sido un asalto. Un simple asalto. ¿Por qué querría Grace matar a nuestro perro?

Mientras lo decía, Lia adivinó que Cal tenía razón, que la mujer a quien analizaba de forma tan provechosa una vez a la semana había ordenado el asalto. ¿Por qué? ¿Por qué asesinar al pobre Vike, aquel amor de cuatro patas? Bien, porque había supuesto un obstáculo al Allanador que buscaba pruebas acusadoras contra Cal o contra ella. Al mismo tiempo que llegaba a esta conclusión, una expresión de disgusto apareció en el rostro de Cal. Se levantó y se lanzó sin más preámbulos hacia el pasillo.

-¡Tus manuscritos *samizdat*! -gritó Lia-. ¡Tus novelas de Dick!

-¿Crees necesario decírmelo? ¿Crees que no lo sé? -Un momento después, desde la biblioteca, se oyeron sus gritos-. ¡No están! ¡No están, mecagüen la leche!

Lia se acercó a la puerta. Cal estaba de rodillas al lado del baúl, buscando entre la confusión reinante, en su mayor parte cartas y cuadernos del colegio, unos inocentes manuscritos *samizdat* que a nadie, excepto a Cal, importaban. Los objetos restantes más apreciados eran, por supuesto, las cartas de sus padres. Sostenía un montón entre las manos, como acciones que una bajada de cotización hubiera convertido en papel mojado. Su aspecto era cómico y patético al mismo tiempo. ¿Por qué no había quemado el peligroso material de Dick antes de mudarse a Georgia? ¿Acaso no se lo había pedido ella una docena de veces?

-¿Le mencionaste alguna vez a esa zorra mi colección de Dick? ¿Se te escapó que yo guardaba estos libros?

-Cal...

-*¿Lo hiciste?*

-¡Sí, claro, sólo hablamos de eso! ¿Cómo puedo introducir a mi marido hippie en la corte del rey Ricardo? «¿Novelas de Philip K. Dick ilegales?» Sí, señorita Rinehart. Un baúl lleno. ¿Cuándo podría entrar alguien en casa y llevárselas? Confío en que no represente muchas dificultades para su matón asesinar a nuestro perro, aprovechando la coyuntura. Vaya, es maravilloso.

Lia, apretando los dientes, se puso a llorar...

-Lo siento -dijo Cal.

Se acercó a ella y la abrazó. En ese momento, oyó que su casera, la señora McVane, llamaba desde la puerta.

La mujer entró en el apartamento. Su marido se hallaba en el hospital de Columbus, a causa de un preocupante entumecimiento en los brazos, pero ella acababa de llegar de la recepción celebrada en la finca.

-Lia, querida, ¿qué ha pasado? ¿Qué *más* ha pasado?

-Un asalto -dijo Cal-. Un jodido asalto.

Lia, con calma, se deshizo del consolador abrazo de Cal y pasó su brazo por el de la señora McVane, a fin de conducirla de nuevo hacia la puerta, asegurándole a cada paso que se encontraba bien, que tan sólo necesitaban un poco de tiempo para arreglar las cosas y llorar al pobre Vike.

La señora McVane protestó, rogando que le permitiera ayudarles, ofreciéndose a llamar a dos amigos de Simón para que colaboraran con Cal en sacar al perro afuera y enterrarlo. El segundo entierro en un día de la pobre Lia. Qué pena, qué pena.

Costó más de diez minutos que la mujer se retirase a su parte del dúplex. Era sincera en su deseo de ayudar, y Lia agradeció su interés, pero lo último que Cal o ella necesitaban ahora era otro diluvio bienintencionado de compasión. Habían soportado una lluvia de solicitud desde la muerte de Emily, y Lia se fundiría, disolvería y derretiría si tenía que soportar más compasiones despiadadas cinco minutos más. Lo que necesitaba era soledad. Cal también, probablemente. Mañana, por supuesto, o pasado mañana, las consecuencias del asalto de los Allanadores saldrían a la luz, y sus vidas volverían a cambiar...

Lia entró en el apartamento y cerró la puerta. Mamá muerta, Vike muerto, las novelas de Dick robadas. Llueve sobre mojado.

¿Dónde estaba Cal? Lia le encontró en el dormitorio, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la ventana abierta, sin alambrera. Tenía sobre el regazo un casco amarillo, como el que llevaban los obreros de la construcción. Cal sostenía el casco como si fuera la bola de cristal de una adivina.

La emoción desfiguraba su rostro. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y dibujaban sinuosos senderos rojos sobre sus mejillas. Lia se sorprendió al verle reaccionar con tanta emoción al asesinato de Vikingo. Solía ser más reticente, más reservado. Ni siquiera la muerte de Emily le había hecho llorar. En lugar de derrumbarse como ella, la había confortado. Esta reacción podía deberse, también, a una continuada serie de conmociones.

-¿Qué pasa, mi amor? -preguntó Lia.

Se arrodilló ante Cal, apoyó las manos sobre sus clavículas y le besó la frente.

-Estoy liberando mis emociones -dijo, con voz ronca y quebrada, como cáñamo deshilachado-. Por fin, Lia, estoy liberando mis emociones.

Levantó el casco amarillo, como si esto bastara para explicar su extraña afirmación.

No aclaró nada a Lia, al menos de momento, pero su gesto contenía tal esperanza muda que se vio forzada a responder.

-Bien. Eso está muy bien, Cal…

Aquella noche, Le Boi Loan estaba trabajando en el supermercado *«Ahorro del Hogar»*, en las afueras de LaGrange. Había alegado encontrarse mal para llevar a cabo el trabajo sucio de Allanador para Grace Rinehart, y ahora se encontraba mal de verdad. Algo le roía el estómago, le quemaba la frente como si la hubiera frotado con *Beri Gay*, y sus manos estaban frías como el hielo de las máquinas *Sno Kone*.

Lo mejor habría sido marcharse a casa, con Tuyet y las niñas. Claro que, en ese caso, tendría que haberles mentido para explicar su salida anticipada de la galería. Mejor presentarse a trabajar en *«Ahorro del Hogar»* y ganar un poco de dinero para saltarse el pluriempleo y engañar a su mujer. Sin embargo, santo Dios, aún oía los ecos de los disparos y veía al bonito perro siberiano de Cal Pickford derrumbado en la bañera.

¡Mierda, le dolían las tripas! Si al menos pudiera leer de nuevo *«Daredevil»*. Pero no. El ejemplar de junio aún no había aparecido, y según le habían comentado un par de fanáticos de los *comics* que frecuentaban la tienda, Frank Miller, el único autor que había convertido a *«Daredevil»* en algo grande, iba a dar el salto de *Marvel* a *Stupendo*, y que tal vez abandonaría los *comics* para diseñar carteles propagandísticos y planificar espacios publicitarios televisivos para el candidato presidencial republicano de 1984. Faltaba bastante, pero el rumor confirmaba que Miller se estaba buscando un

Librodot

futuro más lucrativo.

Tal vez debieras animarte a dibujar de nuevo, se dijo Lone Boy. No lo hacías nada mal.

Sacó un cuaderno de debajo del mostrador, cogió un *Bic* de tinta roja y realizó una caricatura del rey Ricardo, haciendo el saque de honor en el primer partido de la temporada de los *Washington Senators*. Sólo que la pelota era una granada de mano y el jugador que intentaba cogerla era el portavoz de la minoría demócrata en el Senado, que siempre trataba de cerrar el paso a todos los decretos impulsados por el presidente.

Quizá podrías empezar un *comic*, meditó Lone Boy, dedicado a las aventuras de, digamos, « Milrose el Maestro».

Loan, irritado, arrugó el dibujo y lo tiró en una caja vacía, detrás del mostrador. Vaya capullada. Todos los buenos superhéroes ya han sido inventados, y si al Presidente le hiciera gracia una serie dedicada a sus hazañas, se la encargaría a Frank Miller, y no a un jodido vietnamita americulturizado sin ninguna fama. Una auténtica capullada, gilipollas.

A Loan le dolía la cabeza, tenía el estómago revuelto como si navegara en altamar y su lengua parecía un estropajo. Encontró unas aspirinas en un tubo tirado junto a la caja registradora, las dejó caer con el pulgar en una copa de sorbete de limón que sacó del bar y las tomó con una cuchara de plástico rapiñada en el departamento de artículos de camping.

Aún se sentía fatal cuando un coche aparcó frente a la tienda. El cabrón que le había dado la pistola y los tranquilizantes salió y entró en *«Ahorro del Hogar»* como si fuera el dueño del establecimiento. Saludó con un cabeceo, paseó arriba y abajo de todos los pasillos y se detuvo en el quiosco, cerca de la caja.

El soplón repasó los titulares del *«National Enquirer»* y examinó con detenimiento las tetas de las tías que aparecían en las portadas de libros como *«Putón»*, *«Dulce tormento»* o *«Tierno y tórrido putón»*. Basura literaria que se vendía en deprimentes cantidades, incluso en la librería *Gangway*.

El restante cliente de la tienda, un estudiante apalancado en un videojuego, perdió su última moneda y se largó.

-¿Los tienes? -preguntó el espía, dando vueltas al anaquel giratorio de los libros de bolsillo.

Lone Boy continuó tomando sorbete de limón.

-Te he preguntado si los tienes, maldito mono amarillo.

-Guárdate tus jodidos insultos raciales. Métetelos en el culo, atontao.

Chúpate ésa, pensó Lone Boy, seguro de que el espía le iba a dar lo suyo.

-Perdóneme, señor Loan -dijo el hombre, ante su sorpresa, acercándose al mostrador con tres libros, ninguno obsceno.

Loan vio que eran títulos de autosuperación. El de encima era *«Eliminar lo negativo: Acción individual afirmativa para los inseguros»*.

-Son para el hermano de mi mujer -explicó el espía, impertérrito-. Está intentando mejorar su personalidad.

-Vale, bueno. Todos se han vendido mucho en las últimas semanas, pero ha pasado por alto uno que también podría interesarle.

-¿Ah, sí? ¿Cuál?

-*«Cómo meter las narices donde no se debe con más discreción y éxito en veinte días»*. Me parece que hay un ejemplar detrás de *«La fláccida furia de la llama»*.

El emisario de la señorita Grace se limitó a mirarle..., con cierto desdén, en opinión de Loan. Después dijo que había venido a buscar algunos libros que no se hallaban a la venta ni en *«Ahorro del Hogar»* ni en las galerías West Georgia Commons, y que si Lone Boy no los tenía sería una pena, no sólo para él, sino también para su familia. El curso de reciclaje en el CAI, de Fort Benning podría ser mucho más largo para Loan de lo que nadie suponía.

-Están en el maletero de mi coche -contestó Lone Boy.

Se le encogió el estómago de nuevo. El sorbete, las aspirinas, le estaban destrozando. Era su última oportunidad de evitar que los manuscritos *samizdat* cayeran en las garras de Grace Rinehart, y ya estaba seguro de que la había desperdiciado, de que se estaba rindiendo a los peores defectos de su personalidad: ambición, avaricia, deslealtad.

Lone Boy guió al visitante hacia su *Datsun*. La entrega de las novelas de Dick robadas (ocultas en una bolsa de color pardo) duró menos de treinta segundos. El hombre del Servicio Secreto las depositó en el piso de la parte trasera de su automóvil. Luego, del bolsillo interior de su chaqueta deportiva, sacó un sobre delgado, que tiró con ademán ampuloso a Loan.

-Toma. Una muestra del agradecimiento de la señorita Grace.

Pasó por delante del coche, subió y se marchó.

Lone Boy se quedó en la acera, bajo los fluorescentes de la tienda, contemplando el tráfico nocturno. Sabía sin necesidad de mirar el sobre que el agente le había dado, cumpliendo las órdenes de Grace Rinehart y con la complicidad y connivencia de la mujer, un ejemplar anticipado del *«Daredevil»* de junio.

No eran treinta monedas de plata, supuso Lone Boy. Pero como si lo fueran, como si lo fueran...

-¿Sabe cuándo me di cuenta de que me estaba volviendo viejo? -preguntó el señor Kemmings a Cal a la mañana siguiente, en el *Emporio de los Animalitos.*

Mi Mejor Estrangulador se estiraba perezosamente para una larga siesta postprandial.

-No, señor -dijo Cal, sin prestar atención ni a las palabras del señor K. ni al sopor de Estrangulador.

-Debió de ser el funeral de la madre de Lia lo que me hizo recordar esto, Pickford. He asistido a demasiados funerales, y cada uno me hace pensar en los demás. En cualquier caso, creo que fui consciente de que me estaba volviendo viejo cuando Keith, nuestro hijo, iba a cumplir catorce años.

»No teníamos calefacción central. Utilizábamos, y aún utilizo, calentadores unitarios. Las estufas consumen gas natural o propano, dependiendo de donde vivas. Cuando enciendes un calentador unitario, elimina el frío del aire, pero también toda la humedad. La gente que vive mucho en espacios cerrados acaba con las mucosas resecas y dolor de garganta.

Cal escuchaba distraído la perorata mientras reponía las existencias de collares antipulgas y comida para peces en las estanterías.

-Lo que hacíamos para conservar un poco de humedad era poner una olla pequeña de agua en el reborde, frente a las llamas. Funcionó. El único problema consistía en que, a temperaturas muy bajas, cuando las llamas se alzaban, tiñendo de color naranja las piedras de la chimenea, bueno, el agua de la olla se evaporaba enseguida. Teníamos que ir rellenándola con una tetera. Llegó a ser un coñazo.

-Apuesto a que sí -dijo Cal, pensando: ¿de qué va el rollo, señor K.? ¿Qué intenta decirme?

-Un día, le dije a Keith que lo hiciera. Yo estaba viendo la tele y no quería levantarme, y pensé que un adolescente dócil lo haría igual de bien que un criado. Pero Keith también estaba viendo la tele y no quiso hacerlo. No sólo había que ir a buscar la tetera a la cocina y llenar la olla, sino devolver el trasto a su sitio. Dos viajes, y en el pasillo siempre hacía frío.

»Keith protestó y se quejó cuando se lo pedí, pero no tardó en obedecerme. Cuando volvió de la cocina no trajo la tetera, sino un montón de cubitos de hielo, y cuando ya iba a gritarle «Oye, muchacho, ¿qué cono estás haciendo?», dejó caer los cubitos, cataclonc-clonc, en la olla y se sentó a mi lado para seguir viendo la tele.

«Estuve a punto de reñirle, pero pensé ¿y para qué? Fue muy listo. A mí nunca se me había ocurrido, pero Keith vio enseguida la forma de llevar agua al calentador unitario sin hacer dos viajes. Entonces me dije: sólo se le podría haber ocurrido a una mente joven. Yo me estaba volviendo senil, y lo único que pude hacer fue asombrarme de la inteligencia de Keith.

El señor Kemmings celebró el recuerdo y la brillantez de su hijo con una risita.

Pero ese chico murió hace diecisiete años, reflexionó Cal. Ni siquiera llegó a los veinte. La historia es un cabrón devora niños. Un voraz comedor de valientes, confiados y no iniciados.

-¿Lia y usted están bien? -preguntó el señor Kemmings de repente.

-Sí, señor. Muy bien.

Cal ya había decidido no abrumar a su jefe con el relato del asalto o el injusto destino de Vike, y guardó silencio, con ciertas dificultades, a pesar de las solícitas preguntas del anciano. Sabía que el señor K., en el curso de las últimas semanas, había llegado a considerarle como un hijo adoptivo, y Cal también profesaba un respeto filial al señor K.

El teléfono sonó a eso de las once.

-Sí, aquí está -dijo el señor Kemmings-. Espere un momento. Ahora se pone.

Indicó a Cal con un gesto que entrara en la combinación de despacho y almacén que ocupaba la parte trasera del *Emporio de los Animalitos*.

Cal obedeció. Levantó el auricular y apretó un botón iluminado.

-Renuevo nuestra oferta -dijo el comunicante-. Acepte ser capataz de la finca Berthelot y olvidaré su estúpido desaire de ayer. A propósito, los *dos* estúpidos desaires.

Allá va, pensó Cal. Allá va.

-¿Oiga?

Librodot

-Estoy aquí -dijo Cal.

-Y las cosas han cambiado, ¿eh? Su colección ilegal *samizdat* está en mis manos. Para colmo, incluye una carta de usted al autor. La posesión de semejante material es una violación de la Declaración de Derechos enmendada. Un delito federal cuyo castigo oscila entre tres y quince años de cárcel, dependiendo del alcance y naturaleza de las pertenencias ilícitas.

-Philip K. Dick es un respetado autor norteamericano.

-Vuelve a jugar conmigo, señor Pickford. Esa reputación está basada en sus publicaciones pre-nixonianas. Por desgracia, los libros que usted posee, o poseía, fueron escritos más tarde, con espíritu hostil y sedicioso, cuando el autor estaba emocionalmente hundido y destruido intelectualmente. No encontraron editor, y nadie pretende que contengan algún mérito literario.

-Pues yo pretendo que sí. Sólo que no es una pretensión. Carecen de calidad para los guardianes del orden establecido porque están en *contra* del orden establecido. Airados, no lisonjeros. Llenos de compasión, no fríos. Toscos, no refinados. Apasionados, no racionales.

-Un discurso precioso, señor Pickford. ¿Lo ha tomado prestado del *Diccionario de sinónimos y antónimos*?

Cal se calló. No era cierto, pero debía de haber sonado igual. Y los discursos preciosos, originales o plagiados, sentidos o hipócritas, no servían para nada, en cualquier caso. Grace Rinehart le tenía donde quería tenerle, o sea, en sus garras y en las de Hiram, ¡maldita puta de mierda!

-¿Sigue ahí, señor Pickford?

-Sí, sigo aquí. ¿Cuándo empiezo?

-Lo antes posible. Despídase hoy.

La mujer colgó.

-¿Por qué cojones tuviste que matar a nuestro perro? -preguntó Cal al auricular silencioso.

Colgó y descargó un puñetazo contra la pared. Todo su cuerpo temblaba.

Al cabo de un rato, el señor Kemmings fue a verle.

-¿Está bien, Cal?

-Señor Kemmings, temo que he encontrado otro trabajo.

El viejo, dos décadas mayor que cuando su difunto hijo le había enseñado el truco de los cubitos de hielo, demostró un frugal asombro. Después, se recobró y cabeceó.

-Sabía que iba a perderle. Va a progresar. No se preocupe. Váyase con mis bendiciones. Le agradezco el tiempo que ha estado conmigo.

El *Cadillac* de Grace Rinehart estaba detenido en la herradura cubierta de grava de un mirador situado en el Parque Estatal Roosevelt. Sus dos ocupantes contemplaban el tablero de ajedrez sembrado de árboles que era el valle de Pine Mountain. Era la primera vez que Lia veía a la actriz desde el funeral de Emily. Sabiendo que Grace había ordenado tanto el asesinato de Vike como el robo de los libros de Cal, Lia se odiaba por haber aceptado el paseo. Una mujer valiente habría explicado a la señorita Grace dónde podía metérselo. Lo cierto es que no estaría sentada en su coche, escuchándola desgranar los temores psíquicos de su juventud.

-No estás tomando notas -observó la señorita Grace-. Durante nuestra última sesión, tomaste notas.

Lia dirigió a su cliente una mirada irritada. Hoy soy yo la que se está desvaneciendo, pensó. Estoy desapareciendo de la altiva rama de mi autoestima como un gato de Cheshire. ¿Por qué? Porque no tengo el valor de resistirme a tu brutal tiranía.

-Quiero que tomes notas.

Lia buscó en su bolso y extrajo una diminuta grabadora.

-¿Puedo utilizar esto?

-Estupendo. Mientras dure la cinta. -La señorita Grace escrutó a Lia con mirada calculadora-. No quieres estar aquí, ¿verdad?

-Francamente, no.

-En ese caso, pídeme que te lleve de vuelta a Warm Springs.

Basta, quiso gritar Lia. Deja de atormentarme.

-Porque lo haré. Y sólo perderás el honor de mi compañía y la generosidad de mis honorarios. Claro que Cal ha dejado su empleo en la tienda de animales, y si no quieres ser mi psicóloga, dudo que Hiram desee conservar a tu marido como capataz. Por lo tanto, *ambos* os quedaréis sin trabajo, ¿no es cierto?

-Chantaje -murmuró Lia.

La señorita Grace golpeó la bocina del coche con los dos puños; el bramido resultante resonó como un balido en todo el valle.

-Es chantaje, de acuerdo, pero no porque disfrute ejerciendo el poder, Lia. Quiero que Cal y tú trabajéis para nosotros, y es muy importante para mí que comprendas nuestro punto de vista.

Sal de este coche, se apremió Lia. Sal, camina por la carretera, deja atrás la piscina del Cuerpo de Prevención Civil y métete en Pine Mountain. Puedes hacer autostop antes de que te estropees las suelas de tus zapatos. Pero se quedó donde estaba, como un fardo en la limusina de la actriz, tan similar a un coche fúnebre.

-Lo que le ocurrió a tu perro fue un accidente.

El pulso de Lia se aceleró, y las palabras que brotaron de su boca contenían una energía tan amarga que tanto ella como la señorita Grace se quedaron estupefactas.

-Habla de todo cuanto te dé la gana, *¡pero no hables de Vikingo, por el amor de Dios!*

La otra mujer la miró con una extraña mezcla de temor y diversión. Después, se quitó los zapatos, dobló las piernas bajo el cuerpo en el lujoso asiento delantero, y habló en tono perentorio.

-Pon en marcha la grabadora.

Lia obedeció, como un autómata.

-Cuando era pequeña, el hombre más importante de mi vida era papá. Era oficial de las Fuerzas Aéreas, y ahora que lo pienso, su complexión era algo parecida a la de Hiram, unos cinco centímetros más alto, pero sólido como una boca de incendios.

»Nací en Valdosta, Georgia. Papá estaba destinado en la Base Aérea de Moddy, cerca de allí, adiestrando a todos aquellos jóvenes apuestos para que llegaran a ser pilotos de caza. Cuando tenía dos años, violó las ordenanzas y me dio un paseo en un avión de entrenamiento. Nadie lo supo, excepto él, mamá y yo, y aun me acuerdo de estar sentada en el regazo de papá, mirando el morro de aquel avión plateado que subía hacia el terrible azul del cielo y después bajaba en picado hacia los campos rojos que rodeaban Valdosta, temblorosos por el calor.

»Mi padre me quería con todo su corazón. Debía de estar un poco loco también, porque en algún vuelo ilícito posterior..., lo hicimos media docena de veces antes de que yo cumpliera cinco años, me dejó coger la palanca de mando y volar arriba y abajo, como si fuera uno de sus alféreces alumnos. Yo, apenas un bebé, aferrando los mandos y cruzando los cielos del sur de Georgia como si supiera de qué iba la cosa. Claro que papá estaba atento por si yo la cagaba, por si nos elevábamos con tanta rapidez que el motor se ahogaba, o por si emprendía un descenso en espiral que nos conduciría a la muerte. Fue increíble, Lia. Nunca me sentí insegura pilotando un avión de papá. Nunca.

Menuda historia, pensó Lia. Las implicaciones freudianas de tus paseos infantiles son tan claras como la sangre en un vestido de novia. Bien a su pesar, Lia descubrió que la autofascinación de su cliente también la estaba fascinando a ella. Re-cap-tando su atención. Neutralizando la irritación que había estado a punto de impulsarla a salir del coche.

-¿A qué viene este recuerdo? -preguntó Lia-. Quiero decir, ¿cuál crees tú que es el significado?

-No lo sé. Fue la última vez en mi vida que me sentí realmente segura. Y ocurrió en unas circunstancias que la mayoría de los niños, de uno y otro sexo, considerarían aterradoras, ¿no opinas lo mismo?

-Es probable.

-Papá era una roca. Creía que los Estados Unidos de América eran la Ciudad de Dios en la Tierra. Se presentó voluntario para ir a Corea, porque imaginaba que la China comunista engulliría aquella península, Japón y toda Indochina si no la frenábamos allí. Voló en los *F-84* durante los dieciséis meses de nuestra llamada acción policial. Después, nos abandonó a mamá y a mí para un entrenamiento de alto secreto en la Base Aérea de Edwards, en California, y no fue hasta que murió sobre la Unión Soviética en un *U-2* que no descubrimos lo que estaba haciendo. Sucedió en 1961, muy al principio de la administración de Jack Kennedy, poco después de que se publicara *«La burbuja rota de Thisbe Holt»,* y nunca se publicó en los periódicos. Kennedy y Khrushchev se reunieron en Viena durante el mes de junio, y ni aquel cerdo ruso ni nuestro querido demócrata de Massachussets querían que otro incidente con un *U-2* estropeara sus conversaciones, como la cagada de Francis Gary Powers había saboteado la última cumbre programada entre Ike y Khrushchev.

»Fue una tomadura de pelo. Papá voló sobre Rusia para luchar contra el comunismo, pero nuestro Presidente *playboy* y su Primer Ministro patán fingieron que ni siquiera había estado allí. ¿Por qué? Para que JFK y Nikita quedaran de puta madre ante sus respectivos súbditos. Fue entonces cuando comprendí que aquel maricón de Kennedy, el mismo tipo que acababa de negar cobertura

Librodot

aérea a los luchadores por la libertad de la Bahía de los Cochinos, no era más de fiar que el gordo que había derribado a mi papá. En aquel preciso momento empecé a buscar una alternativa conservadora a Kennedy. La encontré en Barry Goldwater.

Oh, sí, pensó Lia, me acuerdo de él. Fue el patriota que se levantó en la Convención Nacional Republicana del 64 y declaró: «El extremismo en la defensa de la libertad no es nocivo». Johnson se lo llevó por delante, pero la infructuosa campaña que Goldwater realizó aquel año allanó el camino para que Nixon regresara en el 68, y los demócratas no han sido capaces desde entonces de encontrar un recambio convincente.

-¿Quieres decir que todo cuanto has hecho en el campo de la política desde entonces ha sido en memoria de tu padre? -preguntó Lia-. ¿Es eso?

-Por supuesto. No cabe la menor duda. Y si él pudiera ver cómo mi trabajo, mi activismo en Hollywood, mis programas de americulturización, mi apoyo consistente a la política interior y exterior de Dick, ha contribuido a la actual salud de nuestra nación, Lia, bueno, sé, sé con certeza, que estaría orgulloso de mí. Como estaba orgulloso de mí por pilotar aquel avión de entrenamiento, cogiendo los mandos y poniéndolo a prueba, cuando era una niña de cuatro años. Sí, mierda, estaría orgulloso. Ojalá pudiera ver...

La voz de la actriz se debilitó hasta transformarse en un tono sibilante apenas audible.

Entretanto, una gran melancolía se había apoderado de Lia. Grace Rinehart era una superpatriota megalomaniaca con complejo de Electra. Su padre le había dado el control fálico de un avión de entrenamiento de las Fuerzas Aéreas durante su más tierna infancia. Más tarde, cuando ella se estaba forjando una carrera cinematográfica que le habría asegurado la admiración eterna, había perecido sobre alguna zona rusa, durante la administración de un hombre al que Grace sólo podía considerar un crápula oportunista en su vida privada y un traidor egoísta en el desempeño público de sus deberes presidenciales. Estos diversos episodios habían moldeado la estructura psíquica de la mujer de un modo que, probablemente, resistiría una década de terapia concienzuda, y Lia no podía ni imaginar analizarla otra semana o dos, mucho menos diez años. Nunca conseguiré que esta puta fanática se quiera a sí misma, pensó con amargura. Aun si logro algún adelanto, será a costa de mi equilibrio interno. Soy una mujer disminuida, y cómo puede una mujer disminuida curar a una mujer que se cree secretamente indigna del amor de su querido papá muerto es un misterio que jamás desentrañaré por completo...

Librodot

20

Vear notó que alguien le sacudía. Se dio la vuelta y vio a Dolly, su compañero de cuarto, murmurándole algo con expresión grave.

-...un visitante. -Los labios de Dolly cobraron por fin voz-. Tenemos un visitante, Gordon.

Pero si ya he hablado con el Presidente, pensó Vear, intentando apartar la mano de Peter Dahlquist. Estuve a punto de matarle con uno de tus solenoides, pero su guardaespaldas me estranguló, yo me desperté, y no había pasado nada...

Santo Dios, ¿voy a sufrir otro de esos episodios?, se preguntó Vear.

Aterrado, pasó los pies por encima de la cama, casi dándole una patada en los huevos a Dolly, los plantó en el suelo y descubrió aliviado que se hallaba en su cuarto, los aposentos a los que había sido confinado por orden del Comandante Logan (excepto para pilotar transbordadores y desplazamientos al comedor) hacía muchos días. Aún le alivió más ver que su visitante no era el rey Ricardo, sino la psicóloga residente de Von Braunville, la doctora Erica Zola.

¿Una mujer? ¿En el cuarto de Dolly y de él? ¿No estaba prohibida por las ordenanzas de la base?

-Perdone mi intromisión -dijo la mujer-. Sé cuánto aprecia la intimidad, pero ha ocurrido algo imposible, y mis órdenes son conducirle a usted y a Peter a un lugar donde podamos comulgar sin riesgos.

-¿Comulgar sin riesgos?

-Cito literalmente las palabras de la persona que me ha enviado.

-¿El Comandante Logan le ha ordenado que me conduzca a mí y a mi compañero de cuarto a un lugar donde podamos... «comulgar sin riesgos»?

-No se refiere al Comandante Logan -apuntó Dolly.

¿Qué coño pasa?, se preguntó Vear. Su Comandante quería que permaneciera en su dormitorio bajo una especie de arresto domiciliario autocontrolado, pero Dolly y esta mujer le instaban a seguirles a una cita con una misteriosa autoridad que *no era* el Comandante de la base.

-No estará hablando del Presidente, ¿verdad? -preguntó Vear.

-Gordon, he tenido una experiencia de nanofanía.

-¿Nanofanía? -preguntó Dolly a Erica.

-Visión de enanos -aclaró ella-. Visión *imposible* de enanos.

Vestido con mono y descalzo, Vear la cogió por los hombros y escrutó su rostro agradable aunque algo lobuno.

-¿Quiere decir que ha visto al mismo enano que yo? Eso demuestra que no estoy como una regadera, ¿verdad?

-No sé lo que demuestra. Quizá que yo sí lo estoy.

-¿*Habló* con él?

-Nos está esperando, Gordon, A los tres.

-Pero yo nunca he visto a un enano rondando por el exterior sin traje -protestó Dolly-. ¿Por qué cojones quiere verme?

-Puede que él te lo diga, Peter. Vamos.

-Un momento -dijo Vear.

Sus sospechas aumentaron. Esto era una broma pesada. Franciscus y Stanfield habían reclutado a Erica para que les ayudara a dejarle como un imbécil delante de todo Von Braunville. Ella le conduciría, así como a Dolly, que fingía no saber nada, a un refugio «vacío» de la siguiente cúpula, y cuando entraran, Franciscus y los demás aparecerían vestidos como los Siete Enanitos. Llevarían letreros alrededor del cuello que les identificarían como Gruñón, Doctor, Vergonzoso, Tontorrón, etc. Incluso era posible que uno llevara una máscara negra y el letrero le anunciara como (ji,ji,ja,ja) Oscuro.

-¿Qué pasa? -preguntó Erica.

-Me ha decepcionado usted, eso es todo.

Vear, irritado, explicó sus sospechas. Paseó de un lado a otro, echando humo. No era sorprendente que el personal de la base lunar fuera presa del aburrimiento, pero intentar aliviarlo

Librodot

burlándose cruelmente de alguien que había sufrido una espeluznante alucinación en el borde de un cráter era un comportamiento digno de quinceañeros cretinos, no de profesionales que se enorgullecían de su profesionalidad.

-¿Y si esto se hallara relacionado con Roland Nyby? -replicó la mujer-. ¿Seguiría creyendo que se trata de una burla horrible?

Vear dejó de pasear y de echar humo. No, pensó. Si esto tenía algo que ver con Nyby, no se utilizaría como excusa para dejarme en ridículo, a mí o a quien sea. Harías lo que acabas de hacer, es decir, venir a nuestro cuarto y pedirnos que te acompañemos. Y si yo no fuera tonto del culo, me pondría las zapatillas especiales para andar por la cúpula y te seguiría.

-Adelante, McDuff -dijo Vear.

Y Erica Zola condujo al Mayor Gordon Vear y al empleado civil de la NASA Peter Dahlquist, reparador de ordenadores, fuera de la cúpula C, guiándoles a través de un túnel de comunicación muy poco usado hasta una caverna profunda. Esta caverna, de vitroespuma y lunacreta, servía de almacén de la base para suministros auxiliares de garaje de las Tasadoras y vehículos de exploración.

Varios compartimentos sellados de la caverna carecían de aire. Erica se detuvo en dos o tres puertas de antecámaras de compresión para determinar el nivel de oxígeno que encontrarían más adelante. Hasta Vear, un piloto de transbordador espacial, se sentía como un trasgresor en este lugar, y se alegró de que las luces ámbar del tablero de localización ubicado en la cúpula del Cuartel General funcionaran únicamente cuando el personal de la base salía al exterior.

Dolly se había llevado uno de sus pájaros de juguete. Cada vez que debían parar, le daba cuerda y dejaba que volara por los estrechos pasadizos del almacén/garaje. Este desmañado aleteo irritaba a Vear, que sólo lo toleraba porque no molestaba a Erica y porque era evidente que Dolly hacía lo posible por controlar una serie continuada de ataques de nervios.

Por fin, a bastante profundidad bajo el suelo del cráter Censorinus, Erica les condujo al interior de una cámara (su atmósfera de 27% de oxígeno y 73% de nitrógeno era extrañamente mohosa) abarrotada de cajas que contenían aperitivos envasados, latas de refrescos, tarros de cerezas, mermelada de moras y aceitunas españolas. Se trataba de productos alimenticios pertenecientes a varias empresas norteamericanas, que habían pagado a la NASA para enviarlos a Puerto Kennedy y después a Von Braunville, a fin de promocionarlos. La mayor parte de estos productos eran de ínfima calidad. Robaban espacio al almacén porque el Comandante Logan, según se rumoreaba, había prometido a un cosmonauta soviético con el que había entablado amistad que le regalaría algunas cajas para que se las llevara a casa y vendiera su contenido en el mercado negro de Moscú, donde casi *todos* los productos fabricados en Estados Unidos se consideraban una adquisición prestigiosa.

-¿Aquí? -preguntó Vear, paseando la vista a su alrededor.

-Síganme -contestó Erica.

Les guió hasta un mostrador de distribución y les indicó que fueran a buscar tres taburetes de metal que los trabajadores utilizaban para coger productos de los estantes superiores. Vear se preguntó dónde estaba el enano. Nadie había aparecido ante él con un letrero que indicara Tontorrón o Estornudador. Lástima. Semejante «sorpresa» habría sido más animosa que caer en este antro oscuro y silencioso.

-Creo que tendremos que esperar -dijo la psicóloga.

-¿Dónde le vio por primera vez? -preguntó Vear.

-En mi habitación, Gordon. Pocos minutos antes de que viniera a buscarles. Dijo que era una suerte que ustedes compartieran el mismo cuarto, porque así no sería necesario molestar a nadie más.

-Estupendo. ¿Y qué pasó después?

-Desapareció. Se desvaneció.

Dolly pasaba el rato lanzando el pájaro contra las cajas de gaseosa que había detrás de Vear. Este se vengó finalmente, abatiendo de un manotazo al maldito trasto cuando pasaba junto a él por séptima vez. ¿Por qué cojones estoy tan irritable?, se preguntó el Mayor. Estamos nerviosos, eso es todo. Como un par de monjes a los que un tío va a tonsurar con unas tijeras de podar...

Alguien aparece en la cabecera del mostrador de distribución. Vear intenta sin éxito dotar de identidad a la figura. Experimenta una incertidumbre oscilante: el entusiasmo da paso al temor, el temor da paso al entusiasmo. ¿Les ocurre lo mismo a los demás? Dolly y Erica contemplan fascinados el lugar donde el homúnculo se enfoca y desenfoca.

Un holograma, piensa Vear. Franciscus y Stanfield han montado en el almacén un jodido

holoproyector.

Pero la figura adquiere poco a poco consistencia, hasta estabilizarse en un enano negroide, tal como Erica ha indicado. Viste tejanos y una camisa blanca. La camisa se ondula casi imperceptiblemente en las mangas y los hombros, como alas agitadas por una tenue brisa.

Antes de que Vear pueda pensar en un saludo que no parezca petulante ni estúpido, el enano se vuelve hacia los módulos de almacenamiento que hay detrás de él y baja un paquete de galletas de soda. Después, saca tres galletas, masculla una plegaria o un encantamiento y tira con indiferencia las galletas por encima de la mesa. Vear atrapa su galleta flotante como si fuera un pequeño *frisbee* cuadrado. Erica y Dolly también cogen uno.

-Tomad y comed -dice el enano.

(Su acento es básicamente californiano).

Luego, las tres personas comen.

El enano coge tras latas de zumo de uva, las abre y las desliza hacia sus invitados. Vear se pregunta por un momento por qué Erica, Dolly y él, personal veterano de la base lunar, se consideran invitados de esta aparición, pero invitados, les guste o no, es lo que son.

-Tomad y bebed -dice la aparición.

Vear bebe. Erica y Dolly le imitan. El único que no come ni bebe es el enano, al que el Mayor cree recordar, no sólo porque le vio en el borde del cráter hace unos días, sino porque también Dolly y Erica parecen reconocerle.

-¡Elías! -exclama la psicóloga.

-¡Jesucristo! -dice el especialista en ordenadores.

-¿Thomas Merton? -sugiere Vear, inseguro.

El enano ríe con modestia.

-Elías. Cristo. Merton. ¿Qué quieren que les diga? Ni siquiera se han aproximado. Es posible que Elías se apoderase de mí hace mucho tiempo, doctora Zola, pero cuando su espíritu me abandonó, en el 76, bueno, intenté suicidarme. En cuanto a Cristo, podría marcarse uno o dos tantos, señor Dahlquist, pero sólo si es comprensivo. ¿Por qué ha dicho «Jesucristo»?

Dolly parece confundido.

-No lo sé. Ha sido como una blasfemia, como cuando alguien dice «hostia».

Vear nota que los pelos de su nuca bailan, como diminutas serpientes filamentosas que se ondulan al son de una flauta inaudible. Nada de lo que el enano ha dicho tiene sentido. Lo único que Vear comprende es que, al equivocar la identidad de la aparición, Erica y Dolly han nombrado una *parte* de su identidad. Han estado más cerca de definirle de lo que saben, o de lo que el homúnculo está dispuesto a reconocer.

-En cuanto a Merton -continúa el enano-, bueno, ha sido muy halagador. Seriamente halagador. Pero ¿qué más da si los dos morimos a los cincuenta y tres años? Coincidencia. Una estúpida coincidencia. Lo único que Merton y yo tenemos en común es una fe inquebrantable en que lo Trascendente existe y en que les hablará si alguna vez decide que vale la pena. Eso es todo. Eso, y un esfuerzo por comprender qué mierda nos va a transmitir cuando lo Trascendente se digne por fin a hablar.

-Usted me dijo que se identificaría -protesta Erica-. ¿Por qué nos está sometiendo a este absurdo juego de adivinanzas?

-*Ustedes* empezaron a lanzar nombres. No es culpa mía. De todos modos, si quieren seguir jugando, ahí va una pista: *«Confesiones de un artista execrable»*.

-¿Philip K. Dick? -aventura Dolly.

-Bien, señor Dahlquist. K de *Kai.* -Kai salta sobre la mesa y se sienta con las piernas cruzadas. Glorificado pero nebuloso, brilla en su lugar-. Adelante. Coman, beban. Es posible que nos quedemos un rato aquí.

-No podemos permitirnos quedarnos «un rato» -protestó Erica-. Tenemos mucho trabajo que hacer.

-Quería decir subjetivamente -dice Kai-. El tiempo no transcurre fuera de esta cámara. Se ha detenido. Von Braunville está encantada, como el castillo de la Bella durmiente. Si asoma la cabeza en la habitación de algún colega, verá que una niebla roja flota sobre todas las cosas, y a su colega suspendido en esa niebla como una uva en un cuenco de mermelada de moras.

Estoy alucinando otra vez, piensa Vear. O estoy soñando. Erica y Dolly no están aquí, y estoy imaginando esta «nanofanía» en un remoto rincón de mi mente que sueña. Cuando despierte, seguiré confinado en mi cuarto por haberme aventurado fuera de las cúpulas. Nyby continuará muerto. Erica

Librodot

no recordará nada de esto, y Dolly habrá empezado a construir docenas de pájaros. Para levantar la moral. Que, por ahora, no hay forma de levantar.

-Cierto, cierto -dice Kai, alias Philip K. Dick, a Vear-. Esto es un sueño, una alucinación. Por otra parte, ¿acaso la vida no es un sueño? Y este sueño, en este momento, es más real para usted que todo cuanto sucede a su alrededor. Si usted decide que *soy* una irrealidad, bueno, usted *también* quedará eliminado. Va incluido en el lote, Mayor.

Estas palabras aterrorizan a Vear. Poseen un timbre de autenticidad, como si este enano, la hipóstasis actual de Dick, supiera exactamente de qué habla. Síguele la corriente, piensa el Mayor. Finge que esto está ocurriendo de verdad, no sea que al dejar de fingir seas borrado de la existencia para siempre.

-Si usted es Philip K. Dick -dice Vear, intentando disimular el temblor de su voz-, ¿por qué tiene ese... aspecto?

-Porque estoy muerto, Gordon, y mi cuerpo glorificado ha ascendido hace muy poco a la Santidad. Pero mi conciencia, mi alma, se demora aquí porque el demiurgo de esta creación, una creación decididamente mediocre, me ha encomendado rectificar la pesadilla que arrastró a Nyby y a lo demás a suicidarse. Quiero decir que desde aquí arriba se ve muy bien lo mal que van las cosas allí abajo, y esta perspectiva de conjunto, junto con la desolación del entorno, contribuye a aumentar la desesperación.

-Pero ¿por qué un enano? -pregunta Dolly-. ¿Un enano negro?

-Bueno, el enano sigue vivo. Me limito a pilotar su cuerpo. Por lo que sé de él, por habitarle en este momento, he descubierto que la jerarquía angelical y algunas almas intermedias también le han utilizado de vez en cuando. Este tal Kenneth «Cara de Caballo» Stout lo permite, porque es un buen hombre. Además, le gusta viajar. Considera esta benevolente posesión, efectuada por ángeles o entes intermedios como yo, una especie de recompensa por soportar su enanismo. Por haberlo superado.

-¿Ése es el cuerpo físico real de Stout? -pregunta Vear.

(Suponiendo que algún aspecto de esta situación merezca el calificativo de «real»).

-Es una versión incorruptible, prácticamente indestructible de su cuerpo físico. Glorificado antes de tiempo, pero sujeto de nuevo a todas las penurias de la carne, al menos cuando lo devuelva a la conciencia o alma que habita en su envoltura física. Que yace en un establo situado en las afueras de Pine Mountain.

-Espere un momento -dice Dolly-. Si usted no se apropia del cuerpo o alma de esta persona, ¿de qué se apropia, exactamente?

-No me apropio. Tomo prestado. Lo que tomo prestado es un *potencial*, el cuerpo espiritual en el que Stout se transformará cuando muera, y que escapará incorrupto de la muerte.

Es como pedir un préstamo para el nuevo modelo de coche que se pondrá a la venta el año que viene. Imposible.

-Cuando tomé prestado su potencial póstumo esta vez, «Cara de Caballo» estaba leyendo un libro mío, y mi novela desató la anamnesis en mí. De pronto, perdí mi falta de memoria, recordé mi nombre y recordé que ya había estado una vez en Von Braunville. Sólo para inspeccionar el antro.

-¿Por qué quiso «inspeccionar el antro»? -pregunta Vear-. ¿Qué puede haber de interesante en Von Braunville para un fantasma?

-Yo no soy un fantasma, soy una aparición cambiante. Inspeccioné Von Braunville porque la esencia de la religión es auxiliar a los necesitados, y tanto ustedes como la gente de la Tierra necesitan definitivamente ayuda. Yo quería que ustedes solucionaran sus problemas por sus propios medios, pero ahora pienso que no pueden, y por eso he venido a ayudarles. Y he venido aquí porque tengo buenos informes, informes divinos, o al menos demiúrgicos, de que éste es el lugar donde ustedes tres, y tal vez un par de personas más, pueden obrar el cambio redentor con mejores garantías de éxito.

-¿Qué quiere decir eso de «cambio redentor»? -pregunta Dolly.

-Desembarazarse de esta realidad histórica opresiva y forjar una realidad más libre, más humana. Hace poco he podido visitar, o mi alma lo ha hecho, una atractiva alternativa a esta línea temporal, y han de obrar el cambio en esa dirección. Lo pueden hacer desde Censorinus, aprovechando una inminente oportunidad, que jamás volverá a darse, de provocar una abreacción en la historia.

Vear no es capaz de entender por completo las explicaciones de Kai, pero observa que Erica Zola parece preternaturalmente alerta. Sus ojos, ya de por sí grandes, han adquirido el tamaño de *gongs*.

-¿Abreacción? -dice-. Utiliza un término psicológico en un contexto extraño. ¿Podría ser un poco más preciso, señor Dick?

Librodot

-Llámeme Kai, por favor. Muy bien. Preste atención. En su profesión, doctora, *abreacción* significa expresar y descargar una pesada carga emocional, mierda inconsciente, durante una sesión con un terapeuta. Alguien como usted. Ahora, apliquemos a *abreacción* un sentido histórico.

-Pero ¿cómo? El término es específico de mi campo.

-¿Cómo, si no por analogía, doctora Zola? Suponga que bajo esta realidad histórica subyace una dimensión inconsciente de acontecimientos reprimidos, toda una historia reprimida, de hecho, que podemos liberar y poner de manifiesto mediante..., bueno, un acto de abreacción. Cambiaríamos la historia. Liberaríamos estos sucesos atrapados, permitiéndoles que sustituyeran a los sucesos erróneos que dan consistencia a nuestra pesadillesca línea temporal, y éstos se sumergirían hasta perderse de vista, hasta salir de la mente. Lo cual obraría el cambio redentor..., sí, ya lo sé, estoy mezclando metáforas del que he estado hablando.

-La abreacción de una línea temporal reprimida es una analogía muy clara -dice Dolly-, pero...

-Pero ¿qué, señor Dahlquist?

-Usted asume que la historia, al igual que la conciencia, tiene capas, o al menos, primos colaterales invisibles. Yo no, y si lo hiciera, señor Dick, me preguntaría cómo se propone usted sacar a la luz estas capas reprimidas, o los primos colaterales invisibles.

-Me parece que no me escucha. No estoy *asumiendo* nada. He examinado esta otra línea temporal. He paseado por ella, he inspeccionado ésta y he tomado nota, oh, pequeños míos, de las enormes discrepancias que diferencian los acontecimientos de esa línea temporal de la nuestra.

Vear siente la boca estropajosa. Toma un sorbo de zumo de uva y le pide a Kai que le tire unas cuantas galletas más. Kai cierra la tapa de la caja y se la lanza. Vear coge un puñado de galletas y pasa la caja a Dolly, que se apropia una ración antes de entregársela a Erica. Entretanto, el zumo de uva caliente chisporrotea en la lengua del Mayor con la potencia de un *Alka-Seltzer* diluido en agua el día anterior. ¿Por qué dice Kai «oh, pequeños míos», si él es tan pequeño?, se pregunta.

-¿Cuáles son las discrepancias más importantes, señor Dick? -pregunta Dolly.

-No puedo enumerarlas. Tardaría demasiado. Las cosas están mejor allí. *En comparación*, quiero decir. Lo más molesto para mí es que, si bien las dos líneas temporales son casi paralelas hasta 1968, una de las mayores diferencias *antes* del 68 es que aquí soy un escritor norteamericano importante, pero allí soy un suministrador de basura. Eso es lo que dice la crítica general, que yo escribía basura: absurda ficción científica sobre tiempos paralelos, paranoia, androides, alienígenas y Dios. Mierda por el estilo.

-¿Libros como *«Sivainvi»* -pregunta Dolly.

-Sí. Escribí ficción especulativa como ésa en la línea temporal de ustedes, por supuesto, pero no se publicó. Lo que más me duele es que allí es la *única* parte de mi obra que se ha publicado, y los popes de la crítica literaria, el *«New York Times»* y toda esa basca, la rebajan al nivel de trivialidades propias de la cultura pop. Desde su punto de vista, escribo basura y mi obra es deleznable.

»Soy objeto de culto allí, pero *«La oportunidad de George Stavros»*, *«El peregrino de la colina»* o *«La burbuja rota de Thisbe Holt»*, bueno, nadie pensó que valiera la pena publicarlas. Mi culto es de una categoría catastrófica, fanáticos de la ficción científica convencidos de que Phil Dick tiene línea directa con la Deidad. Debería alegrarme de tener un culto, pero me cabrea saber que mis novelas realistas de la primera época no se publicaron allí. Y hay un grupo que lleva mi nombre, la Sociedad de Admiradores de PKD, formada por críos que consideran *«Nos miran en la oscuridad, ¿no es cierto?»* superior a *«Nicholas y los Higs»*.

Erica toma un sorbo de zumo de uva.

-¿Y ésa es la línea temporal a la que nos quiere transferir?

Una línea temporal en la que es considerado el escritor de basura en que la administración Nixon de aquí ha intentado convertirle desde hace años.

-Oiga, no crea que a mí me gusta. No me gusta que una parte de mi obra caiga en el olvido, pero si ése es el precio que se debe pagar por la abreacción de una línea temporal más libre, estupendo. Quiero decir que es un sacrificio pequeño, ¿y quién soy yo en el gran escenario? En el auténtico gran escenario. Un simple escritor. Y punto.

Erica termina su lata de zumo, baja del taburete y camina hacia el enano con los brazos en jarras, pensando en lo que Kai acaba de contarles. Kai, sin dejar de mirarla, levanta las manos en un gesto significativo. Ya te has acercado bastante, no sigas, no estoy preparado para el contacto. Erica respeta la prohibición, pero se detiene en el borde de su aura temblorosa, y Vear admira el valor de la psicóloga.

-¿No hay otra manera de acceder a este cambio? -pregunta ella.

Librodot

Todo lo que se consigue cuesta algo, piensa Vear, recordando su charla imaginaria con el Presidente Nixon. Y viceversa. Y lo que nos asusta es el viceversa. ¿Qué deberá ceder el mundo, no sólo Philip K. Dick, a la larga, para pasar a esta línea temporal más libre y más humana? Una pregunta importante.

-Se supone que no debo hablar sobre las diferencias aparecidas *después* del 68, doctora Zola. Sólo tengo permiso para decir que, en su mayor parte, es una mundo mejor que éste.

-¿Quién concede y deniega el permiso? -pregunta ella.

-Creo que la respuesta es evidente, ¿no?

-En tal caso, es posible que ese culto a usted, el del flujo temporal reprimido, esté en lo cierto al pensar que usted tiene línea directa con la Deidad.

-Sí, supongo que sí, pero ahora soy un espíritu, y entonces no lo era. Y, técnicamente, toda esta discusión está teniendo lugar *fuera* del tiempo. No la utilice para juzgar mis actividades cuando era mortal, ni en este flujo temporal ni en el otro.

Vear reúne fuerzas para hablar.

-Usted nos ha dado su opinión personal sobre la historia alternativa a la cual quiere que accedamos, pero ha de decirnos si será preciso pagar un precio político importante. No esperará que conspiremos para lograr la «abreacción» de su línea temporal sumergida, sea lo que sea, ignorando las consecuencias globales. Su disposición a sacrificar su reputación literaria para «mejorar» las cosas no demuestra que haya tomado en consideración todos los temas importantes.

-Cuéntenos algo sobre esa otra realidad -dice Dolly.

El enano suspira, sin abandonar su postura de Buda.

-Muy bien, dos cosas. ¿Son buenas, malas o ambas a la vez? Ustedes decidirán. Estoy aquí para rescatar a Estados Unidos, no necesariamente al mundo, de la situación en que se ha metido. La verdad es que no veo ninguna alternativa. Teniendo en cuenta que les estoy instando a que me ayuden, creo que merecen cierta información.

-Dénosla, pues -dice Erica, impaciente.

-Muy bien. Primero, Estados Unidos pierde la Guerra de Vietnam, o ponemos a nuestros aliados sudvietnamitas en una posición que automáticamente les hace perderla. Es lo mismo.

-Ahí es nada -dice Vear-. Eso cambiaría de forma drástica el equilibrio del poder en Indochina. Y no se me ocurre en qué puede mejorar las cosas, señor Dick.

-¿Y la segunda cosa? -pregunta Dolly.

-Por culpa de la prolongación de la guerra y nuestra retirada ante el acoso de los norvietnamitas, el programa espacial sufre un aplazamiento. En el 1982 de nuestra línea temporal sumergida, Estados Unidos no posee una base lunar. Von Braunville no existe. De hecho, es probable que *no* exista antes del siglo que viene.

Vear escucha, mientras Dolly y Erica contestan al enano que, como ejemplos de la forma en que mejorará el mundo gracias a la abreacción de la línea temporal reprimida, resultan muy dudosos. Tiene que estar bromeando. ¿Tan terrible es el reinado del rey Ricardo, autorizado y apoyado por la inmensa mayoría de los norteamericanos, que deberían arriesgarse a permitir una victoria comunista en Vietnam y el completo desmantelamiento del programa espacial norteamericano?

Kai, todavía en la posición del loto, explica que se oponen a la abreacción propuesta porque temen que estos dos sorprendentes cambios puedan ramificarse en horrores históricos desconocidos. Bueno, están analizando el tema desde un punto de vista raquítico. Además, la línea temporal reprimida de Kai contempla la restauración total de la democracia constitucional en Estados Unidos, cuyo ejemplo consigue beneficios a largo plazo que superan las considerables desventajas de la derrota en Vietnam y el enlentecimiento, que no el completo desmantelamiento, de los esfuerzos norteamericanos en el espacio.

La realidad sumergida, aunque lejos de ser perfecta, es *mejor que* ésta. Nyby no habría muerto aquí, ni tampoco los demás empleados de la NASA que se suicidaron en Censorinus. Estas muertes, a efectos estadísticos, son insignificantes, teniendo en cuenta la población de Estados Unidos, pero poseen una gran importancia simbólica y una correlación significativa con el aumento de los suicidios a nivel nacional. Más aún, el hecho de que el reinado del rey Ricardo haya prosperado hasta extremos inauditos ha proporcionado ayuda y estabilidad inconmensurables a los totalitarios de uno y otro signo. El execrable programa «Vuelve a Tus Raíces» es racista en la teoría y en la práctica. Y, según una organización ilegal pro derechos humanos, el número de «enemigos» de la Administración que ha «desaparecido» casi se ha duplicado cada año tras la derrota de Vietnam del Norte en 1974. El hecho de que los medios de comunicación se hallen bajo control gubernamental ha disimulado o excusado

Librodot

estos abusos del poder, y la mayoría de norteamericanos se limita, con gran prudencia, a hacerse el sueco.

-Pero ¿por qué ha acudido a nosotros? -pregunta Dolly-. ¿Por qué precisamente nosotros?

-«Philip K. Dick, ay, ha muerto / Vayamos todos a besarle a Dios el trasero» -recita el enano, mirando al techo de la cámara.

La elegía de Dolly, piensa Vear. Kai oyó la pequeña elegía de Dolly y dedujo de ella su simpatía potencial hacia la abreacción de una línea temporal «más humana».

-¿Y el Mayor Vear? Está de mi lado porque odia nuestro giro hacia el totalitarismo y admira al difunto monje trapense Thomas Merton. Ha estado esperando, sin que él lo supiera, a que se presentara esta oportunidad.

-¿Y yo? -preguntó Erica Zola.

-Usted es una antigua compañera de clase de una joven llamada Lia Pickford, nacida Bonner. Usted conoció a su marido cuando iba al colegio de Colorado Springs, y los tres pasaron una noche con una botella de vino, una hierba de puta madre y un álbum de *Jefferson Airplane* prohibido como fondo musical. Usted resonó al compás de la música. Accedió a leer una obra de P. K. Dick que Cal Pickford sometió a su criterio. Y descubrió que estaba de acuerdo, colocada con *Liebfraumilch* y maría colombiana, con todo lo negativo que él y yo teníamos que decir sobre Ya-Sabe-Quién. Después, por supuesto, volvió a sus estudios y se olvidó de la velada, pero tal vez mi manifestación haya provocado la anamnesis y se da cuenta de lo que estoy diciendo otra vez. ¿Es posible?

Erica parece estupefacta. Has dado en el clavo, piensa Vear. Erica está intentando digerir lo que acabas de decirle.

-Lo recuerdo -admite ella-. Tiene razón.

-Pero usted sublimó su amor por la justicia con un compromiso personal de llegar a ser una de las primeras cinco mujeres destinadas en Von Braunville. Y lo logró. Felicidades.

-Gracias -contesta Erica, dudosa.

Se hace el silencio durante un rato. Vear está seguro de que, por extraña que sea esta audiencia con el enano, los tres, ninguno de los cuales ha sido nunca un verdadero rebelde, saborean la oportunidad de ayudar a la manifestación de Kai a derribar al tirano cuyo Gobierno les ha empleado. Desean realizar con todas sus fuerzas la misteriosa abreacción que borrará la victoria de Estados Unidos en Indochina. Lo cual provocará que las cúpulas de Von Braunville en el cráter llamado Censorinus desaparezcan del paisaje lunar como si nunca hubieran sido construidas.

Como así habrá sido, si la abreacción se produce...

-Muy bien, estamos de su parte, señor Dick -dice Dolly-, pero ¿*cómo* haremos lo que usted quiere que hagamos, y *cuándo* lo haremos?

-Estén atentos -dice el enano, difuminándose inexorablemente.

En cuanto la aparición se desvaneció, Vear se dirigió al extremo del mostrador de distribución. Posó su palma en el punto donde Kai había apoyado el culo. Estaba más caliente que otras zonas cercanas de la mesa. ¿Era posible alucinar un culo que era... *real*? Acababa de hacerlo. En compañía de una psicóloga respetada y un experto en ordenadores famoso por su racionalismo a ultranza.

-¿Ha ocurrido esto? -les preguntó.

Nadie contestó. Sin embargo, al igual que ellos, vio que la caja de galletas que habían comido y las latas de zumo de uva que habían bebido ya no estaban sobre la mesa. Tampoco pudieron encontrar una caja abierta en la que hubiera estado guardada la caja de galletas o una brecha en la hilera de latas de zumo, susceptibles de demostrar que Kai había sacado tres para sus desconcertados invitados. Lo único que demostraba la aparición del enano era, sí, el punto caliente del mostrador de distribución.

-Y nuestros recuerdos de que esto ha ocurrido en realidad -dijo Vear-. Ustedes recuerdan esta experiencia tanto como yo, ¿verdad?

Los tres establecieron comparaciones. Sus recuerdos individuales de los últimos cuarenta minutos coincidían. Lo que había ocurrido, había ocurrido. De lo contrario, habían compartido una alucinación común.

Erica les guió fuera del almacén, hasta entrar en el túnel y llegar a la cúpula que albergaba los dormitorios masculinos. Mientras caminaban, notaron que el aire tenía un tono rosado, como si una nube de humor rojo estuviera a punto de disiparse. El sistema de filtración de las cúpulas estaba trabajando para aspirar el humo anómalo (¿De qué? ¿De dónde?) y arrojarlo a la noche lunar.

¿O era aquello?

Librodot

Al ver a dos de sus colegas petrificados en mitad de un movimiento, Vear recordó que Kai había dicho que, hablando en términos objetivos, el tiempo no transcurriría mientras hablaban con él.

Dolly confirmó esta sospecha cuando estuvieron de vuelta en su cuarto. Habían regresado al dormitorio apenas un minuto después de abandonarlo. Ninguno de ellos se presentaría tarde por la «mañana» a su trabajo. Como el aire de las cúpulas, se hallaban a salvo de toda sospecha. Lo único que debían preocuparles era el intrigante sentido de su fantástico recuerdo colectivo...

Librodot

21

Lone Boy entró en el *Emporio de los Animalitos Felices*. El señor Kemmings estaba solo en la tienda.

Hacía dos semanas que Cal se había despedido, y Lone Boy temía que las autoridades le hubieran enviado a una prisión federal, incluso a la ruinosa y superpoblada de Atlanta, que albergaba todavía a los prisioneros de guerra cubanos, capturados durante la victoriosa invasión de la isla en 1975. El ahorcamiento del dictador comunista Fidel Castro, llevado a cabo en un lugar indeterminado de Estados Unidos, se había retransmitido en directo por la televisión, pero muchos de los soldados que permanecían fieles a su causa continuaban encerrados en el penal de Atlanta.

Nixon justificaba los gastos que ocasionaba su mantenimiento al utilizarlos como moneda de intercambio en cualquier situación internacional en que ciudadanos norteamericanos eran tomados como rehenes, una política que, desde el punto de vista político, era popular y admirada. El propio Loan la apoyaba con todas sus fuerzas, pero la idea de que Cal Pickford pudiera estar encerrado en una celda contigua a la de un castrista amargado y obcecado intensificaba su sentimiento de culpabilidad. Había traicionado a Pickford para evitar los inconvenientes de soportar un curso de reciclaje del CAL. Le había vendido por un ejemplar de *«Daredevil»*.

-¿En qué puedo servirte, Lone Boy? -preguntó el señor Kemmings.

-Quiero comprar un animal.

-Para tus niñas, imagino. ¿Un periquito? ¿Un oso Brezhnev?

-Mis niñas ya tienen osos Brezhnev. Uno cada una.

Regalo, se dijo Loan a su pesar, de aquella patriota norteamericana carente de escrúpulos, Grace Rinehart. La más puta de todas las putas.

-¿De veras? ¿Dónde los compraste?

Oh, oh. El señor K. se siente herido porque no le compraste a él los conejillos de Indias.

-Un amigo nos los regaló -se apresuró a explicar-. Oiga, ¿cree que compraría esos mutantes rusos pelados a otra persona que no fuera usted?

El rostro del señor K., teñido de desagrado, se tiño ahora de placer.

-Bueno, si ya tienen «osos», ¿qué crees que les gustaría ahora?

-No es para las niñas, señor. Es para mí.

-Ah. ¿Un perro? El perro es el mejor amigo del hombre. Claro que los periquitos también hacen mucha compañía, y viven hasta una edad muy avanzada.

Lone Boy no contestó. Se internó en la tienda. Se detuvo frente a la jaula de cristal manchado en la que habitaba la boa constrictor que Cal y su jefe llamaban en broma Mi Mejor Estrangulador. La serpiente, dormitando en la confusión color pardo de sus anillos, parecía haber aumentado de tamaño desde la última visita de Lone Boy. Al mirarla, se estremeció..., pero supo al instante que era el regalo perfecto para humillar y aterrorizar a la mujer que le había obligado a cometer un enorme perjuicio a fin de evitar una penuria personal.

-Éste.

El señor Kemmings se quedó de una pieza.

-¿Estrangulador? No me creo que quieras comprar a Estrangulador. Nadie quiere a Estrangulador. Es muy caro.

-No hay problema. He ahorrado bastante.

-Has de tener en cuenta lo que come, Lone Boy. Has de alimentarlo con ratones.

-Tampoco hay problema. Los ratones no me chiflan.

-Las gemelas se llevarán un susto de muerte, Loan. Será como si las obligases a ver cómo Estrangulador se come a sus osos Brezhnev.

-No lo voy a llevar a casa. Compro la boa para alguien que simpatiza mucho con las costumbres reptilianas.

El señor K. asintió, pero Loan adivinó que, en el fondo, no quería venderlo. Su renuencia le habría disuadido de extender un talón por Mi Mejor Estrangulador, pero Lone Boy aún veía al perro de los Bonner-Pickford muerto en su bañera. Además, el insomnio asolaba sus noches, y ya no podía sentarse a comer sin sentir unas náuseas horrorosas que últimamente limitaban su dieta a arroz blanco,

Librodot

manzanas y té. Grace Rinehart lo iba a pagar muy caro.

-¿Ya has pensado en cómo transportarás a Estrangulador a casa de tu amigo? -preguntó el señor K.-. ¿Has traído el coche?

-Será un peñazo..., pero ya me las arreglaré. Me las arreglaré.

Cal sujetó las patas delanteras del caballo entre sus piernas y les aplicó un punzón de cascos. Un par de caballos de carreras que Hiram Berthelot había comprado a la «Baronía del Sinsonte Pardo» ya estaban bien pedicurados («Cara de Caballo» Stout se había encargado de ello), pero las patas de los cuatro animales maduros de Berthelot necesitaban cuidados. Sus pezuñas habían desarrollado durante el invierno uñas extra, se las habían partido, o ambas cosas a la vez. Y en cuanto dieran comienzo los rodeos de la tardía primavera, estos caballos se encontrarían en peligrosa desventaja si Cal no limaba, pulía y recortaba.

-Tranquilo -susurró al caballo-. No te muevas.

Era un trabajo agotador. Cal le había dedicado casi once horas. Los músculos de la parte inferior del espinazo crujían como cuero viejo y le dolía toda la espalda, desde los hombros a la cintura. De todos modos, le sentaba bien. B-I-E-N.

No puedo decir que la forma de conseguir el trabajo me vuelva loco, pensó Cal, pero es el trabajo para el que he nacido.

En este momento, su principal preocupación consistía en que Lia ya le estaría esperando en casa. Tampoco era moco de pavo su amargo resentimiento hacia Grace Rinehart, por provocar la muerte de Vikingo y chantajearles a los dos con la espada de Damocles de los manuscritos robados. Lia consideraba esclavitud el trabajo que Cal llevaba a cabo en la finca Berthelot, pero él lo contemplaba como su salvación, un programa particular «Vuelve a Tus Raíces» que le había devuelto su verdadera identidad. O, al menos, una parte de ella. En estos días, no se podía pedir más.

Las caballerizas de la finca Berthelot distaban apenas un kilómetro de la mansión. Cal agradecía esta distancia. No le molestaba estar solo casi toda la jornada laboral. De hecho, Berthelot le había dicho a Cal, cuatro días después del funeral de Emily, dos después de la llamada telefónica a la tienda de animales, que hiciera todo lo necesario para preparar un rodeo que se celebraría a mediados de mayo. Cal no había visto al tipo desde entonces. Preparar un rodeo, incluso en Georgia, era una operación sin complicaciones, aunque agotadora y lenta, y Cal la realizaba sin ayuda, para que no fuera preciso alquilar más mano de obra hasta el momento de reunir el ganado.

La radio portátil que descansaba sobre el taburete emitía una canción de Hank Williams Jr. Después, sonó una alegre melodía de Berle Haggard, poseedor, como la señorita Grace, de una Medalla de la Libertad. El *country & western* predominaba en las emisoras, y aunque Cal sintonizaba una de Atlanta que emitía *rock* blando, al menos cuando hacía buen tiempo, aquella música para *bollycaos* que pasaba por *rock and roll* le ponía a parir. Era mejor una tonadilla patriótica de un tío tocado con un *Stetson* que una canción de amor melosa de otro duplicado de Barry Manilow.

Y después, las noticias de las siete. Empezaban con una crónica acerca de las víctimas y éxitos británicos en las Islas Malvinas desde la llegada de su fuerza naval. Cal escuchaba con escasa atención, sorprendido de que aquella guerrita hubiera llegado a desatarse.

Que le den por el saco a su guerrita, pensó. Acaba de acicalar esta pata de caballo y arrastra este cuerpo reventado hasta casa.

-¿Cómo va, Cal?

Cal dejó caer el punzón y se cayó del taburete.

Su nuevo jefe, Hiram Berthelot, había entrado en el establo prefabricado. El hombre se agachó, apagó la radio y ayudó a Cal a levantarse. Al parecer, venía solo. Ningún hombre del Servicio Secreto había entrado en el edificio, ni tampoco la señorita Grace, para alivio de Cal.

-Bien -dijo Cal, sonriente-. Muy bien.

El Secretario de Agricultura era corpulento, diez o doce centímetros más bajo que Cal, pero no por ello menos impresionante su figura. Su expresión poseía la tozudez y el aire juguetón de un dogo, y su cuerpo sugería poder, un poder afable y asumido que no necesitaba de demostraciones para anunciar su existencia.

A Cal le había caído bien el hombre casi desde los principios de su carrera en Washington, influido por la aprobación que manifestaba Arvill Rudd. Berthelot había convencido al Presidente de imponer un precio máximo a la carne de buey en el 73, durante el mandato de su predecesor, y en los seis años que llevaba de Secretario había logrado mantenerse al margen de escándalos (aun teniendo

Librodot

en cuenta la censura sobre los medios de comunicación). Ahora, de hecho, el rey Ricardo estaba planeando en secreto que Berthelot le sucediera como presidente.

-Es tardísimo. Me alegro de que se haya quedado, porque quería hablar con usted, aunque no me gustaría que su mujer se alarmara por la tardanza.

-Es posible que ella también llegue tarde. Su clientela ha aumentado mucho desde que trabajo aquí.

-Grace tiene una opinión muy favorable de ella, por lo que yo sé.

Sí, sí, pensó Cal. Grace tiene una opinión muy favorable de toda la gente a la que puede manipular. Sin excluirte a ti, objeto de un intento de seducción en la granja de Wiedenhoedt.

Y, se dijo Cal, el Secretario era tan poco de fiar como su famosa esposa. No se podía confiar en *nadie* de esta Administración, y si Berthelot parecía a veces un tipo estupendo, empleando la amabilidad en lugar del poder implacable, era como resultado de compararle con los demás miembros de la corte del rey Ricardo.

Por tanto, Cal empezó a abrigar serias sospechas sobre la visita y los motivos de su nuevo jefe.

Con la esperanza de concluir cuanto antes la entrevista, le dijo al hombre lo que debía hacer antes de empezar el rodeo de los terneros Santa Gertrudis. Faltaba un caballo por limar las uñas, reparar un hierro de marcar, comprar una gran cantidad de vacunas *Cutter* de triple acción, afilar todos los tubos descornadores guardados en el cobertizo de las herramientas y, como remate, contratar a buenos especialistas en rodeos. Que en el condado de Meriwether, pensó Cal, será como montar un equipo de hockey sobre hielo con negros de la selva africana...

-Espere un momento -dijo Berthelot-. Tranquilícese.

-Parecen muchas cosas, señor, pero deberíamos ponernos a trabajar duro el fin de semana..., si encontramos cinco tíos con un poco de experiencia.

-Mecanizaremos todo el trabajo que podamos. Por otra parte, usted *no* irá a este rodeo de primavera.

-¿Perdón?

Sintió que su estómago se encogía. ¿No ir a este rodeo de primavera? ¿No le habían contratado por ese motivo, para supervisar el marcado, vacunado, castrado y descornado de los preciados terneros del Secretario? ¿Había cambiado de opinión? ¿Habían Grace o él decidido llevarle ante la justicia por la posesión de *«El médico en el castillo», «Allanador nocturno»* y todas las demás novelas anti-Nixon que algún Allanador anónimo había robado de su baúl?

-No se preocupe -continuó el Secretario-. No le estoy despidiendo. Estará de regreso para el rodeo de otoño.

-¿De vuelta? ¿De vuelta de dónde? No le entiendo, señor.

-El Presidente y yo queremos encomendarle una misión especial. ¿Le apetece visitar Von Braunville?

-*¿La Luna?*

-A menos que la hayan trasladado, Von Braunville suele estar allí.

-Pero ¿por qué?

-Estamos enviando civiles de seis profesiones diferentes desde el 78. Un maestro. Un periodista. Un teólogo. Un atleta. Un poeta. El alcalde de Nueva York. ¿No le gustaría ser el primer..., bueno, el primer *vaquero* que pusiera el pie en la superficie lunar?

-No mucho, señor.

Sin embargo, recordó al instante el consejo del fantasma Phil Dick, en el sentido de que aceptara correr riesgos, y el de «Cara de Caballo» Stout, animándole a visitar la Luna si se le presentaba la ocasión. Al mismo tiempo que los recuerdos, un mareo desorientador asaltó a Cal. Aferró la parte superior del taburete para conservar el equilibrio.

-Es un honor, ¿no se da cuenta?

-Pero ¿por qué un vaquero? ¿Y por qué yo?

-Su misión consistirá en supervisar el envío de seis conejillos de Indias, osos Brezhnev, a nuestro personal del cráter Censorinus. Seis machos y seis hembras, dos de ellas ya embarazadas. Una vez llegue allí arriba, Cal, enseñará a nuestra gente a cuidar de los animales. Volverá en la siguiente nave que despegue de Puerto Kennedy, y su ausencia, incluyendo el viaje, no se prolongará más de tres semanas.

-Los vaqueros no son cuidadores de cobayas, señor Secretario.

-Sí, lo sé, pero enviar vaquillas a la Luna está descartado por completo. Considere a los osos Brezhnev como un sucedáneo.

Librodot

Animales domésticos para insuflar moral al personal de la base lunar, pensó Cal. Y yo, chantajeado de nuevo, su Hopalong Cassidy de quita y pon, conductor y guardián de un minirrebaño de roedores.

-Hay un hombre en Alabama al que puedo contratar para que se encargue de este rodeo, Cal. Ya lo ha hecho otras veces. Cuando usted vuelva, asumirá la plena responsabilidad, y no volverá a ser apartado de sus funciones.

-¿Los otros civiles no tuvieron que prepararse un tiempo en Texas antes de que la NASA les dejara subir?

-Ese tiempo se acorta a cada candidato que se presenta. Le pondrán a punto en una semana. Se marchará pasado mañana. Olvídese de su trabajo aquí. Empiece a pensar en la aventura lunar.

-Iré con una condición.

Una bravata estúpida, pensó Cal, pero vale la pena probarlo.

-Me temo que no está en posición de imponer condiciones.

-Me da igual.

-Muy bien. Aunque sólo sea por curiosidad, ¿cuál es?

-Que la NASA compre al *Emporio de los Animalitos Felices* los osos Brezhnev que nos vamos a llevar.

Berthelot estalló en carcajadas, casi partiéndose en dos.

-Hecho -farfulló a continuación.

-¿Hecho?

-Claro. Me importa un huevo de quién sean los osos Brezhnev. ¿Cree que el *Emporio* tendrá un par de hembras preñadas?

-Es probable.

-Porque toda la gente de allí arriba ha de tener uno. A la larga, al menos. ¿Para qué enviar cincuenta, si son tan prolíficos?

No, eso sería una estupidez, pensó Cal. ¿Y si el personal de la base lunar no los *quiere*? Cal se calló la pregunta, porque estaba claro que el Presidente, el Secretario de Agricultura y los peces gordos de la NASA ya habían decidido qué necesitaban exactamente los habitantes de Von Braunville para vivir felices y trabajar bien.

-Su lealtad al señor Kemmings es admirable, Cal. Confío en que transmita ese rasgo a su jefe actual.

Cal no contestó.

-Le diremos a la NASA que encargue las seis cobayas al *Emporio de los Animalitos* -prosiguió Berthelot-. Al señor Kemmings se le pagará el viernes, tan pronto como sus «ososs» obtengan la autorización de un inspector de sanidad. Mañana enviaré a las galerías West Georgia Commons a uno de nuestros hombres para que les eche un vistazo.

-¿La NASA no debería hacer una oferta pública de compra?

-¿Qué cojones quiere usted? -se enfureció Hiram Berthelot-. ¿Que su antiguo jefe nos venda los conejillos de Indias, o que la NASA actúe de acuerdo con los procedimientos legales habituales, que su «condición» anula, ya que ha decidido utilizar sus influencias? Dígamelo, por favor.

Dios mío, pensó Cal, le he sulfurado. No me extraña. Pido ser exento de las normas, él accede, y después insinúo que no está jugando limpio.

-Me gustaría que la NASA se los comprara al señor K. -dijo Cal, avergonzado.

-Hecho. Ya lo he dicho, ¿no? Y no vuelva a hablar de ello.

El Secretario, no obstante, sonrió de nuevo. Vestía tejanos gastados, una chaqueta de algodón y botas de trabajo. Ayudó a Cal a preparar los caballos para la noche. Se movía con contagiosa energía por el establo prefabricado, llenando seis grandes tazones de café con copos de avena y murmurando tonterías a los caballos, mientras colocaba los tazones de hojalata en las casillas. Después, a la luz del crepúsculo, acompañó a Cal hasta el herrumbroso *Dart* aparcado bajo un olmo, no lejos del cobertizo.

-Se le va a enfriar la cena. Será mejor que se largue.

-Sí, señor.

Pero, ante la sorpresa de Cal, Berthelot subió al asiento delantero y se sentó con las manos sobre los muslos.

-¿Quiere que le lleve a su casa, señor?

-No, Cal. Quiero que se acerque al maletero, lo abra y me dé el volumen encuadernado con espirales que hay encima de la rueda de recambio.

Los músculos de la espalda de Cal se contrajeron y agitaron. Un estremecimiento recorrió su

Librodot

pecho. ¿Cómo lo había averiguado el bastardo? ¿Cómo lo había descubierto? Cal obedeció, como un zombi. Pasó el volumen a su jefe por la ventanilla y se sentó tras el volante.

-Ah, sí. *«El sueño acusador de Harper Mocton»*. Del fallecido Philip K. Dick.

-¿Cómo supo que aún lo tenía?

-Porque tenía todos los demás títulos prohibidos de Dick. ¿Por qué iba a dejar de comprar éste?

Cal estaba desolado. Venus se alzaba en el cielo de abril, sobre un bosquecillo de pinos, pero su visión no alivió su amargura ni su sensación de pérdida. El ladrón no se había apoderado de este volumen porque Cal lo llevaba en el maletero del coche. Y, desposeído de los demás manuscritos y muerto Vikingo como consecuencia del asalto, se enorgullecía de esta ínfima victoria. Aunque todo lo demás había desaparecido, aún poseía el ejemplar de la novela en que Dick había imaginado una rebelión popular incruenta contra la arrogancia presidencial. Y retener por accidente *«El sueño acusador de Harper Mocton»,* de entre todos los títulos guardados en el baúl, le parecía a Cal una señal de..., bueno, de intercesión divina.

Ahora, sin embargo, estaba a punto de perder tanto su manuscrito *samizdat* como el pequeño triunfo de haberlo conservado.

Berthelot devolvió el volumen a Cal.

-No lo quiero. Sólo deseaba saber si mi presentimiento era correcto. Antes de entrar en el cobertizo, miré debajo de los asientos. -Golpeó el asiento delantero con el canto de la mano-. Nada. Y como el maletero estaba cerrado con llave, tuve que obligarle a abrirlo para demostrarme que aún guardaba el volumen. El Allanador lo hubiera encontrado, de haber estado en su apartamento, pero no fue así.

-Podría haberlo guardado en una caja de seguridad. Podría haberlo ocultado en un árbol hueco.

-Es posible. Pero no lo hizo. Yo tenía razón.

Cal sostuvo el volumen sobre su regazo, esperando el siguiente paso. Los Berthelot ya poseían un montón de material con el que chantajear a los Bonner-Pickford. ¿Por qué se había molestado el Ssecretario en darle un susto de muerte, obligándole a sacar el manuscrito? ¿Sólo para impresionarle con su capacidad de deducción?

-¿Qué opina del libro? -preguntó Berthelot, señalándolo con un cabeceo.

-Basura vil y sediciosa. Bazofia en todos los sentidos posibles de la palabra. Ficción científica despreciable, indigna de ser publicada.

-No -sonrió Berthelot-. ¿Qué opina *en realidad* de él?

¿Por qué?, se preguntó Cal. ¿Vas a grabar mi respuesta?

-Es rara -dijo en voz alta-, pero posee auténticos méritos literarios. Además, me gusta lo que le ocurre a Harper Mocton. Ojalá... -Adelante, Cal. Entrégale tus entrañas a esta sonriente piraña de dos patas-. Ojalá le ocurriera lo mismo a nuestro charlatán real.

-Ah.

Venus centelleaba sobre las colinas cercanas como el extremo al rojo vivo de una vela invisible. La brisa crepuscular transportó hasta el *Dart* un olor a estiércol de caballo y aceite de máquina.

-Me parece que ya es hora de que sepa, Cal, que, junto con los conejillos de Indias, irá acompañado a Censorinus por el Presidente Nixon.

En un aposento situado en el segundo piso de la mansión Berthelot, espejos y videopantallas se amontonan, unos sobre otros en las paredes. Proporcionan a la habitación ventanas sobre el alma de todos los ocupantes, ojos en el mundo exterior y un espejeante repaso fragmentario al pasado cinematográfico de Grace Rinehart. Cada rectángulo de cristal es un fragmento de un silencioso calidoscopio de imágenes. En ninguno de los espejos se refleja un rostro humano, pero todas las pantallas de vídeo muestran personas, algunas muertas desde hace más de veinte años, otras captadas en directo, todas silenciosas como mimos.

-No lo entiendo, Hiram. He trabajado como una negra para que Cal Pickford aceptara tu empleo.

-*Nuestro* empleo, Grace. Aún continúa.

-¡Pero si le vas a enviar a la Luna! ¡Tú y Dick vais a enviar a Von Braunville al capataz del rancho que llevas años buscando! ¿Por qué?

Berthelot, vestido con un pijama de seda y un albornoz bordado, se acomoda en el borde de la cama circular. Grace está sentada en el centro. Apoya la espalda en un cojín a rayas; murallas de almohadas guarnecidas con flecos, que ocupan todo el ancho de la silla, forman un semicírculo frente a ella. Cambia de canal obsesivamente con el mando a distancia que empuña en la mano izquierda,

Librodot

rebobinando escenas de películas, congelando imágenes de una pantalla, acelerándolas en otra, transformando cada ventana fluorescente de la habitación en un torbellino puntillista de luz y color.

-Ya te lo he dicho, Grace; para cuidar de los «osos».

-Pero yo le prometí que no tendría que hacerlo.

-Ha comprendido que es un honor, que no tendrá que volver a hacerlo. No hay problema. Deja de preocuparte.

-A Lia no le gustará que se ausente durante tanto tiempo, y me odiará aún más que ahora. Durante nuestra última sesión, en la que le conté cómo nos habíamos conocido tú y yo, no paró de sacar lápices del bolso y partirlos en dos. Debió de romper por lo menos una docena. Estábamos sentadas en un reservado de un restaurante de Manchester, y alguien volvía la cabeza cada vez que sonaba un chasquido. Iba disfrazada, por supuesto, pero aquellos estúpidos chasquidos me ponían en una situación muy violenta.

-Puedes comprar una psicóloga, Grace, pero no el cariño o la buena opinión de alguien.

-¿De Benjamín Franklin? -responde con sarcasmo la mujer de Berthelot-. ¿De Oscar Wilde? ¿A quién le robas tus epigramas?

-Los invento yo mismo. Es cierto, aunque te parezcan banales.

-Escucha, Hi, todo será diferente cuando alcances la presidencia. Entonces, esa chica se alegrará de recibirme. Como todo el mundo.

-No voy a ser presidente.

Grace deja de apretar los botones del mando a distancia. Las pantallas de vídeo que se abren como ventanas en el techo y el papel pintado que reproduce magnolias parecen menos agitadas.

-Repítelo.

-No voy a ser presidente.

Grace deja el mando a distancia y mira con dureza a su marido.

-Claro que sí. Cuentas con el apoyo de Dick. Derrotarás a todos tus oponentes republicanos, incluyendo al General Willie, y en las elecciones de noviembre arrasarás a cualquier nulidad que los retrasados mentales de los demócratas envíen en pelotas contra ti. *No* vuelvas a decirme que no serás presidente.

-Pero es eso lo que te estoy diciendo, nena.

-¿Quién, pues? ¿Por qué?

-No lo sé. Tal vez nadie. Yo no, seguro.

Grace se alza sobre su fortaleza de almohadas como una cobra del cesto de un encantador de serpientes.

-¿Por qué cojones no?

Berthelot alarga la mano y acaricia el cabello de su mujer.

-Escucha, yo podría ser presidente, nena, pero ostentaría el cargo de una forma meramente simbólica. Cada vez está más claro que el Presidente Nixon no tiene la menor intención de renunciar al poder, sino tan sólo a los oropeles visibles del cargo. Me ha nombrado su sucesor oficial porque piensa que se me podrá manipular con toda facilidad una vez haya jurado el cargo.

-¡Pero tú no eres esa clase de persona!

-Te agradezco tu opinión contraria.

-¿Cómo sabes todo eso?

-Uno de los colaboradores del Presidente comió conmigo hace una semana. Me dijo que tuviera cuidado con mi nominación. «Es el beso de la muerte», afirmó.

-¿Qué colaborador?

-No puedo decírtelo, nena. Es el lameculos de la Casa Blanca que tiene la lengua más limpia. Se entera de todos los chismes fiables, y me habló con sinceridad.

-¿Lameculos? No son lameculos, son...

-Calla un momento y escucha. Este tipo me dijo que el Presidente ha decidido apoyarme para asegurar mi victoria. La última persona a la que desea ver en el cargo es a Westmoreland. Willie tiene sus propias ideas, y apenas ha podido contener sus deseos de acceder al despacho oval durante estos seis años como Vicepresidente. Yo voy a frustrar las ambiciones de Willie. Después, ya elegido, el querido Dick me dará una patada en el culo y me hará bailar como una marioneta.

-Paparruchas, Hi. En primer lugar, si Dick está tan aferrado al poder, ¿por qué no se presenta de nuevo? Lograría el sesenta por ciento de los votos. En segundo lugar, tú nunca le permitirías que te manipulara de esa manera.

-Presentarse al quinto mandato consecutivo dañaría su reputación. A FDR todavía se le reprocha

en algunos círculos haber alcanzado un cuarto.

-Pero Roosevelt se presentó a un cuarto en plena Guerra Mundial. No compares.

-De acuerdo. ¿Y la guerra de Nixon? Ha terminado. Presentarse otra vez, en una época más o menos estable, podría dar a entender que está loco por lo único por lo que *está* loco: el poder megalomaniaco. Claro que le gustaría llegar a ser el único presidente de la historia que fue elegido cinco veces consecutivas, pero disimulando que ése era el único motivo de presentarse.

-Pero no lo sería. Estoy segura de que no lo sería.

Berthelot no dice nada. En una pantalla grande como una mesa de billar, situada directamente sobre sus cabezas, su mujer, quince años más joven, se baja un tirante del sujetador ante un actor rubio que resultó muerto tiempo después en un atentado terrorista cometido en Londres.

-En cualquier caso, Hiram, una vez hayas jurado, podrás sacarte de encima a Dick, aunque no debes hacerlo bajo ningún concepto, y actuar como te plazca, de acuerdo con tu conciencia. Tú serás el presidente, no él, y la Constitución te apoyará. ¿Qué podría hacer Dick?

-Lo que nosotros hemos hecho con Pickford. Chantajearme.

-Dick no haría eso. Además, ¿cómo podría chantajearte? Eres honrado a carta cabal. La única persona decente que he conocido.

-Mi informante me dijo que el Presidente se ha vuelto más terco y despiadado desde que la planta de oxígeno de Censorinus entró en funcionamiento. En privado, quiero decir. En público, continúa comportándose como el viejo «Nuevo Nixon», pero cuando está solo con sus íntimos se muestra más autócrata que durante la guerra.

»Creo que las afirmaciones del consejero son ciertas. He asistido a muchas reuniones del Gabinete, y tengo desde hace mucho tiempo la sensación de que el Presidente me aprueba. De todos modos, no soy un íntimo. ¿Es tan difícil creer que, por razones sólo conocidas por él, está cultivando una nueva crueldad, de la cual deba salvársele?

-¿Quieres decir que está enfermo? ¿Quieres decir que su enfermedad podría impulsarle a intentar chantajearte?

-Sí, Grace. En efecto.

-¿Chantajearte con qué? ¿Cómo?

Berthelot aparta la vista de la pálida mujer amurallada tras las almohadas. En una pantalla cercana a un escritorio bajo esmaltado de blanco, su mujer, siete años más joven, conduce a un grupo de soldados voluntarios por una enmarañada senda de Camboya. Cuando alguno de sus fatigados seguidores tropieza o se rezaga, ella le hace señas con impaciencia.

-Contigo -responde él, volviendo a mirarla-. Mi informante me ha comunicado que tu amado Dick, ahora un hombre muy enfermo, trataría de manipularme con la amenaza de arruinar tu reputación. Mediante películas. No producciones de Hollywood, sino escenas rodadas a escondidas dentro y en los alrededores del Salón de Arte, Cine y Fotografía. Y el Presidente entregaría estas filmaciones a sus amigos de los medios de comunicación si yo antepusiera mi voluntad a la suya.

Grace mira a su marido con ojos como monedas quemadas en una caja de fusibles.

-¿Qué vas a hacer?

Berthelot se inclina sobre la cama y extiende un brazo hacia su mujer. Cuando ella aparta sus dedos, Hiram gatea sobre la cama hasta situarse en el borde de la fortaleza de almohadas guarnecidas con flecos. Después, se pone de rodillas y trata de besarla en los labios. Ella le enseña el perfil de su mandíbula. La boca de Berthelot murmura algo a la rígida línea de hueso que ella le ha presentado.

-Dame un poco de azúcar. Sólo un poquito de azúcar, nena.

-Te he preguntado qué vas a hacer.

-Un poquito de azúcar nos hará felices a los dos, pero no vas a dármelo, ¿verdad?

-No es el momento adecuado.

-Pero es el sitio, Grace. Y con un pequeño esfuerzo, nena, también podría ser el momento.

-Basta, Hiram.

La mujer vuelve la cabeza, le da un beso superficial y retrocede al instante.

-Ha sido muy poco. Casi nada, pero me ha puesto en forma, nena. Me ha puesto a cien.

-Te odio cuando hablas como crees que lo hace un paleto lujurioso. Te odio de veras, Hiram.

Berthelot coge la cara de la mujer entre sus manos y la cubre de besos. Besos lentos, delicados, tiernos.

-Me quieres, ¿verdad? -le pregunta-. ¿Verdad que me quieres?

Grace responde de mala gana que sí.

-¿Dejarías de quererme si no me convirtiera en presidente? ¿Me abandonarías y me cambiarías

por un joven semental impetuoso?

Grace no contesta.

-No podría soportarlo -dice Berthelot-. Ya sabes mi secreto. Sabes que sólo tú posees el pequeño interruptor de encendido que me la pone tiesa.

-Hiram...

-Durante los diez años antes de conocerte estuve tan muerto como un cuatro cilindros hecho chatarra. Nadie podía ponerme en funcionamiento. Excepto tú, nena.

-Sólo sabes hablar de guarradas, de sexo basto, grosero.

-Sólo estoy hablando de amor -susurra Berthelot-. ¿Crees que me portaría contigo como lo hago, si no me impulsara el amor?

-Si de veras me quieres, guarda las distancias.

-Nena -la reprende él.

-Lo digo en serio. Te lo pido en serio.

Él la contempla por un momento, toca su cabello, y después, con bastante torpeza, rueda hacia el borde de la cama, a once millones de años luz de la fortaleza de almohadas.

-¿Qué vas a hacer si...? -prosigue Grace.

-¿Si el Presidente intenta chantajearnos?

Ella cabecea imperceptiblemente en su fortín de almohadas guarnecidas con flecos.

El Secretario de Agricultura se pone en pie y examina la estancia. Los espejos vacíos y la proliferación de pantallas. Ama a esta mujer. La ama con todo su ser. Todas y cada una de sus imágenes, no importa el medio, la producción o el año, merecen toda su atención. Y ella también, por supuesto. Al mirarla de nuevo, hunde las manos en los bolsillos del albornoz. Quiere tranquilizar y animar a la mujer vulnerable que anida en el interior de la famosa.

-¿Qué voy a hacer? -pregunta retóricamente-. Nena mía, oh, mi pequeña, voy a curar al presidente.

-¿A la Luna? -gritó Lia-. ¿Qué quieres decir?

-Escúchame bien. Cállate unos minutos y escucha lo que he de decirte...

Librodot

22

Berthelot consiguió una exención al Decreto de Restricciones a los Viajes para que Lia volara a Houston con Cal, para pasar su semana de preparación, y después al Cabo, para el despegue. Ante la sorpresa de Lia, la NASA les trató a ambos como celebridades. Era como si ella fuese una representante de Grace Rinehart, una emisaria personal de la famosa mujer del hombre poderoso que, según los últimos rumores del Capitolio, era el heredero y sucesor del rey Ricardo.

El oficial de enlace de Lia era un astronauta cordial de unos cuarenta años. La acompañó a ver momentos del programa que Cal seguía para acostumbrarse a la falta de gravedad; le enseñó filmaciones de la construcción bellamente coreografiada de Puerto Kennedy y del histórico monumento al bicentenario en Von Braunville. Además, en su compañía, visitó un edificio de montaje de vehículos y asistió a conferencias sobre propulsantes de cohetes, técnicas orbitales y geografía lunar.

Más tarde, le tomaron medidas para su propio traje espacial y le dieron una vuelta en una máquina provista de un brazo largo que aplicó una brutal presión centrífuga a todo su cuerpo. El «cometa de los vómitos» la asustó sólo un poco más que el toro furioso mecánico en que Cal la obligó a montar durante la única noche libre permitida durante el entrenamiento. Los vaqueros, decidió ella, se adaptaban de forma instintiva a los azares de la gravedad cero, y se alegró de que su marido hippie (la NASA le había permitido conservar su trenza india) fuera al espacio en lugar de ella. Por otra parte, no la hacía nada feliz que se marchara.

Una noche, en la casa de los suburbios donde la NASA la había alojado, Lia sostuvo una larga conversación con la mujer del astronauta que era su oficial de enlace. Esta mujer le confesó que no todos los que subían bajaban. Desde 1977, dos vehículos pesados lanzados desde la rampa principal de Cabo Cañaveral, y supuestamente no tripulados, habían sufrido explosiones aniquiladoras antes de alcanzar la órbita terrestre. Además, el Gobierno había trasladado a los familiares de los tripulantes muertos antes de que pudieran comunicar la noticia del desastre a la comunidad de astronautas radicada en Texas. Sin embargo, todo el mundo sabía que habían muerto. ¿Por qué, si no, habían sido transferidos los miembros de la misma misión y sus familias a diversos lugares de todo el país, antes de que los hombres hubieran regresado a Houston?

Pero el programa espacial era mucho más importante que las vidas individuales, murmuró la esposa del astronauta, así que las noticias no salían a la luz pública y la NASA seguía lanzando cáscaras de nuez en enormes e impredecibles velas romanas. La mujer se dio cuenta por fin de que estaba preocupando a su invitada y se apresuró a añadir que dos explosiones en seis años no era un número excesivo. Además, durante dos años habían lanzado el transbordador gracias a una inmensa sección propulsadora que ahorraba el sacrificio de depósitos externos y los colosales cohetes de combustible pirotécnico. De hecho, el nivel de seguridad de la NASA era excelente, comparado con el número de accidentes automovilísticos que ocurrían cada año..., anterior, al menos, a la aprobación del Decreto de Restricciones a los Viajes Internos.

En Florida, cuando llegó la mañana del despegue, Lia se reunió con Cal en una antecámara de color gris acorazado, cerca del área de estacionamiento del propulsor. Apoyó las manos en el pecho del mono de Cal y jugueteó con una de las cremalleras. ¿Por qué te envían a ti?, se preguntó. ¿Por qué tú, y no otro cuidador de conejillos de Indias igual o mejor cualificado?

-No te preocupes, Lia. Dios no va a permitir que les ocurra nada a seis inocentes osos Brezhnev.

-Por no mencionar al Presidente de Estados Unidos.

Cal se llevó un dedo a los labios.

-Ssssh.

Berthelot había dicho que Nixon iría a Censorinus en esta misma misión, desde el Cabo a bordo del transbordador *«Clemency»* y desde Puerto Kennedy a la órbita lunar en la nueva nave de transferencia *«Checkers»*, pero el rey Ricardo no había asistido a ninguna sesión de entrenamiento de Cal, y Lia no creía que hubiera viajado a Houston para prepararse. Esta mañana, no obstante, David Eisenhower había anunciado en *«Buenos días»* que su suegro tenía la firme intención de ser el primer Jefe de Estado en visitar la Luna, y tanto Cal como Lia tenían la sensación de que algo grande y sigiloso se estaba produciendo sin que nadie lo supiera. De todos modos, no habían visto nada que

Librodot

confirmara sus sospechas, y nadie hablaba.

-Todo el país acaba de saber que el Presidente va a convertirse en astronauta. ¿Por qué he de callarme?

-Es posible que esté lo bastante cerca para oírte -dijo Cal.

-Imposible. No tengo la piel de gallina. Además, tienes razón. Es probable que Dios se preocupe más por vuestra seguridad, a fin de que cuidéis a esas dos conejillas preñadas, que por la del bastardo que mató a Vikingo.

-Ssssh.

-También es posible que Dios apruebe la presencia del Obispo Episcopaliano que os acompaña.

Eso era cierto, y era uno de los muchos aspectos extraños de aquella extraña misión. El Obispo Joshua Marlin, de la Diócesis de Georgia de la Iglesia Episcopaliana Protestante, amigo personal y confesor de Hiram Berthelot, se había preparado con Cal en Houston, sometiéndose a gimnasia, ejercicios y a los mareantes tormentos del «brazo octópodo», como Cal y él habían bautizado a la máquina, a fin de preparar el vuelo. Y, para ser un hombre de cincuenta años, de gran envergadura y algo miope, se había desenvuelto muy bien. Lia, junto con Cal, había comido con el Obispo en tres ocasiones, y saber que estaría sentado al lado de su marido primero en el *«Clemency»* y después en el *«Checkers»*, la tranquilizaba.

-El Obispo Marlin ha bendecido este vuelo y a todos los miembros de la tripulación -dijo Cal-. Al Coronel Hudner, al Mayor Levack, a mí y hasta al tío del Servicio Secreto que sólo asistió a una de cada tres sesiones de entrenamiento en Houston. Marlin también bromea con nosotros. Llama a esta expedición la de las tres Pes.

Lia aguardó la explicación de Cal.

-Plantas, Párroco, Presidente. Vamos al espacio para aplacar a los demonios de la desesperación.

-¿Y qué más? Me estás ocultando algo.

Lia sabía que el nerviosismo previo al vuelo no explicaba por completo las reticencias de Cal.

-No lo sé. No sé qué quieres decir.

-Todo esto sucede por culpa de Kai, ¿verdad? Porque quiere sustituir esta realidad por otra mejor.

En cuanto Lia pronunció estas palabras, verbalizando por primera vez lo que ambos habían sabido desde que partieron de Georgia hacia el Cuartel General de la NASA, un leve pero persistente terror se había adueñado de su corazón. Atrajo a Cal hacia ella y le abrazó. Pero el terror no cedió.

-Funcionará -susurró él.

-Eso es lo que dices tú, pero después, ¿tendremos alguna idea de lo que hemos hecho? Y si lo que haces *no* funciona, puede que sea la última vez que nos abracemos.

-Calla.

-¡Maldito sea ese cabrón! ¡Y su amnesia, su estereografía y su perturbadora ficción científica inédita!

-¡SSSSH!

Lia se apartó de Cal.

-¡Y tú también, por ser la «lente» que le enfocó en Warm Springs!

-Habría pasado lo mismo sin mí, Lia. De una forma u otra, habría sucedido sin mí.

Su fatalismo, su seguridad, la encolerizaron. Tuvo ganas de darle puñetazos en el pecho, para que pudiera experimentar una décima parte del terror mezclado de dolor que la estaba atormentando, a pesar de que se estuviera esforzando por despedirle de una forma presentable. ¿Despedirse hasta cuándo? Era posible que Philip K. Dick, el Obispo Marlin, Cal y sus misteriosos cómplices de Von Braunville rasgaran con tanta violencia el tejido de este continuo histórico que se convirtiera en un sudario para todos.

¡ Y Cal intentaba hacerla callar!

-Si me quisieras -dijo Lia-, no correrías en pos de este sueño megalomaniaco.

-Si me quisieras, sabrías que no tiene nada de megalomaniaco. Estoy acojonado, Lia, pero ¿qué quieres que haga? ¿Salir y decirle al Coronel Hudner «Oye tío, tengo que irme a casa a arreglar la bomba del sumidero. Ya me apuntaré al siguiente viaje»?

-¿Qué va a pasar, Cal? ¿Cuándo volveremos a vernos y dónde? ¿Nos volveremos a ver?

-Sólo Dios lo sabe, Lia. Dios o el demiurgo.

Muy bien, reflexionó ella. Es inevitable. Se ha entrenado para este viaje y se marcha, y yo sería la mujer más entrometida de la historia si lo estropeara todo obligándole a quedarse. Una mierda de

esposa. Un obstáculo en la conspiración de Kai, Cal y su presuntuoso demiurgo de baja estofa, tendiente a remodelar la realidad. Por eso va un Obispo, y por eso he de dejar de azuzar a Cal y darle mi propia bendición...

Lia retrocedió y, con dedos temblorosos, desprendió el broche de su blusa. Después, introdujo el diminuto pez grabado en el bolsillo del mono de Cal.

-Llévalo contigo -dijo-. Siempre.

Se besaron, el beso más largo y tierno desde que eran novios. Después, Cal se alejó de ella como el héroe de una película del oeste. Tan sólo una breve mirada hacia atrás rompió su barniz de estoicismo, transformándole de nuevo en el ser de carne y hueso con el que ella se había casado.

Mientras sube la escalera del Salón de Arte, Cine y Fotografía del valle de Chattahoochee, Grace se imagina que las cámaras están rodando. Una escena nocturna. Una mujer misteriosa que acude a una cita con un hombre misterioso.

En ausencia de su marido, absorbido por el trabajo, ¿qué otra elección le queda? Podría quedarse en la mansión Berthelot, esperando la próxima visita de Hiram, pero los intervalos que separan estas visitas parecen alargarse, y con la única compañía de sus imágenes filmadas (su rostro y su figura multiplicadas hasta el infinito en las pantallas que la rodean), las noches se dilatan y minan su moral.

Así que voy a encontrarme con mi amante, se dice una hora después de la medianoche, abriendo la puerta y entrando.

El reflejo del semáforo en rojo situado en la confluencia de las calles Hifles y Railroad brilla en la ventana del vestíbulo; derrama su mancha parpadeante sobre el suelo de piedra blanca.

Grace se queda inmóvil en la oscuridad, imaginando que el director está tomando una escena del interior desde gran altura; su cuerpo en escorzo proporciona a la escena un aire impresionista de amenaza claustrofóbica. Cualquiera que viera la escena en un cine intuiría, a juzgar por el ángulo de la cámara, que un par de ojos indagadores vigilan a Grace, y a partir de ese momento la seguirán insistentemente por el salón.

¡Abre las luces!, desean gritar todos los espectadores anónimos. ¡No seas idiota! ¡Abre las luces!

Pero ella piensa, mi amante ya ha llegado, y prefiere que los pasillos sigan en penumbra para acentuar el romanticismo de nuestra cita. Nuestro director coopera. La oscuridad arrastrará a sus dos protagonistas a una tormenta de pasión fotogénica que la luz degradaría a..., bueno, a un nivel vulgar, cuando no hortera y repelente. Prefiero avanzar hacia mi amante en la oscuridad, y dejar que nuestras cámaras en color de alta velocidad no sigan, como si estuviera en peligro, en lugar de caliente. -¿A cuál de sus antiguos compañeros de rodaje más atractivos ha citado aquí? ¿A James Garner, a Cliff Judson, a William Shatner? ¿O se trata de alguno perteneciente a la nueva hornada Keith Carradine, Fordham Hayes, Geoff Bridges? No se acuerda de a quién ha llamado a larga distancia, o si esa persona aceptó su invitación en serio, o sólo lo fingió, pero cuando entra en la galería de Arte Popular Norteamericano presiente que su amante le espera arriba. Si se niega a descubrir su presencia, no sólo se comporta así para azuzar los apetitos de ambos, sino también para aumentar la tensión dramática de esta escena-. Como ella, el hombre es un profesional, y un profesional siempre está dispuesto a sacrificar una satisfacción carnal inmediata en pro de un golpe cinematográfico sorprendente. Así que sonríe y camina, pero siempre que la cámara enfoca su rostro, disimula su sonrisa tras una expresión de absorta expectación

Ese fruncimiento de labios tan típico de Grace Rinehart.

-¡Luciano! -grita, pues le parece el nombre adecuado para el hombre ficticio que la espera-. Luciano, ¿estás aquí?

La pregunta despierta ecos en todas las galerías.

Continúa caminando y rodea el pedestal sobre el cual se yergue una estatua de bronce de Checkers, el perro de Nixon durante la presidencia de Dwight D. Eisenhower y el nombre de la nave que transportará a Dick, Cal y al Obispo Marlin a la Luna. Grace deja que sus dedos acaricien las estrías de bronce del hocico de Checkers (no le extraña que a Nixon le encantara ese perro), y después se acerca a la siguiente estatua, una sensual efigie en mármol de Mari Lou Monroe, la amante secreta del bastardo JFK. La cámara se desliza desde la Monroe blanca como la luna hasta la mujer viva envuelta en sombras y vuelve otra vez. Un plano-contraplano en cámara lenta de las diosas del cine.

-¡Luciano!

El nombre resuena. La última O asciende por la escalera de caracol hasta la galería de fotografía, la sala de proyecciones y la habitación disimulada a la cual suele retirarse Grace cuando Hiram se halla ausente. En ella es donde se habrá ocultado su misterioso amante. Sube la escalera, seguida por la cámara.

No hay nadie en la galería de fotografía. Nadie en los asientos tapizados de la sala de proyecciones. Nadie en la habitación oculta.

Por lo visto, Luciano quiere que le busque. Esta circunstancia, desde el punto de vista cinematográfico, posee un cierto encanto hitchcockiano, pero a Grace empieza a molestarle el gusto por el secreto de ese hijo de puta presumido. Camina desde un extremo a otro de la segunda planta con un contoneo desmañado que traiciona su estado de ánimo.

-¡Maldita sea, Luciano! ¡Sal de una puta vez!

No hay respuesta. ¿Ha perdido su vuelo? ¿Ha perdido la llave que ella le envió? ¿Le ha retenido la muerte de algún familiar, el rodaje de una película, una aparición personal en un espectáculo? Bueno, tendría que haberla llamado para comunicárselo. Pero, claro, casi todos los actores de Hollywood, tengan dieciséis o sesenta años, son adolescentes ensimismados. El desalentador parecido con sus dos primeros maridos es bastante claro. ¿Acaso no debería saberlo a estas alturas? Sí, señor, debería saberlo muy bien.

-Sigan rodando -ordena Grace-. Me he perdido un momento, pero enseguida me recupero. De veras.

Se encamina a la cabina de la sala de proyecciones, busca en la biblioteca y encuentra una caja sin letrero que ocultó entre las otras hace dos o tres años. Luciano no ha hecho acto de aparición, pero al menos podrá verse a sí misma. Y con cierta ventaja, pasando en el proyector una película que hizo cuando era joven. Rodar a una actriz mientras contempla una de sus películas es una propuesta demasiado egocéntrica para resultar divertida, pero dejemos que el imaginario director la ruede. Ella siempre ha sido su mejor público, y es probable que *«La burbuja rota de Thisbe Holt»* merezca revisarse una vez más antes de que ella muera. Estaba horrenda en esa película, que era muy mala, pero nunca estuvo más atractiva en sus demás papeles estelares o secundarios. Por eso ha conservado esa única copia de la película después de comprar y destruir a sangre fría las demás.

No tarda en sentarse en una butaca de pasillo de la sala de proyecciones, mientras la segunda película que rodó se proyecta en silencio (ha eliminado la banda sonora) sobre el rectángulo blanco de la pantalla. Las imágenes en dos dimensiones se reproducen sobre esta superficie. El brillo deslucido que fluye del rostro melancólico perteneciente a su yo de los diecinueve años ilumina el rostro actual. Y Grace está segura de que otra cámara está filmando la interacción que tiene lugar entre ella y la diosa inmadura que resplandece en una apoteosis de celuloide.

Esto la convence de que se va a producir algún tipo de clímax, de que no puede estar espatarrada contemplando a su hija (no, no es su hija, sino un duplicado más joven de su yo continuo) sólo para gratificar un pusilánime deseo de rehuir el proceso de envejecimiento. Algo está a punto de ocurrir..., no en la pantalla, sino en el teatro del absurdo de su vida.

-¡Luciano! -grita de nuevo-. ¡Luciano, te doy otra oportunidad!

-Aquí estoy -anuncia Luciano, y ataviado con el disfraz fálico de una boa constrictor de dos metros y medio de largo se alza del suelo entre sus piernas abiertas y yergue su roma cabeza de reptil a escasos centímetros de la suya. La lengua de Luciano chasquea, un filamento bífido henchido de electricidad aniquiladora, y el roce de sus dos fríos colmillos entumece los labios de Grace y paraliza su corazón.

-¡Dios mío! -exclama la actriz, en tono pensativo.

Con los ojos salidos de las órbitas, retrocede del beso de Luciano y se aferra a los brazos de la butaca. Se aplasta contra el respaldo, saliendo con plena conciencia de sí misma al tiempo que su última línea de diálogo. Luciano se balancea sobre la parte inferior de su cuerpo, mirándola de soslayo a los ojos como un violador arrebatado por alguna ambigua satisfacción.

Entretanto, este ser ve en los hemisferios vidriosos de los ojos de Grace Rinehart la imagen gemela de una diosa inmortal, cuyas carcajadas infantiles surgen de ella como disparos en un vacío perfecto.

Dos días después de partir de la estación espacial de Puerto Kennedy, la nave de trasbordo *«Checkers»* se alejó de la Tierra en dirección a la Luna. A los ojos de Cal, la nave de transbordo parecía una inmensa coraza asentada sobre dos inmensos depósitos de combustible; el más pequeño

Librodot

contenía O_2 (oxígeno), y el más grande H (hidrógeno). De hecho, el depósito de hidrógeno era tan grande como toda la parte superior del *«Checkers»*, y Cal tenía la mortificante sensación de que tanto Flash Gordon como Buck Rogers habrían considerado su vehículo un albatros tecnológico.

El Presidente, en efecto, se encontraba a bordo. Sin embargo, pasaba la mayor parte del tiempo en la zona reservada a los pasajeros, justo encima de la cubierta ocupada por la tripulación, en la que Cal flotaba con el Obispo Marlin y dos miembros de la NASA, el piloto coronel Hudner y el copiloto mayor Levack. Los acompañantes de Nixon eran el esquelético agente del Servicio Secreto Griegs, que se había entrenado con Cal y el)obispo en Houston, y otro agente del Servicio Secreto, Robinson, que hacía las veces de cámara siempre que el Presidente deseaba dirigirse por televisión a su expectante auditorio de la Tierra. Cada retransmisión era «histórica», y Nixon repetía en todas ellas que había decidido visitar la base de Censorinus por tres buenas y adecuadas razones.

> -Primera, ciudadanos norteamericanos, de hecho, ciudadanos de la Tierra, voy a Von Braunville para elevar los corazones de los valientes hombres y mujeres que han sacrificado tanto para servirnos en nuestro puesto de avanzada lunar. Como nuestro querido Obispo, yo también me preocupo.
>
> »Segundo, voy a Von Braunville para dejar mi huella en la historia. ¿Qué otros líderes han osado dar un paso tan atrevido?
>
> »Y tercero, voy a Von Braunville para hablar con sus cuarenta y pico pioneros y, de paso, con todos los que estáis sentados ante vuestros televisores, y enviar en mensaje que dilatará las dimensiones del programa espacial norteamericano y os transmitirá bendiciones sin parangón hasta el momento. Dios os bendiga a todos y cada uno de vosotros.

En una emisión televisiva desde el *«Checkers»*, el Presidente trajo ante las cámaras a Joshua Marlin, presentándole como el «distinguido líder espiritual de los Episcopalianos de Georgia, tan temerosos de Dios». Anunció que llevarse al Obispo a la Luna, una idea sugerida por el Secretario Berthelot, era otra nueva estrategia tendente a elevar la moral de los habitantes de Von Braunville. Y el generoso Obispo Marlin, bendito sea su corazón, había accedido a convertirse en su capellán durante tres meses.

Mientras presenciaba la emisión en compañía del Coronel Hudner y el Mayor Levack, Cal vio que el Obispo sonreía miópicamente, enlazaba las manos y dirigía un ademán a sus espectadores más propio de un boxeador que de un sacerdote. Sin embargo, Nixon no le permitió hablar, y Marlin bajó anadeando un momento después hasta la tripulación para decirle a Cal que el Presidente deseaba recibirle al instante en el estudio improvisado. También quería que subiera acompañado de uno o dos osos Brezhnev.

-Está bromeando -dijo Cal.

-No, Calvin. El Presidente considera que se trata de una excelente oportunidad de demostrar su buen corazón. De marcarle unos cuantos goles al pobre Leonid Ylich en el propio Moscú, que le hagan tambalearse todavía más.

El Obispo Marlin explicó que Brezhnev estaba muy disgustado por la decisión unilateral de su colega norteamericano. El Presidente confiaba en calmarle, mostrando a las cobayas soviéticas en una retransmisión televisada. Al mismo tiempo, sabía muy bien que exhibir magnánimamente a los animales subrayaría el hecho de que era *él* quien los llevaba a la Luna, no Leonid. A partir de estos datos, el mundo extraería sus propias conclusiones sobre la fortaleza de los programas espaciales norteamericano y soviético, y de ambos líderes.

Cal se encaminó hacia los osos Brezhnev. Jesús, pensó, menuda idea. Los conejillos de Indias habían sido un coñazo desde el principio; consideraba improbable que volvieran locos de alegría a los selenonautas. Alojados en dos cajas de plástico almacenadas en la cubierta de la tripulación, para que Cal pudiera atenderlos, las cobayas chillaban incesantemente, emitiendo ruidos tan similares a los «*bips*» de los ordenadores que Hudner los solía confundir con señales procedentes de Houston o Puerto Kennedy.

Aún peor, los osos no entendían muy bien la higiene sometida a gravedad cero, y Cal pasaba mucho tiempo extrayendo caquitas flotantes de sus cajas e intentando reparar el filtro improvisado que, en teoría, debía impedir que sus meados se convirtieran en gotas errantes que ensuciaran la

atmósfera de la cubierta reservada a la tripulación. Por culpa de los conejillos de Indias, las cosas siempre estaban a punto de irse al carajo (los aparatos fallaban, los ánimos se erizaban) y Cal se moría de ganas de que el *«Checkers»* llegara a su cita con el transbordador espacial que les conduciría a la Luna. Una superficie en la que «arriba» y «abajo» no eran términos arbitrarios y en donde se podía ejercer el derecho concedido por Dios a mear sin el engorro de la gravedad cero.

-Vamos -dijo Cal, rebuscando en el fondo de una de las cajas de plástico de doble forro-. El Presidente os ha llamado a su presencia.

Los conejillos de Indias, que habían aprendido a colgarse de los mechones en las franjas de velero alineadas en la pared posterior de sus cajas, permanecieron impasibles. Cal tuvo que cogerles por sus estómagos desnudos y tirar hacia arriba; el resultado era parecido al que se obtenía arrancando un apósito de una herida sin cicatrizar. Por fortuna, tras elegir dos machos regordetes para el encuentro con el Presidente, sólo tuvo que realizar la operación dos veces, pero los bichos chillaron histriónicamente, agitaron sus patitas y trataron de morderle. El macho y las tres hembras desechadas, que colgaban como jamones liliputienses en sus cintas de velero, chillaron y patearon en solidaridad.

No sirve de gran ayuda, pensó Cal con amargura, saber que todo el mundo considera esto el Programa Cómico de Calvin Pickford. Pues el Coronel, el Mayor y el Obispo seguían sus esfuerzos con semblante divertido, y hacían lo posible por contener las carcajadas.

Por fin, liberó a las cobayas. Las dejó salir, y en el espacio abierto de la cabina se debatieron, buscando una superficie sólida donde posarse sin encontrarla. Santo Dios, qué feos y obscenos eran en su desnudez, y en sus inútiles pataleos. La primera idea de Cal fue cubrirles con calcetines para devolver un poco de decoro a la cabina.

Pero Cal sabía que se trataba de un remilgo pudoroso. Lo desechó, optando por conducirlas hacia la escalerilla mediante chorros de aire comprimido. De esta manera subieron, un par de roedores indefensos que chillaban como posesos y se atropellaban mutuamente.

Cal se izó hasta la cubierta superior y emergió en una selva de helechos, caladios, hortensias y bonsáis de hoja perenne, hasta encontrarse cara a cara con la cámara de Robinson y el perpetuo ceño fruncido de Griegs. Nixon también estaba contemplando el vals helicoidal de los conejillos de Indias y la llegada de su cuidador.

Los «osos» continuaron avanzando, estimulados por los chorros de aire comprimido. Cal tuvo que aferrarlos por una pata para impedir que se estrellaran contra el suelo del compartimiento de carga que corría sobre las cubiertas de pasajeros. También temía que se perdieran en el follaje de las diversas plantas fijas a las paredes, construidas a base de tableros perforados.

-Muy bien -dijo el Presidente-. Vamos a rodar, muchachos. Miles de millones de personas están esperando ver esto.

A continuación, Griegs cogió por una pata trasera a un roedor y lo arrastró hacia el Presidente, mientras Robinson empezaba a televisar su encuentro con el Líder del Mundo Libre. El otro conejillo se incorporó a sus deliberaciones al cabo de breves momentos, y Cal también entró en pantalla. Los dos hombres y los dos conejillos de Indias desnudos empezaron a dar vueltas unos alrededor de otros, en una parodia de cordialidad. Las repugnantes implicaciones de la situación pusieron a Cal en peligro de vomitar frente a la mitad de la población mundial, incluyendo a su mujer.

Reprimió las náuseas con un esfuerzo de voluntad, y el Presidente contó a las multitudes que Cal Pickford, el primer vaquero del espacio, había renunciado a los placeres de plantar postes y ayudar a parir a las vacas para escoltar a los bebés Brezhnev a la Luna, y que por este sacrificio merecía tres hurras de todas las personas de habla inglesa (y tal vez española) que contemplaban el programa.

Y, con gran disgusto, Cal sonrió al pensar en los millones de norteamericanos que en este momento se habían puesto de pie ante el televisor y vociferaban al unísono «¡Hip hip burra por Cal Pickford!».

Un accidente biológico interrumpió esta ensoñación. El más regordete de los dos conejillos de Indias descargó una lluvia de caquitas, que flotaron alrededor de los dos hombres como planetoides caprichosos. Cal tuvo que alejarlas con chorros de aire comprimido. Nixon se mantuvo imperturbable durante este imprevisto (casi humano), como si le divirtiera el espectáculo de un ex vaquero introduciendo cacas de conejillo de Indias en un envase destinado a *Coca-Cola*.

Después de la transmisión, el Presidente (era difícil mofarse de él llamándole «rey Ricardo», flotando a su lado en una cáscara de nuez a ciento cincuenta mil kilómetros de la Tierra) riñó a Cal por llevar una trenza india.

-Esa mierda de trenza hippie -dijo- *no* tiene sitio en una misión como la nuestra. El *«Checkers»* fue construido para seres respetuosos de las tradiciones, y si no se quita esa mariconada antes de que

entremos en la órbita lunar, con bichos o sin ellos, ordenaré que le manden de vuelta a Puerto Kennedy con Hudner y Levack.

-Ningún oficial de la NASA puso objeciones, señor.

-En ese caso, no respetan tanto la limpieza como deberían, y me siento avergonzado de su desidia.

-Sí, señor.

Después, el Presidente se replegó en sí mismo, velando sus ojos llenos de preocupación tras una mirada de una malignidad tan fría que Cal se asustó. ¿Qué le había pasado al Richard Nixon semihumano de cinco minutos antes? Daba la impresión de que se había metamorfoseado en la hipóstasis real del Harper Mocton inventado por Philip K. Dick. Hasta Robinson y Griegs, antiguos Boinas Verdes y veteranos del triunfo en Indochina, prefirieron dejarle en paz. Aunque los dos hombres se quedaron en la cubierta superior, se alejaron tanto como les fue posible de su jefe. Entretanto, el Presidente flotó hasta su asiento, se abrochó el cinturón y se quedó sentado como un maniquí en el escaparate de unos grandes almacenes.

-¿Cómo ha ido? -preguntó el Obispo Marlin cuando Cal volvió a la cubierta de la tripulación-. Aparte de las cacas, quiero decir.

Los pilotos y él, vestidos todos con camisetas y pantalones de vuelo, habían contemplado la retransmisión por los monitores fijos a una pared. Hudner y Levack estaban en posiciones verticales opuestas, mirando televisores orientados de una manera similar y jugueteando con piezas rotas de la nave.

En cuanto al Obispo Marlin, soplaba burbujas de agua por una paja, cuatro de las cuales, hermosas esferas frágiles, giraban a su alrededor en una órbita mucho más elegante de la que había asediado a Cal y al Presidente.

-Quiere que me corte la trenza -dijo Cal-. Me miró de una forma que hubiera hecho estallar todas sus burbujas.

-Lo sé -dijo Joshua Marlin-. Lo sé.

El Mayor Levack cortó la trenza de Cal, y el resto de la travesía (otro día y medio de incesante navegación) se le antojó a Cal un viaje de la vida a la muerte, a través del vacío negro como el ébano de alguna Estigia. Nixon encarnaba el papel de Carente, y todas las personas que se encontraban a bordo eran almas camino de..., bueno, ¿de qué? Del olvido, probablemente. Incluso aquellos bribones de osos Brezhnev. Cal se descubrió, contra todo pronóstico, afligido por los bichos tanto como por la pérdida de su trenza, y sus sueños se transformaron en pesadillas.

El Obispo Marlin leía de vez en cuando el «*Apocalipsis*», y las palabras que leía eran éstas: «Y la noche ya no existirá; no necesitarán la luz de una lámpara o la del sol, pues el Señor Nuestro Dios será su luz, y reinarán por los siglos de los siglos...».

-La serpiente no la mató -dijo el Capitán de la Policía Langland a Hiram Berthelot-. Eso de que una boa constrictor puede estrangular a un hombre hasta producirle la muerte son cuentos de viejas.

-¿Sí?

-Pensamos que murió de miedo. En el salón hace frío, y la serpiente, al captar el calor de su esposa, se dirigió hacia ella guiada por el instinto. Su mujer estaba viendo una película y no reparó en el animal hasta que lo tuvo prácticamente ante sus narices.

-¿Y eso provocó que su corazón dejara de latir?

-Sí, señor Secretario. Eso es lo que pensamos. La boa se enrolló sobre su regazo y se quedó allí, incluso después de que su cuerpo hubiera empezado a enfriarse. En cualquier caso, no la estranguló. No hay señales de contusiones, hematomas o huesos rotos.

-¿De dónde salió la jodida serpiente?

Langland consultó su cuaderno de notas.

-De las galerías West Georgia Commons. Del *Emporio de los Animalitos Felices*. El encargado, Augustus Kemmings, la vendió a un vietnamita americulturizado que se llama Le Boi Loan, alias Lone Boy, empleado en una librería y en el supermercado «*Ahorro del Hogar*».

-Entonces, *él* asesinó a mi mujer.

-Es muy probable que haya dispuesto una serie de circunstancias que *condujeron* a la muerte de su esposa, sí, señor.

-Introdujo la boa en el salón. Eso fue premeditado, y se califica como asesinato.

-No creo que pueda acusarle de asesinato con lo que tenemos. Homicidio impremeditado, en

Librodot

todo caso.

-Y una mierda, impremeditado. Fue premeditado. *Pre-me-cagüendios-meditado.* Y eso es asesinato.

-Si una boa constrictor fuera un arma mortal, pero al fiscal le va a costar mucho colar este argumento, sobre todo porque estas serpientes no suelen estrangular y devorar seres humanos. Además, estamos bastante seguros de que la autopsia indicará ataque cardiaco, y cualquier abogado un poco listo se esforzará en insinuar que no fue como reacción a la serpiente, sino a la película. No tenemos ninguna prueba de que la boa se subiera a su regazo *antes* de que su esposa muriera... Se trata tan sólo de una conjetura razonable.

-¿Han detenido a este hijoputa de Lone Boy?

-No, señor.

-¿Por qué cojones no?

-Enviamos un coche a su casa. No estaba. Su mujer tampoco conocía su paradero. Sin embargo, hemos dado orden de busca y captura, y su *Datsun* no será difícil de localizar.

-Le agradezco que me haya llamado, Langland, pero no quiero que se dé publicidad a la noticia. ¿Entendido?

-Sí, señor. Y lo siento, señor Secretario. De veras.

Berthelot no contestó. Salió a la calle y subió a la limusina que conducía su combinado de chofer y guardaespaldas, Jared Twitchell. El Secretario tomó asiento a su lado. Hablaron unos breves instantes. La farola de la calle bañaba la limusina de un resplandor cerúleo, y los olmos cercanos agitaban su follaje oscurecido por la noche.

-¿«El Barril de la Diversión»?

-Sí, señor.

-Supongo que la Policía ya lo habrá registrado.

-Es un lugar divertido. Pantallas de juego. Cabinas para meterse dentro. Muchos letreros de luces infrarrojas y oscuridad.

-¿Sí?

-Es posible que no le vieran.

El *Lincoln* recorrió la distancia entre el centro de LaGrange y las galerías de las afueras en menos de ocho minutos. Después, el Secretario de Agricultura y su guardaespaldas caminaron por la calle principal hasta el enorme barril volteado que daba acceso al salón de videojuegos. Entraron.

Cientos de ruidos extravagantes asaltaron a Berthelot. «*Blips*» de ordenador. Chasquidos de armas intragalácticas. El zumbido de alas de cormorán electrónicas. Los rugidos ardientes de dragones en technicolor. Los acelerones aniquiladores de coches de carreras animados. Los ruidos venían acompañados de gritos siniestros y un ambiente desorientador dotado de un brillo irregular. Berthelot avanzó con paso inseguro, con la sensación de haber entrado en otro continuo espacio-temporal.

Tal vez sea cierto, pensó. Tal vez el nuevo continuo ya ha irrumpido. Si es así, todas las viejas leyes han sido revocadas. Las únicas leyes que has de obedecer, Hiram, son las que hagan mella en tu conciencia, y las que no, bueno, es que deben estar obsoletas. Leyó los nombres de los juegos. *«Asteroides». «Fragmentador». «Centípodo». «DracMan». «Phun Ky Gong». «Defensor». «Insecto Gigante».* Y otros que no pudo leer, escritos en las bóvedas de las cabinas en cuyo interior se encorvaban y desaparecían los jugadores.

El local estaba lleno de jovenzuelos, y de algunos tíos duros que podían oscilar entre los dieciocho y los treinta y ocho años. Lanzaron a Hiram Berthelot y a su guardaespaldas sombrías miradas que transformaban sus caras en burlas o insultos. Twitchell, impertérrito, se abrió paso entre ellos como si fueran espíritus carentes de sustancia, fantasmas ataviados de cuero impalpable. Después de dar la vuelta dos veces al quiosco donde se proporcionaban las fichas, descubrió a Le Boi Loan acurrucado en lo que pretendía ser la cabina de un viajero transdimensional. Agarró al vietnamita americulturizado por las solapas de la chaqueta y gritó el nombre de su jefe.

Berthelot tomó el mando de la situación, pese a la oposición de Twitchell. Se asomó a la cabina para examinar los rasgos extranjeros del hombre que había asesinado a su mujer. Le Boi Loan se encogió. Su rostro, su inútil encogimiento, enfurecieron a Berthelot, que soltó las solapas de aquel despojo y lanzó las manos hacia su flaca garganta.

Así estrangulo a mi enemigo, pensó. Estrangulo a mi enemigo, estrangulo a mi enemigo. Y apenas es de noche.

Sus dedos tocaron la nuez de Adán, los ganglios linfáticos y las vértebras, y trató de hacer con todo ello una bola que cupiera en sus manos enlazadas. *«Mi Mejor Estrangulador»* es tan efectivo

como tu «Mejor Estrangulador», pensó, sin dejar de estrangularle.

Lone Boy se puso a patalear. Twitchell, de pie detrás de Berthelot, murmuró algo sobre lo poco adecuado de vengar el asesinato de Grace en un lugar tan concurrido.

-Déjeme hacerlo a mí -dijo Twitchell-. Para eso me pagan.

Pero Berthelot afirmó los pies y apartó de un codazo a su guardaespaldas, estrangulando con más vigor todavía al desfallecido Loan. Él también se dio cuenta de que algunos clientes del local estaban tratando de determinar la naturaleza exacta de la refriega, pero interpuso su espalda, una barrera bastante consistente, e hizo lo que debía hacer. El horror de la vida sin Grace Rinehart, actriz de cine, patriota y compañera del alma, le dio fuerzas, y cuando Lone Boy cesó por fin de patalear, abrió los dedos y vio los profundos surcos que desfiguraban el cuello de su víctima.

-No te preocupes -consoló al muerto-. No todos dormiremos, pero todos seremos cambiados.

-¿Cómo? -preguntó Twitchell-. ¿Qué le está diciendo?

-Nada -contestó Hiram Berthelot, saliendo de la cabina del viajero transdimensional-. Sólo que era un despreciable bastardo y que ojalá se pudra en el infierno.

Matt Murdock, alias Daredevil, no puede creerlo. Sus superpoderes le han abandonado, y Kingpin, su archienemigo, le ha arrebatado hasta el último aliento de su cuerpo.

Pero ¿por qué? ¿Qué ha hecho para merecer esto? No es posible que meter una serpiente en la sala de proyecciones del salón, asustando un poco a la amante de Kingpin, justifique una reacción tan violenta. ¿Es que ese estreñido no sabe aceptar una broma?

Me estoy muriendo, piensa Murdock, asombrado: estaba ciego, y ahora me estoy muriendo. Kingpin, señor de los bajos fondos, me ha derrotado en un combate personal.

Y en su último atisbo de conciencia, la viñeta final de una aventura que ha terminado mal, Murdock vislumbra los rostros de una mujer desolada y de dos niñas aturdidas. Repara en que los rostros son orientales y, por tanto, sorprendentemente extranjeros...

Grif Langland, el Capitán de la Policía, no podía creer lo que Hiram Berthelot acababa de decirle. ¿Cómo iba a hacerlo? El hombre del Servicio Secreto asignado al Secretario de Agricultura continuaba contradiciendo a su jefe, afirmando que era él, Jared Twitchell, quien había matado a Le Boi Loan, y no el insistente Berthelot.

-Twitchell, ¿quiere cerrar el pico y dejarme confesar?

-No, señor. No voy a permitir que sufra las consecuencias de lo que yo he hecho. Además, yo estoy *autorizado* a hacer esa clase de cosas.

-Nadie está autorizado a cometer crímenes, Twitchell. En todo caso, nadie *debería* estarlo. -Miró a Langland-. Yo tomé la decisión de quebrantar la ley, y ahora me estoy entregando.

-Escuche al agente Twitchell -dijo Langland, más incómodo que nunca.

No quería detener al nativo de Georgia más famoso desde Jimmy Carter. Todo el mundo, desde Atlanta a Waycross, pediría su cabeza, y, con la ayuda del rey Ricardo, hasta podría conseguirla.

-He cometido un asesinato, Capitán Langland.

-Llámelo «homicidio justificado». Usted tenía buenos motivos.

-Él *no* lo hizo -dijo Twitchell-, He sido yo.

-No fue premeditado -dijo Berthelot-. Un puro impulso. Yo amaba a mi mujer. Nunca sabrá hasta qué extremo. Sin embargo, un asesinato impulsivo sigue siendo un asesinato, y ni siquiera un miembro del gabinete presidencial está por encima de la ley. Deténgame. Exijo que me detenga.

Piensa, se dijo Langland. Piensa.

-Señor -dijo-, no existen motivos para que nada de lo sucedido se haga público.

-¡Maldita sea! ¿Cree que quiero una coartada? ¡Ningún Berthelot ha eludido jamás la responsabilidad de sus actos, y esta Administración no tolera las coartadas!

Langland se alegra de oír las siguientes palabras de Twitchell.

-Escúcheme, señor. Asumir la culpa de este..., este accidente..., sería perjudicial para los intereses de la nación.

-Eso es pura mierda -replicó Berthelot.

-El Presidente Nixon se halla fuera del país, fuera del jodido planeta, para ser exactos, y permitir que esta noticia salga a la luz mientras él está fuera sería... antipatriótico. Afligiría a la Administración

con un terrible escándalo justo cuando menos lo necesita.

-Este hombre tiene razón, señor Secretario -intervino Langland, agradeciendo el hecho de que un patán como Twitchell fuera capaz de aportar razones convincentes para..., bueno, para encubrir un asesinato cometido por un miembro del Gabinete. A pesar de todo, Berthelot parecía estar meditando sobre la apelación al patriotismo efectuada por el hombre del Servicio Secreto-. No puede dejar caer esta bomba mientras el Presidente está realizando un viaje histórico a la Luna.

El Secretario se derrumbó pesadamente sobre una silla plegable, con aspecto desolado. Cerró los ojos, se masajeó las sienes e hizo una mueca.

-Debería pedirle consejo al Presidente Nixon -dijo Langland.

-Tiene razón -insistió Twitchell-, pero echaría una preocupación muy grande sobre sus hombros, ahora que va de camino a Von Braunville.

-¡He matado a un hombre!

-Yo he matado a montones de hombres -dijo Twitchell suavemente.

-Olvídese de este asunto hasta que el Presidente vuelva a casa -dijo Langland-. Entonces, vaya a hablar con él. Entretanto, mi Departamento se ocupará de todos los cabos sueltos comprometedores.

Berthelot gruñó, pero Langland comprendió que le habían dejado sin argumentos. Era un hombre honrado, pero también un patriota, y su patriotismo exigía que buscara la aprobación del rey Ricardo a su confesión antes de hacerla pública.

Gracias a Dios, pensó Langland. Gracias a Dios por estos pequeños favores.

Librodot

23

Lia estaba sentada en su despacho, esperando a que Grace Rinehart apareciera. Era miércoles, y ahora que Cal ya había llegado a Von Braunville, empezaba a anticipar, casi con placer, el itinerario que su cliente menos predecible fijaría para hoy. ¿Comer en el restaurante *«La Abundancia»* de LaGrange? ¿Un paseo en coche por el parque estatal Roosevelt? ¿Otra visita al CAL de Fort Benning?

Pensativa e impaciente, Lia apretó el botón del intercomunicador.

-¿No ha llegado todavía, Shawanda?

-No, señora -contestó la voz de Shawanda Bledsoe.

-Lleva cuarenta minutos de retraso. Si no llega pronto, tú y yo tendremos que irnos a casa. No hay nadie citado.

-¿Quiere que la llame a su casa?

-¿Por qué no? Me gustaría saber qué pasa.

Lia jugueteó con sus notas. Después, sonó el zumbido del intercomunicador.

-He hablado con ese hombre, doctora Bonner -anunció Shawanda-. Ha dicho que la señorita Rinehart «no puede ponerse al teléfono».

-¿Te ha dicho si vendrá más tarde?

-No. Ha dicho que esa mujer va a estar ilocalizable indefinidamente.

-Oh, fantástico.

-También me ha dicho que le enviará sus honorarios. Eso es bueno.

-Sí, supongo que sí.

Pero Lia necesitaba tanto olvidarse de los papeleos rutinarios y de la misión extraterrestre de Cal como ingresos garantizados. Gracias a la protección de Grace Rinehart y al trabajo de Cal en la finca Berthelot, su situación económica actual era mucho más óptima que la de su mejor año en Colorado. Por desgracia, un robo, un asesinato y un chantaje, todos atribuibles a la señorita Grace y a su marido, continuaban atormentándola, y Lia experimentaba a menudo la sensación de estar comiendo empanada de menudillos, bueno, *las sobras*, cada vez que atendía a la actriz.

Shawanda la llamó por el intercomunicador.

-Tiene una llamada, señora. ¿Quiere hablar por la línea dos con la señora Phoebe Flack?

¿Phoebe Flack? ¿La compañera de habitación de su madre en el Hospital Eleanor Roosevelt? ¿Qué demonios querría?

-Hola -dijo Lia.

-Doctora Lia, soy yo, la amiga de su mamá -dijo la voz quejumbrosa de Phoebe Flack.

Le dijo su nombre y recordó a Lia todo lo que había hecho por Emily durante su estancia en el hospital. Se preguntó en voz alta, vacilante, si la «atareada doctora» podría pasar a verla unos minutos.

-Éstas son horas de trabajo, Phoebe. Estoy ocupada.

O lo estaría, pensó, si mi regia clienta estuviera aquí.

-Cuando pueda -gimoteó la mujer.

-¿Qué pasa, Phoebe?

Era muy posible, desde luego, que la pobre vieja se sintiera sola, pero Lia no quería ni pensar en esta posibilidad, porque el sentimiento de culpa, una culpa muy adecuada, la impulsaría a dar los pasos necesarios para aliviar la soledad de Phoebe.

-Tengo algo para usted. He creído oportuno no enviárselo por correo. Es demasiado valioso para enviarla por correo.

¿Qué podría tener Phoebe Flack que le interesara a ella?, se preguntó. Sobre todo si era valioso. Tal vez una foto, un diario, o un recuerdo familiar extraviado. De lo contrario, su llamada carecería de sentido. A pesar de haber compartido la habitación, Phoebe y su madre nunca habían sido íntimas; eran «amigas», sólo si la palabra se traducía como «conocidas circunstanciales».

Lia decidió al instante que visitaría a Phoebe.

-Voy enseguida -dijo.

Que Grace Rinehart, si vuelve a estar «localizable», se siente en la sala de espera hasta que se canse.

Lia colgó, salió de la consulta y se dirigió al hospital. Phoebe Flack estaba aparcada en su silla

Librodot

de ruedas en el vestíbulo, al acecho cerca de las puertas acristaladas. Lia la besó en la mejilla y la empujó por uno de los pasillos que olían a *Lysol* hasta su cuarto, que compartía ahora con una mujer cuya piel parecía estar hecha de papel de seda lacado. Las dos mujeres no se saludaron, pero Lia tampoco pudo obtener un saludo de la Origami Dowager que yacía en la cama de al lado.

-¿Qué pasa, Phoebe? ¿Qué quería que viniera a buscar?

-Sólo esto, doctora Lia.

Phoebe hundió la mano en el bolsillo de su bata y sacó una cajita circular que Lia no reconoció. Sin embargo, cuando la sostuvo en las manos, el objeto resultó ser una lata amarilla de rapé *Dean Swift*. Lia abrió la tapa, inhaló los granos de color pardo y reprimió un estornudo.

-*¡Fiuuuuu!* ¿Por qué me da esto, Phoebe?

-Estaba en el fondo del cajón del tocador que pertenecía a su madre, doctora Lia, y me imaginé que le gustaría guardarla.

-No era de mi madre, Phoebe, y aunque lo hubiera sido, no hacía falta dármela. -Lia dejó la lata sobre una mesilla de noche-. Guárdela, disponga de ella, no me importa lo que haga.

¿Para eso la había sacado del trabajo la apergaminada Phoebe Flack?

-Hay algo más -dijo Phoebe.

Imprimió un giro a su muñeca y abrió la mano. Lia vio el perfil grabado en oro de un pez en un hermoso broche. Su corazón se detuvo. Un momento después, como si Lia acabara de finalizar una larga carrera, empezó a latir.

-¿Dónde lo ha encontrado?

-Una criada que limpiaba la capilla lo encontró. Lo depositó en el despacho de las enfermeras. Dijeron que quien describiera la joya perdida podría recuperarla. Yo la reclamé y la guardé, pero cuando su madre murió empecé a sentirme culpable. Ahora es suya de nuevo, doctora Lia. ¿Me perdonará por lo que hice?

-Claro. Por supuesto -dijo Lia, estupefacta.

Volvió caminando a su consulta bajo el sol de abril, aturdida. Cal le había dicho «Puede que tuvieras dos», y ella había contestado «Hasta esta mañana, ni siquiera sabía que tenía *uno*».

Bueno, ahora tenía dos, definitivamente. El segundo se encontraba en la Luna, en posesión de Cal, pero el primero, el que ella había perdido, lo aferraba con una fuerza capaz de dibujar una figura de pez en su palma, tan indeleble como las que Cal grababa a fuego en los flancos del ganado.

Kai había llamado al broche, de forma misteriosa, una pieza clave, y le había aconsejado que no la perdiera, pero Lia se enfrentaba ahora al inquietante enigma de que había *dos* piezas clave (¿Era posible? ¿Era probable?), y debía encontrar una respuesta al rompecabezas.

Al volver a su despacho, Shawanda le dijo que la señorita Grace aún no había llegado, pero que Suzi Bonner la había llamado para invitarla a cenar el sábado por la noche.

-¿Formal, informal? ¿Cómo?

-Yo diría que más informal que formal, señora. La señorita Suzi dijo que todo el mundo pasearía un poco a caballo antes de la cena.

-Muy bien. Gracias.

Lia entró en el despacho y se sentó ante el escritorio. Dejó el broche sobre su cuaderno de notas y lo contempló. Era auténtico. Brillaba al sol que se filtraba por las persianas, y su adorno parecía en su mano un sello de aprobación seráfico. ¿Por qué, entonces, se sentía tan aturdida y confusa?

El salón de actos/comedor de la cúpula B está adornado con plantas, que le proporcionan la falsa serenidad de una sauna en un puesto de campaña avanzado. La incongruencia de las hojas de caladio levemente púrpuras y de los helechos verde menta en una cáscara de roca y aluminio tal vez explique en parte el nerviosismo de Gordon Vear. Por otra parte, un día después de que el transbordador espacial *«Daisy Duck»* aterrizara en el lecho de lunacreta cercano a la parrilla solar, el Presidente va a dirigirse a los ciudadanos de Von Braunville, y Vear abriga una sensación de inquietud acerca del probable contenido de sus comentarios.

Casi todos los habitantes de la base están congregados en el comedor; sólo el personal de comunicaciones esencial y los conductores de rasadoras, que han de seguir excavando feldespato de plagioclasa para la planta de oxígeno, estarán ausentes. Vear entra con Dahlquist y ve al «vaquero» Pickford sentado en una silla cerca del podio, y a su lado al sacerdote episcopaliano Joshua Marlin.

Ver al Obispo tranquiliza al Mayor. Marlin no es católico, por supuesto, pero está más cerca de serlo que Easson, el físico y Capellán Baptista, que vuelve a la Tierra a bordo del *«Checkers»*. Y,

Librodot

cuando se produzca el cambio, Marlin les ayudará a liberar la historia y a enderezar esta línea temporal desbarajustada. Cómo, Vear aún no lo sabe, pero ocurrirá gracias a un enano espectral, a la determinación de Erica Zola, a la perpleja complicidad de Dahlquist y Vear, y a la colaboración de los recién llegados, que aguardan sentados la entrada del Presidente. Sobre todo, del Obispo.

-Quiero sentarme en la parte de atrás -dice Vear a Dahlquist.

-Tranquilo -susurra Dolly-. Será el discurso habitual de «me-alegra-tanto-estar-aquí» que todos los políticos pronuncian en las campañas electorales.

-No está haciendo campaña.

-Ni lo sueñes. Siempre está haciendo campaña.

Vear empuja a su compañero de cuarto hacia una silla de la parte posterior, y la sala continúa llenándose. Murmullos por todos lados. Una excitación que se palpa en el aire refiltrado.

¿Y todo esto por un discurso habitual de «me-alegra-tanto-estar-aquí»? No, señor. Nada de eso. El Presidente ha venido a la Luna a cautivarles, y Vear recuerda la amnesia temporal que experimentó en el borde interior del cráter.

También recuerda la maniobra de ensamblaje en la órbita lunar, cuando la nave de transporte *Checkers* y el transbordador *«Daisy Duck»* se encontraron para intercambiar cargamento y pasajeros. La maniobra le pareció eterna. ¿Por qué? Porque no se podía reabastecer de combustible a la nave de transporte e introducir en el transbordador la enorme cantidad de golosinas que transportaba en sólo quince minutos. Y no habían podido. Tardaron casi una hora, y durante aquellos agotadores sesenta minutos, sólo el Presidente y Griegs, el hombre del Servicio Secreto, se negaron a echarles una mano. De hecho, Nixon se introdujo en la antecámara de compresión del *«Daisy Duck»* en cuanto la lectura de los instrumentos demostró que albergaba una mezcla respirable de oxígeno y nitrógeno.

Al igual que en su alucinación lunar, Vear se puso firmes y saludó al Presidente, pero Nixon siguió flotando. La expresión de su rostro coincidía exactamente con la del momento en que indicó a Ingham que entrara en el cuarto de Vear durante la alucinación. Sin embargo, Ingham únicamente existía en la amnesia temporal del Mayor (Robinson y Griegs eran los nombres de los agentes destinados en *este* viaje, un viaje indiscutiblemente real), y Vear supo que estaba a punto de perder otra vez la chaveta en la abarrotada antecámara de compresión de la nave de transporte.

Háblale, se alentó. No vas a permitir que el Presidente de Estados Unidos pase de largo sin que tú le saludes.

-Me alegro de volver a verle -ladró-. Confío en que haya tenido un buen viaje.

-Sí, ha ido bien -dijo Griegs, entrando con grandes esfuerzos en la antecámara y colocándose junto al Mayor.

Nixon se dio la vuelta y estudió a Vear durante un momento.

-¿Qué ha querido decir? No nos conocemos, ¿verdad, Mayor?

-No, señor. Debería haber dicho «en persona». Le he visto muchas veces en la tele, por eso me ha dado la impresión de que era como «volver» a verle.

La expresión del Presidente se endureció; sus mofletes temblequeantes, como si hubiera sufrido una afrenta. Sin embargo, favoreció, o castigó, a Vear con un fruncimiento de ceño tan brutal que el rostro del Mayor se tiño de púrpura. Después, Griegs apartó a Vear de un empujón, y el Presidente y su guardaespaldas se sentaron en el transbordador, abrochándose los cinturones.

Después, estremecido de pies a cabeza, Vear supervisó el trasbordo de los demás pasajeros y del cargamento, que pasaron del *«Checkers»* al buche del *«Daisy Duck»*. Conejillos de Indias. Plantas. Un vaquero. Y un Obispo episcopaliano.

Y desde luego, piensa Vear mientras el sistema de megafonía emite «Viva el jefe», el Obispo Marlin será para nosotros de mucha mayor utilidad que los osos Brezhnev, las verduras importadas o ese tal Pickford, que parece un histérico.

De hecho, Pickford parece estar tan nervioso como Vear, y cuesta no simpatizar con él. A juzgar por las pocas palabras que el Mayor y el cuidador de cobayas (¡Santo Dios, menudo trabajo!) han intercambiado durante el descenso hacia la Luna, Pickford parecía un buen chico. Cuando el *«Daisy Duck»* sobrevoló la concentración de masa del Mare Crisium (un antiguo meteorito cuya mole, profundamente enterrada, aceleraba el transbordador y lo sacudía con efectos gravitatorios que Vear aún no supera del todo), Pickford se lo pasó bomba con la velocidad suplementaria. Gritó: «¡Al galope, Mayor!», mientras los demás, incluyendo a Marlin, se mantenían más silenciosos que un cisterciense.

En las filas de delante, la gente empieza a ponerse de pie. Vear ve al Obispo, a Pickford, Franciscus, Gubarev, Nemov y muchos más que se levantan. Al cabo de pocos segundos, todo el

Librodot

mundo está erguido. El Comandante Logan entra desde la cocina. El Presidente camina uno o dos pasos detrás de él, seguido de sus dos guardaespaldas, que hoy visten trajes caros de civil y se tocan con las boinas verdes. Nixon levanta los brazos sobre la cabeza, exhibe la V de la victoria y sonríe forzadamente. Griegs y Robinson flanquean el podio, los dos cerca de una maceta de helechos colgada.

«Viva el jefe» se interrumpe, todo el mundo se sienta, el Comandante Logan presenta el Presidente y éste avanza para hablar. Vear se inclina hacia delante, intrigado por saber si las palabras de Nixon le recordarán en algo las palabras que le dirigió durante su trance lunar.

Nixon empieza a hablar. Repite muchas cosas que ya dijo en la emisión desde el *«Checkers»*. Por extraño que parezca, este discurso no se televisa al país, aunque se transmite por radio al personal de la base ausente del salón. Ha venido para elevar la moral de los abatidos, ver Von Braunville en directo y entregar un mensaje de gran importancia a todos cuantos trabajan para la NASA.

-Y los rusos, ¿qué? -susurra Vear a Dolly.

Gubarev, Romanenko, Nemov y Shikin están en la Luna por cortesía de la NASA, pero son científicos soviéticos y militares.

Dahlquist se encoge de hombros.

El Presidente no tarda en sentirse a gusto discurseando, y Vear repara en que después de cada gran tópico, Nixon dice «Soy de Von Braunville», una frase retórica copiada del famoso *«Ich bin Berliner»*[18] de John F. Kennedy, pronunciado a principios de los 60. Casi todos los presentes, aprovechando la oportunidad de corear, repiten con Nixon: «¡Soy de Von Braunville!». Estas exclamaciones van acompañadas de aplausos, y hasta los rusos unen sus voces al coro. Vear ha de luchar para no imitarles. Al final, sin embargo, empieza a preguntarse *por qué* se siente obligado a resistir.

El Presidente hace una pausa. Hasta el momento, sus gestos han poseído un cariz espástico, casi tan mecánicos como los de un robot, típico de su comportamiento durante los discursos. Mientras se yergue silencioso ante sus conciudadanos de Von Braunville, sus ojos adquieren una tonalidad vidriosa y sus mofletes se hinchan de forma evidente, como si algún detalle del salón le irritara. A Vear se le ponen los pelos de punta y las palmas de sus manos se cubren de sudor.

-Conciudadanos de Von Braunville -dice el Presidente-, dentro de seis meses Estados Unidos enviará una expedición tripulada a Marte. Cuatro personas aquí presentes han sido elegidas para esta extraordinaria misión. Sus apellidos, que prefiero leer por orden alfabético y no por graduación, son Berry, Franciscus, Hoffman y Vear.

Un silencio estupefacto. Después, los colegas de los hombres elegidos, levantándose como un solo hombre, estallan en aplausos. Vear siente que su cabeza se hincha como un fuelle, y nada de este momento le parece real. Está sufriendo otra alucinación. ¿Sí? La mano de Dolly sobre su hombro tiene consistencia, ¿verdad? Los burras de sus cantaradas son palpables, ¿verdad?

¿A alguno de ellos le importa que él no quiera ir a Marte? ¿Sabe alguno que esta escena improbable parodia la angustiante revelación que el Presidente le hizo durante su amnesia lunar?

Claro que no. ¿Cómo podrían saberlo?

El tumulto se apacigua. Las sillas arañan el suelo cuando todo el mundo se sienta.

-Por regla general, naturalmente, consultamos a nuestros astronautas para conocer su opinión acerca de una misión peligrosa, pero en este caso escogimos a los sujetos guiándonos por su hoja de servicios, perfil psicológico y la reputación de que gozan entre sus compañeros. Estos muchachos obtuvieron la mayor puntuación. No se equivoquen: jamás enviaríamos a alguien que no estuviera a la altura de la misión, y los señores Berry, Franciscus, Hoffman y Vear la sobrepasaban con creces. Si *no* se sienten con ánimos de ir, pueden decirlo, sin el menor perjuicio para su carrera, y encontraremos algún oficial más valeroso que les sustituirá sin pensarlo dos veces.

Romanenko, un cosmonauta y físico soviético, se pone en pie.

-Señor Presidente, mis compatriotas y yo también aplaudimos este gran empeño. Ofrecemos nuestra colaboración. Y si tienen que buscar algunos «oficiales más valerosos», le rogamos que no nos deje de lado.

Murmullos de aprobación. El cosmonauta los agradece con un cabeceo y se vuelve a sentar.

Nixon mira a Romanenko.

-El único lugar al que usted y sus compatriotas irán -dice por fin-, Mayor, es a casa.

Romanenko, cauteloso, se levanta de nuevo.

[18] «Soy berlinés», pronunciada en la ciudad alemana cuando se erigió el muro. *(N. del T.)*

Librodot

-Pero ¿por qué, señor Presidente?

-Preferimos que la presencia simbólica soviética en Von Braunville se componga de osos Brezhnev, antes que de comunistas vivos. Seis conejillos de Indias a cambio de cuatro cosmonautas. No me negará que es un buen cambalache.

Romanenko, ofendido, se sienta. Incluso Vear, a pesar de la conmoción personal que acaba de padecer, se siente estupefacto ante esta inesperada rudeza presidencial, y un gran silencio se hace en el salón. Como Romanenko, como Vear, nadie tiene ni idea de qué decir o hacer. Es imposible jugar a la política de los superpoderes con personas que trabajan cada día a tu lado, y el comportamiento del presidente violenta al Mayor, como a *casi* todos los demás norteamericanos presentes en la sala, por lo visto.

Shikin, el más joven de los cuatro soviéticos, se levanta por fin.

-Señor Presidente -empieza-, esto es una insultante...

-No siga. El comunismo no es algo que una nación, o pongamos por caso Von Braunville, elija, sino un virus que la infecta. Por lo tanto, permítame aclararle que voy a tornar medidas contra una plaga latente. Ustedes siempre dicen que lo que es suyo es suyo y lo que es nuestro es negociable. Bien, no van ni a oler un detalle de esta misión a Marte. El planeta rojo nunca será el planeta rojo que el Kremlin desearía. Y si eso significa el fin de la distensión, ya era hora.

Shikin avanza temerariamente hacia el podio. Los agentes que flanquean a Nixon se ponen en tensión.

-Señor -dice el joven cosmonauta-, escupo sobre su fanatismo ideológico.

Y lo hace. Directamente sobre la solapa de la chaqueta a rayas del Presidente.

-¡Cabrón, asqueroso hijo de puta! -aúlla el Presidente.

Se produce un gran tumulto. Vear apenas puede creer que un caos tan terrible asolé al pequeño mundo aislado de Von Braunville. Es una suerte que el discurso del presidente *no* se haya televisado al país. Una riña entre el Líder del Mundo Libre y un joven cosmonauta no causaría buena impresión en la opinión general.

Aun así, Nixon ha derribado a Shikin de un maligno derechazo. Shikin no ha caído al suelo a causa del golpe porque un airado conductor de rasadoras, nixoniano acérrimo, le ha empujado por atrás.

Ahora, un guardaespaldas del presidente sujeta a Shikin contra el suelo. El otro utiliza la culata de su pistola, extraída de la sobaquera, para derribar al furioso Nemov.

Gubarev y Romanenko piden calma a gritos, pero la fiebre bélica se ha contagiado a la mitad del salón, y a los dos soviéticos no les queda otro remedio que hacer frente a los más exaltados.

El Obispo Marlin también se ha unido a la refriega, pero no para apoyar a los combatientes, sino para poner fin a la batalla campal. Agarra al enloquecido Nixon por detrás, aplicándole una perfecta llave de judo, y le aleja de los dos cosmonautas que siguen en pie. El agente de la pistola se lanza tras el Obispo, que domina al Presidente como exigen los aficionados a los rodeos. Cal Pickford se abalanza sobre Robinson y le retuerce el brazo hasta que suelta la pistola.

-¡Detengan esta estupidez! -grita el Obispo Marlin-. ¡Detengan esta estupidez inmediatamente!

Su poderosa voz confunde a algunos de los camorristas, y cuando vuelve a gritar, hasta los más implacables se aplacan.

Vear, que se ha puesto de pie sobre su silla, ve que el Obispo Marlin arrastra a Nixon hasta el podio y le libera con un empellón desdeñoso. Después, el Obispo aparta a Nixon del micrófono, ordena al belicoso conductor de rasadoras que ayude a levantarse a Shikin y a Nemov, y reprende a todo el mundo por su «barbarie pueril».

-Éste es el resultado de iniciar nuestro encuentro sin una invocación adecuada -afirma.

Vear observa que Nixon se halla de pie a la derecha del Obispo, más o menos calmado. Sin embargo, un brillo siniestro asoma a sus ojos, y su mandíbula parece más lívida y crispada que cuando entró.

-Por lo tanto -dice el Obispo Marlin-, terminaremos con una bendición. -Bendice a la multitud avergonzada-. Enterrad vuestras animosidades e iros en paz.

El Presidente realiza un movimiento robótico con los hombros para que los puños de la camisa sobresalgan de la chaqueta, da media vuelta y abandona el salón por la puerta que da a la cocina. El Comandante Logan y los dos hombres del Servicio Secreto le siguen.

-Felicidades -dice Dolly a Vear.

-¿Por qué?

-Por haber sido elegido para la misión de Marte. Es un gran honor.

Librodot

-Es una pesadilla. Una pesadilla que ya he tenido.

Las plantas que adornan el salón oscilan aún a causa del revuelo. Vear y Dolly, encabezando a treinta y cinco o cuarenta compañeros, regresan aturdidos a la cúpula C.

Cal yacía en la hamaca de baja gravedad que había colgado en los aposentos del Capellán, pues Marlin le había pedido que compartiera este espacio. Los dos hombres estaban meditando sobre el comportamiento del Presidente.

-Perdió el juicio, ¿verdad, señor?

-Algunos dicen que nunca lo ha tenido. La verdad es que ha caído en picado desde las elecciones del ´80.

Cal intentó incorporarse en la hamaca. La respuesta de Marlin era la primera observación despectiva que este hombre dedicaba al Presidente.

-¿Qué ha querido decir con «en picado»?

-La presidencia imperial alcanzó su apogeo durante su primer mandato, y perdió los papeles incluso antes de la victoria en Vietnam, pero sólo en estos dos últimos años ha entregado su alma al Mal del que ha sido instrumento inconsciente, aunque no reacio, desde hace tanto tiempo.

-¿El Mal? ¿Qué quiere decir? No le entiendo.

El Obispo Marlin estaba sentado ante el escritorio del anterior Capellán, con una *«Biblia»* y un libro de oraciones abiertos a su lado. Escribió varias palabras en una hoja de papel y se la entregó a Cal, quien leyó el siguiente mensaje:

ESTÁ POSEÍDO POR DEMONIOS. TAL VEZ POR EL PROPIO SATANÁS.

Cal miró a su alrededor. El Obispo temía, obviamente, que su cuarto de la cúpula B contuviera micrófonos ocultos. Marlin escribió varias letras más en su libreta, arrancó la hoja y se la pasó a Cal.

INSULTAR A LOS SOVIÉTICOS Y GOLPEAR A UNO. ES EL COMPORTAMIENTO DE UN DEMENTE.

Cal se retorció y consiguió liberar las piernas de la incómoda hamaca.

-Estoy de acuerdo con usted, señor, pero...

Otra hoja:

NO ES LA ÚNICA PRUEBA. BERTHELOT ME DIJO ALGO QUE LO CONFIRMA.

-«Que confirma...».

Cal quería decir «la posesión», pero el obispo meneó la cabeza y le tendió el siguiente mensaje:

EL PRESIDENTE PREPARA UN ATAQUE NUCLEAR PREVENTIVO CONTRA LA UNIÓN SOVIÉTICA Y OTRO CON SATÉLITES CONTROLADOS POR LÁSER.

-¿Cuándo? -barbotó Cal.

DENTRO DE LAS DOS PRÓXIMAS SEMANAS.

-¿Por qué?

AL PARECER, POR EL MAL COMPORTAMIENTO SOVIÉTICO EN AMÉRICA CENTRAL, AFGANISTÁN Y POLONIA. HASTA ÉL SE LO CREE, PERO LA VERDAD ES QUE ESTÁ ESCLAVIZADO POR DEMONIOS QUE QUIEREN TENTAR A TODA LA ESPECIE Y PROVOCAR EL ARMAGEDÓN.

Espera un momento, pensó Cal. Este tío está loco. Tengo buenos motivos para creer que nuestro Presidente cuatro veces electo es el peor bastardo desde los tiempos de la Alemania nazi, pero no puedo pensar ni por un momento que se debe atribuir su megalomanía traicionera, una palabra que Lia también me ha aplicado a mí, a la posesión diabólica.

Conversaron de esta manera durante varios minutos más. Cal hablando en voz alta con cautela y el Obispo Marlin garrapateando en su cuaderno, y Cal averiguó que Nixon había venido a la Luna no sólo para levantar la moral, etc., sino para hallarse a salvo cuando los ataques nucleares preventivos, lanzados por los bombarderos SAC y los proyectiles ICBM alojados en silos, junto con un ataque de satélites láser experimentales, colocaran al planeta Tierra al borde de la destrucción total. Otros signos de la depravación irreversible del Presidente eran el completo abandono de su familia y el deseo de enviar a Rusia a los cuatro cosmonautas soviéticos antes de que estallaran estos fuegos artificiales aniquiladores.

Alguien llamó a la puerta del Capellán.

Los dos hombres se sobresaltaron. ¿Ya nos hemos delatado?, se preguntó Cal. Se pusieron a recoger y convertir en bolas de papel todas las notas comprometedoras del obispo.

-Ya voy -gritó Marlin-. Un momento.

-¿Por qué no me lo dijo antes? -preguntó Cal.

-¿Dónde? ¿En las instalaciones de la NASA en Houston? No hubiera venido. ¿A bordo del *«Clemency»*, el *«Checkers» o* el *«Daisy Duck»?* También era imposible. El Presidente estaba prácticamente sentado en nuestro regazo.

Otra llamada insistente.

-¡Voy! -volvió a gritar el obispo.

Apretó el botón que abría la puerta y Cal vio en el pasillo de la cúpula B a 1) el piloto del transbordador espacial que les había bajado desde la órbita lunar, 2) un hombre alto y rubio que fruncía el entrecejo con la perplejidad de un niño, y 3) una mujer de aspecto familiar, grandes ojos y dientes descoloridos.

-Mayor Vear -dijo el Obispo Marlin-. Entren, por favor.

El trío entró. Vear procedió a unas rápidas presentaciones, y Cal se encontró abrazando a Erica Zola, la psicóloga residente, no por iniciativa propia, sino porque ella se había lanzado sobre él como si fuera una hermana perdida desde hacía mucho tiempo. Tardaron uno o dos minutos en recordar los detalles de su anterior encuentro, pero una vez, conseguido, Cal le devolvió el abrazo, reflexionando. Ya está, ya ha empezado...

Erica dio un paso atrás y habló al Obispo Marlin.

-Ha venido a colaborar con nosotros en la abreacción de nuestra libertad reprimida, ¿verdad?

Aunque hubiera micrófonos ocultos en el alojamiento del Capellán, pensó Cal, nadie que escuchara la frase deduciría grandes cosas. Él sabía lo que significaba *abreacción,* por supuesto, pero no parecía que pudiera aplicarse de inmediato a esta peligrosa situación, una conspiración de cinco personas muy diferentes y nerviosas que se desarrollaba en los aposentos del capellán de la base lunar norteamericana.

Aun así, tomaron posiciones en la habitación. Erica, en el sofá opuesto al escritorio de Marlin, Peter Dahlquist en una silla, Cal en su hamaca, y Vear en el asiento del confesionario que Easson, el anterior Capellán, se había negado a utilizar. El Obispo Marlin distribuyó rotuladores y libretas para que todos pudieran «hablar» sin informar al Gran Hermano de sus planes.

-Lo único que nos falta ahora -dijo Dahlquist en voz alta, mirando con escepticismo su rotulador- es nuestro jefe resurrecto, Kai.

-¿Quién? -exclamó Cal-. ¿Qué ha dicho?

-Ssssh -advirtió el Obispo Marlin-. Utilicen los cuadernos. Las paredes poseen propiedades auditivas y telemétricas amplificadas, y si fracasamos, toda nuestra ecoesfera terrestre puede morir.

Justo lo que necesitábamos recordar, pensó Cal, para proceder con calma y seguridad hacia nuestros objetivos.

-Lo cierto es que yo me encargo de comprobar regularmente que no haya micrófonos ocultos en el despacho de la doctora Zola ni en los aposentos del Capellán -dijo Dahlquist-, pero utilizaremos estos estúpidos rotuladores si así lo prefiere, señor.

-Oh -exclamó Marlin, boquiabierto, y desde aquel momento siguieron conspirando en voz alta.

Cal, entretanto, introdujo la mano en el mono y encontró el broche de Lia: irradiaba cierto calor, un talismán tranquilizador.

Lia apareció en la «Baronía del Sinsonte Pardo» con tejanos y una camisa vaquera de Cal. La camisa tenía cierres de nácar y un canesú de raso azul delante y detrás. El cielo estaba despejado, el aire era fresco, y la lluvia reciente había enfangado la tierra. Una hermosa tarde para cabalgar.

Librodot

-¿No has tenido noticias de Cal desde que llegó a la Luna? -preguntó Jeff Bonner.

Toda la familia Bonner estaba caminando desde la casa a las caballerizas. Las azaleas que crecían siguiendo el perímetro de la cerca ya estaban marchitas, pero flores silvestres, sobre todo primaveras y violetas, aún despuntaban en los prados, como corchos de color pastel en un amplio lago esmeralda. En la carretera, a escasa distancia, un pájaro carpintero de cabeza roja picoteaba un poste de la verja.

-Es una llamada a larga distancia muy cara, Jeff.

-Sí. pero...

-«Sí, pero», «Sí, pero», «Sí, pero» -se burló Suzi-. Escucha, Jeff. Hemos invitado a Lia para distraerla, no para someterla a interrogatorio.

Bendita seas, pensó Lia. Sólo el jefe del ejecutivo de Estados Unidos puede llamar a casa desde Censorinus y cargar el importe al contribuyente norteamericano. Y aunque vosotros no lo sepáis, es posible que no volvamos a saber *nada* de mi marido, al menos en este continuo histórico, y que nuestras probabilidades de volver a reunirnos en la realidad abreaccionada son, bueno, la verdad es que no lo sé...

¿Realidad abreaccionada? ¿De dónde has sacado eso?, se preguntó Lia. El término poseía un timbre extraño, casi ominoso, a pesar de que sabía, de una forma razonada, que Cal había ido a Von Braunville para ayudar al Obispo Marlin y, probablemente, a otras personas no especificadas a «obrar el cambio redentor». Que el rey Ricardo también hubiera ido era ominosamente significativo, pues aunque Cal era la «lente» de Kai, el cristal que enfocaría la estereografía del escritor fallecido, el Presidente era la mecha que este foco purificador debía encender y borrar de la existencia, a fin de dejar paso a una realidad mejor, reprimida desde mucho tiempo atrás, que su esfuerzo..., bueno, *abreaccionaría.*

-Oye, Suzi, sólo era una conversación entre hermanos -se defendió Jeff.

-La estabas chinchando, como de costumbre. Para de una vez.

-Hostia. Perdona por respirar.

Martin y Carina, que corrían delante de los tres adultos, desaparecieron en el interior del establo.

-¿Siempre montáis los purasangres, tíos? -preguntó Lia.

¿Cómo sería sentarse sobre uno de aquellos magníficos animales?, se preguntó. A casi toda la gente que iba a montar al Sinsonte Pardo se le adjudicaba un caballo. Los purasangres, que «Cara de Caballo» Stout entrenaba para carreras privadas que se celebraban en Florida, Alabama y Kentucky, estaban *verboten* a los aficionados, a causa de las enormes cantidades invertidas en ellos, no tanto por los premios que Wiedenhoedt soñaba que ganarían como por la desgravación fiscal que representaban. De hecho, Lia tenía la sospecha de que *Intervención divina*, *Radiactivo* y los demás purasangres vivían corno reyes. Se les criaba, alimentaba y mimaba, y no hacían prácticamente nada, salvo existir, para justificar los gastos que ocasionaban.

-Muy pocas veces -contestó Suzi-. Son animales difíciles. No queremos que los chicos los monten.

-¿Podría montar en uno? Me gustaría mucho.

-Lia... -empezó Jeff, muy irritado.

Entraron en el establo de techo alto. Rayos de luz de color bourbon se colaban por las claraboyas.

-Va, Jeffrey -dijo Suzi-. Déjala. Será bueno para el caballo y divertido para Lia.

-Se romperá la crisma.

-Así te librarías de mí, ¿eh?

-Con la suerte que tengo, tus abogados me caerían encima con treinta y seis pleitos.

Pero Suzi consiguió que Jeff cediera a Lia uno de los nerviosos caballos, y «Cara de Caballo» bajó de su habitación para ayudar a Carina y Martin a subir a los suyos. Una vez más, el físico del enano, de apariencia tullida pero fuerte, hizo pensar a Lia en un levantador de pesas macizo.

En cuanto los críos hubieron montado, «Cara de Caballo» se acercó contoneándose sobre sus piernas torcidas a los adultos para preguntarles qué caballos querían.

-*Dama Sofisticada* para Lia -ordenó Jeff.

Era un alazán hembra de patas blancas.

-Pero yo quiero a *Ubicuidad* -dijo Lia.

-Hostia.

-Déjala, Jeff.

Lia ya sabía que su petición enfurecería aún más a su hermano, y que Suzi saldría en su defensa.

Pero ¿por qué molestarse en provocar a Jeff y darle marcha a Suzi? Bueno, porque después de regresar del Cabo, sus días habían oscilado entre el trabajo monótono y el desaliento.

Molestar a su hermano era una forma barata de exorcizar su despecho: primero, Cal estaba muy, muy lejos y, segundo, una actriz voluble la había plantado como psicóloga. Grace Rinehart, no satisfecha con chantajearles, intensificaba la sensación de aislamiento de Lia, abandonándola.

Pero voy a desprenderme de todas mis preocupaciones, pensó Lia. Voy a dejar mi melancolía en el lomo de *Ubicuidad* y a recobrar mi capacidad de asombro.

-*Ubicuidad* es una buena elección para lo que la aflige -dijo «Cara de Caballo» Stout, secundando con toda desvergüenza sus razonamientos ocultos.

-Sí -intervino Jeff-. Se te sacudirá de encima y acabará con todas tus preocupaciones.

Este sarcasmo era su objeción final, y «Cara de Caballo» se dirigió a la casilla del corcel negroazulado para prepararlo. Una silla delicada como un adorno de cuero. Un bocado y una brida tan ligeros como un sujetapapeles de tamaño gigante. Estribos tan elegantes como columpios de macramé. Lia montó subiéndose al saliente de madera construido dentro de la casilla, tras lo cual «Cara de Caballo» sacó a *Ubicuidad* al piso de hormigón del establo para reunirse con Jeff, Suzi y los niños, montados en tranquilos caballos de carreras que parecían muías dóciles comparados con el majestuoso purasangre de Lia.

«Cara de Caballo» guió a los Bonner hacia el prado del este.

-Fatíguenlos -dijo el enano-, pero tráiganlos a tiempo de que pueda cepillarlos y darles la comida.

-Ven a cabalgar con nosotros -dijo Lia.

-Aquí no tenemos ponis, señora, y los potros, aparte de no estar domados, no son lo bastante fuertes para aguantarme.

-Pero si tienes el tamaño de un jockey, «Cara de Caballo».

-Sólo de pies a cabeza, pero de hombro a hombro soy una bola de cañón que no les gusta sostener.

Lia y los demás empezaron a cabalgar. El prado del este se convertía en un bosque de pinos, atravesado por un camino de herradura. Recorrieron este circuito sembrado de pinas en cuarenta minutos y regresaron al prado. Jeff espoleó a su caballo, que inició un vigoroso trote. Martin y Carina, aullando como indios, le siguieron, así como Suzi, aunque con menos entusiasmo. *Ubicuidad*, que Lia manejaba con la rienda tirante y murmurando disparates tranquilizadores, piafó, se encabritó y salió disparado tras los demás caballos.

-¡Uau! -gritó Lia-. ¡Maldita sea, Ubi, para!

Pero el purasangre rebasó a Suzi, pasó entre los niños y alcanzó al esforzado animal de Jeff a unos cien metros del extremo este del establo. *Ubicuidad* volaba, y a Lia le hubiera gustado relajarse y disfrutar del viento que azotaba sus ojos, pero sentía el barro desprendido del prado en los flancos del corcel y su total falta de control. Como en una manida película del oeste, corría a lomos de un caballo desbocado, y Cal, el héroe que cualquier guionista elegiría para salvarla, se hallaba a trescientos setenta y cinco mil kilómetros de distancia.

-¡Te lo dije! -chillaba Jeff a Suzi, algo detrás de ella-. ¡Te dije que pasaría esto!

Si estoy bien, pensó Lia. Es posible que exista algún peligro, pero no para mí. Quien sufrirá más será *Ubicuidad*. Corre a una velocidad terrorífica en condiciones adversas, y creo que de un momento a otro oiré partirse uno de sus tobillos. Si me tira, bueno, la tierra me recibirá como un enorme y benévolo guante de *catcher*...

Por desgracia, todo el mundo gritaba desde atrás: Jeff, Suzi, Martin, Carina. Le daban consejos («¡Tira de las riendas, tira de las riendas!»), expresaban temor («¡Oh, Dios mío!»), o la alentaban («¡Ánimo, tía Lia! ¡Domínale!»). Atraído por el alboroto, «Cara de Caballo» Stout salió del establo por el extremo este. Corrió hacia el prado. Se puso a agitar los brazos, temiendo que *Ubicuidad* chocara contra una cerca.

-¡No pasa nada! -chilló Lia-. ¡Apártate de su camino!

El caballo estaba intentando asustarla. Esta excursión «incontrolada» tenía como objetivo aterrorizar a la pobre mujer que lo montaba. Bien, Lia había montado a un animal más vil, no tan nervioso, pero taimado de nacimiento, en uno de los rodeos anuales del Día de los Pioneros que se celebraba en Snowy Falls (Colorado), y *Ubicuidad* era un gatito comparado con aquel Perdigón. Si «Cara de Caballo» se apartara. Si no intentara hacerse el héroe, creyendo que necesito uno...

Cuanto más se acercaba *Ubicuidad* al establo, más nervioso se ponía el enano. Ahora, corría hacia ellos, y cuando el purasangre pasó junto al musculoso hombrecillo, éste alargó la mano, agarró

Librodot

la pierna de Lia y la tiró de la silla. ¡Mecagüen la leche!, pensó ella, golpeándose el hombro y rodando al mismo tiempo hasta quedar sentada. Esperaba ver cerca a «Cara de Caballo». Sería agradable darle las gracias por esforzarse en rescatarla, pero aún sería más agradable decirle que su esfuerzo había sido totalmente innecesario.

Entonces, vio que *Ubicuidad* corría hacia el sur, siguiendo el perímetro de la cerca, arrastrando al enano, que se había enganchado en el estribo, y golpeándole contra todos los postes que encontraba en su carrera. Lia sólo veía la parte inferior del cuerpo de Stout, el azul borroso de sus tejanos, que se sacudía al compás de los miembros de *Ubicuidad,* y un sobrecogedor destello blanco del faldón de su camisa. A juzgar por la cantidad de golpes que estaba recibiendo, era difícil imaginar que sobreviviera.

Estúpido, estúpido, estúpido.

Lia se levantó y corrió a lo largo de la cerca en persecución de *Ubicuidad* y «Cara de Caballo» Stout. Jeff también acudió al galope, y de pronto, después de una carrerilla suicida hasta la esquina exterior del establo, *Ubicuidad* se detuvo, expulsó una burbuja de mocos por una fosa nasal muy dilatada y se puso a mordisquear la hierba. El enano era un saco sin forma, cubierto de sangre, enganchado en el estribo izquierdo. Lia dejó de correr, mientras Jeff desviaba a su montura. El viaje a lo largo de la cerca había arrancado casi todos los botones de la camisa de «Cara de Caballo», y lacerado su cuerpo como si le hubieran azotado con un gato de nueve colas.

Lia se arrodilló a su lado. Bastó con torcer el estribo para liberarle. Lia golpeó a *Ubicuidad* en el muslo para que se alejara, y después se tendió junto al enano para examinar su rostro deformado por el dolor.

-No tenías que haberlo hecho -dijo.

-Fue un placer -consiguió articular «Cara de Caballo» Stout.

-Te has matado sin motivo.

-Aún no estoy muerto. Ni siquiera me estoy muriendo. Lo que sí voy a hacer -una sonrisa torcida- es viajar, señora.

-¿Sí? ¿Adónde vas a viajar, «Cara de Caballo»?

-No siempre lo sé. Quizá a la Luna.

Está delirando, pensó Lia.

-Bueno, saluda a Cal de mi parte.

-No soy yo el que irá, señora, sino mi ángel. Mi piloto.

-Pues encárgale a *él* que le dé saludos.

-No voy vestido para viajar, señora. Míreme, todo cubierto de sangre.

-Estás bien, «Cara de Caballo». Tienes muy buen aspecto.

-Abrócheme la camisa, señorita Lia. -«Cara de Caballo» miró su cuerpo lacerado-. Para guardar las apariencias.

Es posible que no se esté muriendo, pensó Lia, pero suena como su última petición. Tiró de la camisa y le abrochó el botón que quedaba. Después, con ternura, se desprendió el broche que llevaba en el canesú de su camisa vaquera y lo utilizó para sujetar la camisa de «Cara de Caballo» por debajo del cuello.

-Gracias, señorita Lia. Recuerde una cosa: Cal la quiere, y en algún lugar, de alguna manera, se reunirán de nuevo de la forma más dichosa posible. Me voy.

Jeff se acercó. Su sombra cayó sobre Lia y el enano tendido. En ese momento, el aire empezó a temblar alrededor del negro, una sensación visual y táctil a la vez. Otro rostro flotaba sobre el del enano: una máscara caucasiana blanca sobre la faz negroide del enano. Y hasta el mismo aire cambió, proporcionando al cielo de mayo el frágil color de cuento de hadas del vino moscatel.

-Hostia santa -masculló Jeff, asustado.

Lia miró a Suzi y a los niños. Vio sus caballos petrificados en pleno movimiento, y un cuervo que sobrevolaba el bosque paralizado sobre los árboles como una extravagante ilusión taxidérmica.

-«Cara de Caballo» está bien -dijo el hombre tendido en tierra-. Se ha ido a dar un paseo, eso es todo.

-¡Kai!

-Oiga, no tengo mucho tiempo. He de seguirle antes de que su cuerpo glorificado llegue allí inhabitado.

-¿A Censorinus?

Las facciones laminadas que enmascaraban las de «Cara de Caballo» asintieron.

-Quiero que haga una cosa. A «Cara de Caballo» no le pasa nada. Creo que ha ido a ver a nuestros yoes simbióticos.

Librodot

Jeff se arrodilló al lado de Lia.

-¿Quieres decirme qué coño está pasando, hermanita? -preguntó, apretando los dientes.

Kai no hizo caso de la intromisión.

-Hay un sobre con varios billetes de veinte dólares sobre la mesilla de noche de «Cara de Caballo». La dirección ya está escrita. Quiero que lo cierre, le ponga un sello y lo envíe por correo. ¿Vale?

-Claro, Kai. Por supuesto.

-Estupendo. Eso es todo. Yo también me voy.

-*¡Lia!* -insistió Jeff.

Lia apartó el brazo de su hermano y se levantó. Kai había seguido a «Cara de Caballo». Ahora, el armazón abandonado del cuerpo del enano yacía en la hierba, respirando gracias al piloto automático, manteniéndose por mera costumbre hasta que su espíritu animado regresara para reclamarlo.

Entretanto, la estasis de color moscatel que rodeaba la bolsa de movilidad intemporal de Kai empezaba a desvanecerse, y el azul inmemorial del cielo surgía de nuevo. Los caballos de los otros tres Bonner cobraron vida, así como el cuervo suspendido en el cielo moscatel sobre el bosque.

-¿Está muerto? -gritó Suzi, acercándose al galope-. ¿Se ha roto algún hueso?

-Habla con ella -dijo Lia a su hermano-. He de hacer algo.

Besó a su cuñada, que ya había desmontado, aseguró a sus nerviosos sobrinos que «Cara de Caballo» se pondría bien y se dirigió hacia las caballerizas.

Un momento después, en la habitación improvisada de «Cara de Caballo», Lia comprobó que Kai había preparado un sobre lleno de billetes para ser enviado al taxista que le había conducido desde el aeropuerto de Atlanta hasta Warm Springs. Eso está bien, pensó. Es posible que las cosas ya hayan empezado a mejorar. Al mismo tiempo, demostrando su sentido práctico innato, se dio cuenta de que tendría que comprar un impreso de giro postal en la oficina de correos. Sólo un completo idiota enviaría tanto dinero por correo, y tanto Kai como «Cara de Caballo» querrían que ella hiciera todo lo posible por asegurarse de que el burlado taxista cobrara por fin su tarifa.

Otra cosa que la alegraba hasta lo indecible: «Cara de Caballo» había prometido que en alguna parte, de alguna manera, Cal y ella volverían a reunirse. Claro que sí, pensó Lia. Por supuesto que sí. ¿Es que nuestra historia podría acabar de otra manera...?

Librodot

24

Mientras cenaba con el Mayor Vear y el técnico en ordenadores Peter Dahlquist, Cal se dio cuenta de dos cosas muy inquietantes.

-El Obispo Marlin no come -anunció-. No come desde que llegamos aquí. Han pasado tres días.

-El Ayuno Negro -comentó Vear-. Se está preparando.

Sí, pensó Cal, para el exorcismo, pero la segunda idea era todavía más inquietante que el largo ayuno del Obispo.

-¿Qué ha pasado con la Pascua?

Vear y Dolly intercambiaron una mirada.

-La Pascua -repitió Cal, molesto-. Escuchen, no soy un meapilas, pero el calendario dice mayo, y la Pascua aún no ha llegado.

El rostro de Vear registró por fin desconcierto y clara preocupación. Encontró una pequeña agenda en un bolsillo de su mono y la consultó.

-La Pascua siempre cae en el domingo posterior a la primera luna llena que tiene lugar después del equinoccio de primavera -dijo. Miró a Cal y a Dolly-. Este año debería haberse celebrado el once de abril, pero no fue así. Easson la pasó por alto. Fue un domingo como cualquier otro domingo.

-Un domingo como cualquier otro domingo *en la Luna* -subrayó Dolly-. El Capellán tal vez no celebró la Pascua aquel domingo porque, aquí arriba, no tenemos lunas llenas, o equinoccios de primavera, o suficientes católicos empedernidos para acordarse de la fiesta.

-¿La Pascua? -exclamó Vear, ofendido-. Hasta los creyentes tibios observan la Pascua. ¿Cómo pudo olvidarse el Capellán Easson? ¿Cómo pudimos olvidarnos *nosotros*?

-En nuestro país pasó lo mismo -dijo Cal-. De lo contrario, Lia me habría arrastrado a la iglesia.

-Escucha, Gordon -intervino Dolly-, yo ni siquiera soy tibio. Soy el típico agnóstico-cuando-estoy-de-buenas, ateo-cuando-estoy-de-malas.

-¿Y qué me dices de Kai? -atacó Vear-. ¿Cómo explicas un fenómeno como el de Kai?

La tensión creció, y Cal comprendió que debía callarles o se corría el riesgo de perder algo más aparte de la Pascua, o sea, cualquier posibilidad de provocar una abreacción en la línea temporal que la restituiría.

-Vamos a hablar con el obispo -dijo.

Vear no hizo caso a Cal.

-Si eres agnóstico, Dolly, ¿por qué, en el nombre de Dios, escribiste una elegía para Kai que dice «Philip K. Dick, ay, ha muerto / Vayamos todos a besarle a Dios el trasero»? Admito que es brutalmente irreverente, pero al menos reconoce el hecho de que Dios existe.

-Baja la voz -previno Dolly al Mayor.

Las tres cuartas partes de la gente que se encontraba en el salón miraba su mesa.

Un momento, pensó Cal. Sólo una mierda de momento. Dolly no escribió esa elegía «brutalmente irreverente». La escribí yo. La escribí la tarde del día que me enteré de la muerte de Dick. Este tío, este *ordenador ambulante,* no puede robarme mi poema sólo porque lleva más tiempo aquí arriba que yo...

Cal, irritado, afirmó que la autoría de la elegía en cuestión le pertenecía a él, no al compañero de cuarto del Mayor, y que si Vear seguía insistiendo en lo contrario, era un mentiroso.

-Cuidado, Pickford -le previno Dolly-. Gordon no es un mentiroso. *Yo* la escribí. Tal vez no debería declararme autor de tal parida con ese entusiasmo, pero la honradez es apremiante; por eso soy honrado contigo y te saco del apuro.

Muy listo, pensó Cal. Arrogante sabihondo.

-Mira -dijo en voz alta-, si dices que tú has escrito *mi* elegía, eres culpable de plagio.

Dolly fingió una expresión de avergonzado horror.

-Oh, no. No me acuses de plagiar ese atroz pareado, por favor. Aquí y ahora abjuro de todo derecho sobre su autoría. Es tuya, Pickford.

-No me puedes dar lo que ya es mío.

-Sin embargo, sí puede darte que es suyo, y Dolly escribió el poema poco después de que yo viera a Kai bailando sin traje espacial en el exterior.

Librodot

-Vaya par de...

Espera, se dijo Cal. Esto es absurdo. No es la autoría de mi elegía para Dick lo que importa, sino la evaporación de la Pascua del calendario. *Ese* es el punto. Cal lo expresó en voz alta.

-Tal vez la resurrección de Phil Dick en marzo tuvo prioridad sobre la Pascua de este año -elucubró Dolly-. Tal vez una ley temporal dicta que en cada primavera sólo puede tener lugar una gran resurrección.

-¡Nada es lo bastante grande para tener prioridad sobre la resurrección del Hijo de Dios! -rugió Vear.

Un oficial de alta graduación que estaba sentado en una mesa cercana se puso en pie y caminó hacia ellos. Al menos no es el Comandante Logan, pensó Cal. Era el Coronel Mick Hoffman, el piloto de transbordadores espaciales de mayor rango, que había convencido recientemente a su líder de que anulara el «arresto domiciliario» de Vear para que pudiera volver al servicio activo pleno.

-Mayor -dijo el Coronel-, ¿*no* le importaría a usted y a estos caballeros provocar un tumulto más discreto?

-Es una discusión teológica -indicó Cal.

-No es una discusión, Pickford, sino una *disputa*. Están estropeando la digestión de todo el mundo.

-¿Qué ha ocurrido con la Pascua? -Cal miró con aire desafiante al Coronel-. Eso es lo que tratábamos de decidir.

El rostro arrugado de Hoffman dibujó una sonrisa.

-¿Es que ustedes los gentiles ya no celebran sus malditos días santos cuando se debe? No me extraña que Occidente vaya al reino de los muertos en un carrito de la compra.

Su sonrisa se borró, y les examinó como si fueran la contrapartida de los Tres Chiflados en Von Braunville; después, casi con desdén, dio media vuelta y se marchó.

Larry, Curly y Moe, pensó Cal. Eso es exactamente lo que parecemos, sentados aquí haciendo cábalas sobre la dimensión, o la singularidad temporal, en la que se ha desvanecido la Pascua. Por lo tanto, la única sugerencia que tiene algo de sentido es la que he propuesto antes.

-Vamos a hablar con el Obispo -repitió Cal.

Los tres hombres recorrieron el pasillo circular de la cúpula B hasta llegar a la capilla y a los aposentos del Obispo. Una señal luminosa sobre la primera indicaba que el Obispo Marlin estaba confesando a alguien, y se quedaron en el pasillo hasta que la señal se apagó automáticamente cuando el penitente salió del confesionario. Después, entraron.

Cal se quedó sorprendido al descubrir que el hombre a quien el Obispo acababa de absolver era Robinson, un guardaespaldas del Presidente Nixon. De edad similar a Cal, era nervudo, tenía el rostro de un vigilante nocturno joven y largas manos que utilizaba con frecuencia a bordo del *«Checkers»* para manejar una cámara de vídeo portátil. Cal siempre había supuesto que el Presidente confiaba más en él que en el otro hombre del Servicio Secreto, y la fría reacción de Vear y Dolly ante su presencia daba a entender que también a ellos les preocupaba encontrarle aquí. En cuanto a Robinson, estrujaba compulsivamente su boina, manipulándola como una pelota de ejercicios para artríticos.

-Mayor Vear, señor Dahlquist, permítanme presentarles a Tyler Robinson -dijo el Obispo-. Cal ya le conoce.

¿De veras?, se preguntó Cal. Hemos viajado juntos por el espacio hasta llegar a Von Braunville, pero creo que durante aquellos cuatro días sólo me dirigió dos frases completas. En mi opinión, lo único bueno que tiene es que parece un poco avergonzado por los modales de energúmeno de Griegs...

-Está oficialmente de permiso -añadió el Obispo-, por primera vez desde que emprendimos el viaje, y ahora acabo de saber que es episcopaliano.

-Felicidades -dijo Dahlquist.

-Gracias -murmuró Tyler Robinson, apretujando la boina.

-Y ahora puedo decirles -siguió el Obispo, apoyando una mano paternal sobre el hombro de Robinson- que es nuestro séptimo miembro. Podemos empezar gracias a su incorporación, que nos allanará el camino.

¿He de reír o llorar?, se preguntó Cal. Por una parte, hurra. Por la otra, ¿y si es un infiltrado? ¿Y si el Presidente nos está preparando una movida fatal?

-¿Nuestro séptimo miembro? -preguntó Dolly-. ¿Por qué necesitamos un séptimo?

-¿Y qué ha pasado con la Pascua, Obispo Marlin? -preguntó Vear, casi al mismo tiempo-. ¿Adónde ha ido a parar?

-Necesitamos un séptimo porque es un número sagrado, señor Dahlquist, y a la Pascua no le ha

Librodot

pasado nada, Mayor Vear, excepto que ha sido aplazada por orden divina hasta que hagamos lo que debemos.

-¿Y cuándo es eso? -preguntó Cal.

-Hoy. Esta tarde. Lo antes posible.

El Obispo acompañó a Robinson al pasillo, asegurándole que la penitencia impuesta le absolvería de todos sus pecados; después, se dirigió al altar situado en la parte posterior de la diminuta capilla.

-Ven -llamó a Cal-. Te gustará ver esto.

Cal se reunió con él al lado del altar. Detrás, oculta a la vista de Vear y Dolly, descansaba una de las jaulas de osos Brezhnev que habían transportado desde la Tierra. Cal se agachó y vio que el conejillo de Indias hembra de la jaula había dado a luz a cuatro crías, como mínimo. Eran minúsculas y desprovistas de pelo, salvo por los collares de pelaje colorido que rodeaban sus cabezas y hombros. Cal, a pesar suyo, sonrió e introdujo la mano en la jaula abierta para rascar el mechón moteado de la madre. De no ser por el crucifijo sobre el altar y la baja gravedad, era como estar de vuelta en el *Emporio de los Animalitos Felices* del señor K.

-Creo que les estoy tomando cariño a estos bichos estúpidos -dijo Cal-. Son como un cruce entre una salchicha y una larva peluda.

-No les tomes demasiado cariño -advirtió el Obispo Marlin-. Es muy probable que esos muchachitos no nos acompañen en el cambio.

Erica Zola estaba analizando al Mayor Romanenko, el cosmonauta cuya especialidad técnica, ciencias físicas, era la misma del fallecido Roland Nyby. Romanenko había irrumpido en el despacho durante el descanso para comer de la psicóloga, suplicando literalmente una consulta, y ella había accedido a su petición porque se encontraba tan perturbado que rechazarle habría constituido un pequeño crimen contra la humanidad, la de él y la suya.

-Quiero matarle -repitió por novena vez.

-Una reacción ilógica a los insultos de un hombre desquiciado, Kolya. Su razón está de acuerdo conmigo, ¿verdad?

Kolya Romanenko le dirigió una mirada capaz de socarrar las hortensias que recibían la luz del panel fluorescente situado detrás del escritorio.

-Todas las psicólogas cognitivas son iguales, doctora.

-Una conductista le diría lo mismo, como también una psicóloga familiar, una psicodinamicista y hasta una interpersonalista. Tiene derecho a estar airado, pero no tiene derecho a matar al Presidente Nixon.

-Quiero desertar.

Otro deseo extravagante, pensó Erica. ¿Tendría Lia, la mujer de Cal, clientes como éste?

-¿Al país cuyo líder le ha insultado? -preguntó en voz alta.

-No. Aquí. Su Führer gritó «Soy de Von Braunville». Pues yo quiero desertar a esta base lunar. Para siempre.

-Eso no es un problema psicológico o emocional, Kolya, sino político. Sólo podré ayudarle si comprende que su deseo, en el fondo, es absurdo.

Además, reflexionó Erica, es posible que este lugar ya no exista después de hoy. Y si desertas a él, te encontrarás sin país. Ni siquiera con una *comunidad.* Menuda hipocresía la de decirle que está mal desear matar a Nixon, cuando yo misma formo parte de una conspiración que pretende deponerle por medios parapsicológicos...

-*Soy de Van Braunville* -insistió Romanenko.

Una llamada a la puerta y un aviso en el altavoz contiguo.

-Erica, soy Cal Pickford. ¿Puedo entrar?

-Un mo...

-Me voy -anunció el Mayor Kolya Romanenko, levantándose-, pero le prometo que *moriré* en Von Braunville.

Se precipitó hacia la puerta, apretó el botón que la abría, pasó como una exhalación junto a Cal Pickford y se internó en el pasillo circular de la cúpula B.

-¡Kolya! -gritó Erica.

¿Qué significa «Moriré en Von Braunville»? Una amenaza de suicidio, probablemente. No hay que tomarle a la ligera. Romanenko abandonará nuestra comunidad de la misma forma desesperada

Librodot

que Nyby. He de seguirle...

Pero Cal ya había entrado, aferrando un oso Brezhnev.

-Para ti -dijo, depositando la cobaya sobre la libreta de Erica y dirigiendo una mirada de confusión al cosmonauta-. Un pequeño macho agresivo. -La puerta se cerró de nuevo-. Me refiero al «oso».

-Temo que Kolya lo necesite más que yo, Cal.

-¿Quieres que le siga?

Erica no estaba segura. Los fluorescentes del despacho fluctuaron, dejándoles en la oscuridad pero encendiéndose otra vez con tal rapidez que todos los armarios, ordenadores y consolas parecían iluminados por un destello nuclear continuado. Cuando la intensidad de esta luz, de un extraño tono rosado, menguó por fin, el cuerpo tullido del enano llamado Kai (alias «Cara de Caballo» Stout, alias Philip K. Dick) empezó a materializarse en la silla que Kolya Romanenko había abandonado con tanta brusquedad.

Un espíritu arropado en el cuerpo glorificado de un mozo de cuadra negro, pensó Erica. Da la impresión de que nuestro homúnculo haya escapado por los pelos de una pelea a puñetazos con su vida. La camisa rota, el pecho lacerado, la cara hinchada... Aunque sea paradójico, el conjunto derrama un resplandor que revela un cuerpo espiritual incorruptible, sin que influyan para nada su carne y sus andrajos, de apariencia perecedera.

-Dejé que se marche -dijo Kai, indicando al soviético con un cabeceo-. Si procedemos con rapidez, no tendrá tiempo de suicidarse.

-¿Ahora? -preguntó Erica.

-Sí. El lugar ya está preparado. Usted, doctora Zola, es la especialista seglar de nuestro equipo. Colaborará con el Obispo Marlin y conmigo en dirigir un asalto espiritual masivo. Todos los demás también tienen un papel, aunque sólo sea asistiendo a nuestro exorcismo abreactivo y proyectando amor al tío clavado en la estaca.

-¿Proyectar amor al rey Ricardo? -se asombró Cal-. Lo dirá en broma. No le serviré absolutamente de nada.

-No. No, tú no lo harás. Tú sujetarás al tío a la mesa. Y mientras no lo estés haciendo, bien, estarás irradiando amor a la persona invadida que crees odiar con motivos. Por absurdo que te parezca, es verdad. Le transmitirás amor como un repetidor de radio. Es verdad. Te lo juro.

Erica vio que Cal meneaba la cabeza. Después, éste observó que algo brillaba en la camisa de Kai, una especie de broche, y se arrodilló para tocarlo. El homúnculo le disuadió, agitando un dedo en su dirección. Cal retrocedió y se quedó mirando al enano entronizado con..., bueno, ¿con qué? Con reverencia expectante, por lo visto.

-Sí, tú también tienes uno. Y Lia encontrará otro esta noche en su joyero. Una trinidad de broches en forma de pez.

-¿Por qué?

-Para evitar que nosotros tres, granos de arena en este inmenso universo perceptivo, nos separemos cuando tenga lugar el cambio.

Perdidos, reflexionó Erica. Yo sí que estoy perdida. Nada de esto tiene sentido. Una trinidad, dice Kai, pero para mí todo esto es griego *koine*...

El enano la miró directamente.

-El espíritu del mal pertenece a la no realidad, doctora Zola -dijo Kai-, pero, en sí, es real. Existe. Pensar lo contrario es una equivocación.

Erica acarició el mechón del animal que había sobre su escritorio. Luego, puso al «oso» en la jaula que Cal le había traído antes. ¿Qué le ocurriría a su mascota cuando se produjera la abreacción?

Kai no habló más, y los tres se trasladaron de la cúpula B a la C, y desde ésta, a través del angosto túnel subterráneo, a la caverna reconvertida donde Vear, Dahlquist y ella habían «comunicado sin peligro» por primera vez con el homúnculo. Erica sabía que esta vez irían más lejos del almacén/garaje. En el laberinto de lunacreta mohosa horadado bajo Censorinus, oía su corazón latir latir latir...

Con el pretexto de llevar a cabo un trabajo selenológico que su arresto domiciliario había impedido, Vear se puso el traje espacial y salió de la cúpula C por una antecámara de compresión cercana al cuarto que compartía con Dolly. Vear había convencido a Logan de que permitiera a Dolly acompañarle, afirmando que quería recoger dos o tres bolsas de rocas incrustadas en el fondo del

Librodot

cráter y que necesitaba ayuda. Dahlquist, según adujo, ya había solucionado todos los problemas importantes de informática en la base, y si él, Vear, contaba con la ayuda de su compañero, acabaría antes y limitaría la pérdida de oxígeno no reciclable.

La treta era necesaria porque el Obispo Marlin creía que los siete deberían utilizar, como mínimo, tres rutas diferentes para acceder a la caverna elegida como lugar del exorcismo. Levantarían sospechas, o al menos suscitarían preguntas, si todos convergían en masa en la cámara subterránea. Vear estaba de acuerdo con el Obispo, y se hallaba dispuesto a hacer todo cuanto pudiera, incluso rezar, para frustrar a los ojos indiscretos y cumplir su misión.

Dolly salía de las cúpulas muy pocas veces. Vear sabía que se habría sentido muy feliz de ponerse el traje espacial únicamente al llegar y partir de Von Braunville..., si le hubieran dejado esa opción. Por desgracia para él, los procedimientos de seguridad oficiales exigían a todo el mundo que, cada tanto, se pusiera el traje y saliera al exterior, como si una de las cúpulas hubiera sido alcanzada por un meteorito. Por suerte para Vear, Dolly recordaba cómo debía comportarse en la superficie. Aun así, caminaba con enorme cautela y retrasaba al Mayor, más impaciente.

Las rasadoras extraían tierra del fondo del cráter, así como fragmentos de la ladera, para alimentar la planta de oxígeno que se alzaba frente a las cúpulas, y un par de técnicos, provistos de trajes espaciales, trabajaban en el extremo cercano del sistema de placas solares. Parecían diminutos muñecos articulados, y a Vear le sorprendieron, como siempre, las huellas de pisadas en el polvo monocromo. Aquellas huellas en forma de espina de pescado permanecerían en la Luna, carente de viento, para siempre, a menos que una máquina o un meteorito las borrase. Sin embargo, era costumbre de la base borrar las pisadas de vez en cuando, mediante enormes cilindros de aluminio sujetos a la parte posterior de las rasaduras.

-Todo esto va a desaparecer -dijo Vear. Una banda de radio cerrada transportó sus palabras al casco de Dolly, y éste volvió hacia el Mayor un amplio visor reflectante que ocultaba su expresión-. Después del exorcismo, quiero decir. -Una pausa-. ¿Cómo, Dolly? ¿Cómo?

Subieron a la plataforma de lunacreta donde estaba posado el *«Daisy Duck»* y otro transbordador espacial. Dolly se movió con más seguridad, pero estaba cansado.

-Nixon es el foco. A pesar de Tolstoi, la teoría de la historia del «gran hombre» tiene auténtica validez. Uff-puff, uff-puff... Las características morales y metafísicas de las personas que ostentan el poder cuentan. Cuentan decisivamente, Gordon.

Dolly se detuvo cerca del *«Daisy Duck»*, una nave vertical cuyas cuatro delgadas patas, terminadas en unas planchas almohadilladas, eran más altas que un humano adulto. La cabina que englobaba el sector de la tripulación y la bodega de carga recordaba a una góndola hinchada de dos pisos, excepto en que estaba hecha de metal y sostenía un par de motores que parecían secadores de pelo de un salón de belleza para los Titanes. Sobre la maciza cabina descansaba un depósito esférico que podía contener treinta toneladas de oxígeno, y situado sobre esta esfera había un depósito oval invertido tan alto como la cabina y el depósito de oxígeno juntos: transportaba hidrógeno.

Mientras esperaba a que Dolly se recobrara, Vear contempló maravillado al *«Daisy»*. Aquí, en la Luna, podía remontarse. En la Tierra, sin embargo, ni siquiera conseguiría despegar. Y si Von Braunville estaba condenada a desaparecer cuando se produjera la abreacción de una línea temporal reprimida, bueno, su habilidad para pilotar una máquina voladora de aspecto tan desgarbado no serviría de nada. Una dolorosa sensación de pesar vino a unirse al nerviosismo de Vear, que cerró los dedos de sus guantes presurizados hasta formar casi unos gruesos puños.

¿Y si pilotar el transbordador ya no tiene utilidad?, se preguntó Vear. ¿No eres tú el tío que quería volver a casa e ingresar en un monasterio? Bien, cuánto mejor para todo el mundo si tu monasterio existe en una realidad menos injusta. Y, si la Tierra se redime de nuevo, ¿cómo puedes lamentar que *«Daisy»* desaparezca?

Dolly había recuperado el aliento.

-Kai dice que, al exorcizar al Presidente, el «gran hombre» que modeló esta línea temporal, paralizaremos por completo el flujo temporal. El tiempo buscará otro medio de desplazamiento, por supuesto. Si hemos sanado a Nixon de la manera correcta, es decir, *con amor*, abreaccionaremos una realidad más sensata, y el tiempo retrocederá y fluirá por un canal en el cual sus crímenes más abyectos carecen de apoyo y no pueden ocurrir. En cuanto a nosotros, nos encontraremos navegando en la nueva corriente en un punto paralelo a este momento de nuestra línea temporal no exorcizada. -Dolly ya se sentía con ánimos para continuar-. Lo más probable es que hayamos olvidado el cambio.

Tonterías, pensó Vear. Chorradas de ficción científica para los crédulos. Sólo podría salir bien en un *comic*.

-¿Von Braunville se desmaterializa y nosotros somos lanzados por el vacío como títeres pasivos? -preguntó por la radio del casco.

-*Desmaterializar* no es la palabra correcta. Y no seremos «lanzados por el vacío», Gordon, porque en nuestra nueva realidad nunca habremos estado aquí.

-¡La madre que me parió!

-¿No te gusta el panorama, mi deslenguado amigo?

La verdad, pensó Vear, es que no lo entiendo. Y por otra parte, Dolly, he maldecido precisamente por *eso.* Ya la negrísima sombra del transbordador, el Mayor obligó a Dolly a volverse y señaló a la cúpula B, para que viera a una figura humana salir corriendo de la esclusa de aire principal y brincar sobre la superficie como si su vida fuera el premio de una carrera lunar fatídica.

Y lo era, a buen seguro.

-Dios mío -dijo Dolly-. Es Romanenko.

El científico soviético luchaba contra los efectos de la anoxia y la descompresión. Los fluidos de su cuerpo se licuarían en cinco minutos. Correr por una superficie sometida a una temperatura de noventa grados bajo cero le helaría en poco tiempo, y un fuego neurológico ya habría empezado a quemar sus articulaciones.

Vear estaba fascinado y consternado. Ambas emociones aumentaron de intensidad a medida que el cosmonauta se acercaba a ellos, la cabeza y las manos desnudas y los ojos brillando como rubíes hendidos en la máscara rojiza de su rostro inhumano. Cada zancada de Kolya Romanenko le alzaba como a un bailarín de ballet, pero cuando llegó al borde de la plataforma de lunacreta, ya había perdido el control de sus miembros y cayó hacia delante como una marioneta, agitándose con la falta de gracia de un pollo decapitado.

-¡Hostia divina! -exclamó Dolly-. ¿Qué hazaña pensaba realizar este bastardo chiflado?

-Otro Nyby -murmuró Vear-. Otro Nyby.

-Hemos de llevarle adentro. Quizá...

-Quizá nada. Está muerto. Murió en el momento que decidió derrochar el oxígeno de esa esclusa de aire y ponerse a correr.

-Pero valdría la pena intentarlo, ¿no? Si le lié...

-Si le llevamos adentro, no llegaremos a nuestra cita con Marlin y los demás. Se armará un follón de puta madre. Seremos los candidatos con más posibilidades a sufrir un interrogatorio de doce horas.

Vear miró la ventana polarizada del casquete hermético de la cúpula A. El Cuartel General de Von Braunville. Nadie se movía allí. Los conductores de rasadoras que trabajaban en la planta de oxígeno no habían visto a Romanenko, y los técnicos que trabajaban entre los curiosos brotes de las placas solares se habían internado más entre ellas. Pura chiripa. Ahora, sin embargo, Vear confió en que el muerto no hubiera contado su plan para emular la última carrera de Roland Nyby a sus camaradas soviéticos. Aunque parecía improbable. Pocas veces se avisa con anticipación un intento de suicidio, a menos que se desee la intervención salvadora de alguien, y Romanenko lo había logrado. A la perfección.

-¿Qué coño hacemos? -preguntó Dolly.

-Esconderle. Vamos, ayúdame.

Volvieron junto al soviético muerto (Vear nunca había visto un espectáculo semejante) y le cogieron por sus fuertes brazos. Los ojos de Kolya estaban inyectados en sangre, los capilares de su nariz se habían quemado, y la sangre y los mocos que brotaban de su boca y nariz «hervían», transformándose en burbujas que se rompían nada más formarse, esparciendo líquido por las cercanías. Vear y Dolly subieron al cosmonauta por el borde biselado de la plataforma de lunacreta y le escondieron a la sombra del *«Daisy Duck».*

-Muy bien -dijo Vear-. Vamos a reunimos con los demás.

Señaló una estructura que recordaba a una cabina telefónica de espuma vítrea: la entrada a la caverna. Se encontraba a cien metros de distancia.

-Sí -contestó Dolly, falto de aliento-. Fantástico.

Robinson estaba nervioso. Él, un veterano de Vietnam, un ex Boina Verde, un hombre del Servicio Secreto, había decidido traicionar al Presidente. Bueno, en realidad, al Presidente no, sino al hombre al que tantos descontentos y liberales maricones habían bautizado, no sin motivos, «rey Ricardo».

Librodot

Tyler Robinson aún creía que había combatido en Indochina por una causa noble y que la mayoría de quienes criticaban al Presidente eran mediocres envidiosos, pero la curva psicológica del Jefe, en los últimos meses, había pasado de *Controlado* a *Chiflado.* Lanzar un puñetazo a Shikin, el cosmonauta, a quien Logan había confinado a sus aposentos hasta que llegara la próxima nave de transporte, era el último signo de su deterioro mental.

En los últimos tiempos, Nixon solía entregarse a pasmosos accesos de rabia, casi siempre por motivos insignificantes o sorprendentes: el que uno de sus ayudantes olvidara los aniversarios de boda de sus hijas, una referencia casual al encanto e inteligencia del fallecido JFK, etc. Tyler le había visto dar una patada en el coxis a su Secretario de Prensa, arrojar un montón de lápices a un congresista que había intentado introducir una enmienda en uno de sus decretos favoritos, y maldecir con groseros epítetos a un niño de nueve años que había trepado a la estatua de John Wayne cercana al friso de mármol de helicópteros, *B-52* y tanques que el Presidente estaba inaugurando como último complemento al Memorial de la Guerra de Vietnam. Las tres cadenas de televisión, por supuesto, suprimieron esta parte de su alocución en los telediarios nocturnos, pero había ofendido a casi todos los presentes (el niño sólo intentaba verle mejor); después, el Presidente comprendió que se había puesto en ridículo y pasó una hora vituperando a los Servicios Secretos por aquel «jodido fallo en la seguridad».

Está desequilibrado, se dijo Tyler, mientras se dirigía a recoger al Presidente en un carrito alimentado por pilas. En otros tiempos, la legislatura federal habría sustituido a un tipo como él por el Vicepresidente, pero Nixon tiene acojonados a todos los políticos de Washington. Están muy asustados. Y yo también, a decir verdad, pero por fin se me ha presentado la oportunidad (tal vez) de intervenir. Antes de que vuele el planeta por un pique presidencial con Leonid, Margaret, u otro niño excitado de nueve años.

Porque, como Tyler ya le había expresado al Obispo, los arranques de furia del rey Ricardo no eran meras pataletas de un niño mimado. Eran mucho más aterradores. Poseían implicaciones globales. Además, las expresiones que adoptaba la cara de Nixon cuando perdía los estribos eran..., bien, inhumanas. Sugerían que el planeta era su pelota de fútbol, un juguete que podía estrujar, romper o tirar con absoluta impunidad.

Y cuando el Obispo Marlin te dijo que el Jefe estaba poseído, reflexionó Tyler, supiste gracias a la familiaridad con sus ataques de ira que el viejo cura no te estaba tomando el pelo. No, señor. Hablaba muy en serio, y si él y su pandilla pueden exorcizar a los demonios que se han apoderado del Jefe, bueno, tú, Tyler, habrás jugado un papel importante en... salvar al mundo.

Griegs salió al pasillo, comprobando que no hubiera presuntos asesinos en las cercanías. También comprobó la parte posterior del cochecito a pilas, por si los terroristas lunares lo hubieran saboteado sin el conocimiento de Tyler. Satisfecho de su inspección, Griegs se puso a hablar con su compañero.

-¿Dónde está el Comandante Logan? Pensaba que nos iba a acompañar en esta fase de la visita.

-Se reunirá con nosotros allí -mintió Tyler Robinson-. Tengo la ruta guardada aquí.

Se dio un golpecito en la sien.

-De acuerdo, colegui.

El tono de Griegs, sin embargo, revelaba cierta suspicacia. Cuando Nixon salió de su suite, vestía, por primera vez desde su llegada, prendas deportivas: zapatillas de golf, pantalones plisados y una camisa de manga corta azul pálido. Subió al asiento trasero del cochecito sin dirigirle ni una palabra a Tyler. Griegs saltó al lado de Nixon mientras Tyler ponía en marcha el vehículo, y el cochecito esmaltado en marfil zumbó por la periferia circular de la cúpula A hasta la B, rodeó la de B hasta la C y rodeó la de C hasta la entrada de los subterráneos que comunicaban Von Braunville con las dependencias de la caverna.

Tyler observó que el Presidente no decía ni palabra. Griegs mantenía la mano en el interior de la chaqueta, como si deseara correr el riesgo de que una o diez balas rebotaran en las paredes de lunacreta si alguien intentaba impedirles el paso.

-Señor -dijo Tyler, en parte para ocultar su nerviosismo, y en parte para demostrar lo que había aprendido-, la mayoría de los pozos lunares se formaron al llenarse cavidades subterráneas con material de la superficie suelto. Aunque sea un poco incongruente, hay pozos de buen tamaño en el fondo de Censorinus. Ingenieros de la NASA integraron cuatro de estos pozos en la «arquitectura» de Von Braunville, sabiendo que «sótanos» de este tipo natural se convertirían en excelentes zonas de almacenamiento, garajes de vehículos lunares y refugios para protegerse de explosiones solares, lluvias de meteoritos y hasta bombardeos deliberados llevados a cabo por los soviéticos o -Tyler dejó

Librodot

escapar una risita- alienígenas hostiles. Remodelar estas cavidades no fue tan caro como intentar excavar...

-Cierra el pico, Robinson -dijo el Presidente.

-Sí, señor.

Esta orden perentoria le ofendió. Había querido explicar que, a efectos de la visita presidencial, el Comandante de la base había autorizado la presurización de una caverna de almacenamiento, que se conservaba por lo general en el vacío. Por lo tanto, el Jefe no tendría que ponerse un traje espacial para echar una ojeada, pero era obvio que, a estas alturas, el rey Ricardo pasaba de todo. ¿Acaso no había ya obsequiado a todo el mundo con un discurso, asestado un puñetazo a un ruso e inspeccionado casi todas las grietas de Von Braunville? Lo único que le interesaba ahora era liquidar a los soviéticos, esconderse por un tiempo en la Luna y, tarde o temprano, regresar a la Tierra, preferiblemente a Cayo Vizcaíno.

Atravesaron el centro de vehículos y dejaron atrás un almacén de comestibles, la oficina de intendencia y siete u ocho zonas señaladas con el aviso de «ACCESO RESTRINGIDO». Luces verdosoamarillentas, como aquellas que la compañía de Tyler en Vietnam había producido al bombardear un generador de gasolina en una trinchera cubierta de bambú, arrojaban una oscuridad espectral y sombras aún más espectrales sobre todo. Y los oídos de Tyler continuaban chasqueando, como palomitas de maíz o disparos de rifles automáticos.

Descendieron por una rampa hasta llegar a otro túnel estrecho. Vieron que una figura corpulenta caminaba delante de ellos. Griegs se removió en su asiento, probablemente para sacar la pistola de la sobaquera, y Tyler, sabiendo que el peatón era el Obispo Marlin, se preguntó si debería golpear al viejo, con suavidad, para demostrar a Griegs y al Presidente que le desagradaban los obstáculos de dos piernas tanto como a ellos. A medida que se acercaban, el Obispo, fingiendo sordera, no hizo caso de su presencia.

-¿Este trasto no lleva bocina, Robinson? -preguntó Griegs.

Tyler fingió buscar la bocina en el pulcro tablero de mandos.

-No lo sé.

-En mitad del volante. Como en todos los coches, gilipollas.

-Oh, sí. Aquí está.

-Bueno, ¿y por qué no la utilizas, maldita sea? -preguntó Griegs, exasperado.

-Sí, claro.

Tyler tocó la bocina, que sonó como un pato graznando en un barril de aceite vacío.

El Obispo Marlin aplastó el cuerpo contra la pared derecha del túnel. Su prominente estómago, sin embargo, no dejaba mucho espacio. Tyler comprendió que el único tráfico del subterráneo era el peatonal, y los conductores de los carritos debían andar con cuidado para no empalar o llevarse por delante a los peatones. Por ésa, y al menos por otra razón, aminoró la velocidad.

-¡Pásale! -chilló Griegs.

-Tengo miedo de hacerle daño.

-Bueno, qué pena para él, ¿no?

Griegs estaba en el mismo lado del túnel que el Obispo Marlin. Tyler miró atrás y vio que el Presidente contemplaba al obeso sacerdote con leve disgusto. Por lo demás, Nixon se mantenía imperturbable, con las rodillas juntas y las manos enlazadas sobre éstas. Sin sospechar nada, pero hirviendo de indignación cuando alguien se interponía en su camino...

Griegs también reconoció al Obispo. Cuando Tyler pasó frente al Obispo, éste y el agente acomodado en la parte posterior se encontraron cara a cara.

-¿Qué cojones está haciendo aquí abajo, Su Recta Reverencia? -preguntó Griegs.

Su Recta Reverencia, sin previo aviso, agarró a Griegs por las solapas, se apartó y, tirando con todas sus fuerzas, golpeó la frente del agente contra la pared. Griegs se derrumbó como un saco. El Presidente, al ver lo que sucedía, saltó de forma instintiva en busca de la libertad. Era posible que confiara en huir por el laberinto de recodos hasta encontrar un lugar donde esconderse.

Oh, no, de ninguna manera, pensó Tyler. A pesar de la agilidad que el Presidente acababa de exhibir, el agente cazó al vuelo el dobladillo de su pantalón con el dedo índice y le hizo caer. A continuación, Tyler se precipitó hacia el asiento posterior para trasladar a su jefe de nuevo al cochecito y aprisionarle. El Obispo Marlin se puso al volante, aceleró y les llevó a toda leche hacia la caverna, donde los demás ya les esperaban.

Griegs yacía inconsciente detrás de ellos, pero el Presidente, ante el desaliento y la estupefacción de Tyler, se debatía con tal ferocidad que el agente esperaba escuchar de un momento a

Librodot

otro el chasquido de un hueso al romperse, ya fuera suyo o del Presidente. Peor aún, el hombre poseía la fuerza de cien demonios y la lengua de cincuenta camioneros blasfemos. Si el Obispo Marlin no llegaba pronto a su destino, era posible que no llegaran jamás...

Tal vez me lo merezco, pensó Tyler, mientras trataba de inmovilizar a su nerviosísimo patrón. Al fin y al cabo, soy un Quisling, ¿no? Un Benedict Arnold... ¿Tal vez un Judas?

-¡Aguante! -gritó el Obispo-. ¡Por el amor de Dios, Tyler, no le suelte! ¡Casi hemos llegado!

Librodot

25

En esta caverna, cuarenta y nueve ataúdes. Cal no puede evitar mirarlos, a pesar de que, durante las tres últimas horas subjetivas, su equipo de exorcistas ha hecho lo posible por arrancar al espíritu maligno del truculento Presidente.

Estos cuarenta y nueve ataúdes, ordenados en siete filas de siete ataúdes de alto, continúan destacando en el rabillo de los ojos de Cal. Sabe con terrible certidumbre que, si este combate se prolonga más, Nixon saldrá libre, pero todos cuantos se han entregado en cuerpo y alma a efectuar esta «curación» terminarán *dentro* de aquellas cajas.

Quizá hasta Kai, que ya ha muerto otra vez. Es posible que Kai se reúna muy pronto con el cuerpo glorificado de «Cara de Caballo» Stout (que la esencia resurrecta de Philip K. Dick ha utilizado para viajar en *autostop* hacia la Luna), carente de voluntad y obsoleto como medio de transporte. La lucha ha sido hasta el momento violenta y desalentadora, y Kai todavía se culpa por el suicidio de Romanenko.

Pese a las enérgicas protestas del Obispo Marlin, la cámara también contiene (aparte de los cuarenta y nueve ataúdes, la camilla donde yace Nixon, y una pequeña mesa dispuesta con velas, un hisopo, varios crucifijos, un cáliz para el agua bendita y el sacramento encáustico), pues sí, una cafetera eléctrica.

Una hora antes, Kai ha insistido en que Tyler fuera a buscar el aparato a la cocina de la cúpula B. Y Tyler pudo cumplir el encargo sólo porque un no-tiempo coloreado (una estasis teñida de moscatel) prevalece en Von Braunville. «Mientras tanto», las únicas personas inmunes a sus efectos son siete agotados exorcistas, agazapados bajo su parasol translúcido.

En este momento subjetivo exacto, la cafetera jadea, gorgotea y ulula, llenando la caverna de ecos inquietantes. Cal, las manos apoyadas sobre el Presidente, asume estos ruidos como insinuaciones de mortalidad, y él, al igual que el Obispo, se pregunta por qué cono Kai, reducido prácticamente a la condición de espectro, quiere someterles a los quejidos fantasmales y desolados de una cafetera.

¿Es que no hemos sudado bastante?, piensa. Por el momento, el rey Ricardo sigue tendido ahí, tan calmado como una serpiente tomando el sol, pero hace diez minutos se retorcía, contorsionaba, siseaba y echaba espuma como un poseso.

Cagándose en todo lo hermoso y bueno, incluyendo al Obispo Marlin, Erica, Gordon, Dolly, Tyler, Kai y yo, Cal Pickford (si bien me pongo en la lista por pura indulgencia). Y ahora, cuando deberíamos estar preparando la siguiente ración de fuerza de voluntad y cánticos obscenos, estamos embobados como zombis y escuchamos el canto fúnebre eléctrico de esa estúpida cafetera.

-Philip -dice el Obispo-, ¿me quieres explicar, en nombre de Dios, por qué has hecho traer *eso*?

Kai está sentado como un buda al lado de la cafetera; la jarra descansa sobre el frío suelo, junto a la mesa, en compañía de las velas, el agua bendita, la oblea y el vino. Se ciñe los brazos alrededor del cuerpo y mueve imperceptiblemente las caderas; el aura que rodea al homúnculo desprende una llama azulina, como una llama de gas en un horno antiguo, mientras la pila de ataúdes situada detrás de él brilla y se apaga al ritmo del centelleo...

-Estoy empezando a sentirme psicótico. Necesito una taza de café caliente que me impida evaporarme y desvanecerme como la Pascua.

-¿Café?

-Exacto. Café con achicoria. Tal vez eso me retenga el tiempo suficiente para expulsar al diablo de nuestro amigo.

-Tonterías -murmura el religioso.

Cal, detrás del Presidente, encoge los hombros. El Mayor y su compañero de cuarto reprimen un tic en la pierna, y Tyler se halla de pie frente a Erica y el Obispo junto a la camilla (le han quitado las ruedas, transformándola en una mesa de exploraciones improvisada), con una mano sobre el cinturón de Nixon. Tyler está dispuesto a sujetarle con todas sus fuerzas si el Presidente reanuda sus pataleos.

La camisa azul pálido de Nixon está añil a causa del sudor; el sudor perla su rostro como cuentas de cristal fundido. Observa a Cal con una expresión de bondad engañosa. Al mismo tiempo, desprende un olor corporal horroroso. Acre. Este aroma se mezcla con la fragancia amarga de los granos de café y achicoria que tiñen el agua de la ruidosa cafetera.

Librodot

-No me extraña que esté preocupado, Pickford -dice el Presidente a Cal, con una voz retumbante que nunca le había oído utilizar-. *Voy* a embutir su flaco trasero en un ataúd. Ya puede empezar a creerlo, cabronazo.

-¿*Cómo* lo va a hacer? -pregunta Cal.

-No hables con él -aconseja el Obispo Marlin-. ¿Cuántas veces les tengo que decir que es peligroso hablar con los embusteros que poseen a este hombre?

El Obispo parece exhausto. No es de extrañar, considerando la purificación a la que se ha sometido en vistas a este encuentro. Es un milagro que aún no se haya venido abajo, una extensión de la gracia de Dios al Manto Púrpura Intemporal bajo el que Kai les ha protegido de una forma misteriosa. Aun así, Cal teme que si el exorcismo se prolonga mucho tiempo, el Obispo no sobrevivirá.

-Señor Presidente -dice Erica-. Señor Presidente, si continúa en su cuerpo, hablaremos con usted. Pero *sólo* con usted.

Hup-hup, hup-hup, porfía la cafetera.

-Me comí la Pascua -anuncia la entidad que habita el cuerpo de Nixon-. Ha desaparecido porque me la comí.

El Obispo Marlin se niega a creer en esta baladronada. En lugar de ello, y por segunda vez, empieza a recitar una versión episcopaliana del *Rituale Romanum;* su propósito es localizar, hostigar y expulsar al demonio o demonios, incluyendo a Satán, que ocupan el cuerpo y anulan la personalidad del poseído.

La lectura de los salmos constituye cerca de la mitad del ritual, y el obispo empieza a recitar.

> «Algunos se hallan ocultos en la oscuridad y las tinieblas, prisioneros de la aflicción y de los barrotes, porque se habían rebelado contra las palabras de Dios, y desoído el consejo del Altísimo...».

Hup-hup, hup-hup.

Cal cierra su mente al salmo. Las fórmulas rituales, a menos que impliquen el trabajo habitual en un rancho, le aburrían hasta la náusea, y *no* es la primera vez que escucha hoy el rito romano modificado.

Pero el cuerpo del Presidente se pone en tensión, se arquea entre las nalgas y los omóplatos, y Cal y los demás tienen que aplicar todo su peso sobre el hombre para impedir que abandone la camilla.

La voz del Obispo Marlin adopta un tono más autoritario.

-¡Yo te expulso, espíritu malvado, junto con todas las fuerzas del enemigo, y todos los fantasmas y legiones diabólicas! ¡En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, marchaos y liberad a esta criatura de Dios!

-Cogedle fuerte, muchachos -dice Erica Zola-. Acabemos este mano a mano y tal vez el núcleo de Richard Nixon se afirmará, y podremos continuar con técnicas psicológicas, no ritualistas...

-Que te folien -barbota el espíritu maligno, arqueando la espalda del Presidente-. Una pitón por el coño y una cascabel por el culo.

Hup-hup, hup-hup...

No es una «criatura de Dios» la que está hablando, comprende Cal, y se supone que han de *amarla,* la persona poseída por la malévola entidad que se burla de Erica, pero, hasta el momento, Cal ha tenido verdaderos problemas para dominar su asco infinito. Las groseras maldiciones proferidas por el rey Ricardo, junto con los terroríficos ruidos de la cafetera de Kai y los efectos desorientadores de la gravedad lunar, casi le han convencido de que toda la experiencia ha brotado de su subconsciente.

Exacto. Es un sueño del ello. Una pesadilla freudiana. Si Lia estuviera aquí, me despertaría.

Pero la pesadilla persiste y, mientras se debate con el cuerpo contorsionado de Nixon, Cal adivina que el amor es lo último que va a derramar sobre el poseído o sobre el poseedor.

Al menos, estoy participando, se consuela. Kai, por contra, se mantiene alejado de la camilla uno o dos metros. Su repugnancia es mucho mayor que la mía, y *él es* el anamnésico que confiaba en nosotros para «obrar el camino redentor».

Hup-hup...

Café. Kai, sentado sobre su glorificado culo, está preparando una cafetera de bazofia pantanosa, negra como la pez y espesa como la miel. Confía en que la achicoria y la cafeína inyecten suficiente vigor en su sustancia plásmica para sacarle de aquel culo.

Mientras el Obispo recita, Nixon da una patada y envía rodando a Dolly hacia una pila de

ataúdes. Después, cruza la pierna libre y hunde su pie en el abdomen de Vear, que afloja su presa. La cabeza del Presidente intenta alzarse de la camilla, y Cal se ve obligado a apoyar con firmeza sus piernas en el suelo y a aplastar su pecho contra la frente de Nixon. A continuación, el hombre poseído empieza a emitir un rebuzno continuado e impío. Cal no puede creer que una garganta humana articule aquel sonido.

-Santo Dios, tenemos ante nosotros un caso de posesión casi perfecta -exclama el Obispo Marlin-. Por lo general, mis pacientes quieren curarse, pero esta vez hemos iniciado el rito sin el consentimiento de Nixon, del *auténtico* Nixon, y es posible que nos hayamos embarcado en una guerra mucho más larga de lo que pensábamos.

Fantástico, piensa Cal, apretando los dientes y ejerciendo presión. Simplemente fantástico, Su Recta Reverencia.

Recuerda que el exorcismo empezó tres horas antes, con un breve ritual de expulsión y un período de espera de quince minutos, durante el cual trataron de precisar la identidad de los demonios ocupantes. Era la fase de la ceremonia llamada la Reivindicación, y su único propósito consistía en descartar la posibilidad de que *ningún* espíritu habitaba al paciente. Esta fase sólo había durado un cuarto de hora, sobre todo porque la lucha de Tyler con Nixon en el pasillo había mostrado claramente lo que todos sospechaban, es decir, que en algún momento de su presidencia, tal vez el año siguiente a la victoria norteamericana en Indochina, la astucia maligna de Richard Nixon había dado paso a la astucia maligna de un criminal aún peor, y que éste le roía por dentro, sin disminución *aparente* de su personalidad.

Hup-hup, Hup-hup...

Cal recuerda que los embusteros demoníacos agazapados en el interior de Nixon empezaron a insultarles cuando estaba pensando que lo único que sacarían en limpio de aquel aburrido asunto sería su captura y una serie de ejecuciones sumarísimas.

De repente, los rebuznos del paciente se transforman en ruidos de otros animales: el aullido de un lobo, el gruñido de un jabalí, el ronquido de un rinoceronte, una serie de estridentes cloqueos.

Como si alguien hubiera gaseado a toda una bandada de pavos con helio, piensa Cal.

Entretanto, Dolly se ha lanzado a sujetar la pierna beligerante de Nixon, y Erica ayuda a Tyler a inmovilizarle los brazos con las correas de la camilla.

Cierra los ojos, se aconseja Cal. No le mires.

Antes, cuando su silencio rompió la Reivindicación, la cara de Nixon adquirió una expresión tan corrupta que Cal no pudo imaginar cómo podía la musculatura humana adoptar un aspecto tan odioso. Ahora, esa espantosa expresión se ha reproducido, y mirarla, signo inequívoco de la Presencia, puede significar sucumbir a su iniquidad.

No es humano, reflexiona Cal. ¿Es eso lo que le convierte en algo tan monstruoso? No estoy seguro, pero desde luego es otro...

«Posesión perfecta», había dicho el Obispo. Es un caso en que la entidad invasora ha arrinconado hasta tal punto la verdadera personalidad del invadido que el cuerpo se convierte en propiedad incuestionable del ocupante. En estos casos, las posibilidades de *descubrir* siquiera la verdad de la posesión son remotas.

Hup-hup, Hup-hup, Hup-hup...

El Obispo Marlin les ha dicho que el espíritu maligno se esfuerza en disimular su presencia en la personalidad humana suprimida. Convence a esta persona de que los objetivos del ocupante son los mismos del ocupado. Que, en realidad, el ocupante y el ocupado son el mismo ser. En tales casos, la personalidad humana ocupada se acomoda a la posesión; a esta persona nunca se le ocurre buscar la curación. Si lo hiciera, el poseedor se apresuraría a suprimir la idea. El Obispo también ha dicho que sólo las personas con una tendencia innata, no impuesta, hacia el mal padecen una posesión tan aniquiladora, y que estas personas pocas veces son sometidas a exorcismo, porque no se presentan voluntariamente a ello.

Y ése es el tipo de paciente, comprende Cal, al escuchar el graznido agudo del Presidente, que tenemos entre manos. Nos hemos apoderado del hombre contra su voluntad, así como contra la voluntad de su ocupante u ocupantes, y éste es el resultado...

De repente, la cafetera deja de ulular; el cese de este ruido sorprende incluso al paciente.

Por un momento, ningún sonido de animal demente escapa de la boca del Presidente; se queda muy quieto. Sus ojos vagan de un lado a otro. Cal observa que en sus pupilas sólo se refleja una negrura vertiginosa que se precipita hacia un vacío absoluto, sin fisuras. Mientras tanto, las membranas de estas cavidades oculares insondables irradian odio, una energía térmica intensísima.

Librodot

Kai abandona su postura de buda y coge una bolsa de tazas de plástico.

-¿Alguien quiere probar este brebaje, aparte de mí?

Todos declinan la invitación, salvo Dolly y Tyler, y Kai llena tres tazas.

Cal huele el café caliente, ve el humo que desprende, oye su golpeteo suave y continuo dentro de las tazas. Bebería un poco si no estuviera sudando como un estibador.

-No me parece una buena idea, Philip -dice el Obispo Marlin.

-Para usted tal vez no, Su Recta Reverencia, pero voy a subirme por las paredes, literalmente, si no tomo un poco.

Se acerca a la camilla y alarga las tazas a Dolly y a Tyler. Incluso Cal comprende que es un mal momento para interrumpir el proceso, pero ¿cómo va a reprender al resucitado Kai?

El cuerpo de Nixon se arquea, retuerce, agita, sacude.

Las frágiles tazas saltan por los aires, y el café cae sobre el cuello y la barbilla de Cal. Éste lanza un chillido. Erica Zola y el Obispo retroceden de un salto. El Presidente ha roto las correas que sujetaban sus brazos, y Cal, pese al dolor, reúne fuerzas y se deja caer sobre el cuerpo del hombre.

La cabeza de Nixon se agita bajo su pecho, golpeándole, intentando morderle un pezón o un pliegue de carne. Su boca va de un lado a otro, como la burbuja en el nivel de un carpintero. Mordisquea como una piraña. Mientras muerde, el Presidente empieza a graznar como un pato. Como el Pato Donald.

-*¡El sueño acusador de Harper Mocton!* -chilla «Kai», que ha regresado junto a la cafetera en cuanto el cuerpo de Nixon empezó a sacudirse-. ¡Dios mío, se está convirtiendo en realidad!

Se sirve una taza de café mezclado con achicoria, la engulle de un trago y la tira. Luego, se acerca a la camilla y aconseja a todos que dejen en paz el cuerpo poseído del Presidente. Cal se niega a obedecerle, porque sería como dar permiso a un monstruo de Frankenstein enloquecido para que les atacara a todos. ¿Qué cono espera Philip conseguir? ¿Su ruina común?

-¡No le sueltes! -grita el Obispo Marlin, con una mano sobre su estola púrpura-. ¡No lo hagas!

-¡Suéltale! -insiste Philip-. Es una situación muy jodida, pero todo saldrá bien si confían en mí.

-*¡Cuaccuaccuaccuac...!*

El Mayor Vear, Peter Dahlquist y Tyler Robinson se alejan de la camilla, y sólo Cal continúa sujetando al graznante jefe del ejecutivo. Un estupendo arqueo de la espina dorsal presidencial desaloja a Cal; de hecho, le envía resbalando sobre el fondillo de su traje espacial hacia la cafetera. Al instante, el Presidente agita sus brazos, salta de la camilla y, emitiendo un gruñido en falsete, se enfrenta a los siete, encogido como un luchador de sumo.

-Retroceded -ordena Philip K. Dick, indicando a todos que se aparten con los gruesos brazos negros de «Cara de Caballo» Stout-. Retroceded.

Cal, con la ayuda de Gordon Vear y Erica Zola, se reincorpora. Da la impresión de que la atmósfera teñida de color moscatel que reina en la caverna esté perdiendo algo de color.

¿Está empezando a desfallecer el apoyo psicoespiritual de Philip a la intemporalidad que afecta al resto de la base lunar? Así lo sugiere el aturdimiento de Cal, como también el hecho de que su cuerpo desee atravesar el fondo del cráter Censorinus y ascender hasta alcanzar una órbita celestial similar a la del difunto escritor. ¿A qué continuo alternativo le transportaría ese vuelo?

Bien, piensa Cal, Philip ha conseguido lo que deseaba. Richard Nixon y él han sido elegidos para que confronten sus respectivas posesiones, y lo único que podemos hacer es mantenernos al margen y apoyar al equipo de casa. Mierda.

-Satán -dice Philip K. Dick, caminando en círculo alrededor del cuerpo del Presidente-, ¿por qué te has instalado en este hombre?

El cuerpo de Nixon imita como un robot los movimientos de Philip.

-Uno puede matar a muchos -dice, con voz sepulcral.

-Y uno *investido de poder puede* matar a muchos más, ¿no es cierto?

Un torrente de obscenidades brota de la entidad que habita al Presidente (eso significa que sí, se dice Cal). En respuesta, el Obispo Marlin vuelve a recitar salmos, a proferir cánticos de expulsión y a rociar con agua bendita del hisopo al poseído.

El color moscatel de la atmósfera ya ha virado a ciruela, y de ciruela a rosa, y de rosa a clarete...

-¿Por qué quieres matar? -pregunta Erica Zola.

El Presidente vuelve hacia ella su rostro imposible.

-Porque odio a los muchos que me odian -contesta, en un tono de bajo profundo y revelando una lengua roja como la sangre.

A esta declaración sigue un ataque verbal como Cal jamás ha escuchado. El poseedor del

Presidente blasfema, se burla y ridiculiza, dirigiéndose por turno a cada uno de sus supuestos exorcistas y revelando lacras íntimas de todos. Cal se da cuenta de que mucha gente preferiría el suicidio antes que la revelación pública de tales detalles, pero los siete han de mantenerse unidos entre las siete pilas de ataúdes, escuchando aquella sarta de escándalos. El demonio que se ha apoderado del rey Ricardo recita siete letanías de crímenes y pecados pasados, tan bien ocultos que Cal se maravilla de su omnisciencia maligna.

-Philip, tienes razón -dice el Obispo Marlin-. Sólo Dios o Satán pueden saber esas cosas sobre nosotros, y sólo Satán las revelaría.

-¡Oh, Satán, enemigo de la humanidad, que te alzaste en rebelión contra el cielo! -recita Philip-, ¡tiembla y asústate!

-¡Abandona el cuerpo de este hombre y vuelve a las tinieblas! -añade el Obispo.

Satán, encarnado en el cuerpo del Presidente, se abalanza sobre el espíritu que ocupa el cuerpo de «Cara de Caballo» Stout y descarga un puñetazo espástico sobre su lanuda cabeza. El impacto produce chispas, siseos y despide hacia atrás al ente nixoniano.

Al suelo, piensa Cal, urgiendo a Gordon Vear y a Erica Zola a que se protejan. Tyler y Dolly también buscan refugio, pero el homúnculo radiante salta hacia delante y agarra el cuerpo de Nixon por los tobillos. Este contacto produce otra serie de chispazos y siseos.

-Fijaos -dice Vear-, es como Jacob luchando con el ángel de Dios para conseguir la bendición, pero al revés.

Cal sabe que a él no se le hubiera ocurrido esta imagen, pero no deja de ser apropiada. «Cara de Caballo», aferrado heroicamente a las piernas de Dick el Tramposo, iluminando ruidosamente el almacén de ataúdes, posee misteriosos visos bíblicos, incluso en un contexto lunar, proporcionados sin duda por las implicaciones escatológicas de su pugna.

Es posible que el tiempo en sí no tenga fin, pero esta línea temporal (a medida que el clarete pálido de la atmósfera vira a una transparencia cristalina) está llegando rápidamente a su término. Von Braunville tiembla, y las murallas de Censorinus se estremecen como las de Jericó.

No obstante, el espíritu maligno que posee a Nixon se niega a abandonarle. En lugar de ello, le cambia. Le somete a una serie de transformaciones cuyo propósito es sacarse de encima al testarudo espíritu de Philip y derrotar a su equipo de exorcistas. Primero, el cuerpo del Presidente se cubre de ampollas, como devorado por llamas. Segundo, revienta por el abdomen y expulsa sus órganos internos de color salmón, muchos de los cuales se hinchan como globos, desarrollan pelos y emiten un hedor como Cal jamás ha conocido. Tercero, con el enano todavía aferrado a sus tobillos, el golem devuelve los órganos vitales a su sitio, se desprende del rostro y mira a todos los presentes desde los huecos de los ojos de una calavera.

Cuarto, ilusoriamente completo de nuevo, el cuerpo de Nixon desarrolla cuernos, adquiere el tamaño de un elefante y barrita de forma ensordecedora. Quinto, se empequeñece, adopta una repugnante dermatosis de llagas y pústulas, y empieza a girar, levita y empieza a tirar por telequinesis los ataúdes amontonados, que chocan, rebotan y se hacen añicos con gran estrépito. Cal y sus amigos han de huir para no perecer aplastados.

Y, séptimo, tras el fracaso de estos sucesivos ardides, el espíritu maligno que posee al Presidente combina las artimañas de levitar e hincharse y flota sobre el equipo de exorcistas del Obispo Marlin como un dirigible.

Cal no puede evitar pensar en Bugs Bunny, Popeye «el Marino» y la pata Daisy en un desfile televisado del Día de Acción de Gracias. El ente nixoniano no es tan grande como aquellos amigables monstruos de fibra vulcanizada, pero sí lo bastante largo, con «Cara de Caballo» Stout colgando de sus pies abultados como un hombre en peligro de caer de un dirigible en llamas.

La caverna tiene seis metros de altura, y las botas de Philip -las botas de «Cara de Caballo»- se agitan a unos dos metros del suelo. El Obispo Marlin continúa recitando el *Rituale Romanum* modificado, y Cal adivina por la expresión del Mayor y del agente del Servicio Secreto que están rezando.

Dahlquist, por su parte, parece buscar algo en la cámara (un tirachinas, un arco y flechas, una pistola) para derribar al Presidente, mientras Erica escribe frenéticamente en una libreta.

-¡Cal, ayúdame! -grita Philip.

¿Cómo?, se pregunta Cal. ¿Qué puedo hacer? Si esto fuera *«El sueño acusador de Harper Mocton»*, me pondría a dormir y soñaría que el peso de la justicia recae sobre un monstruo humano. Pero no es éste el caso. Y aunque lo fuera, ¿dónde me tendería? ¿Qué soñaría?

Tenemos en nuestras manos, Philip, a la maldad de una antiquísima fuerza demoníaca, el propio

Librodot

Satán, por lo visto, y harán falta algo más que buenos deseos para desalojarla del cuerpo de Nixon.

-¿Y quién coño está hablando de buenos deseos? -le grita el homúnculo-. ¡Mueve el culo, Pickford! ¡Te necesito!

Cal se aproxima a la camilla sobre la que flotan el cuerpo de Nixon, que no cesa de inflarse, y el enano. Como el Presidente no puede subir más, su expansión se produce en horizontal, y se extiende bajo el techo como una nube tormentosa.

El cuerpo glorificado de «Cara de Caballo» Stout, agarrado al pie del presidente, una especie de teta en la parte inferior del monstruo hinchado, se esfuerza por desprender el broche que sujeta su camisa. Es difícil con una mano, pero Philip está utilizando la otra mano de «Cara de Caballo» para aferrarse a la vida.

-¡Sube aquí, miserable vaquero! -grita.

Gracias a la escasa gravedad lunar, Cal trepa a la camilla, se coge a una pierna del enano y se iza hasta agarrar el otro pie hinchado del Presidente. Aterrorizado, se balancea en su montura como un vaquero domando a un bronco. Si la doma fuera al revés. Si el bronco tuviera el cuerpo de un enorme zapato de goma con los extremos de las alas perforados.

Entretanto, el Obispo Marlin sujeta en alto un crucifijo y empieza a recitar.

-¡Manantial de muerte! ¡Raíz del mal! ¡Seductor de hombres! ¡Contempla la cruz de Dios Todopoderoso! ¡Yo te lo ordeno: obedece y márchate!

Acurrucado bajo su inmenso trasero, Cal se sorprende al oír hablar de nuevo al espíritu maligno, desde el enorme pliegue de la boca del rey Ricardo, y su voz llena la cámara como un coro de niños mimados.

-La esencia de la responsabilidad moral -pontifica- es determinar *de antemano* las consecuencias de nuestra acción.

Pero hay algo de súplica en el tono del maligno, una fría pusilanimidad. Cal mira al enano buscando consejo, y éste efectúa un elocuente movimiento con el broche.

-¡La muerte es el fin absoluto! -grita Satán.

-¡Abandona esta morada! -ataca el Obispo Marlin.

Philip y Cal clavan el broche en el presidente desde abajo, y una explosión aturdidora conmueve todo Von Braunville.

Una gran negrura desciende. El aire se escapa. La Luna se cierra alrededor de estas personas como una gran boca blanca.

La conciencia de Cal (sus recuerdos de Lia, el señor K, Vikingo, los Bonner, Lone Boy, la señorita Grace, los osos Brezhnev y todo lo demás) se desvanece, disipándose en el vacío junto con todas las demás huellas temporales o materiales de Von Braunville.

En la nada o en la plenitud...

Conclusión

Thi Boi Loan, capataz del turno de noche en *Nanotecnologías Revolucionarias* de Hanoi, República Unificada de Vietnam, se detuvo ante la entrada principal de complejo industrial para examinar la Luna. Arrojaba destellos de color rubí, esmeralda, zafiro y amatista, como si estuviera a punto de estallar y desparramar por el cielo fragmentos de corteza de coral y roca lunar oculta. Los parabrisas de los automóviles cercanos y las fachadas de cristal de los rascacielos gubernamentales reflejaban este espectáculo de formas diversas, que aturdían agradablemente a Loan. Parpadeó y entró en la planta de montaje.

-Llega tarde, señor -le informó Ngo Pham Lan, su ayudante-. Nuestros visitantes le esperan desde hace quince minutos.

Loan consultó su reloj.

-Entonces, es que han llegado con catorce minutos de antelación, Lan. Mi retraso es insignificante.

Loan encontró a los norteamericanos aguardándole dócilmente en su despacho. Sabía que el hombre, Harmon Bertholt, era Consejero de Seguridad Nacional de la presidente Jordan, y que la mujer era la esposa de Bertholt, Grace Rennet, una antigua actriz de cine que, en otros tiempos, había apoyado activamente la intervención ilícita de su país en el conflicto entre los vietnamitas nacionalistas y los lacayos del colonialismo occidental. Por lo visto, casarse con Bertholt, combinado con ciertos acontecimientos históricos, había atemperado su xenofobia y su feroz anticomunismo. Mejor así. Una persona como aquélla estaría perdida en un mundo sometido al gobierno conjunto de la entidad de todos los estados legítimos y el ojo benevolente del Coro de Mira Ceti.

Dos corpulentos hombres del Servicio Secreto acompañaban a la pareja. Llevaban (con muy poco tacto, pensó Loan) las boinas verdes que habían identificado a su brutal unidad especial en la desatinada intervención norteamericana en la pasada guerra. Una guerra que había concluido una década antes.

En el despacho también se encontraba el hijo de nueve años de los Bertholt, «el señorito Bryerly». Loan, que también era padre, miró dos veces al niño. Era pálido y tímido, más parecido a un pilluelo maltratado de una novela de Dickens que a un pillastre de Mississippi salido de un libro de Twain. El señorito Bryerly apretaba contra su pecho un cartapacio que parecía apreciar tanto como su propia vida.

-Bienvenido, señor Consejero de Seguridad -dijo Loan en inglés, inclinándose cortésmente-. Bienvenida, señorita Rennet.

Sabía que sería inútil saludar al niño.

-Mi título es un anacronismo -contestó Bertholt-. Hoy en día, sería mejor llamarme Consejero de Progresos Tecnológicos que de Seguridad Estatal. Por desgracia, a la vieja terminología le cuesta desaparecer.

Loan indicó a sus invitados el camino hacia la sala principal de la planta, pero un problema se suscitó al instante. El señorito Bryerly pidió que le dejaran quedarse en el despacho de Loan; quería leer. A fin de satisfacer este capricho antisocial, uno de los hombres del Servicio Secreto debería acompañarle. Qué vergüenza, pensó Loan. El chico aprendería mucho más de esta visita que de la lectura trivial que se había traído de Estados Unidos.

Un momento después, Loan acompañó a los señores Bertholt y a su guardaespaldas a las tinas de acero inoxidable acristaladas en que ensambladores moleculares programados (máquinas invisibles a simple vista) «cultivaban» motores de tractores ligeros, coches, aviones e incluso cohetes en ajustadas mezclas de fluidos ricos en proteínas. Laberintos de tuberías transportaban a las tinas los materiales necesarios, en tanto permutadores térmicos hidroenfriados impedían que se convirtieran en hornos intocables. Loan conferenció con los operarios que «alimentaban» las tinas, y después presentó a sus invitados a un programador molecular que había dispuesto los preparativos para los milagros nanotecnológicos de esta noche.

Loan se dio cuenta de que la señorita Rennet estaba sorprendida por los dúctiles aparatos que tomaban forma detrás de los cristales de las tinas. Contemplaba el proceso con la misma atención que dedicaría un cinéfilo a su estrella favorita. Thi Boi Loan, a pesar de que el Coro de Mira Ceti había

Librodot

otorgado gratuitamente esta tecnología a su país, experimentó una profunda sensación de orgullo y perfección.

-No entiendo cómo funciona esto -dijo la mujer.

Cao Thu, el nanoprogramador, inició la explicación en su vietnamita natal. Loan tradujo.

-En el centro de la placa básica de cada tina se aloja un «germen» invisible. Se trata, en realidad, de un ordenador de tamaño molecular, que contiene las copias de los objetos que los nanoconstructores de cada tina construirán por fin. Estos constructores moleculares, o ensambladores, se adhieren al «germen», y el «germen» proporciona a sus ordenadores incorporados la información que necesitan para empezar a «engendrar» el objeto. Cada ensamblador del fluido «conoce» su lugar en relación a los demás. Pasado un tiempo, surge de esta confusión líquida una variedad de «cristal ensamblador», que dirige el esculpido posterior del modelo, sea motor de cohete, armazón de helicóptero u horno solar. Más tarde, para abreviar mi explicación, filtramos el fluido lechoso y dejamos el modelo, que por la ventana parecerá hecho de plástico blanco transparente. Los nanoconstructores que continúan en la tina son alimentados de nuevo por el fluido y empiezan a construir el verdadero objeto representado por el modelo que flota en el interior. Por fin, abreviando de nuevo, los ensambladores completan su trabajo, la tina se vacía por segunda vez y el producto, que no el modelo, se extrae para ser secado y entrar en funcionamiento lo antes posible.

-Increíble -dijo Harmon Bertholt.

Estrechó la mano de Cao Thu. Éste, turbado por el entusiasmo del norteamericano, bajó la cabeza. Un gesto de humildad que le recordó a Loan, con cierta sorpresa, al hijo de Bertholt.

Loan miró en dirección a su despacho. Vio a través de la amplia ventana que el señorito Bryerly estaba sentado ante su escritorio, enfrascado en un libro o una revista. Sus padres tendrían que haberle obligado a realizar la visita, pensó Loan, pero, como demasiados occidentales indulgentes, se preocupan más por aplacar a sus hijos que por guiarles. Ni siquiera el Coro ha podido cambiar eso...

Loan, irritado, condujo a los Bertholt y a su guardaespaldas hasta la zona de secado, donde algunos motores terminados colgaban sobre el suelo. Subrayó que eran elásticos, perdurables, sin una grieta y tan ligeros que hasta la señorita Rennet podía transportar un tractor nanoconstruido sin ayuda. Le indicó que tocara uno de los motores, un objeto opalescente más parecido a una joya grande que a una pieza de maquinaria. El motor, que se balanceaba en su red, tintineaba como una copa de cristal. Loan explicó que estaba hecho de óxido de aluminio y fibras de carbono entretejidas, diseñado por nanoordenador para reducir la masa e incrementar la potencia.

-¿Por qué les dieron a *ustedes* esta tecnología? -preguntó de repente la señorita Rennet.

Loan retrocedió como si la mujer le hubiera abofeteado.

-Por el amor de Dios, Grace -dijo Bertholt-. No empieces otra vez.

-Lo siento -contestó ella, sin mucho convencimiento-. Es que no veo una explicación racional a los regalos del Coro. ¿Por qué esta gente? ¿Por qué no los australianos, o los filipinos, o cualquier otro pueblo que respete la libertad y la dignidad humanas?

-¡Maldita sea, Grace!

Loan se dirigió a la mujer.

-Cada país ha recibido cosas diferentes del Coro, señorita Rennet. Vietnam, puesto que carecía de verdadero desarrollo industrial, recibió los conocimientos necesarios para impulsar la Nanotecnología Revolucionaria. Estados Unidos ha recibido otros dones: medios de transporte más rápidos, ecológicos y baratos, por ejemplo. Y todos hemos recibido la promesa de un conocimiento espiritual nuevo.

Aunque no le servirá de nada a una mujer imprudente como usted, pensó.

-Y, además -añadió Loan en voz alta-, una vez que hayamos perfeccionado los dones recibidos, debemos pasárselos a todos los pueblos del planeta. Un regalo del Coro a un país es, en último término, un regalo para todos los países.

-Por eso hemos venido -dijo Bertholt a la señorita Rennet-. Para reclamar nuestra parte de la tecnología que el señor Loan y sus compatriotas han desarrollado en Hanoi.

Estas explicaciones silenciaron a la ex actriz, pero durante el resto de la visita hizo gala de un talante irritable, agobiante para quienes la acompañaban. Loan tuvo que esforzarse en tratarla con educación. Sin embargo, cuando regresaron a su despacho, Grace dirigió hacia su hijo el resentimiento que sentía por Loan y todos los vietnamitas.

-Bryerly, recoge toda tu basura y vámonos. Volvemos al hotel.

Loan se despidió con una última frase irónica.

-Feliz Pascua de Resurrección, señorita Rennet y señorito Bryerly.

La implicación oculta, que probablemente no habían captado, era que los cristianos practicantes debían comportarse de una forma más caritativa que la señorita Rennet. Mañana era el aniversario de la resurrección de su Salvador, pero ella actuaba como si no creyera en aquel acontecimiento histórico tan discutible. De hecho, era probable que su incredulidad fuera total, de modo que la ironía de Loan ni siquiera la había ofendido.

Sacó a rastras al sorprendido Bryerly del escritorio de Loan, mientras el muchacho intentaba guardar cuadernos en el cartapacio. Madre e hijo, acompañados por Ngo Pham Lan y el agente del Servicio Secreto más corpulento, salieron como un rayo de la planta, en dirección al *Ho Chi Minh Hilton*.

Bertholt se disculpó por la conducta de su mujer («Los cambios horarios motivados por el largo vuelo la han puesto nerviosa»), agradeció calurosamente a Loan la visita («Ha sido muy reveladora»), y se sentó a leer un macrofacsímil de un programa de nanoordenador para ensamblar en una tina un satélite de comunicaciones, a partir de las proteínas contenidas en los granos de arroz y en los excrementos de búfalo («Este tipo de fabricación no contaminante podría significar la salvación de nuestro planeta»). El entusiasmo del «Consejero de Seguridad» obró un efecto tonificante en Loan, que se formó una opinión mejor sobre la visita de los norteamericanos cuando Bertholt se despidió.

Cuando se quedó solo, Thi Boi Loan se sentó ante su escritorio para verificar qué tinas entregarían productos antes del amanecer. Su pie resbaló en algo extraño. Se agachó, recogió el objeto y descubrió que era un *comic*.

Una decadente fantasía capitalista para niños. Un superhéroe vestido de manera extravagante. Una serie de viñetas pictóricas de acción, los crímenes cometidos en las calles norteamericanas v su resolución mediante la fuerza física.

Hace ocho años que el Coro hizo acto de aparición, pensó Loan. Mañana revelarán los nombres de las siete familias humanas que viajarán a su planeta natal para entrevistarse con Dios. ¿Por qué siguen permitiendo estas repugnantes estupideces (golpeó el tebeo con el canto de la mano), que envenenan las mentes impresionables de niños occidentales como el señorito Bryerly?

Carente de una contestación preparada a esta pregunta, Loan tiró el volumen a la papelera que había al lado del escritorio.

Veinticinco minutos más tarde, tras asegurarse de que nadie le iba a ver, sacó el tebeo del señorito Bryerly de la papelera, abrió el cajón del escritorio, introdujo el cuaderno en el interior y empezó a examinar sus páginas con cierto sentimiento de culpabilidad.

Aunque había estudiado inglés en Ciudad Ho Chi Minh en 1974 (dos años después de la derrota de los títeres coloniales en el sur), casi todo el vocabulario del tebeo le resultó desconocido. Tendría que llevárselo a casa y estudiarlo con calma.

Mi interés es puramente académico, se dijo. ¿Por qué fascina esta basura a los niños occidentales? ¿Es posible que la mera codicia impulse a hombres y mujeres adultos a producir estas fantasías sobre el poder? ¿Cómo se las ingeniará el Coro para apartar a nuestra especie de empresas e intereses tan lamentables?

Mientras meditaba sobre estas cuestiones, Loan se zambulló cada vez más en las aventuras del héroe ataviado de rojo que se abría paso por las páginas del tebeo del señorito Bryerly a base de carreras y golpes de karate...

Leah oyó que los gemelos se acercaban antes de que Dolf abriera los ojos. Había muy poca luz, pero vio los chorros de vapor que brotaban de su nariz en la fría habitación.

Por lo general, el último domingo de abril, que este año caía en el día treinta y siete, marcaba el inicio del tiempo primaveral para los habitantes de Walsenburg, Gardner y Snowy Falls. Este invierno había sido muy duro y, semanas después del equinoccio de primavera, seguía nevando en la cordillera Sangre de Cristo y en las ciudades cercanas.

-¡Despierta, mamá! ¡Despierta, papá!

-¡Despertad, despertad!

Eldred fue el primero que entró como una tromba en el cuarto, seguido muy de cerca por su hermana Karina. Iban vestidos con pijamas de franela decorados con animales y provistos de protectores para los pies con suelas reforzadas. Dolf decía que ya eran demasiado mayores para utilizar aquellas prendas de guardería, pues tenían cinco años, pero los protectores de los pies eran muy convenientes para el invierno, y el propio padre de Dolf, Reece, había elegido estos pijamas. Los abuelos Packard compraban tanta ropa a los gemelos que Leah pensaba en ocasiones que estaban

usurpando su prerrogativa maternal. Sin embargo, debía admitir que era una verdadera ayuda económica, Dios mío...

-¡Levantaos, levantaos! -gritó Eldred, tirando de la manta autotérmica de Leah con la esperanza de exponerla al frío.

-Sí, ya es hora de abrir los regalos. -Karina empezó a trabajar en Dolf, que se puso boca abajo y se tapó la cabeza con la almohada-. Va, papá. Después de que abramos los regalos, el Corago anunciará los ganadores de la Lotería.

-Muy bien, muy bien -dijo Leah-. Ya vamos.

-No, no vamos -murmuró Dolf.

Pero, inevitablemente, papá se rindió por fin, y los cuatro (de los cuales Dolf era el que se mostraba menos entusiasmado) se embutieron en batas y bajaron a la sala de estar por la escalera de cedro. La pared totalmente acristalada que daba al monte de la Oveja Grande revelaba una mañana grisácea, surcada por copos de nieve arrastrados por el viento y árboles fantasmales. Una enorme urraca se había posado sobre el retrovisor de la camioneta protegida con una lona que Dolf había utilizado ayer para volver desde el rancho de Earl Rudd, y el monorraíl que comunicaba las ciudades del este de Colorado con las mesetas de la Divisoria Principal destellaba en la lejanía como un rayo láser fulgurante. Leah se estremeció.

-Mirad -dijo Dolf a los niños-. Vuestra primera Pascua blanca.

El árbol de los Packard, un alto abeto adornado con lirios de polímero y conchas de ostra espejeadas, se alzaba justo enfrente de la cruz de la Resurrección que Dolf le había comprado a Leah seis años antes. Había paquetes tanto debajo de la cruz como del árbol. La cruz albergaba regalos que una institución de caridad de Denver entregaría posteriormente a los presos de Canyon City; el árbol cobijaba regalos que los Packard no tardarían en abrir.

Si pudiera contener a los niños el tiempo suficiente para dar gracias a Dios, pensó Leah, y para que Dolf preparara el café.

Conseguir que los niños se arrodillaran ante la cruz no fue difícil, pero retenerlos más de un minuto resultó imposible, y Dolf no le fue de ninguna ayuda. En cuanto el café empezó a hervir, encontró el mando a distancia y conectó la pantalla tridimensional, grande como una mesa de billar, que Earl Rudd le había regalado como premio por preparar el rodeo del pasado otoño en el tiempo récord de tres días. La pantalla ocupaba casi toda la pared de ladrillo situada bajo los dormitorios de la primera planta y, en cuanto empezó a emitir imágenes, Eldred y Karina cayeron de rodillas, sin saber qué partido tomar: ¿la tridi o el árbol?

-Hoy es Pascua, Dolf. ¿No puedes olvidarte de tu artilugio electrónico?

Dolf, sin dejar de mirar *«Buenos días»,* se acercó a ella.

-La Presidente va a hablar de un momento a otro, Leah. Además, creo que debería..., coño, no sé, *reorientarme.*

-¿Reorientarte? ¿Qué quieres decir?

Dolf siempre estaba nervioso las mañanas de Pascua. La excitación de los niños acababa con su paciencia, y si no estuviera nevando, si la fiesta no significara tanto para ella y para los gemelos, ya se habría marchado al rancho de Earl para cuidar de los terneros.

Dolf la atrajo hacia él y la besó. Eldred y Karina estaban sentados junto al árbol como budas diminutos. Bien sabe Dios, pensó Leah, que son demasiado inquietos para imitar a Buda de una forma convincente.

El presentador de *«Buenos días»* dejó paso a un primer plano de la Presidente Jordan. Los gemelos se precipitaron hacia la pantalla, y Barbara la Grande empezó a desgranar su mensaje de Pascua con su cadenciosa voz de barítono femenina, que pareció calentar toda la planta baja.

-Compatriotas estadounidenses -dijo-, estamos viviendo una mañana auspiciosa. Si sois cristianos, desde la Casa Blanca os deseamos las más gozosas bendiciones de la Resurrección del Salvador. Si pertenecéis a otra religión o creencia metafísica, el día *también* es auspicioso.

»A la una de la tarde, hora de la Costa Este, dentro de cuatro horas, en cualquier caso, el Corago del Coro Seráfico que se instaló en nuestra Luna hace casi ocho años anunciará los nombres de las siete familias de la Tierra elegidas para visitar su planeta de origen en el sistema binario de Mira Ceti. Gracias a ese maravilloso privilegio, estos afortunados contemplarán la bellísima confusión de Mira Ceti A en las últimas fases de su evolución estelar, muy pocos días antes de que la estrella, cuyo diámetro es más de cuatrocientas veces superior al de nuestro Sol, se convierta en supernova.

»El Corago me ha asegurado, y también a los demás líderes mundiales, que nuestros representantes humanos estarán totalmente protegidos del bombardeo de rayos cósmicos. Además,

Librodot

regresarán a la Tierra apenas pasados seis meses de su partida. Olvidaos de esos efectos de la relatividad que les devolverían cientos de años después de que todos nosotros hubiéramos muerto. No comprendemos muy bien cómo se propone el Coro lograr esto, pero parece ser que nuestros viajeros serán trasladados al octavo planeta de Mira Ceti B utilizando el mismo túnel paradimensional que el Coro empleó para materializarse cerca de nuestra Luna en 1976.

»¿Por qué ha elegido el Corago este Domingo de Pascua para anunciar a los vencedores de esta Lotería? Bien, el Coro nos ha repetido en diversas ocasiones que los escogidos para visitar Mira Ceti B VIII serán testigos no sólo de la agonía y muerte del sol más grande de su sistema binario, sino de una aparición tangible de la divinidad. En concreto, una manifestación del Bendito que puso orden en todo el cosmos físico y que lo sostiene incluso ante la violencia cataclísmica galáctica. Se trata de un don otorgado a los habitantes inteligentes de los sistemas solares condenados a la destrucción por supernova, pero el Coro desea compartirlo con la humanidad. ¿Por qué? Por haberles permitido establecerse en la Luna y por aceptar sus tecnologías avanzadas y su sabia mediación en nuestros numerosos conflictos políticos, económicos y religiosos.

-Como si nos quedara otra elección -dice Dolf.

Tras el mensaje de Pascua de la Presidente Jordán, el telediario de *«Buenos días»* ofrece un resumen de las noticias de ayer, finalizando con breves reportajes sobre el lanzamiento anglo-argentino y la inauguración de una central termonuclear en los Altos del Golan que servirá a las necesidades de Israel y Siria.

Leah estaba de pie al lado de Dolf, cogida de su brazo, sin prestar excesiva atención a la pantalla. Recordaba la sobrecogedora noche del 76 en que el Coro, como se conocía en los países anglosajones a los extraterrestres, «saltaron» a la vista en el cielo terrestre. Llegaron por la vía de un plano paradimensional que su amiga Erica Gipp llamaba la «Red del Ello». Con frecuencia, la mente resuelve mejor los problemas mediante sueños o ensoñaciones que por la lógica consciente. De forma similar, los viajeros estelares salvarán mejor enormes distancias abandonando el plano físico del universo que patinando sobre su superficie. Por lo tanto, si el espacio, al igual que la mente, posee aspectos conscientes y subconscientes, la distancia más corta entre Mira y Ceti y el Sol es la línea que recorre la Red del Ello de Erica.

Dejando aparte todas las posibles explicaciones de su llegada, el Coro emergió de su pasillo paradimensional a bordo de un globo transparente tan grande como la Luna. Este globo, que no provocó efectos gravitacionales mensurables en la Tierra o sus mares, se acercó a la Luna, se abrió verticalmente y engulló al satélite. Este proceso, fascinante y horripilante al mismo tiempo, duró una semana exacta. Desde entonces, la Luna se ha convertido en un extraño ente camaleónico. A veces, parece un tapacubos bruñido, otras, una pecera llena de peces tropicales y anguilas bioluminiscentes, y en algunas ocasiones, la lente de un proyector gigante que exhibe películas surrealistas en technicolor caleidoscópico.

Cosas raras pasan allí arriba. El Coro inunda los canales de transmisión de la Tierra de una música extraña, mensajes sincronizados con el latido de la piel extraterrestre de la Luna. Algunos seres humanos escogidos, que el propio Coro ha seleccionado, pueden traducir este «cántico» en recomendaciones para poner en práctica las nuevas tecnologías o para solucionar los diversos problemas que aún dividen a la población de la Tierra. Y, hasta el momento, casi todas estas recomendaciones han influido positivamente. Por otra parte, piensa Leah, ya no se puede mirar a la Luna y localizar los accidentes geográficos (cráteres, mares y lagos) que la NASA y los soviéticos cartografiaban a marchas forzadas en el apogeo de la «carrera espacial» Este-Oeste.

-Ya me he cansado de estar sentado sobre mi trasero esperándoos, tíos -dijo Eldred a sus padres.

-Yo también -le secundó Karina.

Oh, no, pensó Leah. Papá te va a poner como un tomate ese trasero sobre el que ya te has cansado de estar sentado. Y se va a estropear toda la maldita mañana.

Pero Dolf se limitó a reír.

-Apuesto a que sí -dijo-. Y tú también, señorita K.

Apagó la pantalla con el mando a distancia y precedió a los demás hacia el árbol.

Los Packard se sentaron cerca del rectángulo escarchado de la ventana panorámica y empezaron a abrir los regalos.

Los dos primeros eran para los niños, grandes cajas que debían abrir juntos, según indicó Dolf.

El paquete uno contenía un par de caballos de plástico de treinta centímetros de altura, con sillas de montar, bridas y jinetes de juguete.

El paquete dos, que no precisaba desenvolverse, pues bastaba con quitar la tapa de cartón,

Librodot

albergaba dos peculiares animales más. Sólo que estaban vivos. Un par de conejillos de Indias, de pelaje blanco como la nieve. Las tiendas especializadas preferían llamarlos «bebés de la nieve», y eso era lo que parecían: bebés de nieve. Los niños aún son un poco pequeños para saber cuidarlos, pensó Leah, pero Dolf había insistido en comprarlos.

Para Leah, la caja más pequeña de todas. Contenía un broche de oro, el perfil grabado de un pez. Se quedó sorprendida y encantada, porque Dolf no era el tipo de hombre que suele regalar joyas.

Para Dolf, un libro. Había reconocido el objeto en cuanto vio el paquete bajo el árbol. Claro que no podía saber qué libro era, y Leah le observó con gran atención mientras lo desenvolvía.

-Ah -dijo-. Philip Kyle Dick. *«Los tres deseos de Calvin Deckard»*.

Besó a su esposa.

-Ya sabía que te gustaban sus novelas.

-Ésta no es una novela. Es lo que Dick llama su «Exégesis», una obra de teología especulativa. Lo único novelístico es que narra por boca de un discípulo precognitivo del Inmortal. El nombre del discípulo es Calvino Deckard.

-¿El Inmortal? ¿Cristo?

-No exactamente. Dick, quiero decir, el Calvino Deckard ficticio, le llama un «plásmate», una forma de información viviente, y escribe esto acerca de él. -Pasó las páginas-. «El Apolo Supremo está a punto de volver». Lo escribió en el 74, y parece predecir la llegada del Coro.

»Más adelante, escribe esto: «Toda creación es lenguaje y nada más que lenguaje, que por alguna razón inexplicable no podemos leer desde fuera ni escuchar desde dentro...». El Coro ha empezado a enseñarnos a leer y escuchar este «lenguaje», y cuando los ganadores de la Lotería vayan a Mira Ceti para contemplar a Dios y presenciar desde primera fila los acontecimientos previos a la supernova de su estrella, sabremos más acerca de la creación, y sobre el lenguaje que la formuló, que todos cuantos vivieron antes de la aparición del Coro. Es una pena que les guarde rencor por robarnos la Luna y entrometerse en una búsqueda que deberíamos haber emprendido nosotros solitos.

-Tal vez no somos tan inteligentes.

-Son millones de años más viejos que la especie humana. Si hubiéramos existido el mismo espacio de tiempo, habríamos desarrollado una inteligencia y unas capacidades comparables a las suyas, estoy seguro. Pero no nos han dado la oportunidad.

-Lo más probable es que nos hubiéramos autodestruido.

-Eso no justifica su intromisión.

Leah apoyó la mano en el brazo de Dolf.

-Vale ya, ¿no? Vamos a ayudar a los niños.

-De acuerdo -aceptó él, dejando el libro.

Y enseñaron a los gemelos a preparar una caja con astillas de cedro para los bebés de nieve, a poner bolas de comida en recipientes clavados a pequeños trozos de cartón y cómo funcionaban las botellas de agua flujogravitatorias de los bebés.

El Obispo Jamie A. Parr de la diócesis de Georgia de la Iglesia Episcopaliana Protestante estaba de pie sobre una plataforma, en el Centro Congresístico de la Montaña de Gainesville (Georgia). Esperaba a que el Corago le hablara a través del coro humano de doscientos miembros dispuesto en hileras a su izquierda. Una cámara tridimensional le enfocaba desde la cabina de control situada frente a su estrado, a unos cien metros de distancia.

Los focos iluminaban al Obispo y a los miembros del coro, ataviados con túnicas, que había seleccionado personalmente de entre los coros de las cuarenta iglesias más grandes de su diócesis. Por lo demás, el Centro Congresístico, un gran cobertizo enlosado de un edificio, estaba ominosamente oscuro. El aire acondicionado había rebajado la primaveral temperatura exterior de Gainesville a dieciséis grados pelados, pero el Obispo Parr estaba sudando.

¿Cuándo aparecería esta vez el Corago, que hablaba en representación del Coro extraterrestre?

A la una en punto, si su reciente promesa era de fiar, pues el Corago había hablado a Parr dos domingos atrás, mientras predicaba desde el pulpito de la Iglesia Episcopaliana de Cristo en Savannah. Le había ordenado anunciar al mundo que siete familias humanas serían recibidas en audiencia muy pronto por Dios, y le había urgido a reunir un coro episcopaliano representativo que actuara como su portavoz. Había experimentado estas indicaciones como una especie de alucinación auditiva en mitad de su sermón, y la congregación tuvo que soportar una singular interrupción, hasta que el hombre recobró la plena posesión de sus facultades.

El Corago del Coro de Mira Ceti B VIII quería comunicarse por boca de un *coro humano,* creía Parr, no sólo por el espectáculo que supondría al ser televisado en 3-D, sino por la ironía inherente a

esta disposición. A lo largo de ocho años, los extraterrestres que se habían establecido en la Luna habían desarrollado poco a poco algo vagamente emparentado con el sentido del humor. Que, desde el punto de vista humano, era divertido y apropiado...

En el oído de Parr sonó la voz de un técnico que le hablaba desde la cabina de control.

-Empieza la transmisión, señor Obispo.

Parr miró a la cámara, farfulló un desmañado hola y unas palabras introductorias, igualmente desmañadas, sobre el Acontecimiento Pascual de hoy. Mientras hablaba, una luz morada translúcida empezó a llenar la oscura sala. Un resplandor cálido, como seda ondulada.

Un viento casi ártico barrió de un lado a otro el Centro, agitando las túnicas añil, azafrán, marrón o marfil de los miembros del coro. A esta señal, el coro cantó una *cappella*. Luego otra, y después otra. El viento extraterrestre que se retorcía por el edificio inspiraba a todos los cantores.

El Obispo no tardó en traducir estos potentes cánticos carentes de letra como si fueran fragmentos de un texto perdido que sólo él pudiera descifrar. El coro continuó cantando, la sedosa luz carmesí onduló rítmicamente y el obispo Parr tradujo al inglés y al lenguaje de los gestos el último mensaje de amor a la humanidad del Coro extraterrestre establecido en la Luna. El tiempo se detuvo para él mientras traducía, para las doscientas personas que cantaban y para la mayor parte de los espectadores del mundo, que contemplaban la retransmisión en 3-D y escuchaban el magnífico acompañamiento coral.

Durante los últimos minutos del programa, el obispo Parr anunció al mundo los nombres de las siete familias. Él quinto fue el de la familia de Dolf Packard, de Snowy Falls (Colorado) .

Dolf contuvo el aliento. Los últimos astronautas norteamericanos que intentaron llegar a la Luna formaban la desventurada tripulación del Apolo XV, lanzado en 1971. Su muerte en la órbita lunar (un drama repetido durante cinco dolorosos días en la radio y la televisión) había paralizado por un tiempo el programa espacial norteamericano, casi al mismo tiempo que Estados Unidos, bajo la dirección del Presidente Muskie, se retiraba de Vietnam.

Ahora, Dolf, Leah, Eldred y Karina Packard (la tripulación de exploradores interestelares más improbable que Dolf era capaz de imaginar) volaban hacia la Luna en un vehículo lanzado al espacio por medio de un conjunto de carriles de aceleración dispuestos en la ladera del monte Kilimanjaro, en el África Oriental. La nave había sido ensamblada molecularmente tres semanas antes por Nanotecnologías Revolucionarias de Hanoi. Los demás pasajeros que se dirigían hacia el paraíso a bordo de la nave iridiscente se acomodaban en el mismo tipo de literas que utilizaban los Packard.

Una familia de Leningrado, una familia de Hong Kong, una familia de Zaire, una familia de Arabia Saudita, una familia de Perú y una familia de Malasia.

Dolf sabía desde el principio que ninguna de estas familias hablaba ninguna de las lenguas nativas de las demás familias. El único sistema de comunicación se reducía por el momento a cabeceos, sonrisas y encogimientos de hombros meditabundos. El hecho de que la nave albergara a treinta y cinco personas aumentaba la confusión.

La presencia de sus seres queridos y la certeza de que llegarían a la Luna dentro de treinta y seis horas impedían que el pánico se apoderase de Dolf. Después, atravesarían volando la corteza multicolor que encerraba la Luna y se internarían por una autopista paradimensional que comunicaba el Sistema Solar de la humanidad con el binario de Mira Ceti.

Eso era, al menos, lo que el Obispo Parr había contado al mundo nueve semanas antes, descifrando el mensaje del Coro extraterrestre gracias a las misteriosas armonías de doscientos portavoces humanos.

-Ya os lo he dicho antes, tíos -se quejó Eldred-. No *quiero* conocer a Dios.

-Ni yo tampoco -le apoyó Karina.

-Callaos y mirad la Luna -les aconsejó Leah, pues la Luna se veía como un enorme melón de bronce y cardenillo entre los bancos de nubes que se extendían hacia el extremo delantero de la nave.

-*¡Callaos!* -gritó Dolf, inclinándose sobre el cuerpo de Leah, para acallar las posteriores protestas de los gemelos-. Ya lo creo que vais a conocer a Dios -añadió, bajando la voz-. Y os va a *gustar*. ¿No votamos democráticamente si íbamos a hacerlo o no? ¿Y no repetisteis una y otra vez que queríais ver estallar una estrella?

-Casi estallar -le corrigió Eldred.

-De acuerdo, «casi estallar». Bien, la nuestra es una familia libre, y vuestros votos contaron, y no quiero oír hablar más de este asunto. Es demasiado tarde para arrepentirse.

Librodot

-Estoy preocupada por nuestros bebés de nieve -dijo Karina.

-Los abuelos Packard cuidarán de ellos -dijo Leah-. Estarán bien. Ya lo hemos hablado antes.

La discusión continuó, y Dolf se preguntó por un momento si el Coro habría pensado en proporcionar a los ganadores de su Lotería algún tipo de narcótico para peregrinos de cinco años hiperactivos. Si los gemelos seguían igual de inquietos hasta Mira Ceti, se convertiría en un manojo de nervios mucho antes de enfrentarse a la atemorizadora presencia del Bendito. Tanto él como Leah...

Los niños se tranquilizaron por fin, y se pusieron a jugar.

Leah apoyó la mano sobre el muslo de Dolf.

-Lástima que el Presidente Humphrey no haya vivido para ver esto -dijo, señalando la Luna.

Sus franjas de tonos bronce y cardenillo habían virado a peltre y platino; fluían en direcciones opuestas a lo largo de la corteza transparente del Coro. Una visión notable, si bien desorientadora.

-Sí, desde luego -corroboró Dolf.

Humphrey había muerto al estrellarse su helicóptero en Camp David al día siguiente de que los astronautas del Apolo XI despegaran desde Cabo Kennedy para realizar el primer alunizaje de la historia. Muskie, apenas jurado su cargo, recibió a Armstrong, Aldrin y Collins en el portaaviones *USS Hornet* a su regreso, pero una profunda tristeza empañó el triunfo de la nación. La NASA dedicó las cuatro misiones Apolo siguientes a la memoria del Presidente fallecido, pero el terrible fracaso de la decimoquinta significó la sentencia de muerte de todo el programa. Los soviéticos, limitando sus esfuerzos en el espacio a vuelos orbitales, habían asegurado prácticamente que el hombre no volvería a poner el pie en la Luna antes del año 2000.

Y entonces, el año del Bicentenario de Estados Unidos, el Coro había llegado. Al principio, histeria masiva. Después, la creciente convicción global de que la humanidad no volaría a la Luna mientras estos misteriosos extraterrestres la ocuparan.

A finales de aquel año, después de arrebatar la nominación demócrata a la presidencia a Muskie, Barbara Jordan derrotó a Ronald Reagan en las elecciones generales, y el Coro empezó a ofrecer tecnología y consejo a la especie humana, traumatizada por las guerras.

Ocho años de generosidad no habían acostumbrado a Dolf a la singularidad, la *perversidad* ruin y sucia, de la relación entre estos impalpables seres energéticos y la humanidad, pero aquí estaba él, volando en una de sus naves hacia la más improbable de las citas celestiales, y su principal preocupación no era que todos los Packard volvieran sanos y salvos, o si iba a causarle una buena impresión a Dios, sino que los niños se abstuvieran de volverles locos a él y a Leah durante el viaje. Estaba tentado de rezar por su buena conducta, y si lo hacía, confiaba con todas sus fuerzas en que el Bendito le escuchara...

En un monasterio cercano a Conyers (Georgia), Philip Kyle Dick estaba sentado en su celda, escribiendo.

Dios o el demiurgo apoyaba una mano sobre su hombro, dándole a entender que esta extravagante realidad todavía no era aquella en la que él deseaba vivir.

Tenía cincuenta y tres años, y su carrera literaria yacía en ruinas a su espalda.

De ahí su retiro a esta institución trapense, muy parecida a la de Kentucky en la que había vivido Thomas Merton.

De ahí sus febriles meditaciones hasta muy entrada la noche, pasadas todas las horas establecidas de culto monástico.

De ahí su comprensión de que debía plasmar por escrito la forma en que sus compatriotas y él se liberarían de la esclavitud.

Porque esta realidad les encadenaría para siempre, a menos que alzara la pluma y empezara a recrear el mundo. Una vez más, debía llevar a cabo un esfuerzo concertado para obrar el cambio redentor.

Por lo tanto, Philip Kyle Dick puso manos a la obra y, con gran esmero, alteró los contornos básicos del Universo.

Librodot